



Coral Moon

Y llegaste tú,

Cambiando mi mundo.

✿ Y llegaste tú, cambiando mi mundo ✿

Coral Moon

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

Ni parte ni la totalidad de la obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en cualquier formato electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación o cualquier otro método sin el consentimiento del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personajes vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Copyright © 2016 Coral Moon

<https://www.facebook.com/CSPromesa>

Coral-moon@hotmail.com

<https://coralmoonsite.wordpress.com/>

DEDICADO

A mi marido, que apareciste en mi camino de repente, cambiando mi mundo, y no solo a mí, eres el gran amor de mi vida. Te amo.

C&D Eternamente.

A mis hijos por la paciencia que tienen conmigo, os quiero con locura, nunca lo olvidéis. Y como no, a mi madre y a mi abuela que son lo que más quiero.

Para mis amigas, Trini, como siempre eres la primera. Lucía tu no podías faltar. Lina Galán, tu apoyo ha sido imprescindible, ¡gracias! Me has animado para que no tire la toalla.

Reme, no me olvido de ti, gracias. Para vosotros que también sois mis amigos, que no dudasteis en leer la primera parte, aquí os dejo la segunda, gracias chicos, Andrés, Rafa.

¡Y cómo no! Para todas las personas que sin dudarlo apostaron por la primera parte y me animaron a escribir la segunda. Sin vosotros, no sería lo que soy en este momento. Gracias.

El amor no necesita ser entendido, sólo necesita ser demostrado.

“Paulo Coelho”

Zara.

—¿Qué haces aquí? —La voz de Ana hace que el corazón se me acelere y dé un respingo por el susto, llevándome la mano al pecho. ¡Mierda, va a pensar que soy una cotilla!

—Bu... buscaba el baño—. Me tiembla la voz, me pongo nerviosa y toco mi pelo intentando disimular.

Ana se me queda mirando expectante y en ese momento, Marta sale de la habitación, me aparto un poco y nuestras miradas se cruzan. Me lanza una mirada de satisfacción que me hace pensar que sabe que estaba mirando.

—Marchando una de babas, ¡guapa!—. Susurra pasando por mi lado.

La ignoro completamente y miro a Izan que sale justo detrás, sonriendo. Al verme se queda quieto, se le corta la risa, no reacciona, no esperaba verme aquí. Se me queda mirando y desvía su mirada hacia su sobrina y seguidamente vuelve a mirar hacia mí.

Pienso en lo que he visto y son muchas las cosas que se me pasan por la cabeza. Marta no paraba de reír mientras él le decía algo y la agarraba de la cintura. ¡Joder Zara! No te engañes *“Marchando una de babas” te lo acaba de decir todo ¡Blanco y en botella, hija!*

¿Qué es lo que le habrá dicho Izan? ¿Se habrán besado antes de que yo llegara? ¡Joder! ¿Por qué tengo que sentirme así, tan celosa?

—Bueno, yo vengo a despedirme, me marcho a casa—. Dice Ana rompiendo la tensión que hay en el aire en este momento.

Cierro los ojos y expulso el aire que tengo retenido, poco a poco, respiro.

—Sí, yo también voy a marcharme—. Suspiro incomoda.

Izan sigue con sus ojos clavados en mí.

—¿Podemos hablar un momento?—. Coge mi mano, pero disimuladamente, me suelta.

—No, yo me marcho también, estoy cansada—. Me tomo una pausa —ya... si eso, nos vemos mañana—. Doy un paso atrás y miro a Ana, evitando mirarle a él.

¿Por qué hace eso? Me siento dolida, aunque no sé si con él o conmigo misma. Por ser tan tonta, tan ingenua.

—Puedo acercarte—. Ana me mira. ¡Joder, no sé imagina el favor que me está haciendo al ofrecerse a llevarme!

—Sí, por favor.

Ignorando a Izan, me doy la vuelta deseando salir de esta casa, alejarme de él, estar sola conmigo misma y pensar, pensar mucho y en todo al mismo tiempo, si puede ser.

Busco a Aroa y me despido de ella con un fuerte abrazo y de Pilar y Victoria, con un beso, con la excusa de que estoy cansada. De los demás, me despido con un simple gesto con la mano y salgo acompañada de Ana, que algo sería y observadora, me lleva hasta su coche.

—¿Mi tío y tú estáis...? —Se toma una pequeña pausa mientras me mira—. ¡Ya sabes!... ¿Juntos?

La miro algo avergonzada ¿Juntos, él y yo? La verdad es que no tengo ni idea, me estaba haciendo la misma pregunta, pero después de ver la actitud que estaba teniendo en la habitación y el comentario que ha tenido Marta, me ha quedado claro que no.

—No que yo sepa —se me seca la boca y no puedo mantener la mirada —ha salido muy contento de la habitación con Marta, ¿no?

Decepcionada conmigo misma por hacerme ilusiones, abro la puerta del coche y entro.

Le voy indicando por donde tiene que ir mientras hablamos. Ha logrado que desconecte un poco mientras me ha estado contando anécdotas de su trabajo y de lo estresante que es vivir en la gran ciudad de New York. La verdad es que con lo joven que es, no sé cómo aguanta ese ritmo.

—Llevo sin conducir por Madrid una pasada de tiempo —me dice concentrada en la carretera, agarrando el volante con las dos manos, tensa.

Yo me río, la entiendo perfectamente, y los coches no dejan de pitarnos por lo desesperados que van a los sitios.

—Tú tranquila. No te pongas nerviosa, si tienen prisa que vayan por otro lado —digo intentando calmarla. —¡Como salga por la ventanilla, te arranco la cabeza! —Grito a un chulo que no deja de pitar mientras nos adelanta de forma peligrosa. —¿Será estúpido el tío? ¿Pues no va y me saca el dedo? —Miro a Ana que me mira con cara de susto y saco la cabeza por la ventanilla—. ¡Idiota! —grito de nuevo.

—A ver si ahora nos está esperando en el cruce de allí—. Dice Ana riéndose.

Me la quedo mirando y termino riéndome con ella.

—No creo, se ha cagado —Rio a carcajadas.

Cuando me quiero dar cuenta, hemos llegado a casa.

—¿Te apetece subir y echarnos unas risas? —Pregunto desabrochándome el cinturón de seguridad.

—No puedo, he quedado—. Contesta algo tímida.

—Bueno, tienes mi número para lo que sea, cuando te apetezca quedar, tomar un café, no dudes en llamarme ¿De acuerdo? —Le digo saliendo del coche.

—Lo mismo te digo—. Dice divertida.

En cuanto entro en el portal, respiro hondo ¡Por fin en casa! Me dirijo hacia el ascensor ¡Dios! esa bruja pelirroja, ¿qué se piensa? ¿E Izan, a qué coño juega? No salgo de una para meterme en otra y siento que no voy a poder aguantar toda esta presión.

Entro en casa y me encuentro con Vanesa qué está a punto de salir, camina nerviosa de un lado para otro.

—¿Ya estás aquí, tan pronto, y la fiesta?

—Quiero descansar un poco y bueno... —dejo mi bolso sobre la mesa —ese tipo de fiestas sabes que no me van—. Termino diciendo, dejando caer mi cuerpo en el sofá.

—¿Vas a salir con Miguel? —Pregunto al ver que no lo veo por ninguna parte, últimamente siempre está aquí metido, como si no tuviera casa.

Mi amiga me mira y sonrío con cara de enamorada.

—¡Sí... Es tan mono! —Mete doscientas cosas en su bolso —¿Te quieres venir?

—No, no gracias. —Lo último que quiero es hacer de aguanta velas y escuchar las gilipolleces que saldrán de la boca de Miguel —, creo que me voy a echar una buena siesta —le digo encendiendo la televisión.

—Te estás haciendo mayor ¿Eh?, ahora haces como tus padres, echarte la siesta con

la tele puesta.

Le tiro un cojín divertida y se marcha.

Dos segundos más tarde, el timbre suena. Me levanto, miro hacia la mesa y veo las llaves de mi amiga. Abro la puerta divertida con las llaves en la mano, pero la diversión desaparece en cuanto veo a Izan, frente a la puerta, serio, mirándome. Mi cuerpo no tarda en reaccionar poniéndose en mi contra.

—¿Qué haces aquí? —Pregunto molesta y extrañada al mismo tiempo.

—¿Puedo pasar? —Empuja la puerta y entra como si nada.

Hago una pausa pensativa y me lo quedo mirando ¡tiene un morro que se lo pisa!

—Sí, claro, estás en tu casa —digo con sarcasmo cerrando la puerta.

Izan se dirige hacia el salón, se quita la chaqueta colocándola en la silla y se sienta en el sofá.

¡Muy bien, con dos cojones! Apoyo mi hombro en el marco de la puerta, me cruzo de pies y brazos y me lo quedo mirando, intentando mantenerme seria.

—¿Necesitas que te ayude en algo? —Lo miro fijamente.

—Me encantaría que me aclararas un par de cosas, si es posible—. Ahora es el quién me mira serio, parece algo enfadado, se levanta del sofá, el corazón se me acelera y lo miro mientras se acerca.

Siento de todo en este momento, algo imposible de explicar, incluso de poder digerir. Lo miro nerviosa. ¡Está claro que este hombre pone mi mundo patas arriba! ¡Por dios!

—¿Qué es lo que te tengo que aclarar? —Parezco asustada al formular la pregunta.

—¿Estabas cotilleando? —Se queda callado, mirándome.

¡Madre mía! El corazón se me va a salir del pecho.

—No estaba cotilleando —respondo ofendida notando como la cara se me pone colorada como un tomate.

Izan se presiona el puente de la nariz, coge aire.

—¿Por eso te has marchado? —Parece cansado.

¿Qué coño le digo yo ahora? Trago saliva, ahora soy yo quien coge aire, son muchas cosas las que me gustaría decirle, pero no puedo.

—¡No! —Miento —ya te dije que estaba cansada ¡Y por cierto! Lo que hagas o dejes de hacer, no es de mi interés, no me importa —se ríe.

Lo miro enfadada, a mí no me hace ninguna gracia todo esto.

Se coloca frente a mí.

—¡Sí!, sí que me importa.

Me quedo en silencio sin saber que decir, soy una tonta, lo sé. Se acerca más y más y dejo que lo haga. Posa sus manos en mi cintura y noto como mi cuerpo enseguida se rinde ante él.

Sonríe ante su victoria, me da un beso, cierro los ojos sintiéndolo más intenso mientras su lengua se abre paso en busca de la mía y entonces, me aparto rápidamente.

—No soy el segundo plato de nadie —aclaro quitando sus manos de mi cintura, separándome de él lo suficiente para no terminar cayendo en sus brazos de nuevo.

—¿Pero de qué estás hablando?— Vuelve a reírse y me mira sorprendido, como si acabase de decir una burrada.

—Estabas con Marta en la habitación, no entiendo que haces aquí ahora.

De nuevo se acerca, no entiendo el juego al que juega, pero tengo claro que no pienso entrar al trapo.

Agarra mi cara con sus manos antes de que pueda apartarme.

—Me pone que estés tan celosa —su aliento casi roza con el mío y no puedo evitar dirigir mis ojos hacia su boca entre abierta que amenaza con besarme.

¡Zara, céntrate!

Trago saliva y le digo;

—Creo que es mejor que te vayas—. Casi no me sale la voz.

Izan mete el mechón de mi flequillo detrás de mí oreja, un escalofrío recorre mi cuerpo. Me besa. El contacto de sus labios con los míos hace olvidar mi enfado, olvidarme de Marta y en general, olvidarme de todo lo que se me pasa por la cabeza.

—¿Quieres que me vaya? —Besa mis labios de nuevo.

No, no quiero que se vaya, lo deseo.

—No —susurro.

Dejo que mi cuerpo se pegue al suyo y siento el calor sofocante que él me provoca.

¡He vuelto a caer!

Posa su dedo sobre mi barbilla y hace que lo mire. Su boca va directa a la mía. La respiración se me acelera mientras me besa y vamos hasta mi habitación. Me quita la ropa lentamente, la habitación está casi oscura, únicamente entra un poco de luz entre las rejillas de la persiana, lo suficiente para crear un ambiente excitante, el cual me permite apreciar la figura de Izan, su cara. Suspiro al sentir el roce de una caricia suya al quitarme el sujetador.

Me tumba en la cama con delicadeza y me dejo hacer por él. Ahora mismo no soy dueña de mí, estoy a su merced. Respiro hondo en cuanto noto su mano en mi sexo húmedo. ¡Dioos!

—Me gusta tocarte —muerde mi cuello y gimoteo.

Sus manos acarician mi cuerpo, me estremece por completo. Es increíble todo lo que me hace sentir con solo una mirada, con una caricia, con un beso.

Se pone de rodillas ante mí, jadeo. Besa mi cintura y baja por mis muslos, mis piernas se abren solas y siento su ardiente lengua pasear por el centro de mi placer. ¡Madre mía!

Me muevo contra su boca, disfruto, me vuelvo loca. Aprieta su boca contra mi sexo una y otra vez, siento que voy a explotar, me entra calor y un orgasmo estalla en mi cuerpo haciéndome gritar de placer.

—Dios Izan—. Susurro casi sin aliento. Noto como sonrío y yo hago lo mismo.

Se incorpora cogiéndome de la cintura y se hunde totalmente en mi interior. Los dos jadeamos. Arqueo mi cuerpo gustosa, entra y sale de mi cuerpo una y otra vez, despacio, como a mí me gusta. Hasta que de nuevo, un delicioso orgasmo se apodera de mi cuerpo haciendo que lo abrace fuerte. Segundos después, tras su gemido, se queda totalmente quieto, lo miro, la expresión de su cara es de auténtico placer, al igual que la mía, imagino.

Sonríe, sale de mi cuerpo y nos besamos.

—Zara —Lo miro a los ojos—. ¿Qué cojones estás haciendo conmigo? —me pregunta como si yo tuviera la respuesta. La misma pregunta me formulo yo, ¿Qué haces conmigo, Izan? Pero me lo guardo para mí y me lo quedo mirando totalmente seducida por el placer que aún siento en mi cuerpo.

Pipipipí...pipipipí...pipipipí...

Sobresaltada alargo la mano y le doy un golpe al despertador, con lo que consigo tirarlo al suelo. ¿Quién lo ha activado? ¡Estoy de vacaciones!

Noto como Izan sonrío, lo miro y me abraza como si fuera un muñeco de peluche, me da un beso en la frente. ¡Me encanta!

—¡Buenos días!

—¡Buenos días! —Respondo poniéndome tontorróna, abrazando su cuerpo colocando mi cabeza sobre su pecho.

Después de un rato disfrutando de esta agradable sensación, me inclino para mirarle.

—¿Qué te apetece hacer esta semana? —Toca mi pelo y sonríe. ¡Dios que sonrisa más bonita tiene!

—Había pensado... ¿Ir a trabajar? —Digo divertida, evitando mirarlo más de la cuenta. Mi cuerpo arde y solo de pensar lo que me hizo anoche, todo lo que me hizo sentir, mi sexo se humedece.

—¿Y tus vacaciones? —Hace que lo mire cuando me coge de la barbilla.

—Quedan tres meses para el verano, que es cuando hay menos trabajo. Las puedo coger en el verano juntándolas con las de este año —me mira pensativo.

—Se me ha ocurrido una idea mejor, ¿te la digo? —levanta las cejas.

Me muerdo el labio ocultando una sonrisa. ¡Dios, que guapo es! Se inclina y me da un suave beso en la punta de la nariz, que hace que dibuje una larga sonrisa.

—¿Te apetece...que vayamos a un sitio, tu y yo solos? —Acaricia mi mejilla mientras lo miro atontada perdida —¿Una semana tu y yo? —Susurra acercándose a mis labios.

Mi sonrisa se ensancha.

—¿Y qué haremos? —Pregunto emocionada, incorporándome en la cama sin apartar mis ojos de los suyos.

Se inclina y me besa.

—Hacerte mía sin parar—, besa mi cuello —disfrutar de ti, conocerte... ¿Sigo?

Cierro los ojos y me dejo embriagar por sus dulces palabras, sus dulces besos.

—Sigue, por favor... —suplico.

—Divertirnos—, vuelve a besarme —disfrutar—, acaricia mis pechos haciendo que me incline hacia él—, mirarte—, abro mis piernas excitada, colocándome encima de él—. Tocarte, besarte, comerte...

La humedad que siento entre mis piernas, el calor, la excitación que me provocan sus palabras, el deseo puede conmigo. Lo beso con furia, con deseo, hasta que una sensación

de pánico se intenta apoderar de mí.

— ¿Y sí te defraudo? — Excitada y aterrorizada al mismo tiempo lo miro.

—Yo creo que no me vas a defraudar —Dice vacilón empujándome hacia él. ¡Me provoca, me pone a cien! Me muerdo el labio y lo abrazo.

Ni corta ni perezosa, me incorporo sobre él y comienzo a balancear mi cuerpo contra el suyo, lo miro divertida y le pregunto:

—¿Tienes hambre? —Relamo mis labios, deseosa por recorrer mi boca por su cuerpo.

Izan.

—Me muero de hambre —Susurro haciendo que me mire.

Con un movimiento la tumbo de nuevo en la cama.

—¡Perdona, cariño! Pero voy a desayunar —Se queda con la boca abierta, sin poder hacer nada. Levanto las finas sabanas que cubren nuestros cuerpos y desaparezco entre ellas.

Agarro su cintura, enseguida su cuerpo se contrae. La coloco delante de mí y preparo sus piernas flexionándolas. Acaricio sus muslos despacio, toco su sexo, está húmeda, lista para mí.

Coloco una de sus piernas con cuidado en mi hombro y con la otra hago la misma operación.

Humedezco mi dedo en su sexo, lo lamo saboreando el delicioso sabor que me ofrece su cuerpo y lo introduzco en su interior. Enseguida reacciona inclinando sus caderas un poco. Mmmm, como me gusta.

¡Voy a jugar un poco!

Acaricio su sexo de arriba abajo, despacio. Noto como se estremece con cada acaricia. La polla me va a reventar con tanta presión, me muero por entrar en su cuerpo y hacerla mía.

Acerco mi boca, paseo mi lengua por su hinchado clítoris y lo succiono. Al cabo de unos minutos, su respiración se acelera, se pone tensa y arquea lentamente su cuerpo.

Está apuntito de caramelo. Gime de forma profunda, mete las manos por debajo de las sabanas, busca mi cabeza, agarra mi pelo y por la forma con la que lo hace, noto que está apunto de regalarme ese delicioso orgasmo, que con tantas ganas espero. Dicho y hecho, paso despacio mi dedo desde el orificio vaginal hasta el ano mientras succiono su clítoris, sus piernas tiemblan y ahoga un grito de placer que hace que casi yo me corra con ella, del placer que me proporciona darle placer a ella.

Su respiración es agitada, levanta las sabanas, se incorpora y busca mi boca con ganas.

Sé que se muere de la misma manera que yo porque entre en ella. Sonrío mientras miro sus hinchados y perfectos labios de tanto morderse y me hundo en ella.

Una...

Dos...

Tres...

Grita mi nombre, yo susurro el suyo y beso su cuello mientras la hago mía.

Una...

Dos...

Tres...

Entro y salgo de su interior con una destreza impresionante, su cuerpo se amolda al mío.

Una...

Un inmenso orgasmo estalla dentro de mí. Abro los ojos para mirarla, ella se retuerce debajo de mí cuerpo, gime cerrando los ojos y me abraza con fuerza.

En silencio, diciéndonos tantas cosas sin hablar, permanecemos abrazados. Ella sobre mi pecho mientras acaricio su espalda, dibujando pequeños círculos poniéndole la piel de gallina.

—Me encantas Zara—, digo haciendo que me mire.

Con el eco de mis propias palabras, las cuales nunca pensé que saldrían de mi boca, que nunca podría sentir esto, me la quedo mirando, sin dejar de acariciarle. ¡Me encanta tocarla!

Zara.

Quien me iba a decir a mí, que llegaría a estar sintiendo por él, todo este nudo de emociones que nace en mi estómago y casi no me deja respirar ¡Ay dios, que me he enamorado!

—¡Venga arriba! ¡Vamos a dar una vuelta, ponte algo cómodo! —Izan divertido, como si le hubieran dado un chute de energía, sale de la cama.

La verdad es que no tengo ninguna gana de moverme de aquí, estoy tan a gustito... pero me levanto. Abro mi armario para coger algo cómodo, optando por una unos pantalones vaqueros, una camiseta de manga corta y una rebeca por si hace algo de frío.

Ya llega el buen tiempo y se nota, aunque aquí en Madrid, pasamos de estar congelados a asados de calor.

Ya preparada, me doy media vuelta y compruebo que Izan aún no se ha vestido, parece que ha estado demasiado ocupado mirándome. Me pongo colorada como un tomate.

—Deja de mirarme así —Me quejo divertida tirándole lo primero que pillo; un peluche, que impacta en su cara. Se ríe, y observo como coge mis bragas que están sobre la cama, liada con las sábanas, las huele y con dos pares de narices, las guarda en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué vas a hacer con mis bragas? —En ese instante llaman a la puerta de la habitación y lo miro cortada y colorada.

Al salir al pasillo, me encuentro con la mirada de enfado de Vanesa, me quedo perpleja, ¿estaremos haciendo demasiado ruido?

—¿Os pensáis quedar ahí metidos todo el día? —Me dice enfadada mientras inclina la cabeza para mirar dentro de la habitación. Cierro con cuidado, Izan solo lleva los calzoncillos ¿Desde cuándo es tan cotilla?

—¿Y qué problema hay? —La miro alucinada. ¿Qué mosca le habrá picado?

Mi amiga se cruza de brazos.

—Problema ninguno, pero yo me marchó y Miguel está durmiendo, intentad no hacer tanto ruido.

Mi amiga se da la vuelta y se dirige hacia la puerta dispuesta a marcharse. Salgo y la paro en seco, agarrándole del brazo.

—¿Qué te pasa?

—¡Nada! ¿Por? —Contesta algo exasperada.

—¿Estás bien? Te noto muy rara.

—¡No te rayes, estoy bien! No he pasado buena noche, eso es todo.

—Bueno, que tengas un buen día, y tranquila —Le doy un pequeño beso en la mejilla a mi amiga que la hace sonreír y me doy la vuelta.

Cuando entro en la habitación, Izan ya está vestido y veo que ha cogido algo de ropa de mi armario.

—¿Y esa ropa? —Muerdo mi labio ocultando una sonrisa.

—He cogido lo que creo que vas a necesitar —Se encoge de hombros —Nada, poca cosa.

Izan.

Su sonrisa me demuestra que no se ha molestado nada en absoluto que haya abierto su armario y haya cogido algo de ropa.

Me acerco a ella y le doy un suave beso, dos, tres, cuatro. Salimos de su piso abrazados. Antes de subir a mi coche, le hecho un ligero vistazo por si alguien lo ha tocado, y al comprobar que está tal cual lo dejé ayer aparcado, subimos en él.

Nada más subir, pongo un poco la radio, necesito que la música aleje de mi cabeza los pensamientos tan pervertidos que comienzo a tener, la tengo tan dura, que temo que me reviente entre los pantalones. Zara está tan guapa, tan sexi, tan receptiva, ¡dios me vuelve loco! Hacemos el trayecto en silencio.

—¿Por qué estás tan callada? —La despierto de sus pensamientos y me la quedo mirando cuando esboza una ligera sonrisa y me mira de forma tímida. Sin pensarlo, aprovechando un semáforo en rojo, la beso. Vuelvo a la carretera y por el rabillo del ojo, veo como gira lentamente la cabeza y se me queda mirando.

—Intento averiguar dónde me llevas —. Sonríe picara y se inclina para besar mi mejilla.

—Estamos a punto de llegar, tranquila —Acelero un poco.

Zara.

Cuando para el coche no puedo evitar soltar una carcajada.

—¿En serio? —me río, mirando la cafetería a la que me trajo la primera vez y desabrocho mi cinturón.

Izan se inclina hacía mi asiento para decirme algo al oído, lo miro divertida.

—¿¡No, te apetece...unas tostadas, una napolitana de chocolate...!?!? —Susurra estremeciendo mi cuerpo, al sentir su aliento chocar contra mi piel.

Salimos del coche entre besos y arrumacos.

—Parece que fue hace años cuando me trajiste a desayunar aquí —Es la verdad, lo siento todo con tanta intensidad, que parece que ha pasado más tiempo del que debería.

—A mí también me lo parece —dice abriéndome la puerta para que entre en el local. Izan ha reservado la misma mesa en la que nos sentamos la primera vez y no puedo evitar recordar ese día. ¡Es increíble cómo han cambiado las cosas!

—Tienes que reconocer que estuviste borde —Me río recordando el momento del choque en el ascensor.

—Cuando tú—, se ríe —reconozcas que ibas despistada, me tiraste todo los documentos que ya tenía ordenados alfabéticamente y me hiciste perder dos horas de mi preciado tiempo.

¡Flipo! ¿Me lo dice en serio? Lo miro alucinada.

—Pero no cambiaría por nada ese momento—. Vale, ahora ya sonrío.

—¿Y si en vez de dos horas, hubieras estado cuatro, seguirías sin querer cambiar ese momento? —Lo miro divertida alzando las cejas.

—No cambiaría nada —me deja claro haciéndome sentir lo más feliz del mundo en este momento.

¡Estoy que no puedo más! He comido demasiado e Izan tiene la culpa. Ha pedido de todo y no me he cortado ni un pelo en comer todo lo que me ha apetecido. Terminamos de desayunar y mientras Izan se encarga de pagar el desayuno, aprovecho para ir al baño.

Sonrío como una tonta cuando me encuentro conmigo misma en el espejo. No lo puedo evitar, tengo un brillo en los ojos, ¡joder! hacía tiempo que no sentía esto que estoy sintiendo, me siento de maravilla, para que negarlo. Pero algo me dice que al final voy a terminar cayendo empicado contra el suelo. Lo que siento es demasiado fuerte, demasiado intenso. Respiro hondo y lavo mis manos. Pero quien no arriesga, no gana y por ahora, creo que merece la pena. Lo que siento es muy bonito.

Concentrada en mis pensamientos, salgo del baño y pego un bote en cuanto me encuentro con Izan apoyado en la pared, justo al lado de la puerta. Lo miro de arriba abajo. ¡Dios, está tan bueno! Es tan guapo, que parece de mentira. Lo miro con deseo.

—No me mires así —Me dice pícaro en un susurro, agarrando mi cintura, arrinconándome a la pared.

Esto se pone interesante... Saco mi lengua, y despacio, la paso por sus labios. Me pongo a cien y él, creo que también, el bulto en sus pantalones me da la razón. Pero Izan no está por la labor y terminamos marchándonos, abrazados saliendo del restaurante, como si fuéramos una pareja normal. Me encanta sentirme así, así que propongo hacer algo con nuestros amigos.

—¿Te apetece que está noche quedemos para cenar con Vanesa y Miguel? Supongo que...

—Supones mal —me corta dejándome con cara de tonta.

—¿Perdón? —Lo miro extrañada.

—Te quiero para mi sola —contesta tajante, serio, observando como el color de mi cara cambia.

“Te quiero para mi sola” ¡Dios, dios, dios! No puedo evitar ponerme roja como un tomate, ¡por dios! Estoy haciendo el ridículo. Esa frase acaba de producir un tsunami de calor por todo mi cuerpo.

—Para ti sola me tendrás —le planto un beso con lengua haciendo que su respiración se acelere al igual que la mía. Siento la humedad que produce mi excitación. ¡Dios, me va a dar algo! Izan acaricia mi mejilla y se separa para mirarme. Siento que me va a dar un síncope, ¡por dios!, esto no pasa en los libros, es imposible poder explicar una

cosa así.

Decide traerme al centro de Madrid, lo tengo muy visto, pero no me importa. Estar a su lado e ir abrazado a él, es lo mejor que puedo hacer, ya sea en el centro de Madrid, que en el patio de mi casa, el caso es estar a su lado.

—¿Por qué no me cuentas algo de ti?

Lo miro divertida y me río.

—¿Y qué quieres saber de mí? —Daba por hecho que lo sabe todo sobre mí, incluso cosas que ni yo misma sé, y después de las cosas que hemos vivido, sin querer como quien dice, me extraña esa pregunta.

—Todo —besa mi cuello y noto mi cuerpo deshacerse.

—La verdad es que no tengo mucho que contarte, no me pasan cosas emocionantes, salvo las que ya has vivido —me río por no llorar, porque pensar lo que pasó en mi pueblo me produce un bochorno impresionante.

Caminamos entrando en una calle que nos lleva hasta la plaza mayor y al final termino rajando sobre mi vida. Me escucha atento, lo que en un principio me hace dudar si me estoy pasando o no hablando, me desconcentra, de hecho, tiene sus ojos azules clavados en los míos y no puedo evitar sentirme nerviosa y tentada de besarle al mismo tiempo. Me da hasta vergüenza contarle las tonterías que le estoy contando, porque realmente no le estoy diciendo nada importante, aunque luego terminé hablando de mis abuelos. No sé cómo he podido saltar de una conversación a otra sin darme cuenta. Le cuento cómo perdimos el día de navidad, hace ya ocho años a mi abuela y de cómo mi abuelo, al final se fue tras ella a la semana, cuando la pena lo consumió.

—Lo siento, Zara.

—Bueno, no estamos en este mundo eternamente —termino diciendo con un nudo en la garganta.

—Desde entonces, las Navidades nunca han sido las mismas, mi padre sale a cenar, a comer y se mete enseguida en su despacho a escribir —Por un momento la imagen de mi padre se pasea por mi mente, pienso en él.

—Tal vez lo use como terapia —Me sorprende Izan con su respuesta. Me está escuchando y eso, es muy importante para mí.

—Tal vez tengas razón —Digo finalizando el tema, ya no quiero hablar más. Ahora quiero saber cosas de él, quiero saberlo todo.

—Háblame de tus padres —Pregunto curiosa haciendo que resople. Ahora le toca a él rajar un poco, yo ya tengo la boca seca.

—Ya conociste a mi madre —Se toma un pequeño respiro—. Mi padre cayó enfermo de cáncer de hígado, se nos fue en un abrir y cerrar de ojos. Era muy estricto e irritable y siempre estábamos peleando, pero lo quería con locura —Se queda en silencio un segundo y me mira de forma triste —Se fue antes de que pudiera decirle lo mucho que lo quería.

Se me parte el alma y siento su pena.

—Tu padre se fue sabiendo que lo querías ¿Qué padre piensa que su hijo no lo quiere? —Acaricio su mejilla con cariño y termino dándole un beso suave en los labios.

Prosigue hablando.

—Por eso, siempre he sido yo, quien se ha encargado de salvar la empresa, que tantas veces mi hermano ha estado a punto de echar a perder.

—¿Por qué estudiaste económicas? —cambio de tema, evitando que Izan se sienta peor de lo que noto que se siente.

—Siempre fui ambicioso Zara —Se echa el pelo hacia atrás, de manera provocativa. ¡Ay, dios! —Mi padre quería que me dedicara y sacara adelante la empresa de consultoría, pero yo quería aspirar a más con tal de llevarle la contraria. Mi hermano fue quien quiso hacerse cargo de la empresa, y antes de que callera enfermo, le propuse a mi padre trabajar con él y aceptó. Estuve trabajando unos meses, quería meter la empresa en bolsa, hacerla más importante, y justo cuando mi padre decidió incluirme en el testamento como segundo administrador, se puso enfermo y se fue.

Me quedo mirando a Izan en silencio, escuchándolo atentamente, creo que acaba de soltarme algo que llevaba mucho tiempo guardando dentro y no sé cómo sentirme al respecto, como ayudar a que se sienta mejor. Daría lo que fuera por eliminar ese dolor, que por la forma de contarlo, sigue haciéndolo sufrir.

—Y ahora... —Se para en mitad de la calle sin dejar de mirarme — después de todo lo que ha pasado, ni mi ingenio, ni mis conocimientos, han servido para salvar la empresa, todo ha sido gracias a ti ¡Zara!

—¿Y no hubiera sido más fácil, haberle comprado a tu hermano la mitad de la empresa? —No puedo creer que no hubiera tenido otras opciones. Ladea la cabeza y esboza una ligera sonrisa mientras no deja de mirarme.

—Mi hermano es un cabrón. No me lo ha puesto fácil, y al final—. Su sonrisa se ensancha contagiándome a mí —No sabes la satisfacción que supone, haber conseguido formar parte de la empresa, sobre todo, sabiendo que él, no ha tenido opciones.

Mi mente formula varias preguntas y dudo si quedarme o no callada.

—¿Y todo lo que te has gastado para sacarla adelante? —¡Joder, no puedo estar callada!

—No he perdido dinero Zara, al revés, he conseguido algo más importante que todo eso.

Inocente le miro.

—¿El qué? —Izan pone los ojos en blanco.

—A ti.

¡Dios, me lo como aquí mismo!

Me acerco a él y lo beso con ternura, con pasión. Por un momento, siento que tiempo se ha parado entre nosotros, hasta que alguien se acerca y lo pone en marcha.

—¿Quiere flor señorita? —¡Me cago en todo lo que se menea! Un hombre indio con un montón de rosas, que casi nos las mete por los ojos, interrumpe nuestro perfecto momento. ¡Mierda!

Miro a Izan, Izan mira al hombre, y cuando veo que asiente con la cabeza y sonrío, me quiero morir. Saca su cartera de la parte de delante de la chaqueta. No puedo evitar querer desaparecer en ese momento. ¡Por favor, que me muero de la vergüenza! No sé hacia donde mirar. El hombre le da la rosa más bonita, la más grande, de un color rojo intenso a Izan, qué sin dejar de mirarme, como si me declarara amor eterno, me la entrega. La cara me arde, ¡la madre que lo parió!

Sonrío con una cara de lela total y cojo la rosa, la huelo con intensidad y beso a Izan con ternura.

—¡Gracias! —Susurro. Es lo más bonito que me han hecho nunca.

Entramos por fin a la plaza mayor que está repleta de gente que mira curiosos los puestos que han montado. ¡Hay de todo! No puedo evitar mirar asombrada a esas personas que hacen verdaderas obras de arte en con cualquier objeto, algunos hacen verdaderas maravillas con solo una lata de refresco y otros pintan baldosas, chapas, con dedos o ceras ¡Es increíble! Me pregunto varias veces, que narices hacen en la calle, con ese potencial y habilidad que muchos no tienen.

No puedo evitar quedarme encantada mirando a una chica joven, dibujar una bonita Luna junto a un pequeño lago iluminado por la luz que desprende. ¡Dios, es precioso! Me quedo mirando a la chica que sonríe, intercambiamos alguna que otra mirada. Miro el cartel que tiene junto a su perro, un precioso “*Pastor Alemán*” que está tumbado, contemplando a su dueña. “*Solo quiero pagar mis estudios*” leo en el cartón.

Izan se queda mirando al ver que me he quedado parada, mirando el cuadro. Parece tan real. La luna es gigante, rodeado de estrellas sobre un tranquilo lago. ¿Cómo pueden hacerlo tan bien? Estoy a punto de preguntarle a la chica el valor de ese bonito cuadro, cuando escucho a Izan preguntar lo mismo.

—¿Cuánto pides por él?

La chica sigue pintando.

—La voluntad —dice tímidamente.

Izan me mira, yo lo miro a él y le digo.

—Quiero comprarlo.

Izan clava sus impactantes ojos azules en mí y con una serenidad que me excita, se acerca y me dice:

—Y yo quiero comprártelo a ti —sonríe.

Por dios, que me como a este hombre en la misma plaza mayor, sin importarme quien nos esté mirando.

—Izan, quiero comprarlo, en serio—. Me planta un beso y me quedo sin habla. Está claro que se va a salir con la suya.

—He dicho que te lo compro yo—. Me dice tajante, así que no tengo nada que hacer. Miro a la chica colorada como un tomate, al ver que me mira sonriendo.

—¿En qué te inspiras para pintar estos cuadros? —Le pregunto a la chica mirando los otros cuadros que tiene pintados, son muchos, la verdad.

—En las personas —me aclara—, este por ejemplo, está inspirado en ti — me dice señalando el cuadro que quiero y que ha terminado de pintar, dejándome blanca como la leche.

—¿Y... —no me salen las palabras —cómo puedes hacerlo tan rápido? —Me encojo de hombros y completamente alucinada, miro a Izan. La chica no sabe que contestar y ella se encoge de hombros también mientras dibuja una pequeña y tímida sonrisa en sus labios.

—¿Por qué una luna? —Curioso, Izan se acerca al cuadro, creo que está tan impresionado como yo.

La chica vuelve a sonreír, me mira, le devuelvo la sonrisa y luego desvía su mirada hacía Izan.

—Apuesto lo que sea —me señala la chica —a que ella te transmite serenidad, tranquilidad, paz, seguridad, y seguro que cada vez que la miras, más lo sientes.

Se me para el corazón en cuanto oigo a la chica. Desvío mi mirada al suelo y no puedo evitar sonreír, eso mismo siento yo cuando estoy con él. ¡Joder! Se me ponen los pelos de punta y todo. Trago saliva y de nuevo mi cara arde como si fuera fuego. Estoy colorada como un tomate y miro a Izan que se ha quedado como yo, sin palabras. ¿Sentirá Izan lo mismo? Sin mediar palabra, Izan se acerca a la chica y le dice algo, pero no sé el qué, y me muero de la curiosidad. Lo único que veo es a la chica negar con la cabeza, colorada como un tomate. Extrañada los miro a los dos.

—¿Qué le has dicho? —Pregunto curiosa en cuanto Izan se acerca a mí.

—Le he ofrecido una cantidad considerable por el cuadro.

—¿De qué cantidad estamos hablando? —Pregunto, dispuesta a subir la cantidad que el haya ofrecido, tal vez haya sido poco, la chica ha negado enseguida con la cabeza.

—¿Realmente quieres saberlo? —Agarra mi cintura y me da un suave beso en la mejilla.

—¡Claro! —Contesto. Izan vuelve a reírse.

—Me he ofrecido a pagarle la carrera —Me lo quedo mirando.

¡No me lo puedo creer! ¿En serio Izan haría eso, se tomaría tantas molestias? Me quedo petrificada, no, petrificada es poco, esto no se puede explicar, no me puedo mover del sitio ahora mismo, ni siquiera puedo mover una pestaña.

—¿En serio harías eso? No la conoces de nada Izan, ¿y sí...? —Comienzo a decirle nerviosa, creo que esto es demasiado.

—Zara... —me coge de la cara, en este instante dudo si estar soñando o no—. Ha acertado con el cuadro, además, si no me equivoco tienes una luna tatuada cerca de tu ombligo —Me dice.

¡Vaya! que observador. La chica termina el cuadro y me lo ofrece.

—¡Es un regalo! —Me dice la chica, avergonzada, colorada como un tomate. ¡Dios, esta se pone más roja que yo! De repente me entra la risa tonta. Lo último que quiero es que la chica piense que me estoy riendo de ella, estoy tan nerviosa, que me cuesta más de lo normal poder parar, así que al final me pongo a pensar algo desagradable, para que se me corte.

—Creo que no te he dejado claro la oferta. —Izan, ¡por dios! Lo miro de nuevo alucinada, no está de broma. Mientras Izan habla con la chica, decido ir a por unos cafés para los tres, a un restaurante cercano, y regreso. Charlamos con ella, es simpática, agradable y se la ve buena gente. Se llama Inma y está estudiando psicología, está en segundo año y las cosas en casa, después de que sus padres se quedaran sin trabajo por esta maldita crisis, no pueden costearle la carrera, por eso en su tiempo libre, pinta, es una afición desde que era niña. Se me parte el alma escucharla hablar. Está claro que no todos tenemos la misma suerte. Mi hermana pudo sacarse la carrera al igual que yo, sin ningún tipo de problemas. En casa no es que haya sobrado el dinero, pero sí que es verdad que tampoco ha faltado, gracias al trabajo de mis padres y eso, que ser escritor no está tan valorado en España como en otros países. Hoy, se podría decir, que no te da ni para pipas dedicarte a esta profesión, a no ser claro, que vendas mucho o que las editoriales apuesten por ti.

La chica nos explica que ella tampoco lo tiene fácil para buscarse la vida. Ahora mismo le han aceptado la beca que podrá ayudarle con sus estudios, por lo menos este año, pero no puede aceptar ningún trabajo, aunque solo sean por unas horas, porque se la cancelan.

—Menuda putada —contesto algo molesta, poniéndome en su lugar.

La chica nos da el cuadro, pero rechaza la oferta que Izan le ofrece. Sé que Izan puede

permitírselo. Pero aun así, me parece demasiado, y muy, pero que muy bonito de su parte. Pero Entiendo perfectamente a la chica, yo tampoco aceptaría nada de un desconocido y menos en su situación. Como dice mi madre, a veces la gente que más necesita, son las que menos pide.

—No deberías dejar pasar esta oportunidad —término diciéndole a la chica —y te entiendo perfectamente, créeme.

Dejo a Izan hablando con ella, mientras intenta convencerla y me acerco al perro, que se deja acariciar. Sé que no tiene nada que ver con Rufo, pero termino acordándome de él.

—¡Zara! ¿Nos vamos? —Me llama Izan, después de unos minutos. Me despido del perro, de Inma que está emocionada y nos marchamos de allí con el cuadro, que significa mucho para mí.

—¿Te ha dicho que sí? —Le pregunto en cuanto nos damos la vuelta.

—Bueno, no ha dicho un sí rotundo y al final he terminado cediendo. Me pondré en contacto con la universidad en la que estudia y haré todo lo que esté en mi mano para que termine la carrera y no tenga que preocuparse de nada.

¡Dios mío, qué bonito!

Aprieto con fuerza la mano de Izan sin poder decir nada. Todo es tan mágico.

—Mira lo que has hecho —Me dice dejando el cuadro con cuidado en el maletero.

Lo miro extrañada, reprimiendo una sonrisa.

—Has hecho feliz a una desconocida —me aclara.

Beso esos labios suyos que a gritos me llaman.

—Yo no he hecho nada, has sido tú—. Respondo sin dejar de besarle. —Solo espero —suelto una carcajada —que esto no se convierta en una costumbre.

Izan se separa de mí.

—¿A qué te refieres?

—A que no puedes ir pagando la carrera a todo el mundo, solo porque quieres

comprar algo para mí.

—Mira el cuadro —dice, señalando una pequeña frase junto al nombre de la chica. “Y llegaste tú” Leo.

—Y llegaste tú —Susurro pasando mi dedo por el relieve de la frase, que se ha convertido en un te quiero para nosotros. Por lo menos, es así como lo siento yo.

Miro a Izan emocionada y subimos al coche. Este día está siendo maravilloso, no sabría cómo describirlo. Observo a Izan mientras conduce, la música de fondo se convierte en la melodía de este momento. Eclipsada lo miro hasta que noto como la velocidad se reduce y la luz se vuelve oscura, vamos por un túnel.

Izan me mira, yo lo miro a él con deseo.

—¿A dónde me llevas? —Pregunto excitada, posando mi mano en su muslo.

—A uno de los hoteles, con las vistas más impresionante de todo Madrid.

Giro mi cabeza y me doy cuenta que vamos por el túnel subterráneo que da acceso a “*Eurostars madrid tower*”

—¿En serio?

Izan asiente con la cabeza, sonrío y reduce la velocidad entrando en el parking subterráneo. Aparca junto a una caseta, donde un chico joven sale. Bajamos del coche, yo permanezco en silencio, observando a Izan que coge con cuidado del maletero el cuadro, y el chico sube en el coche y se marcha. Sonríe en cuanto se acerca a mí, coge mi mano y agarrados, nos dirigimos al ascensor. Pienso mil cosas que hacer mientras esperamos, pero para mi sorpresa las puertas del ascensor se abren y no estamos solos.

Izan.

La miro, ella me mira a mí. Sonríe, no imagina las ganas que tengo de hacerla mía. Las ganas que tengo de escuchar gritar mi nombre salir de su boca, mientras la lleno de placer, mientras hago que se retuerza bajo mi cuerpo, mientras saboreo su delicioso elixir.

Las puertas del ascensor se abren, nos dirigimos a recepción, doy mis datos y la chica que nos atiende, tan amable, me da dos tarjetas de habitación. Dirijo mi mirada hacia Zara, que la encuentro observando todo emocionada, me encanta esa parte de ella, esa forma de mirar al mundo que tiene.

—¡Listo señor, Brown! Planta 27, puerta 15. ¡Que tengan un buen día! —dice la chica.

Cojo a Zara por la cintura pillándola desprevenida mirando unos cuadros y subimos por el ascensor.

Zara.

Salimos del ascensor entre besos, deseándonos el uno al otro. Buscamos el número de habitación, solo de pensar lo que me espera en cuanto entremos dentro, me llena de placer.

Entramos en la habitación. Es amplia, acogedora, con una combinación de estilo clásico y moderno... ¡perfecta, vamos! ¡Madre mía!, una enorme cristalera pone Madrid bajos mis pies. Me acerco y miro emocionada. Desde aquí puedo ver de frente casi toda la urbe de edificios, me quedo observando como una boba. La actividad de la ciudad y la cantidad de tráfico continuo. Me siento aislada del ajetreo y estrés de Madrid. A mi derecha observo casi toda la sierra que tantas veces me ha ayudado a desconectar del agobio del trabajo cuando salía a la azotea. Me giro y busco a Izan con la mirada, me doy cuenta que una de las paredes del baño es acristalada, y da al dormitorio. ¡Se puede ver todo! Lo miro divertida.

—¿Te gusta? —Pregunta Izan dejando su chaqueta sobre la enorme cama.

—¡Me encanta! Es preciosa —sonrí mirándolo con picardía.

Izan se pone frente a mí, roza su nariz con la mía.

—Pero tú, me encantas más —susurro mimosa, lo beso y sonrío.

Me desnuda lentamente. Me levanta del suelo sujetando mi trasero y me deja caer en la cama despacio. Se quita la ropa ante mi atenta mirada. Agarra su erecto pene y lo guía introduciendo la punta hasta el centro de mi húmedo sexo que palpita ante la necesidad de tenerlo dentro. Mi cuerpo se abre para recibirlo y se hunde en mi interior provocando maravillosas oleadas de placer que se reparten por todo mi cuerpo. Nos besamos, nuestras respiraciones se aceleran, entra y sale de mi cuerpo con ímpetu. ¡Dios, cómo me gusta!

—¡Sigue por favor! —Jadeo con un hilo de voz. Lo miro a los ojos. ¡Ay, dios!

—¡Izan! —Jadeo extasiada. Arqueo mi cuerpo bajo el suyo, a punto de romperme en mil pedazos del gusto que estoy recibiendo. ¡Esto es increíble, todo él es increíble! Solo espero no despertar nunca.

Noto como mi cuerpo se tensa para recibir esa maravillosa sensación. Lo vuelvo a mirar, veo como se muerde el labio, cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, preso del placer. Grito su nombre recibiendo el mayor e intenso orgasmo de mi vida. ¡Dios!

Nos quedamos en silencio, abrazados.

Izan.

Son miles de preguntas las que formula mi cabeza mientras la acaricio. Lo que siento por ella es tan fuerte, que me aterroriza meter la pata y perder lo que estamos empezando.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Acaricio su pelo.

—Claro, ¡dispara! —Divertida me mira.

—¿Por qué no me has hablado antes del diu? —Mi pregunta le ha sorprendido y se queda callada. Noto como su cara cambia de color. ¿Será posible?

—¿Por qué tendría que decírtelo? ¡Hola, fóllame y si quieres, córrete dentro, no te preocupes, no puedo quedarme embarazada! No importa si cojo una infección, o una enfermedad—. Suelto una carcajada —no sé de qué te ríes, ¿qué pasa, si te llego a decir que tengo el diu? ¿Te hubieras ya corrido dentro desde el primer día? —Comenta molesta.

No era mi intención que se sintiera molesta, la pregunta se me ha ocurrido de repente.

—No, claro que no. Solo era curiosidad, no sé—. Me la quedo mirando, acaricio su mejilla con cariño y le doy un suave beso en los labios.

—Pues eso, que tengo el diu. Solo llevo un año con él, así que, aún me quedan cuatro años de protección—. Me guiña un ojo, parece que el mosqueo se le ha pasado.

—¿Tienes pensado tener hijos, algún día? —Pregunto curioso, sin saber por qué.

Zara se me queda mirando algo avergonzada.

—¿Soy una rara, si te digo que no? —Se encoge de hombros y se pone algo tensa apartando la mirada.

—No, claro que no —Agarro su cintura y la atraigo hacía mí.

—¿Y tú? —Me pregunta haciendo que la mire. Creo que Zara saca lo mejor de mí, la parte más sincera que haya tenido nunca, incluso conmigo mismo.

—No lo descarto, si te soy sincero —Le aclaro, besando sus preciosos labios.

Paseo mis manos por su cuerpo desnudo, enseguida noto esa humedad que tanto me pone. Mi soldado no tarda en ponerse erecto, dispuesto a darle placer de nuevo a la mujer que me está robando todo en este momento

Zara.

Intento calmar mi respiración. ¡Dios! Este hombre va a acabar conmigo como siga así. Aun siento el orgasmo azotar mi cuerpo, me giro para ponerme frente a él y siento una pequeña sensación de placer entre mis piernas que me hace ronronear. Izan gira su cara rápidamente y me mira.

—¡No hagas eso!

Gimoteo de nuevo burlona, acercando mi cara hacía su pecho desnudo.

—No juegues, que te vas a quemar como sigas haciendo eso.

Gimoteo otra vez. Me estoy dando cuenta que me gusta provocarle. Me río en cuanto noto los dedos de Izan por mis costados, haciéndome cosquillas.

—¡Para! ¡Para! ¡Para, por favor! — Río a carcajadas, sin fuerzas para moverme y hacer que pare. Me duele la tripa de tanto reír. Izan sujeta mi cara y me planta un beso.

Enseguida mi cuerpo reacciona otra vez, y la risa se me corta en cuanto noto ese calor sofocante recorrer mi cuerpo. Pero su móvil interrumpe ese momento y me quedo a dos velas.

—¿Tienes hambre? —Pregunta mirando la pantalla de su móvil, cambiando la expresión de su cara.

—Un poco, la verdad—Lo observo. Doy por hecho que nuestra escena de sexo,

queda aplazada para luego.

Subimos al restaurante que se encuentra en una de las últimas plantas del edificio. Uno de los *maitre* que nos atiende, nos lleva hasta una mesa junto a la cristalera. ¡Menudas vistas! No sé el tiempo que hemos estado en la habitación, pero se me ha pasado volando. Espero que la semana no se pase igual de rápido.

—¿Te gusta las vistas? —Izan se sienta frente a mí. Está tan guapo, tan elegantemente sexi.

—Sí, ¡me encanta! Cada vez más —Contesto picarona, sin dejar de mirarle, refiriéndome a él. Para ser sincera, las vistas de Madrid son increíbles desde aquí, pero las vistas que él me ofrece, lo son aún más. Enseguida el camarero nos toma nota, Izan pide una botella de vino y yo pido, como siempre, mi refresco.

—¿Qué vas a pedir para cenar?

Me lo quedo mirando.

—A ti —Sonrío de forma perversa.

Se inclina en la mesa.

—Tú eres mi postre, así que shhh —Pone su dedo índice sobre mis labios haciéndome sonreír.

—Haber si luego eres tan chulito y me dices lo mismo en la habitación—. Le reto haciéndole reír.

El camarero regresa. Pedimos lo que queremos tomar para cenar y veo a Izan coger su móvil, se pone tenso, nervioso diría yo.

—¿Te importa? —Pregunta levantándose de la mesa.

—No, claro que no.

Miro a mi alrededor mientras espero a que Izan vuelva. Mientras espero, llamo a mis padres y emocionada, le cuento que estoy con Izan. Me padre se alegra, noto como sonrío cada vez que le cuento como me siento. Termino de hablar con él y mando un mensaje a Vanesa, le pregunto qué tal el día, que si está más tranquila y le cuento que estoy con Izan y que no voy a ir por casa. Pero no obtengo respuesta alguna por su parte y me quedo como una tonta, mirando la pantalla durante varios segundos.

Comienzo a fijarme en el restaurante, un amplio comedor en el cual, a pesar de que está lleno, todo está tranquilo, mientras de fondo se escucha una música relajante. Todo el mundo va vestido elegantemente, y yo aquí, con mis pintas, en vaqueros, mi camiseta negra que me regaló mi padre de su grupo preferido “Obús”, y con un moño despeinado en lo alto de la cabeza. ¡Vamos, que de aquí a Cibeles!, me río yo sola.

El camarero trae los platos, Izan aún no ha regresado y son muchas las cosas que se me pasan por la cabeza. Cosas en las que intento, mejor, no pensar, aunque el miedo hace que sea imposible. ¿Quién le llama a estas horas?

—Qué aproveche—. El camarero sonrío y se marcha.

El día de hoy ha sido perfecto para mí. Cuando estoy a su lado es perfecto. Y doy por hecho, que no soy la única a la que le ha parecido perfecto. Para Inma también. Izan ha cambiado la vida de esa chica, y ella, sin saberlo, me la ha cambiado a mí, ha sacado lo mejor de Izan y eso ha hecho que mis sentimientos sean más fuertes hacia él. Es tan perfecto que parece de mentira.

Miro mi plato, el de Izan. Coloco bien los cubiertos. La espera se me está haciendo eterna. Me centro en las vistas, la Luna mira hacia aquí, y la observo ensimismada, hundida en mis pensamientos más profundos, hasta que Izan aparece y respiro aliviada al verlo de nuevo.

Está pálido y puedo ver en cuanto se sienta con el reflejo de la luz, las dos gotitas de sudor que tiene en la frente, parece que está nervioso, preocupado, tenso, no lo sé, a lo mejor soy yo que estoy sacando las cosas un poco de contexto. Lo miro.

—¿Estás bien?—. Preocupada sigo mirándolo.

—Sí, no te preocupes. Era... —Sonríe. Noto como intenta disimular su nerviosismo —Era mi hermano, no te preocupes.

—¿Ha pasado algo?

—No, no. Todo está bien. Solo era para informarme de que se van a realizar algunos cambios en la empresa.

—¿Está trabajando? —Extrañada cojo mi vaso y doy un trago.

—Sí. Por eso me he tomado la libertad de que tuviéramos una semana libre los dos, no hay mucho que hacer, y él podría hacerse cargo. Mejor ahí metido en su despacho, que

en casa todo el tiempo, ¿no?

—Sí, supongo—. Dejo el vaso sobre la mesa—. ¿Y qué clase de cambios ha hecho?

Izan me mira cogiendo el cubierto que tiene a su derecha.

—El próximo Lunes, podrás verlo todo tu misma—. Me guiña un ojo divertido.

Izan.

Dejo a Zara disfrutar en el Jacuzzi un momento y con la excusa de que me he dejado el cargador del móvil en el coche, bajo al parking. Allí me está esperando Marta, no me puedo creer que me haya encontrado justamente hoy y en el restaurante. ¡Joder, que puta situación! Espero que Zara no se haya dado cuenta. La verdad es que la llamada de Marta, cuando me ha visto, me ha pillado desprevenido.

Estoy nervioso. Salgo del ascensor y me la encuentro apoyada en la pared. Se gira para mirarme y sonrío mientras me voy acercando a ella. La miro serio, no tengo ganas de jueguecitos.

—Yo también me alegro de verte. No sabía que te encontrarías en este hotel acompañado de tu nueva princesita —se acerca —dime, ¿ya te has olvidado de mí? —Se inclina enseñando su generoso escote dispuesta a darme un beso.

—Marta ¡No! — Doy un paso atrás.

—¡Joder Izan! ¿Qué le has jurado, amor eterno? A ti nunca te ha importado estar con una chica, siempre has dejado que me acerque a ti, o incluso hemos jugado los tres juntos. ¿Ahora qué pasa?

Resoplo y molesto le digo;

—Zara me importa, eso es todo.

—Sí, sí, sí. Ya me lo dijiste antes. Pero no pensaba que fuera cierto. ¿Entonces, ahora qué? ¿No podremos vernos porque estas con ella, o algo así?

—No, claro que no —me pongo nervioso, Marta es una buena amiga y se suponía que los dos teníamos las cosas claras. —Solo que, no podremos vernos como lo hacíamos antes, ¿lo entiendes verdad? —Me mira molesta—. Creía que teníamos las cosas claras, no te comportes como Bárbara ahora tú también.

Resignada me mira.

—Tienes razón, lo siento. Es que llevo unos días... —Suspira y no puedo evitar acercarme a ella para darle un abrazo. —¿Tanto te importa esa chica? —Dice finalmente.

Sonrío sin darme cuenta pensando en Zara.

—Mucho, Marta. ¡Es increíble!

—Me alegro mucho por ti, Izan. En serio —Nos damos un abrazo.

Al cabo de un rato, subo tranquilo hasta la habitación, estoy tranquilo después de haber hablado con Marta a solas y cara a cara, no por el móvil. En cuanto entro a la habitación, me doy cuenta que la luz del baño está apagada, camino más adelante y veo a Zara, tumbada en la cama, mirando la ciudad.

—¿Qué haces aquí? —Me acerco hasta ella y acaricio su pelo húmedo.

Se da la vuelta molesta y me pregunta.

—¿Dónde has estado?

—Te dije que iba en busca del cargador—. Ni siquiera sé el tiempo que ha pasado, ¿Cuánto, diez minutos, quince?

—¿Has ido al coche? —Sus ojos brillan.

—Sí, claro que he ido al coche en busca de mi cargador —me río nervioso. — Después de volverme loco buscándolo, me he acordado que lo guardé en uno de estos cajones—. Abro el cajón, donde guardé nada más llegar el cargador y lo balanceo en el

aire —Me despistas Zara —consigo que sonría.

—¡Eres tonto! —Me dice riéndose, se incorpora y me da un suave beso en los labios.

Deja caer la toalla que cubre su cuerpo. Sin apartar sus ojos de los míos, se dirige hacia el baño. Con deseo, comienzo a quitarme la ropa, desnudo me acerco hasta la puerta del baño, donde veo a Zara de espaldas jugar con el agua. Se da cuenta de mi presencia, me mira de forma provocativa y entro excitado dentro del jacuzzi. Me coloco tras ella y la abrazo, a pesar de las ganas que tengo de entrar en su cuerpo.

—Que bien que se está aquí, ¿verdad? —Zara hecha su cabeza hacía tras apoyándola en mi hombro.

Aprovecho para besar su delicioso cuello.

Acaricio cada parte de su cuerpo, despacio, con mimo, está tan suave. No sé cuánto tiempo voy a poder aguantar, mi cuerpo está pidiendo el suyo a gritos.

—¿Te apetece jugar a un juego? —Paso su lengua por su oreja mientras pellizco con suavidad uno de sus pezones que enseguida se pone duro.

Se da la vuelta, humedece sus labios y me mira con esos ojos azules atravesando los míos.

—Sí —Intenta besarme.

—No, no, nada de besos. En el juego no nos podemos besar.

—¡Pues vaya mierda juego! —Replica juguetona, sonriendo.

—Quiero ver cómo te tocas delante de mí. Que me seduzcas, quiero que me calientes.

—¿Perdona? —Pregunta colorada como un tomate.

—Ponte frente a mí. Quiero que hagas lo que te diga—. Se queda en silencio, pensativa pero termina haciéndome caso. Se levanta, y juguetona, intenta provocarme con movimientos sexuales, pero aguanto como un campeón su provocación.

Sale del Jacuzzi y se sienta justo enfrente. Se abre de piernas despacio y las coloca en

el filo del Jacuzzi. Hace lo que le pido, me calienta, me provoca. Acaricia sus muslos despacio, mirándome de forma provocativa. Sus manos se deslizan por su cuerpo, estruja sus pechos, juguetea con sus pezones. ¡Joder, estoy muy empalmado! La boca se me hace agua, y lo sabe. Sus manos bajan por su cintura, por sus muslos de nuevo, abre más y más sus piernas y toca su sexo húmedo, abre su vagina, chupa su dedo índice juguetona y lo introduce en el interior. ¡Joder!

Cierra los ojos, está claro que sabe darse placer así misma, saca el dedo de su interior, no me quita los ojos de encima y acaricia su clítoris. Sus ojos se cierran de nuevo y excitada, soltando un pequeño gemido, me mira.

—¿Qué te parece, si entras aquí de nuevo? —Interrumpo su momento. Se ríe, se levanta despacio y entra en el jacuzzi colocándose ahorrajadas, la tengo tan dura... Con un movimiento me hundo en ella y se balancea.

—¿Te gusta así? —Esboza una sonrisa traviesa.

—Te va a gustar a ti, más. ¡Créeme! —Susurro agarrándola fuerte de las caderas, encajando a la perfección.

—¡Joder, Izan! —Jadea con un hilo de voz, que me hace gracia. La miro, sus ojos están cerrados. Beso su cuello, muerdo despacio sus labios, me acerco a su oído y con tal de provocarla aún más, le digo;

—Imagínate que hay alguien que nos está mirando desde la puerta —excitada, abre los ojos y me mira.

—¿Y qué va a hacer? —se balancea despacio, muerde su labio inferior. ¡Joder, no sé cuánto voy a aguantar!

—Solo mirar. ¿Quieres que se acerque a nosotros? ¿Quieres que le diga que venga y que te folle?

—Sí, díselo —Jadea.

—Quiere follarte y no parar —le sigo diciendo.

La levanto, quedo tras ella y hago que doble su cuerpo. Agarro su cintura, y me hundo en ella de nuevo.

—Así —la agarro con fuerza y entro y salgo de su cuerpo sin parar, sin descanso.

Las imágenes de la noche en casa del señor Coleman, reaparecen. Recuerdo como la tocaba, como la besaba y una curiosa furia se apodera de mí. La penetro fuerte una y otra vez. Noto como tensa su cuerpo, como se agarra a la pared y grita mi nombre, arqueando su espalda, poniéndose de pie de nuevo, dándome acceso a su cuello. La empujo hacía abajo, la penetro fuerte una última vez y siento ese placer repartirse por mi cuerpo. Salgo de su cuerpo con cuidado después de unos segundos.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —Soy consciente de lo bruto que he sido. Zara sonríe con las mejillas sonrojadas, niega con la cabeza y entre besos, sin dejar de tocarla, terminamos nuestro baño.

Zara.

Me despierto sola en la cama y me estiro como si se me fuera la vida en ello. ¡Dios, me duele todo el cuerpo! Las escenas que tuvimos anoche de sexo pasean libremente por mi cabeza y no puedo evitar, de nuevo sentirme excitada y feliz al mismo tiempo.

Creo que es la primera vez que puedo decir que me duele el cuerpo de tanto practicar sexo. ¡Increíble! Me acuerdo de mi amiga Vanesa y me río. Toco mis labios que aún están hinchados por los deliciosos besos de Izan y cierro los ojos un instante, pensando en él.

Me pongo una camiseta y me acerco a la ventana.

—¡Buenos días, Madrid! —Sonrío como una tonta. Creo que me he enamorado de las vistas que me ofrece este lugar.

—¿Lista para recibir un buen desayuno? —Izan me sorprende saliendo del baño, sonriendo, iluminando todo en mi interior.

Los días pasan casi sin darme cuenta. Solo de pensar que en nada vuelvo a mi rutina me deprimó. Estoy tan a gusto con él. Lo miro atentamente mientras hace unos largos en esta enorme piscina.

—¿No te animas? —Pregunta divertido desde la otra punta de la piscina.

—No, no te preocupes —contesto sin apartar mis ojos de él.

Cierro los ojos por un momento, pensando en toda esta semana que llevo junto a él sin separarme ni un instante. A veces me pregunto por qué no hemos salido de aquí, por qué no me ha llevado a su casa, pero entonces entiendo, cuando me hace el amor que solo quiere estar conmigo.

Nunca me he sentido así, tan especial, tan cuidada, protegida. Me ha escuchado, me ha abrazado cuando le he contado la escena que viví con Rafa junto a Vanesa. Yo me reí, pero él se quedó callado, y al abrazarme, me di cuenta de muchas cosas, las cuales nunca había sentido. Hemos disfrutado toda la estancia en este maravilloso hotel, desde las maravillosas vistas que ofrece, como la terraza de la parte de arriba, el spa, los masajes, restaurante, la habitación... ¡Ay la habitación! Suspiro. Sobretudo disfrutar de Izan y dejar que el disfrute de mí. Nunca antes había imaginado que podría hacer todo lo que hemos hecho. Rafa se quejaba de eso exactamente, a veces me llamaba sosa, que no tenía chispa, que no entendía de que me servían tantos libros eróticos que leía, si luego no era capaz de practicar todo con él. Pero he comprendido, que con él no era yo. Con Izan estoy descubriendo a una Zara nueva, más segura de sí misma, que más se gusta a sí misma.

Ese es el truco, gustarse a sí misma para llegar a gustar a los demás. Izan saca lo mejor de mí.

Recibo un pequeño mordisco en mi cuello.

—¿En qué piensas, princesa? —¡Joder, princesa, me encanta! Sonríe.

—Pensaba en ti.

—¿Ah, sí? —Se pega apretando su cuerpo con el mío—. ¿Y en qué piensas exactamente?

Lo miro algo afligida.

—En que no tengo ninguna gana de separarme de ti.

—Yo tampoco —y me da un beso en los labios que me saben a gloria. No tardo en sonreír de nuevo, me aferro a su cuello.

—¿Recuerdas nuestro baño en el pantano? —Me dice pasando la mano por interior de mis piernas. Toca mi sexo.

—Claro que me acuerdo, no lo voy a olvidar—. Susurro besando sus labios.

—¿Quieres tener un bonito recuerdo de la piscina de este hotel? —Sube y baja las cejas divertido.

Miro a mi alrededor. No hay nadie, estamos solos, pero sé que hay cámaras, podríamos meternos en un buen lío.

Izan mete la mano por la braguita del bikini e introduce sus dedos en mi interior. Lo miro fijamente.

—¡Estás loco! —Beso sus labios, excitada, me importa un pepino quien pueda vernos en este momento.

—¡Es verdad! Estoy loco, pero por ti.

Saco su miembro y con cuidado lo introduzco en mi interior. ¡Dios como me gusta! Nos miramos fijamente.

—Izan... —Susurro.

—Qué —Muerde el lóbulo de mi oreja, poniendo mi piel de gallina mientras se hunde en mi interior.

—Te Quiero —Digo sin pensar, haciendo que los dos nos quedemos mirando.

Mi “Te quiero” se queda en el aire, Izan me besa con ganas, con pasión y me hace

suya en la piscina del hotel, donde sin importarme donde estamos, ni quien pueda vernos, ahogo un grito de placer, mientras lo abrazo con todas mis fuerzas.

—¡Madre mía! —Gimo

Siento su boca al lado de mi oído mientras su aliento me hace un ligero cosquilleo que me pone tontorróna.

—¿Te quieres casar conmigo? —Dice guasón.

Siento como el corazón se me para, por un momento he creído que me lo preguntaba de verdad. Cojo un poco de agua y se lo tiro a la cara, no puedo evitar soltar una carcajada y noto como el agua entra por mi boca. Nos echamos agua el uno al otro, mientras reímos.

—¡No, no! ¡Ya no más por favor! —Grito riendo.

—¿Cómo qué no? —Sujeta mis manos para que no pueda moverlas.

Tiene la cara empapada, algo que lo hace más sexy de lo que ya es. Sigue sujetando mis manos mientras me mira divertido.

Noto como me pongo colorada como un tomate. ¡Dios! ¿Por qué he tenido que decirle eso? Me ha pillado en un momento de debilidad, estaba excitada, muy excitada y apenada por el hecho de que hoy todo se acaba.

Solo me besa, y no puedo evitar, al ver que no habla, que mi “te quiero” sigue suspendido en el aire. Comienzo a sentirme como una autentica gilipoyas.

—¡Madre mía Zara! ¿Qué me estás haciendo? —Dice en voz baja, como si estuviera hablando para él.

Nos quedamos un rato dentro de la piscina, hasta que al ver que comienza a venir gente, decidimos salir. Me quedo mirando a una pareja que se adentra en la piscina. ¡Madre mía! Solo de pensar en lo que hemos hecho Izan y yo ahí dentro y que ahora le gente se esté bañando... me río yo sola.

—¿Crees que somos los únicos que hemos follado en esta piscina? Cada hora echan una sustancia que la deja libre de bacterias, gérmenes y de cualquier suciedad—. Me dice como si me hubiera leído el pensamiento.

Dos mujeres, apunto de entrar en la zona de Spa, que está justo al lado, se quedan

mirando descaradamente a Izan. Lo entiendo, de verdad. Está tan bueno el cabrón, que las entiendo.

Lo miro divertida, viendo cómo se coloca el albornoz. Tiene estilo para todo el muy jodido.

Se acerca a mí, me da un suave beso en la boca y los dos salimos de allí, hasta la habitación.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Me giro para mirarle a la cara.

—Puedes hacerme tantas preguntas como quieras—. Sonríe entrando en la cama. Solo nos quedan unas horas para dejar esta bonita habitación.

—¿Has ido a muchas fiestas como las del señor Coleman?

—Sí, Zara —resopla incomodo —Incluso hasta yo las he organizado —me mira fijamente a los ojos —¿Tú?

—No, bueno. La verdad es que después de lo que hizo Rafa, me entro la curiosidad y estuve en un local, pero no hice nada, solo miré.

—¿Te gustó lo que pasó en la fiesta del señor Coleman? ¿Te gustó la escena del Jacuzzi, cuando imaginaste que alguien podría estar mirándonos? ¿Te gustó la idea de pensar que otro te estuviera follando mientras yo, solo miro?

Trago saliva. Ya me ha puesto tontorrón de nuevo.

—Sí —Musito.

—¿Estarías dispuesta a repetirlo? —Izan acaricia mi hombro haciendo que mi piel se ponga de gallina.

—¿Tú? —Le pregunto a él, antes de contestar.

Se inclina en la cama y pasea su mano por mi trasero, hasta llegar a mi sexo.

¡Dios, como me excita!, noto como mi sexo se humedece, como palpita.

Saboreo sus caricias. Este hombre es insaciable y creo que yo también.

Hunde un par de dedos en mi interior y arqueo mi cuerpo, mis manos buscan su miembro pero Izan es más rápido y me las sujeta con fuerza. Me tumba sobre la cama, se levanta de la cama y se dirige hacia la silla, donde se encuentra su ropa. Lo miro de reojo, coge la corbata, ladea su cabeza con un lento movimiento y sonrío de forma perversa. ¡Ay ladrón!

—No te muevas —dice despacio, en un susurro.

Tapa mis ojos con una camiseta suya y me quedo quieta. Sus manos recorren mi cuerpo, abre mis piernas, mi sexo húmedo lo reclama, al igual que mi cuerpo, que mi boca.

—¿Te gustaría que alguien te tocara así? —Acaricia los labios de mi sexo e inclino mis caderas.

—Sí te mueves, no te toco—. Hago caso a lo que me dice y permanezco quieta, excitada.

Introduce dos dedos en mi interior y con la otra mano, acaricia mi clítoris. Aparta las manos, noto la punta de su miembro acariciar mi sexo y de nuevo me inclino en su busca.

—¿Te gustaría que te follaran por aquí? —Acaricia mi ano.

—Sí —Gimo excitada—. La punta de su miembro acaricia mi ano. ¡Joder!

Se aparta, sube sus manos por mi cuerpo, acaricia mis pechos y en cuanto noto su lengua pasear por mis pezones, arqueo mi cuerpo. Baja con su lengua hasta mi sexo y en cuanto noto su lengua pasear por mi clítoris, noto un ligero mareo y un placer recorrer mi cuerpo.

—¿Te gustaría que dos tíos te volvieran a follar? —El sigue con sus preguntas, volviéndome loca.

—No Izan. Quiero que seas tú el único que me folle, el único que me toque, el único que me proporcione placer. Solo tú—. Contesto ansiosa.

No hay movimiento, solo oigo mi respiración agitada, y de repente, una embestida me hace gritar de placer.

Izan está de rodillas, agarrando mis piernas mientras me embiste. ¡Dios lo que daría por poder observar su cara, por besarlo!

—¿Solo quieres que sea yo quien te folle? ¿Estás segura?

—Sí—. Contesto a punto de explotar.

—¿Por qué Zara? ¿Por qué?

—Porque... ¡Sigue Izan! —Estoy a punto de explotar.

—¿Por qué Zara?

—Porque te quiero —Un delicioso e intenso orgasmo rompe en mi interior haciendo que llegue al éxtasis. Noto como Izan eyacula en mi interior mientras gimotea.

¡Madre mía, otra vez un te quiero! ¿Pero que me pasa?

Izan sale de mi cuerpo despacio. Deshace la corbata, me quita la camiseta y me besa.

—¿Me quieres? —Me pregunta haciendo que me ponga colorada como un tomate.

—Yo... yo, bueno, sí —aparto la mirada avergonzada —a veces siento que te quiero, es una sensación extraña, pero es real—. Soy sincera con él. Ya que esa es la única verdad.

—¿Sabes una cosa? —Pega su nariz a la mía.

—Yo siento lo mismo, te siento mía. Quiero que solo seas mía Zara—. Noto como respira hondo, como si lo que acaba de decirme lo llevara tiempo reteniendo en su interior.

Creo que con esto último, hemos sabido más el uno del otro, y a decir verdad, me siento satisfecha.

Izan.

Agobiado, suelto el aire poco a poco. Miro a Zara que duerme plácidamente sobre mi pecho y acaricio su pelo. Me gusta mucho, nunca nadie me ha hecho sentir lo que ella está consiguiendo. Tal como lo ha dicho ella, es una sensación extraña. Pero me preocupa hacerle daño, no sería a la primera que rompo el corazón y solo de pensar que puedo terminar metiendo la pata, me destroza por dentro. Arrimo a Zara más a mi cuerpo, me encanta tenerla cerca, me da esa tranquilidad, esa ternura que tanto tiempo llevo necesitando. Cierro los ojos después de darle un beso en la frente y me quedo dormido.

Zara.

Abro los ojos al notar que Izan no está a mi lado. Me incorporo en la cama y me abrazo mientras adormilada, miro a mi izquierda, donde se encuentra la pared acristalada.

—¡Buenos días, Madrid! —Saludo como todas las mañanas desde que estoy aquí. ¡Qué pena me da abandonar todo esto! Justo cuando voy a levantarme de la cama, la puerta de la habitación se abre e Izan entra con una bandeja y una rosa roja en la boca.

¡Joder, que romántico! Se me cae la baba y me pongo tontorróna. Nuestras miradas se cruzan y sonreímos. Lo miro de arriba abajo, va guapísimo con su traje de chaqueta.

—Te he traído el desayuno—. Me ofrece la rosa, se inclina y me da un suave beso en los labios. No sé qué decir, estoy completamente atolondrada, sus detalles me encantan. No hay nada de aquel tipo vacilón que se quejaba constantemente mientras te daba cortes.

—Gracias—. Contesto tímida oliendo la rosa. Noto un calentón, en cuanto las imágenes de anoche se pasean por mi mente.

Después de desayunar, “el desayuno perfecto” y de hacer el amor de una forma tan intensa, terminamos saliendo del hotel. Hoy es el día, puto lunes. Pero no puedo sentirme más afortunada y feliz en este momento, lo que Izan me está haciendo sentir, no tiene precio y no lo cambiaría por nada en este mundo. He pasado la semana perfecta, junto al hombre perfecto.

He conocido muchas facetas tuyas que me han enamorado y lo he conocido más en profundidad. Lo quiero sí, sé que es una locura, pero es lo que siento.

Llegamos hasta la puerta que da acceso a las oficinas. Abro la puerta del coche sin ninguna gana.

—Bueno... —Suspiro —te voy a echar de menos—. Lo miro nerviosa y tímida al mismo tiempo.

Su sonrisa se ensancha.

—Me ha encantado estar contigo y... ¡Zara —Lo miro atenta —no me has defraudado para nada —me dice sonriendo.

No me puedo creer que me diga eso, ¡madre mía!, ¡me lo como! Se inclina y me besa. Rodeo su cuello con mis brazos, lo aprieto contra mí y lo vuelvo a besar.

Me despido de él con mucha pena y termino saliendo del coche.

Miro mi reloj, son casi las diez de la mañana, estoy frente al despacho de Luis, nerviosa, sé que tenemos muchas cosas de las que hablar y sé que me tocara aguantar sus estupideces, pero estoy preparada para mandarlo a la mierda las veces que haga falta. Al fin y al cabo le he salvado el culo y sé que sin mí esta empresa no es lo que es hoy en día. Me debe un respeto y si no lo tiene, le haré tomar de su misma medicina ¡Qué coño! Soy socia, me basta y me sobra para estar segura de mi misma.

Toco la puerta y oigo un “adelante” demasiado seco. Pongo los ojos en blanco y entro sin ninguna gana. Dejo la bolsa con mis cosas a un lado y me siento frente a él.

Luis me lanza una mirada demasiado desagradable, pero no logra intimidarme, hoy no.

—Aquí tienes el nuevo contrato. ¡Fírmalo! Serás la nueva directora de proyectos.

Miro hacía la mesa, donde me señala el contrato. Me lo quedo mirando sin saber por qué y el termina ofreciéndome un boli para terminar cuanto antes. Imagino lo dolido que debe estar, pero él solo se lo ha buscado, no puede echarme a mí la culpa, si es qué me la está echando.

—Tendrás un nuevo despacho, justo el que tenemos al lado, estarás al corriente de todos los movimientos de la empresa y... —se queda pensativo—. Espero no tener que darte un toque de atención.

Me río sin ganas y lo miro de la misma forma con la que él me mira a mí.

—Espero, como Directora de proyecto, no tener que ocuparme de hacer tu trabajo, como he estado haciendo todo este tiempo—. El corazón se me acelera ¡Que cojones tengo!

Ahora es él, quien ríe sin ganas.

—Podrás contratar a una secretaria o secretario, como tú veas. Te deseo suerte. ¡Lavas a necesitar!

Salgo del despacho con el contrato en la mano y me cruzo con Vanesa. Sin pensarlo voy tras ella.

—Voy a tomar un café, ¿vienes? —Pregunta dirigiéndose a la cafetería.

—Dame un minuto.

Me dirijo hacia mi despacho, o lo que antes era, la habitación de los ficheros y abro la puerta, algo emocionada. Aunque la emoción se disipa en cuanto entro. Una habitación vacía, es lo que me encuentro, con dos viejos muebles y un montón de carpetas con antiguos archivos. Miro por toda la habitación. La podrían haber preparado sabiendo que llegaba hoy, ¿no?... No, claro que no.

Dejo mis cosas a un lado y salgo, directa hacía el despacho de Luis. Llamo a la puerta y entro sin esperar a que me inviten a hacerlo.

—¿Necesita ayuda? —Pregunta dando la vuelta con su silla giratoria.

¡Gilipollas!

—¿Tengo que ocuparme del despacho yo sola? Ahora mismo es una habitación vacía —hablo indignada.

Mi jefe se hecha a reír.

—No querrá que yo me ocupe de sus cosas ¿No?

—No, pero podría haber tenido la decencia de mandar a que lo preparen, eso hará que me retrase con el trabajo, con los clientes. ¿Eso le interesa a usted? —Me cruzo de brazos mirándolo fijamente.

—Limitate a trabajar, ¿entiendes? Y no vengas a molestarme con tonterías sobre el despacho, haz lo que quieras, como si quieres poner un colchón para cuando venga mi hermano.

¿De qué coño va? Eso me ha dolido. Lo miro enfurecida y mordiéndome la lengua, salgo del despacho antes de lanzarle algo a su gran cabeza y dejarlo inconsciente.

Me dirijo a la cafetería, allí me espera Vanesa, tengo muchas cosas que contarle. Solo de pensar todo lo que he vivido esta semana, me quita las penas y la mala leche. Saludo a Gema que me prepara el mejor de los cafés y me voy hacía la mesa donde me encuentro a

Vanesa algo pensativa.

—Podrías haberme contestado alguno de los mensajes que te envié —le reprocho haciendo que me mire.

— He estado ocupada.

—¿Haciendo qué? —Le corto echando azúcar al café.

—Haciendo cosas. ¿Te has enterado de los cambios?

Niego con la cabeza mientras giro la cucharilla en el vaso.

—¿Qué tal tu nuevo despacho?

—¡Una mierda muy grande!. Me han dejado cuatro cosas y tengo que encargarme yo de todo.

—Si quieres que te eche una mano, ¡ya sabes! —Me dice mi amiga, mientras toma sus tostadas con aceite y tomate—. Ahora... —sonríe —cuéntame todo con pelos y señales, no te dejes nada en el tintero, que nos conocemos, guapa.

Me la quedo mirando y sonrío de forma picara.

Le cuento a mi amiga todo lo que Izan me ha hecho sentir durante esta semana, bueno casi todo, no soy de detalles.

—¿Entonces, estáis saliendo? —Ella sonrío, al igual que yo.

Me encojo de hombros.

—Creo que sí, aunque no se lo he preguntado.

—Tía, esas cosas no se preguntan, se saben y ya está—. Responde a punto de soltar una carcajada, levantándose.

—¿Y tú, que has estado haciendo? —Me levanto con ella y juntas nos dirigimos a la barra.

—En tu ausencia, me he hecho una nueva amiga—. Sonríe —Es amiga de Miguel desde hace años, se llama Marta.

Siento como mi estómago se encoje de golpe y apunto estoy de vomitar el café que me acabo de tomar.

—¿Qué te pasa? —Mi amiga se me queda mirando, me conoce demasiado bien.

—Nada. Creo que la conozco, si hablamos de la misma persona. Estuvo en la fiesta, en casa de la madre de Izan.

—Sí, me habló de ti. Pues está currando aquí desde la semana pasada, es la nueva secretaria de Luis.

Me quedo de piedra. ¡Vaya día! Trago saliva e intento tranquilizarme porque me va a dar algo.

—¿En serio? —No puedo disimular mi decepción. ¡Mierda!

—Sí, oye, ¿te ocurre algo? Te noto rara—. Vanesa se me queda mirando extrañada.

—No, nada. Tranquila. Solo que me ha pillado por sorpresa, creo que voy a tener que ponerme al día—. Me río para disimular mi disgusto mientras caminamos. ¡Ay dios!, me despido de mi amiga y me dirijo hacia mi despacho.

—Cierro la puerta y me apoyo en ella, intento respirar, porque noto como el aire no llega a mis pulmones. Miro la sala vacía, ésta habitación es demasiado grande para mi sola, demasiado silencio. Me acerco hacia la ventana que da justo a la parte de atrás. Me fijo que aún sigue en el suelo el paquete de tabaco que Izan tiro desde la azotea. ¡Ay Izan! El sonido de unos nudillos golpeando la puerta, me separa de mis pensamientos.

¡Gema!

—¡Vaya! Pero qué bien te lo has montado chica. ¡Un despacho para ti sola! —Gema entra sonriendo.

—¿Qué tal han ido tus cortas vacaciones? No me ha dado tiempo a preguntarte, te vi muy habladora con Vanesa y no quise interrumpir —La miro de arriba abajo, le sonrío y la abrazo.

Necesitaba un abrazo.

—Uff, demasiado cortas. Pero bueno, me ha dado para hacer el moñas—. Las dos nos echamos a reír. Omito el detalle de contarle la semana con Izan, no quiero que eso se convierta en el cuchicheo de la empresa, aunque sepa de primera mano que Gema no es de las que va contando las cosas por ahí.

—¿Tú? —Le pregunto.

—Me fui unos días a Asturias—. Hablamos durante unos minutos, me pone al día con algunas cosas que ha pasado, y claro está, Marta sale en la conversación. Parece que todo el mundo está muy contento con ella. ¡Mira tú qué bien! Yo no, y no puedo disimular las pocas ganas que tengo de encontrármela por aquí.

Me paso la mayoría de la mañana limpiando el despacho, ahora parece otra cosa. He llamado para que me traigan una nueva mesa y algunos estantes que he estado mirando por internet, y de paso he aprovechado para que se lleven los muebles viejos que no sirven para nada.

Pasa un buen rato, no sé qué hacer, no puedo trabajar ahora mismo, solo sé pensar y pensar con el contrato en la mano. Me siento desbordada, lo he leído como veinte veces. Es mucho trabajo, tendré menos tiempo libre y no me quedará otra que exigirles a mis compañeros con el tema de trabajo, si quiero que esto funcione.

Al cabo de un rato, decido llamar a casa, hablar con mi padre un rato. Hablar con él siempre me viene bien, me tranquiliza, pero nadie lo coge, así que dejo un mensaje en el contestador.

—Hola Papá. ¿Qué tal va todo? —Me acerco a la ventana—. Hoy he empezado a trabajar y... bueno, estoy esperando que me traigan algunas cosas al despacho nuevo y he pensado en ti. ¡Sí, papá! Un despacho para mi sola, ya te enviaré fotos. Y... cambiando de tema. ¿Qué tal tú manuscrito? Espero que lo estés ya casi terminando, bueno—, ya no sé qué más decirle—. Cuando llegue a casa te llamo, solo espero que todo esté bien, un beso, te quiero papá—. Evito nombrar a mi madre aunque me duela hacerlo. Tal vez no se lo merezca, pero ahora mismo estoy muy enfadada, bueno no, ya se me ha pasado, pero no puedo hacer como si nada hubiera pasado, sin que se disculpe primero.

Salgo para hablar con mis compañeros y me encuentro con Luis, nerviosa lo miro, no quiero encontrarme con Marta, un nudo se instala en mi estómago en cuanto lo pienso. Él se ríe, satisfecho mientras me mira. ¿Pero qué se piensa el gilipoyas éste?

Convoco una reunión para hablar y gestionar un nuevo proyecto. Casi todos mis compañeros están contentos con el ascenso, con que sea yo la encargada de llevar todo esto, y eso me ayuda bastante. Cuando todos mis compañeros se marchan a su puesto de

trabajo, le pido a Vanesa que se quede un segundo, me apetece hacer cosas con ella, la echo de menos.

—¿Te apetece que salgamos esta tarde para ir de compras?

Mi amiga se encoje de hombros y pone cara de disculpa.

—Lo siento, he quedado con Marta. Aunque... ¡Vente! Seguro que ella estará encantada.

—No, no. Ve tú.

—¿Por qué no te vienes? Es maja.

—La verdad es que me apetecía pasar tiempo a solas contigo, no importa, en serio —le digo intentando parecer algo animada.

Vuelvo al despacho, bueno, si se le puede llamar así, porque por ahora, esto parece una caja de zapatos. Respiro hondo en varias ocasiones y miro mi móvil constantemente esperando encontrarme algo que me diga que Izan está pensando en mí, pero no hay nada.

¡Madre mía! El día parece que no acaba y no he hecho nada productivo. Echo de menos a Izan, echo de menos estar con él, echo de menos todo de él.

Cerca de las tres de la tarde, me dirijo yo sola a comer ya que Vanesa ha quedado con Miguel. Aún no he visto a Marta por ningún lado, ¡menos mal! Como sin ganas y vuelvo al despacho al cabo de una hora.

—Zara, ¿Tienes un momento? —Luis llama mi atención justo cuando estoy a punto de entrar en mi despacho. Me doy la vuelta y lo sigo hasta el suyo.

Deja sobre la mesa varios documentos y me mira.

—Estos serán los nuevos clientes con los que tendrás que trabajar. Exigen mucho, así que ¿quién mejor que tú para darles lo que piden? —Se ríe. ¡Gilipollas! Yo también me río, pero de mala gana y por lo que le he dicho en mi mente.

—Aquí tienes —me ofrece una tarjeta color blanco—. Una tarjeta con el número de cuenta de la empresa, tienes un límite cada mes.

—¿Para qué? —Lo miro extrañada.

—Material, imagino que ese despacho necesita muebles nuevos, comidas con clientes, viajes, todo lo necesario para conseguir que los clientes terminen firmando el contrato que tú le ofrecerás. ¿Te parece bien? —Me mira fijamente a los ojos.

—Sí claro. ¿Siempre se ha hecho así? —Cojo la tarjeta y la miro. *¿Una tarjeta blanca? ¿Y que querías, una black?* Me rio yo sola, antes mis ocurrencias.

—Bueno, teniendo en cuenta que yo he sido el encargado de organizar todo—. Vaya esto sí que es de risa. *¿Él se ha encargado de todo?* —Me he visto obligado por los últimos cambios realizados por mi hermano—. Me mira y se sienta en su enorme silla de ejecutivo —y tu repentina incorporación como socia de la empresa, a empezar a hacer las cosas como es debido—. Vaya, noto cierto sentimiento de vergüenza por la forma que tiene de hablarme—. *¿Alguna duda?*

Me lo quedo mirando un instante.

—No, ninguna. Todo aclarado. Bueno, sí. He encargado que me traigan una nueva mesa de despacho y varios estantes, pero lo he cargado en mi cuenta.

—Paga de ahí—. Me aclara volviendo a su trabajo.

Salgo del despacho completamente aturdida, ese cambio de humor, ha sido una sorpresa para mí, ha estado, *¿algo majo?*

Nada más entrar en mi despacho encuentro a Izan, sentado junto al cuadro que me regaló colgado en la pared.

El mundo se para mí, en el instante en él que nuestras miradas se cruzan.

—Veo que tienes un despacho nuevo—. Dice en cuanto entro, imagino que es una manera de romper el hielo. Sonríe y no tardo en acercarme para besarlo. Lo echaba tanto de menos.

—Sí, bueno, aún queda mucho que hacer, pero sí, es mi despacho —sonríe como una boba sin dejar de mirarle.

Nos besamos.

—Te he echado mucho de menos, princesa. ¿Todo bien por aquí?

Lo miro algo sería.

—Sí, tu hermano tiene secretaria nueva, a Marta —Izan se pone tenso —¿Lo sabías?

—¡No!, no tenía ni idea. Pero no pasa nada, estate tranquila, es maja, en serio.

Si, bueno, ¡maja será para ti, listo! ¡Para mí no!

—¿Te apetece que cenemos juntos? —Pregunto apunto de besarlo de nuevo. Mi cuerpo arde y noto que el suyo también.

—Me ha surgido algo, y... —Coge aire—. ¡Lo siento Zara!

Resoplo, ¿algo más en el día de hoy?

—Bueno, no pasa nada —Me separo de él algo decepcionada.

Un incómodo silencio se adueña del ambiente, los dos nos quedamos mirando.

—Te he traído el cuadro.

—Queda perfecto aquí, junto a la ventana —digo mientras lo miro.

—¿No quieres llevarlo a tu casa?

—No, aquí pasaré más tiempo que allí, además mirando el cuadro es como si te tuviera cerca —no puedo evitar sonreír en cuanto nuestras miradas se cruzan.

—¡Venga ya! —Se ríe, acercándose a mí divertido.

¡Ahora el despacho me gusta más!

—Bueno princesa... —me da un beso en los labios —he quedado con mi hermano. Hoy tenemos cena familiar y quiero aprovechar para pasar un rato con él a solas. ¿Te llamo luego?

—¡Claro! —lo beso a él, aferrándome a su cuello, no quiero que se vaya. Nos besamos los dos de forma apasionada, noto como mi cuerpo se enciende en cuanto sus manos acarician mi cintura. Pero, se tiene que ir.

Izan se despide y se marcha. Yo me quedo afligida, sintiéndome como una tonta, y echándolo de menos.

Junto a la ventana, me quedo mirando aquél paquete de tabaco que me hace sonreír, recordando ese momento junto a Izan en la azotea. De nuevo, me pregunto lo mismo. ¿Quién me lo iba a decir a mí?

A las seis y media pasadas me traen la mesa y los estantes al despacho, llevándose lo viejo. ¡Por fin respiro! Cerca de las ocho de la noche, cuando estoy a punto de marcharme, un repartidor me deja un ordenador de mesa, obsequio de la empresa. Espero a qué me lo instale, qué esté todo en orden y cansada, vuelvo a casa.

No sabía que se podía tener un lunes tan malo, hasta que cruzo el salón. Su mirada fría y calculadora se cruza con la mía. ¿Qué hace Marta aquí? Con Vanesa y Miguel. ¡Joder, que puto asco!

Saludo con un “Hola” y me voy hasta mi habitación, rabiosa, dejando mis cosas allí. Me doy una ducha y después, voy hacia la cocina a comer algo. Vanesa entra y cansada, me apoyo junto al frigorífico.

—¿Podrías ser menos borde? —Miro a mi amiga que me deja sin habla.

—¿Borde yo? He saludado nada más entrar—. ¡Joder, no entiendo lo que intenta decirme!

En ese momento Marta entra en la cocina, se ríe y noto como sus ojos recorren mi cuerpo.

—¡Vaya! Hola, no sabía que vivías aquí—. No me gusta la forma que tiene de mirarme, ni me gusta la forma que tiene de dirigirse a mí, miro a mi amiga, después a ella.

—¡Hola Marta! ¿Qué tal estás?—. La saludo, para que mi amiga se quede a gusto.

—Tendrías que haberte venido con nosotras, Marta me ha enseñado una tienda, súper chula.

—¿Sí? Otro día, hoy no he parado —respondo cansada.

—Sí, claro. Vente cuando quieras, Vanesa me ha estado hablando de ti, nos vamos a llevar muy bien tú y yo— Se ríe, la muy mala —creo que tenemos muchas cosas en común —Sonríe, mientras me mira.

—Demasiadas cosas en común —suelta mi amiga sacando una lata de refresco del frigorífico.

—Bueno, necesito dormir, he tenido una semana un poco ajetreada —¡Toma ya, ahora vas y lo cascas!

Me despido de Vanesa y de la dichosa Marta, entro al salón a despedirme de Miguel que juega con mi antigua consola, y marchó a la habitación. Al cerrar la puerta me quedo apoyada, como si se tratara de mi escudo de salvación. Respiro hondo intentando relajarme.

Espero ansiosa la llamada de Izan, pero no recibo nada y termino quedándome dormida, a pesar del jaleo que están formando con las risas en el salón.

Me levanto como si me hubieran pegado una paliza. ¡Ay, dios mío, estoy echa una mierda! Miro mi móvil pero no hay ninguna notificación ni de llamada ni de mensaje. ¡Qué bien!

Me miro al espejo después de ponerme un vestido formal y sexi al mismo tiempo. Me dejo el pelo suelto y me dirijo hacía la oficina.

A esto sí que se le puede llamar despacho. Con su mesa nueva, con su ordenador, con esos estantes vacíos que no tardare en llenar y con esa enorme ventana, que bueno, no tiene las mejores vistas, pero da la claridad que a mí me gusta y como no, el cuadro queda perfecto.

Enseguida me pongo a ordenar los documentos, y colocarlos en los estantes. Algo más animada, marchó a por mí dosis de cafeína.

Desayuno tranquila y vuelvo al despacho, necesito ocupar mi mente, necesito concentrarme en algo.

Trabajo durante toda la mañana organizando los proyectos, las prioridades y decido hacer una planificación a todos mis compañeros, organizarles para que no se vean tan desbordados. Todos agradecen mi dedicación y yo les agradezco a ellos su apoyo y confianza.

Al medio día, justo cuando llego de comer con Vanesa, que está vez sí que me ha acompañado, donde no ha parado de hablar de Marta, bla, bla, bla, bla, de Miguel que lo tengo hasta en la sopa, vuelvo al trabajo.

Nada más entrar en el despacho, Izan se encuentra allí, sentado junto a la mesa, cerca de mi ordenador. Se me para el corazón nada más verlo, es increíble.

—¿Qué tal está mi princesa?

Intento permanecer sería, cierro la puerta y lo miro.

—Esperando la llamada que me prometiste —paso por su lado.

Se acerca para darme un beso, pero algo molesta, me aparto.

—Lo siento, se nos hizo tarde y no quería despertarte, y está mañana no he parado en la oficina, la bolsa está pegando un subidón, tengo mucho trabajo.

Lo miro y acabo comprendiendo. Le doy un beso en los labios. ¡Idiota de mí!

—Me gusta la enorme mesa que te han traído, aquí se pueden hacer muchas cosas —levanta una de sus cejas y me mira dibujando una media sonrisa en su perfecta cara.

Sé por dónde va, me excito solo de pensarlo, pero no pienso permitirme el lujo de tener sexo en la mesa del despacho, alguien podría entrar, ¡además! Su hermano está justo al lado y no es plan que nos pille.

—¡Olvídate! —Lo miro divertida, negando con la cabeza.

—No puedo olvidarme de lo que se me acaba de pasar por la mente. Es... —Sonríe abrazándome—. Es como si lo viera, ¿sabes?

Me suelta, se dirige hacia la puerta, echa el pestillo y comienza a quitarse la chaqueta, sin dejar de mirarme. Niego con la cabeza y me cruzo de brazos, dispuesta a no dejar que se salga con la suya por mucho que yo esté deseando.

Me coge de la cintura, me sienta sobre la mesa.

—Llevas un vestido muy sexi. ¡Me provocas!

Cierro los ojos, un escalofrío recorre mi cuerpo. Siento la humedad entre mis piernas, estoy excitada, pero aguanto, no se lo pienso dejar fácil.

—Y eso porque no has visto lo que llevo debajo —picarona sonrío mientras lo miro.

—Enséñamelo, ¡venga! —Desabrocha despacio los botones de su camisa. ¡Joder, como me está poniendo el muy cabrón! Sabe lo que se hace y creé que voy a caer.

—Esta noche, en tu casa, ¿qué te parece? —Le propongo.

Izan me mira.

—¿Por qué no aquí, y ahora? No sé si voy a poder aguantar hasta esta noche.

Me pongo de pie, hago que se siente y acerco mi boca a la suya sin besarle.

—Pues tendrás que aguantar, tengo mucho trabajo, así que... ¿Nos vemos esta noche, entonces?

—¿En serio vas a dejarme así?

—¿Así, cómo? ¿Cachondo? ¿Tienes ganas de follarme? ¿Tienes ganas de que te la chupe? ¿Qué me corra mientras me miras? ¿Qué grite tu nombre?

Resopla. Yo me sorprendo de mi misma, por lo que le acabo de soltar.

—Quiero follarte ahora, sobre la mesa de tu despacho, está noche y todos los días —me dice, me besa y pasea sus manos por mis piernas, que abro sin querer...

Cuando quiero darme cuenta estoy sobre la mesa del despacho, solo con el sujetador. Izan ha sacado mis pechos y mientras me penetra, los besa y agarra con fuerza. ¡Dios, soy una blanda!

Un intenso orgasmo recorre mi cuerpo, haciendo que el lapicero tan mono que venía con la mesa, termine en el suelo. Izan tapa mi boca antes de que pueda gritar su nombre, él se deja llevar al mismo tiempo que yo, gime y susurra mi nombre chupando mi oreja.

Una hora más tarde, estoy sentada en mi silla, la giro sin parar como si fuera una niña pequeña mientras las escenas en la mesa, se pasean libremente por mi mente. Al final he caído, que tonta que soy.

Termina mi jornada de trabajo e Izan me espera en la calle, en su lujoso deportivo. Nos vamos a cenar y más tarde, me lleva hasta su casa.

Me hace el amor, soy suya y él es mío. Desnuda sobre su cama, observo su dormitorio.

No había tenido la oportunidad de hacerlo. Me lo esperaba de otra manera, más no sé. Esto parece la habitación de un hotel, tiene un sofá y todo. ¿Para qué quiere una casa, teniendo está enorme habitación con baño incluido? Vamos, tiene de todo, un estilo sencillo y moderno al mismo tiempo, me gusta, podría acostumbrarme a vivir aquí.

Trago saliva y dejo de respirar por un instante. *¿Pero me estoy oyendo? ¿Ya estoy pensando en venirme a vivir con él?* No, no, no. ¡Joder, que rápida que estoy yendo!

Miro a Izan que duerme y me dirijo al baño. Me chiflan los baños como este, amplio, todo es de mármol. Me asomo a mirar la ducha, soy una cotilla, no lo puedo evitar. Tiene hidromasaje. ¡Joder! lo que yo daría por tener uno de estos. Pero me quedo pasmada, cuando junto a la toalla, veo algo que llama mi atención. Un camisón sexi, provocativo, con encajes y no es mío, yo no uso este tipo de ropa. Lo cojo como si me quemara y me siento en el borde de la cama, soplando la cara de Izan, para que se despierte.

Abre los ojos. En cuanto se da cuenta de lo que llevo en la mano, se incorpora de inmediato sobre la cama, noto como traga saliva.

—¿Qué es eso? —Pregunta haciéndose el tonto. La mala leche corre por mis venas en este momento.

—Dímelo tú, estaba en tu baño.

Comienzo a vestirme, un nudo se instala en mi garganta.

—¿A dónde vas? ¿Pero qué te pasa? No he estado con ninguna chica, si eso es lo que te preocupa.

Lo miro furiosa.

—¿Eso ha aparecido solo ahí, de repente? Además, me dijiste que yo era la única que había estado aquí, quitando a tu madre.

Izan sale de la cama. Evito mirar su cuerpo, está desnudo y temo que eso me distraiga.

—¡Zara, Zara! Un momento, ¿vale? Mi sobrina Ana estuvo aquí, cuando tú y yo estuvimos en el hotel. —Se pone la mano en su pecho —¡Lo juro!

Dejo caer mi bolso en el suelo y me cruzo de brazos.

—Pues llámala y pregúntale—. No me puedo creer, que esté siendo así, pero es lo que hay, no quiero que me hagan daño y cuanto más siento por Izan, más miedo me da

saber que puede destrozarme.

Mira su reloj.

—¿Ahora? Son las tres y media de la mañana.

—Ahora, o me marcho —Amenazo cogiendo mi bolso del suelo, dispuesta a marcharme de allí.

—Vale, vale. La llamo.

Veo como marca su número, pero algo me dice que no me fie de él.

—Pon el manos libres, si no te importa.

Izan pone los ojos en blanco, me enseña el móvil, “Ana, sobrina” Leo.

—Dime Izan. ¿Pasa algo? —Se nota que está durmiendo, ahora comienzo a sentirme mal por hacer que Izan la haya despertado.

—No, tranquila Ana. Llamaba para preguntarte, si te dejaste tú, un camisón aquí en casa.

—¿Morado? ¡Joder, sí! Me he vuelto loca buscándolo.

Izan me mira serio, y yo no sé hacía donde mirar. Sentirme idiota, tonta y lo peor... es poco.

—Vale, no te preocupes, lo guardo y te lo llevo mañana a tu casa. Duerme y perdona por despertarte.

—Nada, besos tío.

Izan deja el móvil sobre la mesita de noche, y se acerca a mí. Yo estoy tiesa como un palo, no soy capaz de moverme, me he quedado paralizada, ni siquiera puedo hablar por lo estúpida que me siento.

—¿Ves? Tranquila. Ahora aparte de tu y de mi madre, también puedo decir, que mi sobrina ha estado aquí. No tenía otro sitio a donde ir, y he preferido que venga aquí, antes de que se marche a casa del chico con el que sale.

—¿Me estás diciendo que dejas que tu sobrina use tu casa como picadero? —Izan se me queda mirando—. Yo, yo... —Lo miro avergonzada —lo siento, no sé qué me ha pasado, me he puesto celosa, no sé cómo explicarlo.

Izan me abraza.

—No te preocupes—. En silencio me quita la ropa despacio, me lleva hasta la cama, donde me abraza y me besa, hasta que consigo quedarme dormida.

Me levanto antes de que suene el despertador, incluso antes que Izan y decido preparar el desayuno. Abro todos los cajones de la cocina, las puertas y no encuentro nada decente para desayunar, solo hay bollería industrial. Poco convencida cojo unos cruasanes de chocolate que he encontrado en una bolsa y cojo unos zumos. Cuando voy a darme la vuelta para ir a la habitación, me encuentro con Izan, ya vestido y arreglado, apoyado en la barra, sin apartar sus ojos de los míos.

—Te he hecho el desayuno—. Sonrío tímidamente, aun me siento avergonzada por lo de anoche.

Izan se acerca, me da un beso, otro beso y otro y me sonrío.

—Tú eres mi mejor desayuno.

Y me lo demuestra, me sube a la encimera, me quita la ropa, me abre de piernas y saborea mi sexo, con mimo, con mucho mimo, haciéndome estremecer por completo. ¡Dios, no me merezco esto!

El calor se adueña de mi cuerpo, estoy apuntito de subir al cielo, de sentir ese placer único que él me proporciona, y cuando estoy a punto de recibirlo, Izan se levanta y antes de que me dé tiempo a decir algo, introduce su miembro en mi interior, penetrándome despacio y de forma profunda. Siento un ligero mareo. Toca mi clítoris, sin dejar de mirarme y de penetrarme al mismo tiempo. Estoy a punto de correrme y se lo hago saber levantando mi pelvis.

—¡Dámelo! —Me pide acercándose para besar mi boca.

El orgasmo no tarda en llegar, el de Izan tampoco, noto como eyacula en mi interior mientras suelta un gemido. Su cara es de auténtico placer, me encanta, me vuelve loca.

Me despido con un suave beso en cuanto bajo del coche, justo en frente de la oficina. Canturreo en el ascensor mientras me miro al espejo, me siento estupenda, aunque si pienso en lo de anoche, en el espectáculo, mi mundo se cae, ¿cómo he podido ser tan estúpida?

—¡Deja de pensar ahora mismo! —me digo a mi misma sin dejar de mirarme al espejo, hasta que la puerta del ascensor se abre y salgo volviendo a la realidad. ¡Al trabajo!

Saludo a mis compañeros que ya se encuentran trabajando.

El día se me está haciendo eterno, solo de pensar que hoy no voy a ver a Izan hace que mi ánimo decaiga y tenga menos ganas de trabajar que de costumbre, y si a eso le añadimos mi autocrítica por lo de anoche, vamos mal, muy mal.

Tocan a la puerta.

—¡Pasa! —Grito desde la mesa, sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

—Luis me ha pedido que venga a preguntarte si necesitas algo —¡La voz de Marta irrita mis oídos!

La miro, encontrándome con su calculadora y fría mirada.

—Tranquila Marta. Todo está bien—. Respondo lo mejor que puedo, sonriendo incluso, la verdad es que no sé cómo lo hago.

Se acerca a la mesa y se sienta en una de las sillas. Inclino la cabeza y me la quedo mirando.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Me mira y sonrío.

—¿Qué tal estás? Ya se lo de Izan y tú.

—Me alegro Marta, de que lo sepas —mi sonrisa es sincera, me alegro que lo sepa y que se joda, también.

—Y dime, ¿vais en serio, o es algo pasajero? Conozco muy bien a Izan.

Sigo con la sonrisa en mi cara mientras la miro. Estoy a punto de mandarle a la misma mierda sin billete de vuelta, pero prefiero esperar a hacerlo.

—En serio, ¿por?

Se levanta de la silla y se dirige hacia el cuadro.

—¡Un cuadro muy bonito! —noto como lee “y llegaste tú”. Se gira para mirarme— como verás, Izan y yo nos conocemos desde hace tiempo, ¿eso lo entiendes, verdad?

—No sé qué es lo que quieres decir —la sonrisa se me está borrando de la cara.

—Y espero que no intentes alejarlo de mí, porque terminarías muy —habla despacio —pero que muy mal.

—¿Perdona? Yo no tengo que decirle lo que tiene que hacer —hablo igual de lento que ella, por si acaso no me entiende —él es mayorcito. ¡Además! Si se aleja de ti, es cosa suya, no mía, que te quede claro.

Se me queda mirando con mala cara y yo a ella, hasta que se coloca el pelo con aires de diosa, y sonrío como si aquí no hubiera pasado nada.

—Bueno, solo quería desearte mucha suerte con Izan. Espero, que duréis muuuuucho tiempo juntos. Aunque todas creéis lo mismo —suelta una carcajada.

Me levanto de mi silla, tensa, nerviosa, apunto de mandarla muy lejos de aquí.

—¡Marta! —Hago que se gire —Si piensas que tus comentarios van a ofenderme, estas muy equivocada. Siento mucho que al final, seas tú quien se haya quedado sin él.

—No querida, no lo he perdido, siempre lo tendré como siempre lo he tenido —me señala la palma de su mano y se marcha, dejándome con ganas de tirar algo y romperlo en mil pedazos.

Los celos de apoderan de mí y para qué negarlo, paso una tarde de mierda. No me atrevo a llamar a Izan por cómo me siento y no puedo dejar de pensar en lo que me ha dicho Marta. Puede que lo haya hecho para hacerme daño, la muy lagarta lo ha conseguido, ¡joder! le estoy dando el placer, le estoy dando lo que quiere y me siento furiosa por ello.

Los días pasan muy lentamente, apenas he visto a Izan en lo que llevamos de semana, está demasiado ocupado, al igual que yo, que no paro con el trabajo y creo que no termino de adaptarme. Hablamos por teléfono, por Skype, pero lo echo de menos, demasiado, diría yo. Me consume no pasar tiempo con él y pensar mil cosas. Marta es una de ellas. Creo que me he acostumbrado muy pronto a estar con él y estar separados me está matando lentamente. Para colmo, Vanesa, se está haciendo muy amiga de Marta, ha sido rara la vez que no me la haya encontrado en casa, entre Miguel y ella. Apenas he podido disfrutar de mi amiga y siento que la estoy perdiendo. Conclusión; me siento sola, muy sola.

Llega el viernes y después de pasar la tarde intentando contactar con Izan que no me coge el teléfono, decido dar una vuelta, hace tiempo que no paso por “*La Bohemé*”. Me tomo una copa, hablo con los camareros mientras nos ponemos al día de lo que hemos hecho últimamente y vuelvo a casa enseguida. No dejo de pensar en Izan y la verdad, es que no disfruto. A veces pienso que lo he que vivido con él, ha sido todo un fruto de mi imaginación, porque al volver a la realidad, nada ha vuelto a ser igual. Bajo del taxi y frente a la puerta, veo el coche de Izan aparcado. Sonrío, el saber que ha venido calma mi ansiedad, mi angustia, aunque también me entra miedo.

Subo a casa y al ver que no lo encuentro, entro desesperada, ansiosa en la habitación y respiro en cuanto lo encuentro sentado en mi cama.

—¡Hola! —Sonrío como una idiota, el corazón se me va a salir del pecho.

—¿Dónde has estado? Te mandé un mensaje diciéndote que vendría a buscarte para pasar el fin de semana juntos.

Descolocada, saco mi móvil del bolso y leo el mensaje.

—¡Lo siento! Ni me enteré. No sabía nada de ti y decidí ir a dar una vuelta.

—¿Ha dar una vuelta? ¿Dónde has estado?

—En “La Bohemé” —me siento realmente avergonzada. ¡Joder, siento que no dejo de cagarla!

Izan se levanta y se dirige hacia la puerta.

—Deberías dormir un poco.

Estoy a punto de echarme a llorar, ¿qué le pasa? ¿Por qué reacciona así?

—No te vayas. ¡Izan! —Agarro su brazo—. Te he echado mucho de menos, llevo varios días sin saber nada de ti.

—Tengo teléfono, ¿Por qué no me has llamado, tengo yo que hacerlo todo? —Me quedo perpleja. Lo miro fijamente a los ojos.

—¿Perdona? —indignada me cruzo de brazos —me parece muy fuerte que encima que he sido yo quien no ha dejado de llamarte en toda la puta tarde, tenga encima que aguantar que seas tú quien te moleste que no haya leído tu mensaje—. ¡Es increíble! —Levanto mis brazos hacía el cielo —increíble, sí lo sé, no vengo —Me dirijo hacía la puerta, dispuesta a volver al “*La Bohemé*”.

Ahora es el quien agarra mi brazo frenándome en seco.

—Ya te he dicho que he estado ocupado, he tenido que adelantar el trabajo que había dejado aparcado para poder pasar una semana perfecta junto a ti, ¿o se te ha olvidado?

—¿Me estas reprochando el hecho de que hayas pasado una semana conmigo? ¿En serio? —Me suelto.

—No quería decir eso Zara. Pero joder, podrías a ver mirado el puto teléfono, llevo dos horas preocupado por ti.

Estoy a punto de llorar, a punto de vomitarle todo lo que siento, todo lo que necesito de

él ahora y que no estoy obteniendo, pero me quedo callada, sin dejar de mirarle.

Izan resopla, cierra los ojos frustrado y se marcha dando un portazo, dejándome allí plantada, rota por así decirlo.

Indignada y llorando me meto en la cama. ¡Joder! Soy una estúpida, he provocado yo solita una discusión. ¿Y ahora qué hago? Hacía tiempo que no me sentía así, tan mal, tan cabreada conmigo misma.

Al cabo de unos minutos, llamo a Izan. Lo coge a la primera señal de llamada.

—Lo siento, de verdad. Necesitaba desconectar un poco, todo se me está viniendo encima, me siento sola, te he hecho mucho de menos y para colmo Vanesa no está. Apenas he pasado tiempo con ella —le suelto a bocajarro sin darle tiempo a decir nada.

—Ábreme la puerta anda.

Salgo de la habitación y abro la puerta. Nos fundimos en un abrazo y no puedo evitar llorar, necesito llorar, necesito sacar todo lo que llevo dentro. Nos dirigimos a la habitación, donde los dos en la cama, hablamos de esta semana, que por lo que me cuenta, también ha sido una mierda para él.

—¡Por cierto! Estuve hablando con Marta, me dijo que habíais estado hablando en tu despacho—. Lo miro tensa, seria y no menciono nada al respecto. —le caes bien —a mi ella no tanto —y quiere que quedemos un día para comer todos, como ahora es amiga de Vanesa, tal vez...

—La verdad, es que no me apetece —me sincero. Él me mira extrañado y yo continuó hablando, tranquila—. No sé qué es lo que te habrá contado, pero nuestra conversación no fue muy agradable que digamos—me cruzo de brazos y lo miro a los ojos —si yo a ella le caigo bien, ¡perfecto! Ella a mí no, ¡lo siento! y no me apetece quedar con ella para comer y mezclarla con mi amiga—, me encojo de hombros —bastante es que me la haya robado, como quien dice.

Me lo quedo mirando a la espera de que me diga algo al respecto, tal vez no he debido decirle nada, pero peor hubiera sido, conociéndome, quedármelo dentro. Aunque por otro lado, escuchándome, parezco una niña celosa.

—¿Y no será... —Izan sonrío —qué estás un poco celosa? —lo miro con mala cara.

—Llámalo como quieras, no me cae bien y punto —Soy clara.

Unos segundos más tarde, Izan me abraza.

—Creo que deberías darle una oportunidad, no es mala chica, en serio—. Me tomo una pequeña pausa antes de hablar, respiro hondo y término diciendo;

—Sí es importante para ti, entonces sí le doy una oportunidad.

Solo será cenar y salir un rato, ¿podré soportarlo, no?

Solo de pensar que mañana la tiene que llamar me pongo mala, pero poco a poco, mientras hablamos de la semana que hemos tenido y lo mucho que nos hemos echado de menos, a las cinco de la mañana, noto como los dos nos vamos quedando dormidos, pero antes, miro a Izan, beso su frente y me acurruco en él.

Pasamos el día del sábado fuera de casa, en el zoo. Me he dado cuenta que a Izan le chiflan los pingüinos, se lo ha pasado pipa con la actuación organizada por los encargados del zoo.

Yo también me lo he pasado pipa, con todos los animales, sobre todo con la actuación de los delfines. ¿Cómo lo hacen? ¡Me chiflan los delfines! Después de recorrer todo el parque, terminamos, después de visitar el enorme Acuario, en la tienda de recuerdos. Izan me regala un peluche de delfín y yo le compro un llavero de pingüino. Nos hacemos fotos con nuestros regalos y por la tarde noche, me lleva a casa. Como de costumbre, últimamente, no me quiero separar de él.

—No quiero echarte de menos —Digo aferrándome a él.

—¿Quieres pasar el día de mañana, junto a mi familia? Seguro que a mi madre la idea le encantará.

—No, no. No quiero molestar.

—¡No molestas tonta! Mi madre estará encantada.

La verdad es que quiero pasar el día de mañana con él, su madre me cae de maravilla, al igual que su hermana y su sobrina.

—No en serio, otro día—, digo haciéndome de rogar.

Voy a salir del coche cuando Izan agarra mi brazo.

—Zara, quiero que vengas. ¿Subimos a casa, paso la noche contigo y nos vamos mañana a *Somos agua*?

Asiento con la cabeza divertida, totalmente convencida, y bajamos del coche. Izan se acerca a su maletero, coge un macuto pequeño y cierra el coche.

Subimos a casa y para mi sorpresa no estamos solos. Marta se encuentra allí, ¡joder! Me tensó rápidamente, sobre todo cuando Marta mira a Izan, sonrío y se acerca para darle dos besos. Me molesta y mucho, más incluso de lo que yo pensaba.

—¿Qué tal estás, Izan? —Le da un abrazo. Mi mirada se cruza con la de Vanesa, que me mira junto Miguel. Parece que esperan alguna reacción de mi parte, pero no le voy a dar el gusto a nadie.

—Cariño, ¿nos vamos a duchar? —Digo feliz de la vida, haciendo que Izan se giré para mirarme, sonrío y se aparta de la lagarta de Marta que ya me está tocando la moral.

—Sí, claro —sonrío y me da un suave beso en los labios.

—¡Hasta luego, chicos! —Sonrío victoriosa.

—¡Me encanta eso de cariño! ¿Podrías repetirlo otra vez? —me echo a reír y mientras nos damos la ducha, no dejo de decirle cariño entre besos.

Izan se pone algo cómodo, un pantalón de Miguel que le ha prestado. Mientras él se dirige al salón, donde la desgraciada de Marta se encuentra soltando alguna carcajada que otra, llamando la atención. Decido coger los pantalones de Izan y colocarlos en la percha, junto a los míos, hago la misma operación con la chaqueta cuando noto que cae algo de su bolsillo interior.

Veo un pequeño monedero de cuero, de estos que venden en los mercadillos. Lo cojo extrañada y sin permiso lo abro. Me quedo de piedra en cuanto veo lo que hay dentro. Preservativos. ¡Me cago en todo lo que se menea!

¿Qué hace Izan con preservativos? Se me acelera todo en un momento, siento que me va a dar algo. Guardo el monedero en su sitio, respiro hondo varias veces y salgo hacia el salón.

Allí están los cuatro, charlando, riendo. Marta está sentada al lado de Izan, le toca el hombro y me molesta. Miro a Marta, debe cuidarse mucho para mantener ese tipo. Así que no se me ocurre otra cosa que dirigirme hacia la cocina, me hago un sándwich de nocilla que rebosa por los laterales, cojo una bolsa de patatas con sabor jamón y me dirijo hacia el

salón. ¡Ole por mí! Me siento al lado de Izan, noto como la mirada de Marta se desliza lentamente como quien no quiere la cosa hacía mi delicioso sándwich de nocilla.

—¿Quieres un poco? —Pregunto al ver que me mira.

—No gracias, yo me cuido —salta molesta y me río. ¡Qué mala puedo ser cuando quiero!

—Yo también me estoy cuidando —le enseño el bocadillo por donde más nocilla rebosa —¿lo ves? Miro a Vanesa y le ofrezco, niega con la cabeza. A Miguel ni le pregunto, tiene una cara de gilipoyas que no puede con ella. Miro a Izan, —¿tu cariño, quieres? —Izan me sonríe y le acerco el sándwich. Le da un bocado y relamo ante la vista de todos, la nocilla que se le ha quedado en el labio.

—Mmmm, ¡que rico! —Lo beso.

Tardan casi dos horas en marcharse, me aburro como una ostra de sus conversaciones, soy la única que no hablo, que no comparto sus aficiones y descubro a otra Vanesa. ¿Dónde está mi amiga y que han hecho con ella? Escucho atenta sus nuevos gustos musicales, sus nuevas aficiones y escucho hablar de los nuevos lugares que regenta. Incluso diría yo, que hasta su forma de expresarse ha cambiado, es como si no la conociera.

—¿Izan, te acuerdas de aquella excursión que hicimos? —Marta, hace que la mire llamando mi atención. Lo hace aposta —¿Cómo se llamaba esa caseta a la que me llevaste? —Pone cara de pensar, intentando hacer ver que realmente lo está haciendo.

—No lo recuerdo —Contesta un Izan tenso, que me mira una y otra vez posando su mano sobre mi muslo, como si intentara tranquilizarme. Pero no lo consigue. Miro atenta a Marta, mientras me como ahora una bolsa de fritos, el olor a barbacoa le está haciendo pasar un mal rato, ¡lo sé! Me río en mis adentros.

—Pasé una noche increíble, creo que nunca la voy a poder olvidar—. Se muerde el labio y sonríe como una pava, mirando a Izan.

¡La madre que la parió! Como oiga a Izan o a Vanesa, decir que esta chica es maja, les tiro a la cabeza lo primero que pille. Desvió la mirada hacía Vanesa y la miro sería, pero está demasiado ocupada riendo con Miguel, ¡otro igual! No sé dónde le ha visto esta, la hermosura a este hombre. Cuanto más lo miro, creo que aparte de que me cae peor, más feo lo veo.

Mi cuerpo se pone en alerta en cuanto que la mano de Marta, acaricia el brazo de Izan.

—No fue hace mucho, hará tres meses o así ¿Cómo puedes no acordarte? Mira, tengo fotos—. Mala, si es que es mala. ¿Qué narices se creó que está haciendo?

Carraspeo varias veces algo molesta mientras Marta enseña las fotos, de la famosa excursión y la famosa noche en la cabaña.

—Esta fue justo antes de darnos una ducha—. La enseña pero yo no la miro, cierro los ojos e intento controlar la furia que me está invadiendo. Como me encantaría poder mandar a todos, y digo todos literalmente, a la misma mierda.

—¡Que interesante! —Susurro terminándome la bolsa de fritos. Me levanto, me dirijo a la cocina a tirar la basura y cuando me doy la vuelta, dispuesta a irme a mi habitación, me encuentro con Vanesa.

—¿Qué es lo que te pasa tía? Te estas portando como una novia celosa —me recrimina. Yo flipo y re flipo.

—¿Yo? ¿Pero tú ves normal lo que está haciendo esa tía?

—Marta, se llama Marta y no te ha hecho nada. Creo que intenta ser lo más amable posible contigo.

Me acerco a mi amiga molesta. ¿Me está tomando el pelo?

—Vanesa, creo que te estás equivocando con ella, no va de buenas, no te dejes engañar.

—Mira, ¿sabes qué? Ya me ha contado el numerito que le montaste en tu despacho, no hace falta ser cruel cuando lo único que intentan es ser amable contigo. Prefiero a la Zara de antes, cuando estabas con Rafa, eras tú. Desde que estás con Izan te comportas como una patética. ¿En serio crees que vas a durar mucho con él?

Me quedo congelada con lo que me acaba de soltar mi amiga. No solo de la mentira tan grande que le ha contado Marta, todo lo que me ha dicho me rompe por dentro.

Con un nudo en la garganta miro a mi amiga.

—Creo que te estás equivocando. No entiendo cómo puedes decirme eso.

—Mira, creo que es mejor que tu sola te termines estampando contra la pared. Cuando pase eso, si quieres me llamas, pero así no.

—No te entiendo Vanesa. En serio, no sé de qué vas ni lo qué he hecho para que me digas todo lo que me estás diciendo.

Mi amiga me mira cruzándose de brazos.

—Analízate Zara, que eso se te da muy bien—. Se da la vuelta y se marcha dejándome echa una mierda en la cocina.

Trago saliva e intento asimilar todo lo que mi amiga me ha dicho, no entiendo nada. ¿Encima yo soy la mala?

Regreso al salón, Marta sigue con sus anécdotas, todos le ríen la gracia. Miro a Izan que me mira a mí, le hago un gesto y me marchó a la habitación. No me apetece estar allí ahora mismo, creo que no tengo necesidad de pasarlo mal.

Nada más entrar, Izan entra también a la habitación.

—¿Estás bien? —Me giro y lo miro.

—¿Te gustaría tener a Rafa sentado a mi lado contándote nuestras aventuras y enseñando fotos?

—No, claro que no —se acerca a mí cogiendo mis manos.

—Pues ya has contestado a tu pregunta. ¡Por cierto! —Saco del armario su chaqueta y cojo el pequeño monedero. Se lo enseño a Izan.

—¿Siempre llevas condones encima?

Se pone nervioso y me mira.

—Sí, ¿por?

—¿Y para que los llevas, si puede saberse?

Se ríe intentando parecer tranquilo.

—Por lo que pueda surgir, no sé —se encoge de hombros.

—¿En serio? ¿Me estás vacilando? ¿Me tomas por tonta? —Me acelero con las

preguntas, estoy nerviosa, enfadada, furiosa, no sé no como me siento.

—Zara, ¡joder! Es costumbre, no lo he hecho adrede.

—¡Ah claro! Se me había olvidado que eres un vividor follador, que te acuestas con la primera que se te pone por delante—. Le suelto tirando el monedero. Me siento en mi cama.

—¿Qué pasa princesa?

—Quiero que te marches, quiero estar sola —no lo miro, me escondo entre mis brazos, estoy a punto de echarme a llorar, la rabia me consume.

—¿Cómo?

Lo miro furiosa.

—Que quiero que te marches, no quiero verte, quiero estar sola, ¿lo entiendes?

Izan se levanta.

—Creo que estas siendo injusto conmigo Zara.

Izan coge su ropa del armario, comienza a vestirse. Lo miro un par de veces, se me seca la boca, se me acelera el corazón. ¡Joder! no quiero que se vaya, pero me siento furiosa, enfadada. Le ha estado siguiendo el rollo a esa mujer delante de mí, no ha cortado en ningún momento, nada.

—Cuando estés más tranquila, si quieres me llamas, ya si eso, si tengo ganas y quiero, te cojo la llamada.

Eso es lo último que me dice antes de salir de la habitación. Me quedo sola y rota, llorando como una tonta, agarrando mi almohada, que encima huele a él.

Paso el día del Domingo metida en la cama, con el teléfono apagado y sin ganas de hacer ni de pensar en nada. Siento a Vanesa entrar en casa, ríe junto a su nueva amiga. No entiendo que esté todos los días Marta aquí metida, ¿es que no tiene casa?

Salgo con unas pintas horribles de la habitación y me dirijo a comer algo a la cocina. El estómago me ruge.

—¡Joder, que susto! —Suelta Marta al cruzarse conmigo justo al entrar a la cocina.

—Tú también asustas y no digo nada —contesto sin mirarla abriendo el frigorífico, cogiendo algo de leche.

—¿Qué le dijiste a Izan para que estuviera tan hecho polvo? Me lo pusiste muy fácil, soy tan buena amiga —sonríe tranquilamente con cara de no haber roto un plato en su vida.

Abro la leche y el olor me provoca una arcada.

—Mira lo que me provocas, ¡márchate! —Vuelvo a tener otra arcada.

—¡Joder! no sé qué coño tienes para que Izan se haya acercado a ti—. Sale de la cocina y en su lugar, entra Vanesa, que se me queda mirando. La miro de la misma manera que ella me mira a mí y termina marchándose.

¡Joder con la leche de las narices! La vuelvo a oler, y la termino tirando por el fregadero al ver las arcadas que me entran. Al final termino cogiendo cuatro galletas y vuelvo a mi habitación, a meterme en la cama y no pensar, que el día pase rápido.

Doy varias vueltas en la cama, espero a que Vanesa y Marta se marchen y me hago un sándwich. Aburrida, término encendiendo mi ordenador. Navego un poco por internet y sin darme cuenta, me meto en una página de alquiler y venta de pisos. Tal vez debería haberlo hecho hace tiempo. Debo volar, quiero estar sola, cuando Vanesa quiera hablar, hablaremos, pero no pienso aguantar ni las salidas ni las entradas de nadie y encima, tener que callarme.

Miro varios portales y algo más animada por la idea, apunto algunos números de teléfono para empezar a llamar mañana. Cojo el móvil varias veces y en varias ocasiones, estoy a punto de mandar un mensaje a Izan, aunque aún siga molesta. Encima, si lo que me ha dicho Marta es verdad, más ganas me dan no querer saber nada de él. Dejo el móvil junto a la mesita y entre vueltas y vueltas en la cama, termino quedándome dormida.

Me levanto más temprano de lo habitual. Cuando salgo de la habitación, un portazo me hace dar un respingo, ¡la madre que la parió!

Mi amiga se ha marchado. Sí que le ha dado fuerte, nunca la había visto tan enfadada y me doy cuenta de que sobro. A lo mejor se comporta así porque no sabe cómo decirme que me vaya. Nunca ha tenido pelos en la lengua, así que no entiendo ahora este cambio repentino de actitud. ¿Tendrá la culpa de todo esto Miguel y Marta?

Paso por la cafetería antes de ponerme con el trabajo, me he levantado con un hambre esta mañana que no me lo creo. Pido mi café, unas tostadas y para rematar, una napolitana de chocolate. Gema se me queda mirando y reprime una sonrisa. La miro divertida y termino riéndome, me siento en la barra, así converso con ella cuando tenga hueco. Unos minutos más tarde me encuentro con la mirada dura de mi amiga, que entra acompañada de Marta. Las dos se me quedan mirando. Yo no aparto la mirada, por supuesto, pero me duele en el alma no entender lo que le ocurre a mi amiga para que me vea mí como la mala. Tomo mi desayuno ante la atenta mirada de Gema que sonrío en cuanto la miro.

—Tengo un hambre, Gema—, digo casi riéndome mientras cómo.

—Ya veo, ya—. Se ríe —Aprovecha tu que puedes, algunas almacenamos para el invierno—, dice tocando su tripa y sus caderas.

Suelto una carcajada. Termino mi desayuno y me marcho a mi despacho.

Trabajo con intensidad toda la mañana, necesito estar distraída, dejar de mirar el móvil, el correo y comprobar que Izan no ha dado señales. ¿Tan enfadado estará conmigo? ¿Me abre pasado? Comienzo a lamentarme por lo ocurrido.

A la hora de comer quedo con una inmobiliaria, pero los pisos que veo no me convencen, o son demasiado pequeños para la renta que me piden, o están demasiado lejos y no me renta por el tiempo que pierdo hasta llegar a la oficina.

De nuevo, me siento desbordada. Decido ir a comer algo, tengo un hambre voraz, comida rápida y en la puerta del restaurante, ¡ole yo! El restaurante está demasiado lleno y paso de esperar a que alguien se levante. En la farola que tengo en frente, veo un cartel donde se alquila piso por la zona. ¡Genial! Venir al trabajo andando debe ser una gozada. Hago una llamada y quedo con una chica. De nuevo, el piso no me convence, está vacío y no tengo suficiente dinero para comprar muebles.

Cuando llego al despacho, me encuentro a Izan, sentado en una silla, serio, con el móvil en la mano. Respiro aliviada, noto como mi ansiedad se disipa, pero no puedo mostrar esa fragilidad que siento solo cuando lo tengo delante.

—¿Qué pasa, que ahora te voy a tener que ver en mi despacho todos los días? —Le digo fingiendo que estoy enfadada.

—No has cogido ninguna de mis llamadas—. Dice serio.

Le enseño el móvil apagado.

—No estaba disponible —me voy directa a mi silla a seguir con el trabajo.

—Zara... lo siento —se levanta para acercarse a mí.

—No me basta con un lo siento —lo miro dolida —Sé que estuviste con ella esa misma noche.

—¿Qué? —Izan se muestra sorprendido.

—Ella misma me lo dijo ¿Acaso miente?

—No, no miente. Pero tiene todo una explicación.

Me lo quedo mirando cruzada de brazos con un nudo en mi pecho, esperando a que hable y tomar una decisión, me temo lo peor, incluso los imagino y me rompo por dentro.

—Mira Zara, no te lo dije porque no quería que pasara esto que está pasando. Solo quería aclarar algunos puntos con ella.

—¿Qué clase de puntos? —Le corto.

—Qué estoy contigo, que voy en serio y que las cosas con ella no pueden ser como antes—. Me quedo callada ante tal comentario, no sé qué decirle, ni siquiera sé si miente o dice la verdad —Zara, me importas —sonríe ¡Mierda! Le importo, él también me importa, pero me da miedo.

—¿Y cómo sé que me estás diciendo la verdad? —Susurro sin apartar mis ojos de los suyos, noto como me voy ablandando.

—Confía en mí. Soy el primero que tiene miedo, no sé si lo voy a hacer bien y encima sé que la estoy cagando —agarra mi cara—. Solo sé qué hace mucho tiempo que no estoy tan seguro de querer intentar algo con alguien, hace tiempo que nadie me importa cómo me importas tú en tan poco tiempo.

—Izan... —alzo la mirada encontrándome con la suya—. He salido de una relación hace nada, y ahora... ahora solo quiero estar contigo, y me duele, me duele sentir todo lo que estoy sintiendo.

—A mí también me duele, Zara. ¿Qué te crees? —Media sonrisa se dibuja en sus labios mientras acaricia mi rostro con cariño —Zara... —vuelvo a mirarle—. Te quiero, ¿me oyes?

No puedo resistirme y lo beso. ¡Joder! pensaba que nunca lo oiría decir de sus labios. Sentir sus labios cálidos, su lengua húmeda hace que me olvide de todo, me hace sentir tan bien su contacto y me excita al mismo tiempo, que siento que no ha pasado nada, que no existe temor ni nada que pueda hacerme daño. Miro deseosa la mesa y lo miro a él en cuanto noto ese calor recorrer mi cuerpo.

—No me mires así... Zara—. Susurra empujándome hacia él. Sonrío con malicia.

Cierro la puerta con el pestillo, bajo la cortina de rejillas que da al pasillo y empujo a Izan hasta mi silla, hago que se siente y entre besos le desabrocho la camisa.

Primer botón, fuera...

Lo miro, me inclino, paso mi lengua por sus labios.

Segundo botón, fuera...

Noto un bulto crecer en su pantalón, sonrío ansiosa, ya está listo para mí. Le toco por encima del pantalón, noto lo húmedo que está mi sexo, como palpita, necesito sentirlo en mi interior. Necesito que me haga suya, le desabrocho los otros botones de la camisa y deseosa, desabrocho el botón de su pantalón, pero justo cuando estoy a punto de quitárselos, tocan la puerta. ¡Mierda!

—¿Señorita Sánchez? —Una mujer habla tras la puerta. No reconozco su voz y miro extrañada a Izan colorada como un tomate. Nos incorporamos de golpe. Coloco mi vestido, lo plancho con mis manos y miro a Izan antes de abrir la puerta a punto de darme un ataque al corazón.

Al abrir la puerta me encuentro con una chica a la que no había visto en mi vida, una chica rubia, ojos claros, más o menos de mi estatura y con cara simpática. Me la quedo mirando.

—¿Sí? —Pregunto extrañada. La chica algo nerviosa se presenta.

—Soy Celia Casas, tu nueva secretaria—.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo ha pasado eso?

—¡Perdona! —Me disculpo. Miro a Izan extrañada que se acerca a la puerta.

—Hola Izan —dice la chica.

Izan se acerca y le da dos besos, me los quedo mirando casi con la boca abierta, ¿se conocen?

—Has llegado pronto —La chica se sonroja mientras mira a Izan. ¡Holaaa, estoy delante!

—Había poco tráfico—. La chica ríe tímidamente y me mira a mí. —Soy la hermana pequeña de Richard.

¡Vaya! ahora soy yo quien se siente avergonzada en este momento, pensaba... nada, no pensaba nada. Soy de lo que no hay. Miro a Izan esperando que me explique lo que ocurre.

—La he contratado para que te ayude, la vas a necesitar —Me aclara Izan delante de la chica que sigue colorada como un tomate.

—¡Ah! —No sé qué decir. Izan se encarga de explicarle a la chica todo lo que va a tener que hacer de ahora en adelante. Cuando la chica se instala en la mesa que está al lado de la puerta de mi despacho, me giro y miro a Izan algo perdida.

—Iba a decírtelo, en serio. Estuve hablando con Richard y me comentó que su hermana estaba buscando trabajo, la conozco desde que era una enana, confié en ella y creo que es la persona más adecuada para que te ayude.

—Yo no necesito ayuda Izan, me las estoy apañando bien sola.

—Zara —coge mi cara —no tienes ni idea de lo que dices, eres la encargada de proyectos, necesitas ayuda. Esto está creciendo y tu sola no vas a poder con todo.

¡Qué mono es, me lo como!

—¡Gracias! —Le doy un suave beso en la mejilla. Sonrío y lo miro de forma perversa. Pero en cuanto su móvil suena, me estoy cagando en todo lo que se menea y resoplo molesta.

—La llamada puede esperar—. Izan guarda su móvil en el bolsillo y me coge en brazos y me sienta en la mesa, agarro su cintura con mis piernas y lo atraigo hasta mí.

—¿Haces algo esta noche?—. Pregunta besando mi cuello.

—Estar contigo, ¿quedamos para cenar?—. Lo cojo de la cara, hago que me mire y le muerdo el labio inferior, mientras aprieta su cuerpo con el mío, noto su sexo y me pongo a cien.

—Tú serás mi cena—. Un gemido sale de mi interior al sentir su aliento en mi oído y esa voz ronca que me pone los pelos de punta, pero de nuevo la puerta suena, echo la cabeza hacia atrás y miro a Izan.

—¡Imposible! —Le doy un beso y me acerco a la puerta, donde me encuentro con un Luis serio.

—¿Se puede saber qué coño estáis haciendo aquí los dos encerrados? —Mira a su hermano —¿Se os ha olvidado la reunión prevista para hoy?

¿Reunión, de qué cojones me está hablando este ahora? Izan y yo nos miramos.

—A mí nadie me ha hablado de ninguna reunión. —Le contesto cruzándome de brazos, para chula yo.

—Creo haber mandado a mi secretaria a que lo hiciera con toda la información. La reunión ha surgido de imprevisto, hay que organizarla rápidamente, ¿o estáis demasiado ocupados...?

—Cierra el pico Luis —le dice Izan molesto antes de que Luis termine lo que tenía que decir.

—¿Cuánto tardarás en dejarla tirada como has hecho con las otras? ¿Luego qué? ¿Tendré que aguantar su cara de amargada cuando venga a trabajar? Ya sabes mi opinión sobre tus ligues dentro de la empresa, a la que ahora perteneces.

Trago saliva y permanezco en silencio, es lo mejor, porque como diga lo que pienso, aquí arde Troya. Luis se marcha e Izan me mira con cara de disculpa.

—No hagas caso de mi hermano, las cosas no van bien en casa, y lo está pagando contigo.

—No le hago caso, pero te digo una cosa—. Lo miro con cara de asesina —como me hagas una de las tuyas, te juro que te la corto—. Sonríe y le doy un beso, aunque eso que ha dicho Luis, me duele y me hace pensar, ya que en el fondo lo siento así, que tal vez yo sea una más.

Al cabo de un rato, llego agobiada y cansada de la reunión, mis compañeros han permanecido en silencio en todo momento, mientras yo hablaba y leía con el papel delante, porque no tenía ni idea de lo que tenía que decir. Todo ha sido de improvisto y me ha pillado el toro. Luis e Izan han estado participando, son muchos cambios los que se han hecho en la empresa y muchos otros que están por venir. La tarde pasa lenta, me está costando más de lo que yo pensaba, no dejo de pensar en Izan y en esta noche, ¡joder! Realmente estoy ilusionada, emocionada, contenta, me siento muy feliz después de mucho tiempo, aunque en cuanto me descuido, mis propios pensamientos comienzan a hacer de las tuyas.

Al cabo de un rato decido salir a mi rincón de pensar, a lo mejor con suerte me encuentro con Izan que hace un buen rato que no lo veo, pero no voy a fumar, no merece la pena haber estado dos años sin fumar y tirarlo todo por la borda, además, me encuentro muy bien, solo necesito que me dé el aire.

Cuando subo a la azotea, me encuentro con Vanesa, ella me mira a mí, yo la miro a ella y termino sentándome a su lado y cogiendo un cigarro. ¡Joder, otra vez no! ¿Dónde está mi fuerza de voluntad?

—¿Podemos hablar? —Le pregunto encendiéndome el pitillo.

Mi amiga se encoge de hombros y me mira, esperando que sea yo la que empiece a hablar primero, siempre hace lo mismo, no sé por qué me sorprende, la verdad.

—Me gustaría saber qué es lo que he hecho.

—Me has mentado, no me has contado que estas con Izan, estás rara, no me gusta tu comportamiento—. No doy crédito a las tonterías que me está diciendo.

Doy una calada profunda al cigarro y dejo el humo en mi interior hasta que lo expulso lentamente.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Desde cuándo te tomas las cosas tan así? Sigo siendo yo Vanesa, y si no te he dicho lo de Izan, es porque ni yo misma sabía con seguridad que vamos en serio. ¿Acaso es malo que me guste? ¿Acaso es tan malo no habértelo dicho porque al decirlo me parecía más real? —Nos miramos a los ojos—. Creo que eres tú quien ha cambiado desde que estás con Miguel, pareces otra, ¿dónde está la Vanesa alegre e introvertida que solo pensaba en salir y divertirse? —Aparta la vista y se

termina su cigarro.

—Quiero que te vayas de mi casa —¡Dios, que dolor! No me lo puedo creer. ¿Me lo está diciendo en serio? Me la quedo mirando con los ojos bien abiertos, con un nudo en la garganta que casi no me deja ni hablar, ni pensar, ni nada—. Tengo pensado alquilar tu habitación a una amiga—. Se excusa levantándose del suelo y agarro su brazo, haciendo que me mire.

—¿Quieres mandar a la mierda todos estos años de amistad Vanesa? —Estoy a punto de echarme a llorar.

—Has sido tú quien ha tirado todos estos años a la mierda, bonita—.Me levanto de golpe haciendo que la que era mi amiga, de un paso hacia atrás.

—¡Vete a la mierda!, pensaba que podía contar contigo para todo y me estás dejando con el culo al aire. Ni siquiera eres capaz de decirme que es lo que he hecho para qué estés así—. Me la quedo mirando esperando a que diga algo pero lo único que consigo es una sonrisa falsa.

—Creo que no vale la pena hablar contigo. No te conozco Zara.

Me quedo peor tras haberle preguntado, me siento más mierda que antes y no logro por mucho que me estruja la cabeza, averiguar qué es lo que he hecho.

Vuelvo a mi despacho, trabajo e intento no pensar, y cuando termino, dejo todo listo para mañana. Justo antes de salir, el teléfono del despacho suena. Lo cojo extrañada.

—¿Sí? —Pregunto nada más descolgar.

—Hola preciosa—. Me dice una voz fuerte y masculina.

—¿Quién eres? —Me acomodo en mi silla.

—¿No sabes quién soy?

—Ahora mismo no caigo, no. —Me extraño e intento buscar algún indicio que haga reconocer la voz con la que estoy hablando en este momento.

—Soy Jack Coleman, preciosa—. Me quedo sin aire en los pulmones, con la boca seca y me pongo tensa como un palo. ¡Dios, ¿ahora qué?!

—Ahh... hola señor Coleman. ¿Qué tal está? —Hablo algo nerviosa, Izan tiene que estar a punto de venir al despacho.

—Yo bien, estaba en el despacho... —noto su risa profunda y un escalofrío recorre mi cuerpo—, y me he acordado de ti —se toma una pausa —te fuiste sin despedirte.

—Bueno, estaba algo mala. Pero ya estoy bien—. Miento.

—Pronto estaré en Madrid, debo hacer una visita a vuestra empresa, he empleado mucho dinero y me encantaría saber que todo marcha como debe y de paso... verla a usted, ¡por supuesto! —Joder, no me lo estará diciendo en serio, la madre que me...

—Sí bueno, espero tener un hueco, ahora mismo tengo mucho trabajo —se nota que miento, me estoy poniendo nerviosa.

—No se preocupe, seguro que hará lo posible para que podamos aunque sea cenar.

Izan entra en el despacho y me mira sonriente. ¡Joder, joder y joder!

—Bueno, ahora mismo le tengo que dejar, muchas gracias por llamar—. Necesito quitármelo de en medio.

—Hasta luego señorita Sánchez—. Cuelgo y miro a Izan nerviosa, se me acelera la respiración y me levanto directa a darle un beso.

—¿Con quién estabas hablando? —Me pregunta como quien no quiere la cosa.

—Con el señor Coleman—. Suelto de sopetón quitándole importancia.

—¿El señor Coleman? ¿Y qué quería? —Izan se pone serio, su respiración se acelera, como la mía y siento que la he cagado y no sé por qué.

—Nada, quería saber cómo iba todo por la empresa—. Le explico, intentando ser sincera. Sonrío como si no pasara nada mientras cojo mi bolso y salimos del despacho.

—¿Y quería algo más? —Se para en seco justo antes de salir del despacho.

Me giro y miro a Izan algo descolocada, si, que yo en su lugar me pondría hecha una energúmena, pero joder, yo no tengo la culpa de que haya llamado, ¿no?

—Izan —me acerco a él y le cojo de las manos —No, que yo sepa, y sí quiere algo,

ya puede darse con un canto en los dientes, estoy contigo —Aclaro dándole un beso.

Izan se queda un minuto en silencio, mirándome fijamente a los ojos, hasta que sonrío, me da un beso y los dos salimos del despacho hasta llegar a su coche.

—Tengo una sorpresa para ti —Me dice divertido mirando a la carretera.

—¿Qué clase de sorpresa? —Pregunto ansiosa por saber que es, me encanta las sorpresas, pero no aguanto la espera.

Media hora más tarde, Izan me sorprende llevándome a su casa, tiene una cena romántica preparada para nosotros, me parece todo tan bonito, tan especial que no tardo en abalanzarme hacía el y besarlo.

—Espero que no te importe que haya preparado la cena aquí en mi casa.

—¿Estás tonto? Me encanta, me gusta que me hayas traído aquí.

Cenamos tranquilamente, aunque yo espero ansiosa el postre. Hay que ver, lo rápido que se me ha pasado el mosqueo. Izan no deja de mirarme con esa cara de tío bueno que tiene, y estoy deseando arrancarle la ropa con los dientes. ¡Joder! ¿Quién me iba a decir a mí que terminaría pensando todo lo que pienso? Nunca he sido así, o..., ahora que lo pienso, a lo mejor sí y no lo sabía. Izan ha despertado a la bestia que llevo dentro.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así? —Izan se ríe. ¿Se está poniendo rojo como un tomate? No me lo puedo creer.

—Pues en arrancarte esa ropa que te está sobrando—. Ahora soy yo quien se ríe, por lo que he dicho.

Izan se levanta dejando la comida en el plato y se acerca a mí, me besa, me coge en brazos y me lleva hasta su habitación, donde despacio, sin dejar de mirarme, me tumba en la cama.

Rodeo su cuello con mis brazos y nos besamos de forma intensa, bonita, una forma que me llega a lo más profundo de mi alma.

Acaricia mi cuerpo despacio, erizando el vello de mi piel, siento como mi cuerpo reacciona con su presencia, con sus besos, con sus caricias. Todo de él me hace sentir de forma especial y no me puedo seguir engañando, estoy enamorada de él.

Me desnuda sin apartar sus ojos de los míos, se echa sobre mí y me penetra despacio,

haciendo que un gemido ahogado salga de mi interior mientras busco su boca para besarlo.

—Me encanta como me recibe tu cuerpo ¡Te quiero! —Cada embestida es un zumbido de placer para mi cuerpo.

—Y yo a ti Izan, y yo a ti—. Noto como una lágrima sale de mi interior. Es tan fuerte lo que comienzo a sentir por él, que me duele.

Izan me hace suya despacio, con sentimiento, con amor, sí, me hace el amor como nunca antes me lo había hecho.

Abro los ojos y veo qué me está mirando, me tapo la boca con las sábanas y lo miro, nos damos la mano y permanecemos en silencio, mirándonos a los ojos, a la boca, así sucesivamente, hasta que Izan acaricia mi cara.

—¿Qué significa esa pluma que tienes tatuada detrás de tu oreja? —Señala el lugar y de nuevo, se me ponen los pelos de punta al sentir su contacto en mi piel.

—Mi abuela —pensar en mi abuela crea un nudo en mi garganta, pero aguanto como una campeona y vuelvo a mirar a Izan y rio por lo que le voy a decir. —Mi abuela tenía un corral de gallinas en el pueblo, y siempre que iba yo —me rio contagiando a Izan—. Tendría unos cuatro años, e iba cogiendo todas las plumas que veía en el suelo, y un día, al ver que no había ninguna, porque mi abuelo las había recogido todas, me dio por arrancarles las plumas a una gallina, hasta que me picó —suelto una carcajada y lloro al mismo tiempo—. Me siento mal, créeme, que cruel fui. Cuando fui en busca de mi abuela llorando porque la gallina me había picado, mi abuela al darse cuenta de la cantidad de plumas que llevaba, me dijo que era la niña de la pluma. Yo le decía a ella lo mismo. Me gustaban todas las plumas que encontraba y cuando murió, decidí tatuarme dos plumas entrelazadas, por ella y por mí, no sé por qué pero ese recuerdo siempre está ahí, de forma intensa.

Izan me da un beso, y otro, y otro hasta que de nuevo, me hace suya otra vez.

A las ocho de la mañana, me despido de Izan con un beso que dura más de lo previsto, frente a la puerta del edificio.

—Tengo una reunión importante, en cuanto termine, me paso a buscarte, ¿de acuerdo?—. Vuelvo a besar a Izan, asiento con la cabeza y salgo del coche sin ganas, no me apetece nada separarme de él.

Izan.

Espero a que Zara entre dentro y en cuanto dejo de verla, acelero y marchó a recoger a Miguel. Paro en la puerta de la casa de Vanesa y enseguida lo veo, no tarda en subirse al coche.

—¿Todo bien? —Pregunto en cuanto entra. Mi amigo se me queda mirando.

—La estas cagando pero bien— me dice abrochándose el cinturón de seguridad—. No sé qué te ha dado con esa tía, pero estas dejando de ser tú.

—Sigo siendo yo, ¿qué pasa, no tengo derecho a rehacer mi vida? —Miro a mi amigo de mala manera y me introduzco a la carretera.

—¿Y qué pasa con Marta? Está dolida tío, la has dejado tirada.

—Marta sabía perfectamente lo que había entre nosotros, ¿qué pasa, os habéis puesto ahora todos en mi contra? ¿No estás tú con la tal Vanesa? —Río sin ganas.

—Pero puedo seguir haciendo lo que se me antoje, comparte mis gustos. Follamos en grupo, no me pide explicaciones y encima, se lía con tías mientras yo me la casco, tú te tendrás que olvidar de todo eso, su amiga no es como tú, tío ¿Cuánto crees que vas a durar con ella?

—¿Y quién te haya dicho que Zara no pueda proporcionarme todo ella sola?

Mi amigo me mira, sorprendido.

—Eso es imposible, Raquel era muy buena en la cama, pero me lo paso mejor si son dos tías las que me la chupan. ¡Ya me entiendes!

—¡Por cierto, de eso mismo quería hablarte! Raquel me llamó ayer—. Mi amigo se queda callado y me mira, noto como se pone nervioso.

—¿Y qué es lo que te ha dicho, ya ha estado metiendo mierda? ¿Qué historia se ha inventado? ¿Qué me ha dado por drogar a niños?

—Tío, ¿qué coño te pasa? Dice que no le pasas nada por la niña, que ni siquiera llamas. De hecho no sabía que te habías venido a España.

—Estoy dolido, tío. Qué se quede con su jefe millonario—. Molesto mira por la ventanilla.

—Me parece perfecto, yo en eso no me voy a meter, pero tenéis una hija en común y ella no tiene la culpa—. Le soy claro, su hija me duele.

—Metete en tus asuntos, yo estoy haciendo mi vida, al igual que tú. A la niña no le va a faltar de nada, necesito tiempo para estabilizar mis cosas, mis negocios, no tengo nada para mandarle ahora mismo—. Mi amigo se acerca a la radio y pone la música a todo volumen, no quiere hablar y lo entiendo, no le estoy pidiendo explicaciones a pesar de que creo que debe muchas, lo que Raquel me ha contado no coincide con la versión suya y viendo el comportamiento que está teniendo mi amigo, dudo mucho de que me haya dicho

la verdad.

Antes de entrar en la sala de reuniones de mi oficina, cojo mi móvil y le mando un mensaje a la okupa de mi cabeza.

“Espero que pases un buen día, no dejo de pensar en ti, sí, lo sé, soy muy cursi, pero es la verdad. Te Quiero” Escribo.

Sonrío como un idiota mirando mi móvil, Miguel y Richard llaman mi atención y lo guardo en el bolsillo de mi chaqueta.

Zara.

Sonrío como una niña pequeña en cuanto leo el mensaje que Izan me ha mandado, joder que ganas de tenerlo delante.

“Yo también te echo de menos, ¿quedamos hoy?”

Dejo el móvil sobre la mesa y sigo con mi trabajo, hoy tengo muchos informes que rellenar y tengo que ponerme cuanto antes con el cliente.

La tarde se me hace eterna, mi móvil suena y rápidamente lo cojo.

—¿Ya no te acuerdas de tu viejo padre? —Qué mala hija soy.

—Papá, ¡perdóname! Sé que no tengo excusa, he estado liada, el trabajo—. Intento agarrarme a algo para excusarme por no haberle llamado.

—Hija, no pasa nada. ¿Todo bien? Sé que estás atareada, solo quería saber si estabas viva, he llamado a casa de Vanesa pero nadie lo ha cogido, apunto hemos estado tu madre y yo de ir a Madrid.

—¿Mamá y tú? Dejé un mensaje, pero claro, fue hace dos semanas o más, ya no me acuerdo, ¿mamá está bien?

—¿Quieres hablar con ella? —Dudo por un momento, pero acepto.

—Hola —Es lo único que mi madre dice, pero sonrío a pesar de todo, conociéndola, sé que no es fácil para ella.

—Hola mamá, ¿cómo estás? —Siempre soy yo quien da el brazo a torcer, pero no me importa, es mi madre.

—¿Perdonas a tu madre? —Esa pregunta me pilló de sorpresa.

—Mamá, me diste la vida, te lo perdono todo —le digo a punto de llorar, joder, tengo los nervios a flor de piel últimamente.

Una hora dura la conversación con mis padres. Hablamos de todo un poco, pero sobre todo, hablo de Izan, le cuento que nos estamos conociendo, que me gusta y que me hace sentir especial. Mi madre solo me dice que tenga cuidado y mi padre en cambio, se alegra, se emociona y me cuenta lo bien que le cayó cuando lo conoció. De hecho, asegura que él ya lo vio venir por la forma que tenía Izan de mirarme.

Dejo mi teléfono sobre la mesa y sigo con el trabajo, me doy cuenta de que llevo un buen rato pensando en él, así es imposible concentrarse en el trabajo.

Antes de salir del despacho para tomar un descanso e ir a comer, recibo una llamada de Ana, sobrina de Izan y quedo con ella en la puerta del restaurante. Le doy un abrazo en cuanto la veo, está más guapa que la última vez que la vi en la fiesta, y entramos en el restaurante. Comemos tranquilamente mientras charlamos, la veo bien contenta, hasta que de golpe su rostro cambia y me mira algo triste.

—¿Todo bien? —Le pregunto agarrándole de la mano.

—Es qué... —coge aire—. No quiero aburrirte con mis problemas, perdona.

—Ana, en serio, cuéntame, a lo mejor te puedo ayudar, no sé —le hablo preocupada, quiero ayudarla.

—Veras... no sé cómo decirle a mis padres que he dejado de ser modelo—. Permanezco callada, escuchándola, es lo único que puedo hacer en este momento.

—Sé que mis padres se están separando, sé que mi padre bebe y sé que si le digo que he dejado el trabajo, se sentirá decepcionado conmigo y no quiero hacerle daño—. No sabía que mi jefe y su mujer se estaban separando, ahora entiendo cuando Izan me dijo que su hermano tenía problemas en casa.

—¿Crees que tu padre va a sentirse decepcionado?

—No conoces a mi padre, siempre he dejado las carreras a medias, y el apostó mucho por esta, y ahora... ahora me he dado cuenta que no quiero pertenecer a ese mundo que no va nada conmigo.

—Bueno, no te preocupes. Date tiempo, ¿qué te gustaría hacer? —Ana me mira de forma tímida y sonrío.

—He empezado a escribir un libro —la cara le cambia, sonrío y yo también.

—¿En serio? —Me emociono y alegro por ella.

—Sí, tía. Pero no sé —tímida, se encoje de hombros —a mi chico le parece bien, pero...

—Mi padre es escritor, cualquier duda que tengas, házmelas saber, te doy su teléfono, su correo y si quieres hablas con él —Noto como me emociono demasiado al hablar de mi padre.

—¿Harías eso, en serio, por mí?

—¡Qué si, tonta! —Me río —creo que querer escribir un libro es una buena idea, hace tiempo que yo empecé una historia, pero no soy tan buena como mi padre y la termine dejando.

—Lo quiero leer —me río de nuevo por su insistencia.

—Lo tiré hace tiempo, así que no —le aclaro sin parar de reír.

—¿Tu podrías leerme a mí y darme tu opinión? —Veo lo roja que se pone —ya sé que no nos conocemos mucho, pero ahora mismo es contigo con quien puedo contar, además, eres la primera en saber que estoy escribiendo un libro—. Sonrío finalmente.

—¡Que ilusión, lectora beta, claro que sí!

Comemos tranquilamente entre risas, está chica me cae bien y al terminar, me acompaña hasta las oficinas.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Zara? —Se me queda mirando mientras subimos por el ascensor.

—¡Claro!

—¿La llamada de mi tío —pone los ojos en blanco, respira —era porque encontraste mi camisón?

¡Tierra trágame!

—Sí, lo siento mucho —la miro avergonzada y Ana comienza a descojonarse delante de mí. ¿Será mala?

—¡Tranquila, tranquila! —No puede parar de reír —yo hubiera hecho lo mismo, créeme. Terminó riendo con ella de los mismos nervios y salimos, ella hacía el despacho de su padre que la está esperando, y yo hacía el mío. Tengo mucho trabajo. Luis se queda extrañado en cuanto nos ve juntas y sobre todo en cuanto ve que nos fundimos en un abrazo. Lo saludo de forma cordial y vuelvo al despacho.

Al rato salgo a por algo de beber y me cruzo con mi amiga que acaba de coger un refresco mientras cuelga su móvil.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Me pregunta en cuanto me acerco a la máquina.

—¿Ahora quieres hablar? —Le hablo de forma seca, sin mirarle.

—No, no quiero hablar, solo quería saber cuándo te vas a ir—. ¡Dios! ¿Otra vez? Me duele en el alma la frialdad con la que se dirige hacia mí.

—Esta tarde tengo pensado mirar un piso, tranquila en cuanto encuentre algo, me largo de tu casa. Veo que tienes muchas ganas de que me vaya, prácticamente me estás echando—. Contesto dolida, ya se me han quitado hasta las ganas de beber algo.

El trabajo me ha mantenido ocupada toda la tarde, evitando pensar, porque cuanto más lo hago, peor lo paso. Relleno unos formularios, miro por internet y encuentro un piso decente, decido llamar y quedo por la tarde.

Termino con el trabajo y me marcho.

Miro dos pisos, uno que descarto enseguida y otro: Un noveno, un ático, con dos habitaciones enormes, un salón con cocina americana, y un precioso baño, enorme también, en una zona céntrica de Madrid a quince minutos de mi trabajo, sin contar claro, con la enorme terraza cubierta que tiene. Algo caro, pero negociable.

—¿Cuándo firmaría el contrato? —Ansiosa miro a la chica que me ha enseñado el piso.

—Bueno, como hemos dicho de negociar la renta, tendré que hablar con el dueño y mañana te llamo y te comento a primera hora según lo que me diga. ¿Te parece?

La chica sonríe y yo también, estoy nerviosa y emocionada al mismo tiempo.

—Me parece perfecto.

Nada más salir del bloque de pisos, decido llamar a Izan, pero no coge el teléfono, así que decido ir a tomarme algo yo sola al primer bar que encuentro.

Entro a un bar algo solitario, solo hay un par de personas junto a la barra mientras ven algo en la tele, no presto demasiada atención y me entran ganas de marcharme, pero cedo. Me siento junto a la barra con el móvil en la mano, esperando saber algo de Izan y pido un refresco, que me bebo de un trago. Salgo escopeteada de aquel lugar en cuanto termino.

Vuelvo a casa de Vanesa y me lo pienso antes de abrir la puerta, ahora mismo no quiero encontrarme con ella, no me apetece nada, así que llamo a mi hermana y entro hasta llegar a mi habitación. Hablo con mi hermana un rato, dejo que me eche la bronca por no haberla llamado, pero en cuanto le hablo de Izan, el enfado se le pasa. Se alegra por mí.

Decido salir a la cocina después de darme una ducha, me siento hasta mal por ocupar el baño, nunca pensé que mi amiga me tratara del modo en que lo hace, pero hago que no me importa y en la cocina, me encuentro con Miguel que prepara la cena.

—¿Qué pasa guapa? —Me mira de arriba abajo, voy con el pijama y con el pelo recogido en un moño.

—¿Qué tal Miguel, todo bien? —Le pregunto por preguntar, la verdad es que no me interesa su vida para nada. Se acerca a mí.

—Muy bien... ahora mejor, ¿Qué colonia usas? —Me lo quedo mirando con mala cara.

—¿Dónde está Vanesa?

—Ha quedado con Marta. Tú y yo estamos solos—. Levanta las cejas, se acerca demasiado y apunto estoy de darle un empujón y estamparlo contra el frigorífico, pero llaman a la puerta y aliviada llego hasta ella y al abrirla, me encuentro con Izan. ¡Joder,

menos mal!

Me inclino y le doy un beso en los labios, él me da otro, consigue hacerme reír y entra en casa mientras nos fundimos en un abrazo.

Miguel sale de la cocina y saluda a Izan como si nada. ¡Su puta madre, vaya mierda amigo!

Agarro a Izan de la mano dispuesta a llevármelo a la que sigue siendo mi habitación pero Miguel se pone en medio.

—¿Os apetece cenar algo? —Mira a Izan, yo miro a Izan y veo que asiente con la cabeza. Si dijera lo que acaba de pasar hace un momento en la cocina, no creo que le hiciera tanta gracia.

Sin ganas cojo un sándwich y me siento junto a Izan en el sofá, Miguel se sienta en el sillón, al lado, frente al televisor. Hablan de todo un poco, parece que Miguel ha empezado a trabajar con Izan, pero apenas presto atención a lo que hablan, la verdad es que me da igual, tengo hambre y vuelvo a la cocina a picotear algo.

Al cabo de un rato, se oye la puerta y Vanesa entra en casa acompañada de cierta bruja pelirroja que se acerca a Izan y le planta un abrazo y dos besos. Yo ni la miro, seré una mal educada, pero ahora mismo no tengo fuerzas para disimular, así que me marcho a mi habitación y comienzo a recoger las pocas cosas que tengo. Enseguida Izan entra.

—Lo siento —se disculpa.

—No te disculpes, es tu amiga, es normal—. Le digo mientras guardo mis cosas en la maleta y en unas bolsas, a pesar de que no entiendo la clase de amistad que mantiene con ella, porque después de lo que le he contado, lo normal es que ni la mire.

—¿Qué haces?

—Esta tarde he estado mirando unos pisos.

—¿Por qué no me has dicho nada, tan mal está la cosa con tu amiga? —Me paro en seco y lo miro.

—¿Acaso has visto que me haya saludado? Encima trae a tu amiguita—. Digo con cierto retintín, volviendo a recoger.

Izan me agarra por la cintura, huele mi pelo y besa mi cuello.

—He visto un piso precioso, un ático, podré ir a trabajar andando, solo está a unos quince minutos, mañana me darán alguna contestación —digo tranquila, olvidándome de todo.

—Me hubiera gustado ir contigo —sonríe y me da un beso en los labios.

—¿No has visto las llamadas, Izan? Te estuve llamando.

Izan me mira extrañado, cogiendo el móvil de su bolsillo, mira la pantalla y me mira a mí, guardando su móvil.

—Lo siento, cariño —¿Cariño, me ha llamado cariño?

Al cabo de un rato, cuando he terminado de recoger todas mis cosas, con la esperanza de que mañana me dirán que sí, Izan y yo charlamos un poco. Nada en especial, solo lo que hemos hecho en el día. Me comenta que Miguel está trabajando en la empresa como comercial y que me ha echado de menos. Estoy tan cansada que noto como me estoy quedando dormida sobre su pecho, mientras él, acaricia mi espalda y habla de algo que no logro prestar atención. Me tranquiliza tanto estar cerca de él, sentir su voz, que noto como me voy quedando dormida.

Me despierto de golpe al escuchar a Vanesa y a Miguel discutir, intento dormirme pero es imposible. Al minuto Izan se despierta, pero no por ellos, sino porque no dejo de moverme.

—¿Qué te ocurre princesa? —Me susurra dándome un beso en la frente. ¡Oh, princesa! Me muero de gusto ahora mismo, es adorable, cariño... princesa... te quiero... ¡Me lo como!

—Vanesa y Miguel están discutiendo y me han despertado, ahora no puedo dormir —. Digo acurrucándome a él.

A los cinco minutos, sentimos un portazo. Izan y yo nos miramos y me levanto como la que no quiere la cosa, pero no veo nada raro. Me acerco a la habitación de Vanesa, a pesar de todo, la considero mi amiga y me preocupo por ella. Toco la puerta y espero a que alguien diga algo, pero no aguanto y decido entrar.

Me encuentro con Miguel desnudo, sin querer mis ojos se desvían a algo que le cuelga entre las piernas y cierro la puerta de golpe, asustada, encerrándome de un salto en el baño.

¡Hostia puta! La madre que me pario, ¿quién me manda a mi mirar?

Con el corazón acelerado, entro en la habitación, Izan se ha vestido, me mira y yo lo miro a él.

—¿Qué ha pasado? —Me pregunta, pero no sé qué contestarle.

—He... he abierto la puerta de la habitación de Vanesa —Resoplo presionándome el puente de la nariz —y he visto a Miguel desnudo—. Me acerco a la silla, donde tengo la ropa preparada para el día de hoy, un vestido color crema con una rebeca y me visto, evitando mirar a Izan que sé que me está mirando. Lo oigo reírse y me doy la vuelta.

—¿De qué te ríes? —Le pregunto colorada como un tomate.

—¿Quién te manda mirar? —Izan sigue riéndose.

—Pe... pensaba que era Vanesa la que estaba en la habitación, no ha sido mi intención—. ¡Por dios qué vergüenza!

Salimos de casa y nos vamos a desayunar los dos juntos, cuando terminamos, me deja en la oficina.

—Lláname en cuanto sepas algo del piso, y te ayudo —Me dice en cuanto me despido de él.

—Gracias.

Entro en el edificio como todas las mañanas, saludo a Gema, a Paqui la chica de administración y a mis compañeros, uno por uno, menos a Vanesa, que no está. Preocupada entro en mi despacho, cojo mi móvil y sin pensármelo la llamo, pero no me lo coge.

Me reúno con mis compañeros y entre todos nos repartimos las tareas para tener la aplicación y la página web junto con el diseño preparado para dentro de dos semanas. Vuelvo a mi despacho y sigo con el trabajo, consultas, soluciones, no he dejado de hacer lo que hacía antes, es más, estoy trabajando con dos aplicaciones al mismo tiempo. Al cabo de un rato vuelvo a salir y como sigo sin ver a Vanesa, preocupada me dirijo a mis compañeros.

—¿Sabéis algo de Vanesa? —Me dirijo con la mirada a Lucía, que me mira atenta.

—Sí—. Le tiembla la voz —Acaba de llamar, ha ido al médico y llegará tarde—.

Contesta nerviosa, girándose rápidamente a la pantalla de su ordenador

—Gracias Lucia.

Al dirigirme a mi despacho me encuentro con Celia. Se la ve tan tímida, está escribiendo algo en el ordenador y tiene la mesa llena de documentos, me mira y sonríe. Voy a acercarme a ella para preguntarle qué tal marcha, cuando mi móvil suena. Miro la pantalla, número desconocido.

—¿Sí? —Digo nada más al descolgar.

—Hola soy Luisa, la chica del piso—. ¡Bien! Es la chica de la inmobiliaria.

—Hola, ¿tienes buenas noticias? —Me pongo nerviosa.

—Sí, el cliente está de acuerdo. Le he dado buenas recomendaciones por tu parte y se pasará por la oficina sobre las dos y media, para firmar.

—Vale, vale. Sobre esa hora estoy yo ahí. ¡Gracias!

Uff, menudo subidón me entra de golpe.

Miro mi móvil y mientras enciendo mi ordenador, decido llamar a Vanesa, no se lo merece, pero no puedo evitar preocuparme por ella. Para evitar que me cuelgue, le llamo desde el despacho, qué el número no lo conoce.

—¿Diga? — Es Miguel quien coge el teléfono.

—¿Está Vanesa Gómez?

—¿De parte de quién? —Respiro hondo antes de soltarle una burrada. ¿Quién se piensa que es este gilipollas, su secretario?

—Soy la secretaria de su ginecólogo. Era para una consulta que tiene pendiente—. No sé me ocurre otra cosa.

—Un momento, está en la ducha—. ¿No sé supone que está en el médico?

—¿Hola? ¿Quién es?

—¿Vanesa?

—¿Qué haces pasándote por la secretaría de mi ginecólogo? —Me ha descubierto.

—¿Por qué no has venido a trabajar? —Intento ponerme seria, aunque los nervios, comienzan a traicionarme.

—Qué seas mi jefa no te da derecho a meterte en mi vida—. Me suelta y me cuelga. No me lo puedo creer.

Decido no molestarla más y como una tonta, una verdadera idiota, me meto en su servidor y compruebo como lleva el proyecto en el que estamos trabajando.

¡Vaya!, lo tiene casi todo terminado y eso hace que me sienta orgullosa de ella. No entiendo qué es lo que le pasa, ¿Será qué Miguel le está comiendo el coco?

Me centro en mi trabajo hasta que dan las dos, salgo de forma apresurada hasta la inmobiliaria donde Luisa, me espera junto a un hombre mayor. Enrique se llama. Hace las presentaciones, al hombre le causo buena impresión y me ahorro ciento cincuenta euros en el alquiler. Firmamos el contrato y Luisa me da las llaves y una copia.

No puedo sentirme más feliz en este momento. Nada más despedirme de Enrique y de Luisa, llamo a Izan, pero su teléfono está ocupado, así que decido mandarle un mensaje dándole la buena noticia. Empiezo a cansarme de que siempre esté ocupado, no lo entiendo.

Vuelvo a la oficina y le cuento a Gema lo de mi nuevo piso, y como con ella. Cómo siempre, ella se alegra por mí.

Al terminar, vuelvo al despacho y sobre mi mesa me encuentro una carpeta. La cojo y miro por encima. Es la ficha de un nuevo cliente.

—Quiere el trabajo para una semana—. Luis entra en mi despacho a pesar de que no le he invitado a que lo haga.

¡Mierda, no nos va a dar tiempo con todo lo que tenemos encima!

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Ahora, que he visto que te has instalado perfectamente—. Parece que mastica chicle y por el olor, deduzco que ha bebido.

—Te has follado a mi hermano, ¿no es así? ¿Al cliente también? ¿Por eso ha firmado? —se ríe a carcajadas.

—¿De qué estás hablando? —Cierro la puerta, para que nadie pueda oírle. Está hablando demasiado alto y no me interesa, ni apetece, montar ningún tipo de espectáculo.

—No te hagas la tonta, eres muy lista y llevo tiempo observándote. No me creo que tu sola hayas conseguido esa deseada firma si no es por un trabajillo extra—. Se echa a reír y se sienta en mi silla —¡Ya me entiendes!

Trago saliva y me acerco a él, de forma serena.

—¡Estás borracho! Vete de mi despacho, ¡haz el favor!

—¡Venga Zara! Sigo siendo el socio mayoritario. No puedes echarme y lo que es peor —Apoya los codos sobre la mesa —no puedes llamarme borracho—. Se ríe con fuerza.

—¡Sal de mi despacho! —Digo un poco más alto.

—Si quieres ganarte un dinero extra —se vuelve a reír —puedes hacerme un trabajo extra, a mi hermano no le importará—. Eso me enerva la sangre y me inclino hacia él, apuntándolo con el dedo.

—Vete de mi despacho si no quieres que te pegue una patada en la cabeza.

Reconozco que a veces soy muy bruta, pero mientras de resultado, no me importa.

—Me encanta ese genio que tienes —el descarado y sinvergüenza de mi jefe, se levanta sin dejar de mirarme y se marcha a su despacho. ¡Asqueroso! Cierro la puerta, y sin creer lo que ha pasado, me dirijo a mi mesa y enciendo el ordenador. Minutos más tarde la puerta se abre de nuevo.

—Te he dicho que te largues de mi despacho, no te quiero volver a ver más aquí—. Me equivoco de público, es Izan quien ha entrado al despacho. Me mira extrañado.

—¿Estás bien? ¿De quién estabas hablando? —Se me queda mirando y se acerca a darme un beso.

—Acabo de discutir con tu hermano.

—Ahora vengo, voy a verle—. Izan me da un beso y se marcha en busca de su hermano.

Agobiada me pongo con el trabajo, al cabo de un buen rato, dos horas como mucho, viendo que Izan no viene, me asomo al despacho de su hermano, pero ninguno se encuentra allí.

—Creo que Izan se ha llevado a Luis —me comenta Celia que viene de hacer fotocopias.

—Gracias Celia.

Vuelvo a mi despacho y llamo a Izan. Me he quedado algo preocupada pero de nuevo, no me lo coge. Salgo más tarde de mi hora y en cuanto la mayoría de mis compañeros se han marchado, lo hago yo también. Entro en casa en busca de mis cosas, ¡menos mal que tengo poca cosa! Gracias a dios que no hay nadie. Me despido de la casa que una vez compartí con mi amiga y voy directa al autobús, con mi mp3 entretenida, pensando en mis cosas.

Cuando meto la llave en la puerta de mi casa, no me lo puedo creer. Entro dentro, y salto de alegría como una niña pequeña, me encanta el espacio tan acogedor que tiene. ¡Me encanta! Miro el enorme sofá de color rojo que está junto a la pared y me acuerdo de Rufo, lo que el disfrutaría tumbándose en él. Lo echo tanto de menos.

Estoy tan emocionada en este momento, que me hago una lista con las cosas que voy a necesitar, y antes de nada, me acerco a un comercio antes de que cierre y compro todo lo de la lista que sea comestible, aunque bueno, la mayoría de las cosas que compro es comida basura, pero tengo hambre, mucha hambre. Me rechiflan los gusanitos, el picoteo, las bolsas de patatas.

Subo a casa, me siento a comerme una bolsa de patatas y en cuanto termino, me pongo a limpiar. La chica de la inmobiliaria me dijo que habían limpiado el piso, pero si no lo hago yo, no me quedo a gusto.

En el armario me encuentro sábanas nuevas y una colcha preciosa, pero decido no usarlo, lo guardo aparte y coloco mi ropa en el armario.

Termino de hacer las cosas que tenía pendiente y a las dos de la mañana, sin noticias de Izan, me estoy comiendo un trozo de pizza que he pedido mientras veo la serie “*Entre Fantasmas*”, en la enora76me tele de plasma que está junto a la pared, frente al enorme sofá que uso para dormir en mi primera noche a solas.

Por la mañana me levanto como una rosa. Andando llego hasta la oficina mientras

escucho mi música preferida y noto como el paseo despeja mi mente. Llego a la oficina, mis compañeros no han llegado aún, saludo a Paqui, y antes de entrar en la cafetería me encuentro con Celia.

—Buenos días Celia, ¿te apetece desayunar conmigo? —Hoy me noto demasiado amable, me siento feliz.

Ella acepta encantada y desayunamos juntas mientras hablamos de trabajo, hasta que sin querer, me desvíó del tema.

—¿Conoces a Izan desde hace mucho tiempo, verdad? —Celia se me queda mirando y termina de masticar el bocado que le ha dado a su tostada.

—Sí, es como un hermano para mí.

Me quedo en silencio unos segundos antes de formular la pregunta que tengo merodeando por mi cabeza, respiro hondo ¡Allá voy!

—¿Y... conoces a Marta?

—¿Secretaria de Luis? —Asiento con la cabeza y noto como el corazón se me acelera de forma incontrolada —Lo justo, para que te voy a engañar. Antes salía mucho con Izan y con mi hermano, pero nunca he hablado con ella—. Se inclina hacia mí —la verdad es que no me cae muy bien, y verla por aquí hace que me caiga aún peor—. Susurra divertida.

—¡Oye! Me caes genial, ¿te lo he dicho? —Las dos nos echamos a reír.

Después de charlar animadamente, volvemos cada una a nuestro puesto de trabajo, la verdad es que no me apetece nada tener que trabajar, pero solo de pensar que hoy es viernes, que saldré pronto y que me voy directa a mi casa nueva, se me quita todo y me entra una energía que ni yo misma me lo creo.

A las tres estoy fuera. Camino hasta mi casa, hoy no he sabido nada de Vanesa tampoco, ni yo, ni mis compañeros, ella sabrá. Tiro la toalla, el día que quiera hablar conmigo, que se acerqué, yo no voy a hacer como ella. Mi móvil vibra en cuanto entro al ascensor. ¡Es Izan!

“¿Te apetece pasar el fin de semana conmigo?” Leo en mi móvil.

Me miro al espejo y no puedo evitar darme cuenta de lo tonta que estoy siendo, no he sabido nada de él, desde ayer y después de haberlo llamado, me manda un mensaje para

preguntarme si quiero pasar el fin de semana con él. Comienzo a pensar que solo me quiere por el tema del sexo. Le contesto en cuanto entro en casa.

“Lo siento, pero tengo muchas que hacer”

Al cabo de un minuto, termino enviándole otro mensaje.

“¿Quieres ser tú, quien pase el fin de semana conmigo?” Sonrío, ansiosa por qué me conteste.

Tarda en contestar, y como una idiota, sí, porque eso es lo que soy. Le mando otro mensaje con la dirección. ¡Joder! Se lo estoy poniendo demasiado fácil.

Me doy una ducha, me pongo un vestido sencillo, color marrón oscuro y me miro al espejo. Hoy me siento sexy, radiante y decido dejarme el pelo suelto y liso. Con otra lista en la mano para hacer la compra, me preparo unas bolsas de tela y salgo de casa. Al salir a la calle, me encuentro con el Nissan negro de Izan aparcado justo en frente. Miro para todas partes, contenta, feliz porque esté aquí. Lo veo acercarse, hablando con el móvil. Sonrío y espero a que sé de cuenta que lo estoy mirando, joder, mira que esta bueno el muy cabrón, normal que las chicas estén todas locas por él, yo me incluyo. Se da cuenta de mi presencia, me recorre de arriba abajo con la mirada, sonrío y se inclina para besarme. Lo beso deseosa.

—Estas preciosa, princesa —Ya me pongo tontorróna.

—¿Sueles llamar a todas princesa? —Izan se ríe, se lo toma a broma, pero se lo estoy diciendo en serio, porque si es así, a mí que no me vuelva a llamar princesa, ni mierda.

—No, solo a mi sobrina cuando ella era pequeña, le encantaba el nombre princesa.

—¡Ah bueno! Entonces no pasa nada —sonrío y lo beso.

—¿A dónde vas? —Pregunta apretándome el culo —Vas demasiado... —se queda en silencio, mirando mis labios —sexy.

Lo beso con dulzura.

—Tengo que ir a hacer algo de compra, necesito cosas para el piso nuevo.

—¿Me dejas que te lleve?

—¡Claro! Como si me tienes que llevar al fin del mundo —Digo arrepintiéndome en el momento. ¡Mierda! Vaya lengua larga tengo, sigo dejándoselo muy fácil y eso no es bueno.

Subimos al coche y me lleva a un centro comercial. Pasamos toda la tarde mirando tiendas, compro de todo un poco, todo lo que me puedo permitir y me enfado con Izan al ver que quiere hacerse cargo de algunas cosas. No se lo puedo permitir.

—Ahora soy tu novio, déjame que te compre algo.

Lo miro completamente alucinada.

—¿Soy tu novia? —Hago fuerzas para reprimir la sonrisa que amenaza con dibujarse en mi cara.

—¡Claro! ¿Tenías dudas?

—Bueno... —al final sonrío, no puedo aguantarme.

—¿Tenías dudas Zara? —Pregunta de nuevo, ahora serio.

Pongo los ojos en blanco y me sincero.

—Haber... últimamente no nos vemos demasiado. Casi siempre, ya sea por ti o por mí, no atendemos nuestras llamadas y bueno... a veces he dudado —lo miro fijamente a los ojos mientras le hablo. Me abraza.

—He estado liado, lo siento de veras. La verdad es que me he comportado como un capullo, pero te quiero —agarra mi cara y nos miramos—. ¿Lo sabes verdad?

—Lo sé —susurro dándole un beso.

—Por eso... —empieza diciendo divertido —este domingo, vamos a ir a casa de mi madre a comer, es una pesada y no deja de preguntar por ti, al igual que mi abuela, que algo has debido hacerles para que estén todo el día preguntando por ti.

—¿En serio?... yo no he hecho nada —no puedo sentirme mejor.

Llegamos a casa después de cenar en un italiano. A veces, siento que estoy metida en

una burbuja, sobre todo cuando estoy cerca de él. Son las once y media de la noche, subimos cargados con todas las bolsas hasta casa. Impaciente, dejando todo en el suelo, agarro a Izan del brazo, le enseño la casa y lo tiro al colchón poniéndome encima mientras lo lleno de suaves besos.

—Te parecerá una gilipollez, pero no sabes lo bien que me sienta saber que soy tu novia —le confieso haciendo que se ría y me apriete el culo con fuerza.

—A mí también me sienta bien saber que eres mía—. Hace un movimiento y es él quien termina encima de mí—. Pero debo pedirte que tengas paciencia conmigo, no estoy acostumbrado a salir con nadie en serio y... no sé, me da miedo cagarla—. Suelto una carcajada sin poderlo evitar.

—Te estoy poniendo las cosas demasiado fáciles, si las haces mal es para darte una colleja —le beso —¡Bien fuerte! —recalco divertida.

Izan levanta mi vestido, sube con la mano por mi muslo y se para en el elástico de mis bragas, lo separa de mi piel y me mira con deseo, con ganas, de la misma forma que yo lo miro a él.

—Te voy a follar por toda la casa, para que cuando no esté, me recuerdes en cada rincón. ¡Dios! Eso me pone a cien, me pone verraca, salvaje.

—¡Pues fóllame ya, porque me muero de ganas!—Le susurro en los labios, saco la lengua y me abro paso entre su boca, en busca de la suya que encuentro enseguida, y los dos nos enredados.

Besos salvajes... ¡Oh sí!

Casi me rompe la ropa interior... ¡Sigue, por favor!

Me da la vuelta, me penetra fuerte, y siento que voy a explotar en cuanto lo noto en lo más profundo de mi.

—¡Sigue Izan! —Le pido entre gemidos, apunto de romper en mil pedazos.

Jadeo.

Izan agarra mis caderas, me penetra fuerte, rápido, me gusta como lo está haciendo, me pone más de lo que ya estoy, y una oleada de placer intenso se reparte por todo mi cuerpo mientras grito. Segundos después, Izan vacía todo su placer dentro de mí.

Se apoya en mi cuerpo y comienzo a reírme, saboreando esa deliciosa sensación que sigue dentro de mí.

—¡Jooodeeer! —Me río sintiendo su sonrisa detrás de mí oreja y un escalofrío recorre mi cuerpo junto con un cosquilleo.

Besos, caricias y más cosquillas, hacen que termine con un dolor de barriga y cara de tanto reír. Impresionante.

—Venga, tenemos mucho que colocar—, dice Izan levantándose de la cama.

Me lo quedo mirando, tiene un cuerpo de escándalo el muy ladrón, debería ser un delito estar tan bueno. Me levanto de la cama y con todo el morro del mundo me pongo su camisa sin nada de ropa interior debajo.

—¿Sabes a lo que te arriesgas? —Se acerca cogiéndome de la cintura, mirándome con deseo.

—¡Claro que lo sé! Pero hasta que no tengamos todo colocado, no podrás tocarme —bromeo.

—¿Quieres jugar? —Sonríe retándome con la mirada— Vas a perder, ¿lo sabes?

—Ya veremos—. Le doy un beso en la nariz y me doy la vuelta directa al salón, donde comienzo a recoger las cosas.

Izan sale de la habitación con sus calzoncillos “Emporio Armani” color negro que le quedan de muerte. Parece sacado de un anuncio.

Se apoya en el marco de la puerta y se me queda mirando con una chulería que no se puede aguantar. La madre que lo pario... Evito mirarle, está demasiado sexy y yo sin bragas.

Coloco primero la compra mientras Izan me ayuda sin parar de reír, ¡mamonazo! Veo el juego que se trae entre manos y decido desabrocharme dos botones de la camisa, dejando parte de mis pechos visible. ¡Toma ya!

Entre los dos hacemos la cama, al final se ha salido con la suya y me ha comprado alguna que otra cosa, sábanas, un bonito edredón, y unas cortinas a juego. Sigo pensando que tiene un gusto exquisito, incluso mejor que el mío. Lo miro, bueno no, mejor gusto que yo, imposible.

—Te he traído esto —me señala una bolsa.

—¿Qué es? —Pregunto cogiendo la bolsa.

—Las cosas que compré en Londres —una cosa rara me entra por el cuerpo —está todo lavado y planchado.

—Gracias, pero no tenías por qué hacerlo.

Se acerca a mí.

—¿Por qué no? Las compré para ti.

—Ya, pero... —me pongo nerviosa al recordar el motivo del por qué lo compró.

—Es tuyo, ¿qué quieres que haga con ello, que me lo ponga? —Lo miro divertida y por un momento me lo imagino con la ropa puesta, Izan se da cuenta y se lanza entre risas hacia mí, cogiéndome en brazos, llevándome hasta la barra de mármol que separa el salón de la cocina.

—¡La hostia que frío está esto! —Me quejo en cuanto el frío mármol entra en contacto con mi piel.

—Tranquila princesa, que yo haré que se caliente —Me arrima hasta el filo, abre mis piernas despacio, mientras reparte besos por mis muslos. Cierro los ojos y en cuanto siento su boca en el centro de mi sexo, gimo por la sensación al notar su lengua húmeda y caliente en contacto con mi piel.

Lo agarro con fuerza del pelo, mi pulso se acelera, mi cuerpo se tensa y grito de gusto en cuanto recibo un orgasmo. Izan se levanta, tiene los labios rojos, algo hinchados, húmedos, se acerca a mi boca, me besa y me penetra. Dejándome sin aliento.

Me hace suya en la barra, encima de la encimera, en la habitación de invitados, sobre la mesa, sobre el sofá, mientras nos duchamos, en el baño, ¡joder! cuando me quiero dar cuenta, ya es casi de día. Estoy muerta de sueño, y a la vez, con ganas de repetir otra vez.

—Descansa princesa—, me susurra, es lo último que oigo y termino quedándome dormida.

No sé ni la hora que es en cuanto me despierto, pero en cuanto Izan me abraza fuerte, deja de interesarme la hora.

—¡Buenos días princesa! —Abro los ojos, creo que me he vuelto a quedar dormida de nuevo. Sonrío.

—Buenos días amor —esa palabra sale de mi boca como de la nada, ni siquiera yo misma sabía que iba a decir eso, y noto como un calor se instala en mi cara.

Izan se inclina y besa mi cara.

—Me gusta eso que me has llamado —Hace que me ponga más colorada—. Llámame otra vez.

—¡Buenos días amor! —Repito sin parar de reír. ¿Por qué me siento tan bien cuando estoy junto a él?

—Me gusta —Sonríe y me besa.

Pasamos el sábado todo el día metidos en casa, disfrutando de nosotros. Izan me habla de cuando era un niño, río a carcajadas en cuanto me cuenta sus trastadas y no puedo evitar imaginarme a un niño de ojos azules, con cara de bueno haciendo de las suyas.

Le cuento que mi madre y yo hemos hecho las paces. Se alegra por mí. Espero que no le tenga en cuenta nada de lo que ocurrió la última vez. Hablo de mi hermana y de mi sobrino Sergio, al que adoro con locura.

No puedo evitar ponerme nerviosa mientras arreglo mi pelo después de darme una ducha. Izan ha ido a su casa a por algo de ropa, y solo de pensar que dentro de un rato estoy entrando en su casa como su novia, produce algo en mi interior.

Termino dejando mi pelo suelto, cayendo en ondas y me miro al espejo, alisando uno de los vestidos que Izan compró para mí en Londres. Quiero ir elegante, y no tengo nada en el armario lo suficiente valido para mí en este momento.

Vuelvo a mirarme al espejo, varios recuerdos se me vienen a la mente, Izan, el señor Coleman, ¡madre mía! Aun me pregunto qué narices pasó por mi cabeza para hacer lo que hice, aunque por otro lado, si no lo hubiera hecho, tal vez Izan y yo no estaríamos en este momento juntos. Pienso en él y me veo sonriendo, hacía tiempo que no me sentía así, tan especial, tan bien, tan sexy, y nunca antes había disfrutado del sexo como lo estoy haciendo con él.

Dejo de mirarme tanto en el espejo del baño y siento como la puerta se abre, Izan se llevó las llaves.

Salgo a recibirle y veo como se le desencaja la boca de la mandíbula mientras me mira.

—¡Vaya! Estás increíble—. Se acerca y me da un morreo de esos que te dejan con la boca seca, mareada incluso. ¡Ay dios que hombre este! ¿Dónde ha estado todo este tiempo? Me hubiera ahorrado mucho si lo hubiera conocido antes.

—¿Crees que esto es demasiado? —comento nerviosa, insegura de mi misma.

Izan me mira de arriba abajo, lo hace con cautela, no se pierde ningún detalle y eso me pone más nerviosa de lo que estoy.

—¡Estás para tirarte a la cama y arrancarte el vestido!

—Eres un perverso—. Sonríe y le beso.

—Zara... Zara... eres mala. No tenemos tiempo, mi madre ha llamado, nos están esperando—. Demasiado tarde, yo ya le he desabrochado los pantalones y necesito un chute de amor en este momento, estoy muy nerviosa y solo él puede calmarme.

Tumbo a Izan en la cama y me subo encima, colocándome a horcajadas sobre él mientras nos besamos y busco ansiosa su miembro erecto. Con un simple movimiento entra en mi interior y toda la ansiedad e inseguridad que tenía hace un momento, desaparecen.

En cuanto Izan para el coche frente la casa de su madre, no puedo evitar sentirme angustiada de nuevo. No entiendo este miedo de repente, ya los conozco, todos me caen muy bien y sé que yo a ellos también, pero no puedo evitar sentirme así en este momento. Izan me mira, me va conociendo bastante bien, incluso más que yo, ¡sorprendente!

—Tranquila que no te van a comer —sonríe de medio lado y se acerca dándome un beso en la punta de la nariz —en todo caso, yo soy quien come aquí—. Besa mis labios.

—¡Que tentador suena eso! —Comento graciosa devolviéndole el beso mientras mi corazón martillea mi pecho.

Unos golpes suaves en la ventanilla del piloto nos separan de golpe por el susto, y vemos a Victoria, que nos saluda con un niño pequeño en brazos.

Salimos del coche e Izan coge al niño pequeño en brazos. Deduzco que es su sobrino. ¡Que mono es!, lo besuquea mientras le dice cosas, el niño no le entiende por supuesto y

yo no puedo evitar sentir una punzada de ternura en cuanto lo veo con el niño en brazos. Victoria y yo nos fundimos en un abrazo, la forma de mirarme, de tocar mi brazo cuando habla, me hace olvidar lo nerviosa que estaba. Entramos en casa.

Luis, Sofía, Aroa, Ana y la abuela se encuentran allí. Todos son muy majos, me hacen sentir de maravilla, incluso Luis, que hoy parece estar ¿Simpático tal vez? Nunca lo había visto tan bien, tan sonriente, de hecho, me fijo y me doy cuenta que cuando sonríe, se parece a Izan. Ana y yo no paramos de hablar. Aroa y yo, somos las únicas que sabemos que ha dejado el trabajo y lo de su nuevo proyecto, la novela. Las tres reímos.

—Yo estoy deseando que tu padre se entere —comenta Aroa mirándome —porque la cara que va a poner, no tiene precio—. Ríe a carcajadas mientras Ana, nerviosa, me mira.

—Comienzo a lamentarme de habértelo contado —le reprocha a su tía que no para de reír, mientras le da el biberón al niño.

—No sabía que tenías un niño tan guapo—. Digo cambiando de tema haciendo que Ana y Aroa miren al niño con ternura.

—Es lo mejor de mi vida—, dice Aroa dejando el biberón vacío sobre la mesa e incorporando al niño mientras le da palmadas en la espalda.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Avergonzada la miro, llevo rato preguntándome donde está el padre, o si está casada.

—Si vas a preguntarme si estoy con el padre, ¡no! Soy madre soltera y... —Se acerca a mí mientras baja la voz—. Y no me arrepiento, me encanta.

—Eres muy valiente, ¿sabes? —Comento mirando al niño —yo tengo un sobrino de cuatro años —la miro —mi hermana no lo tuvo muy fácil al principio, pero ahí va, sacando a su hijo adelante.

—¿No está con el padre? —Pregunta Aroa intrigada, el niño casi está dormido en sus brazos.

—No, mi cuñado la abandonó a ella y al niño en cuanto detectaron una sordera permanente a mi sobrino —Ana y Aroa se miran horrorizadas e inmediatamente me miran a mí.

—¡Que hijo de la gran puta! ¿Qué ha sido de ese mamonazo? —Pregunta Ana sin salir de su asombro.

—Ni lo sé, ni me importa. ¡Anda y que le den! —Me encojo de hombros dando un sorbo a mi copa de vino—. Pero mi hermana se las apaña muy bien sola, mi sobrino es encantador, ella tiene un trabajo que te mueres en el mejor Buffet de abogados de París—. Dejo mi copa medio vacía sobre la mesa.

Aroa se ausenta para acostar al niño en la habitación de arriba, Ana y yo nos quedamos a solas, casi acabando con la botella de vino blanco que Izan dejó sobre la mesa hace un rato, mientras charla con su hermano. Hoy no pienso tomar nada de Coca cola, hoy el vino merece ser bebido.

—¿Ves a mi madre y a mi padre? —Ana me habla despacio, haciendo que mire hacía sus padres de manera disimulada.

—Sí, ¿qué pasa, están bien, no? —la verdad es que yo los veo bien, me sorprende mucho ver a mi jefe tan sonriente, tan hablador y contando chistes, estoy que no me lo creo.

—Ayer mi madre firmó los papeles del divorcio, y fíjate tú. Hoy están como si no hubieses pasado nada —. Miro a Ana y agarro su mano apretándola.

—No te preocupes, no querrán hacerte daño, yo lo entiendo por un lado —Hago que Ana me mire de forma fugaz, poniendo cara como si le hubiera dicho algo malo.

—Zara, ya me hacen daño comportándose de esa manera. Me parten el corazón cuando los pillo discutiendo y luego fingen en cuanto me ven llegar.

Respiro hondo y vuelvo apretarle la mano.

—¿Por qué no hablas con ellos?

Ana se ríe de forma irónica.

—Con mi madre se puede hablar, ¿pero con mi padre? —Niega con la cabeza y bebe de su copa—. Mi padre es peor que un dolor de regla. ¡No lo conoces!

Me la quedo mirando, si ella supiera todas las cosas que he tenido que ver, e incluso toda la mierda que he tenido que limpiarle, la cosa cambiaría.

—Solo es mi jefe —comento haciendo que sonría y lo consigo. Ana sonríe y las dos brindamos con nuestra copa.

—¡Joder ya os vale! Si me descuido me dejáis sin vino —Aroa aparece como de la nada, algo fatigada—. El niño se ha despertado y he tenido que esperar a que volviera a dormirse. ¿Os apetece un piti?

Las tres salimos a un bonito patio con una bonita piscina, que hace que cuanto más la mires, más ganas de tirarte al agua te entren.

Nos fumamos un cigarro cada una, sin parar de reír. Sé que lo había dejado, o bueno, eso creo, pero uno no hace daño, ¿no? Además, hoy es un día especial para mí. Unas manos abrazan mi cintura y los labios de Izan se instalan en mi cuello.

—¿Ya la estáis llevando hacia el lado oscuro? —Izan mira a su sobrina y a su hermana que sonrían mientras nos miran.

—El único que la lleva hacia ese lado eres tú, nosotras estamos siendo buenas con ella—. Aroa me guiña el ojo y termina apagando su cigarro en un enorme cenicero de piedra que adorna la mesa. Las dos se dan cuenta que sobran es ese momento, y se marchan dejándonos a Izan y a mi solos.

—¿Lo estás pasando bien? —Izan me abraza y roza sus labios con los míos.

—Sí, pero te echo de menos —respondo.

—¿Cuánto?

—Mucho —le beso —mucho —le vuelvo a besar —muchísimo.

—Os podíais cortar un poco —Luis refunfuña acercándose a nosotros haciendo que Izan se separe de mí y los dos le miremos, yo avergonzada, por supuesto. No deja de ser mi jefe y eso me incomoda.

—¿Vas a decirme tu que me corte un poco? —Izan le habla con cierto tono de reproche a su hermano, se separa de mí y se dirige hacia el apuntándole con el dedo—. Será mejor que comiences a preocuparte de tus cosas en vez de mirar las mías.

El corazón se me acelera y no puedo evitar notar como la ansiedad crece en mi interior. Hace un momento estaban los dos hablando animadamente, riendo.

—Sé que los dos os habéis puesto en mi contra para quitarme lo que papá me dejó en vida.

—Te recuerdo que papá iba a incluirme en la empresa —Izan corta a su hermano,

pero este parece inmutarse.

—No sé cuánto le habrás pagado a esta para que te eche una mano—. Me mira —sin duda una cantidad importante, para que incluso se haga pasar por tu novia. ¿Quién tiene que creérselo?

Me muerdo la lengua, no sé si es por respeto hacia el o a su familia, al que en este momento adoro.

—Si te lo quieres creer bien, si no también. Deberías estar agradecido de todo lo que hemos hecho por la empresa de papá—. Luís le da un manotazo a Izan apartándole el dedo con el que le apunta. Se retan con la mirada y yo casi entro en pánico. Me acerco para separarlos.

—Creo que en este momento, deberíais cortaros los dos, vuestra madre va salir y os va a encontrar así, ¿en serio queréis eso?

—¿A ti quien coño te ha dado vela en este entierro? —Luís me lanza una mirada que hace que retroceda hacia atrás con tan mala pata, que voy hacia la dirección equivocada y caigo a la piscina empapando todo mi vestido.

No puedo sentirme más avergonzada, más idiota. Cruzo una fugaz mirada con Luís, que se ríe mientras se da la vuelta y vuelve al salón mientras Izan trata de ayudarme. ¡Por dios qué vergüenza!

Al cabo de un rato, casi sin levantar la cabeza, con la mirada fija en el vestido, el cual se ha echado a perder, “*Solo limpieza en seco*”, leo en la etiqueta.

Aroa aparece con una cantidad de ropa impresionante, mientras espera sobre la cama de una de las habitaciones con el albornoz puesto.

—Es todo lo que tengo aquí, antes podía ponérmela —señala su cuerpo —como comprenderás, eso quedó en la historia —dice graciosa.

—¡Que boba! Estás estupendamente—, digo lo que siento, a pesar de que me siento estúpida conmigo misma.

—¿Estás bien? —Pregunta mirándome con cara de preocupación sacando la ropa de la bolsa.

Me tapo la cara colorada como un tomate.

—Aún no me explico cómo narices me he caído a la piscina —Río sin saber por qué, llegando a soltar alguna que otra carcajada acompañada de Aroa que no puede aguantarse la risa al verme a mí.

—Yo tampoco me lo explico —reímos a carcajadas.

Unos segundos más tarde, la puerta de la habitación se abre y Ana, su madre y Victoria, entran preocupadas en la habitación.

—¿Estáis bien? —Victoria comienza a reírse al ver como Aroa y yo reímos a carcajadas sin poder parar. Al final todos reímos intentando averiguar cómo narices he caído a la piscina.

Al cabo de un rato, vestida con la ropa de Aroa que me queda de lujo, bajamos al salón, donde Izan serio y Luis junto a la abuela que sonrío nada más verme, esperan.

—¿Hija, como te has caigo al agua? —Noto como Pilar intenta aguantar la risa, pero yo no puedo y de los mismos nervios comienzo a reírme sin parar, haciendo que todos rían conmigo.

Sin darme cuenta, llega la hora de irnos. Creo que no me había reído tanto en mi vida como hoy. Subo al coche después de despedirme de todos, incluso del tonto de Luis, e Izan me lleva a casa.

—¿Quieres que pase la noche contigo? —Izan pregunta acercándose a mí en cuanto las puertas del ascensor se cierran.

—¿Pero qué pregunta es esa? ¡Claro que quiero! Todos los días, si te soy sincera.

Me sincero besando sus labios, las puertas del ascensor se abren y entre besos llegamos a mi piso. Abro la puerta sin mirar tirando las llaves a la mesa y entre besos y caricias llegamos a la habitación, donde me desnuda y me hace suya despacio. Disfruto como una posesa y grito de placer en cuanto el delicioso orgasmo rompe en pedazos dentro de mi cuerpo.

En cuanto Izan pronuncia con voz ronca mi nombre y cae sobre mi cuerpo, me doy por satisfecha. Me acurruco en su pecho, el acaricia mi pelo, mi cuello y termino quedándome dormida.

Por la mañana, un olor a tostadas y a café, me despiertan. Salgo hacía la cocina con unos pelos de loca y en ropa interior, encontrándome con Izan, ya vestido y perfumado.

¡Mmmm, huele de maravilla!

—¡Buenos días tío bueno! —Me acerco a él y lo abrazo pillándolo desprevenido.

—Buenos días princesa ¿Qué tal has dormido? —Pregunta dándose la vuelta, mientras coge las tostadas poniéndolas en un plato.

—Contigo siempre duermo bien —me pongo de puntillas y le doy un beso—, ¡gracias! —le abrazo con fuerza.

Desayunamos tranquilamente, recordando la caída de la piscina.

—Tengo que decirte algo —me interrumpe.

Termino de tragar el bocado que tengo en la boca y lo miro atenta.

—Quiero pedirte disculpas por mi hermano.

—No te preocupes, sé cómo es tu hermano, no me sorprende —Le digo quitándole importancia. Hace tiempo que la opinión de mi jefe dejó de importarme, y ahora más, sabiendo que es un gilipollas incluso con su propio hermano, sin valorar todo el trabajo que ha realizado para sacar la empresa adelante.

—¿Nos vemos esta noche? —Le pregunto antes de que se marche al trabajo.

—¡Claro! —se acerca a la ventanilla, me da un beso y con una preciosa sonrisa, se da la vuelta y se marcha.

Como todas las mañanas, últimamente, feliz, me dirijo a mi puesto de trabajo, hoy me espera un día duro, pero pensar en ella, se me hace más llevadero.

Dejo el coche aparcado como de costumbre y subo en el ascensor. Llego a la oficina que dirijo y al entrar a mi despacho la figura de Marta, junto a la mesa, hace que me pare en seco.

—¿Qué haces aquí? —Pregunto acercándome a mi mesa, dejando el maletín junto al ordenador.

—Tenemos que hablar.

—En cinco minutos tengo una reunión importante, ¿podemos hacerlo luego? —No la miro cuando hablo y saco de la carpeta que hay sobre la mesa, varios documentos que voy a necesitar para la reunión.

—¡Vaya! ya ni me miras cuando hablas, ¡cómo has cambiado! Esa mujer te tiene bien cogido, ¿no?

—No metas a Zara en esto, sabes que soy así, no te sorprendas ahora —cojo mi portátil y varios documentos y me acerco a ella—. Tengo una reunión importante —me marcho del despacho dejando a Marta con la palabra en la boca.

Al cabo de dos horas, con un dolor de cabeza impresionante del jaleo de la reunión vuelvo a mi despacho, Marta ya no está. Puedo respirar aliviado.

Cojo mi móvil y le mando un sms a Zara.

“*Estoy deseando verte*”. Escribo dejando el móvil sobre la mesa del despacho, enseguida responde.

“*Yo también*”. Sonrío y hago un esfuerzo enorme para no llamarla, para no sentir su voz, porque si lo hago, me desconcentrará y terminaré apareciendo por su despacho.

Zara.

Enciendo mi ordenador después de regresar de comer con Gema, que me ha acompañado y cojo mi móvil apunto de mandarle un sms a Izan.

¡No!, mejor no. No quiero que piense que soy una acosadora o una pesada. Dejo el móvil sobre la mesa y en cuanto me dispongo a rediseñar la presentación para el cliente, tocan a la puerta.

—Pasa.

Me sorprende un mensajero que trae un ramo de rosas rojas.

—¿Zara Sánchez Romero?

—Si —sonríó como una idiota, ¿las flores son para mí? El chico pasa con las flores y una carpeta.

—Tiene que firmar aquí—. Nerviosa, temblando y a punto de darme un ataque, me acerco y firmo. El chico me da el ramo de rosas y se marcha.

¡Oh, dios! Inhalo el perfume de rosas recién cortadas y me siento como en una nube. Me siento en mi asiento aun oliendo el ramo para no caerme y cojo el móvil nerviosa.

“Gracias por las flores ¡Me encanta!, gracias, gracias, gracias. Te quiero, Amor”. Escribo sin parar de sonreír.

Tocan la puerta de nuevo, es Gema, la hago pasar y comparto con ella lo que siento en este momento.

—¡Que fuerte me parece! ¡Me encanta! —Gema me quita el ramo —¿Y no hay tarjeta? —Me dice mientras busca una tarjeta.

—No hace falta tarjeta —sonríó —son tuyas ¿de quién si no? —Le quito el ramo divertida y las dos vemos cómo algo cae al suelo. Nos miramos, me agacho y la cojo.

—Pues sí que había una tarjeta —Le devuelvo el ramo y miro la tarjeta.

“Estoy deseando verte. Coleman”

¡Mierda! ¡Me cago en todo lo que se menea! Una bolsa de aire se instala en la boca de mi estómago.

—¿Qué dice? —Gema pregunta mientras me mira—. ¿Qué pasa? ¿No es suya?

—¿Por qué dices eso? —Intento disimular, pero no va a colar.

—Por la cara de susto que has puesto, imagino que no es suya ¿de quién es?

—Si es suya, el susto es por lo que pone qué me va a hacer —miento como una bellaca, pero no me queda otra, y claro está, que no me voy a poner a contarle toda la historia, si se lo cuento, dios sabe lo que pensará de mí.

Me pongo nerviosa.

—¡Uff! ¡Gema! ¿Podrías encargarte del ramo? Tengo mucho trabajo, acabo de recordar que tengo que mandar varios documentos por fax y hacer un montón de llamadas a un cliente—. Miento. ¡Por dios! ¿Pero desde cuando se me da bien mentir tanto?

—Vale, vale, no te preocupes. Me encargo yo del ramo. Gema se marcha y en cuanto la puerta se cierra cojo el móvil que tiembla en mi mano. ¡Joder! ¡Joder! Espero que haya un milagro y que el mensaje no se haya enviado, ¡pero no! Aparte de enviarlo, también he recibido uno como respuesta. ¡Ay dios!

“¿Qué flores?”

No me atrevo a contestarle, cierro los ojos. La angustia crece y solo espero que esto solo sea producto de mi imaginación. Doy vueltas por mi despacho, que se me hace pequeño, me ahogo en él y con el móvil en la mano, decido subir a la azotea a que me de él aire, y si hay suerte, caerme y olvidar lo que ha pasado.

Cuando me quiero dar cuenta, ha pasado más de media hora y he fumado más de la cuenta, cuando se supone que lo estoy dejando. ¿Por qué tengo que sentirme tan mal? ¿De quién voy a pensar que es el ramo? Nunca me han enviado flores y pensé... ¡Joder! Me froto la cara frustrada.

Llego al despacho y Gema se ha encargado del ramo, me lo ha dejado sobre la mesa, con un bonito jarrón. Lo miro un par de veces, lo cojo y lo termino tirando a la basura.

Siento que he hecho algo malo, me siento fatal. ¿Por qué todo me tiene que estar pasando a mí? Me pongo a llorar, sí, últimamente tengo los nervios a flor de piel, imagino que la regla debe estar a punto de aparecer, es la única explicación que me doy.

La tarde se ha pasado volando, tal vez porque deseaba que se hiciera larga y pesada, no sé cómo Izan puede reaccionar, ni siquiera le he contestado a la pregunta. ¡Dios, me siento tan idiota! Encima voy y le escribo “*Te quiero amor*” Soy una patética, no dejo de cagarla. Con tanta inseguridad, el pánico comienza a apoderarse de mí.

Izan.

Subo en mi deportivo, esto no me gusta. Lo que siento me está impidiendo ver las cosas con claridad. Miro mi móvil, no sé si llamarla, ella no ha contestado mi mensaje, ¿me estará esperando? Doy varias vueltas a la manzana para ver si me tranquilizo y finalmente, termino frenando el coche justo en la puerta. Zara acaba de salir, está seria. ¿Por qué está seria? ¡Esto es increíble!

—¿Subes? —Le pregunto de forma seca. No sé de donde me ha salido la voz, pero no puedo evitar sentirme molesto, no con ella, sino conmigo mismo, por no haber sido yo en haberle regalado ese ramo de rosas, el cual, la ha debido de hacerla sentir muy bien, la palabra “*te quiero amor*” golpea mi mente sin parar.

Zara abre la puerta del coche y se sienta, no me mira y eso me enfada, me transmite inseguridad, buscó el ramo, pero gracias a dios, no lo lleva consigo. ¿Lo tendrá en su despacho? En silencio, llegamos hasta su apartamento. Antes de salir del coche la cojo del brazo e intento sonreír.

—¿Estás bien? —le pregunto mirándola fijamente a los ojos.

—Sí, ¿y tú? ¿Te pasa algo? —me pregunta seria.

—A mí no me pasa nada, ¿y a ti?

—No, tampoco. ¿Subes a casa?

Hago un esfuerzo por aparentar absoluta tranquilidad, pero su actitud me pone más nervioso que la mía. Salgo del coche y subimos a casa, en silencio.

Zara.

¡Joder! Está cabreado y todo por ser tan bocazas y una desesperada. ¿Por qué no me he asegurado de que había una tarjeta antes de mandarle ningún mensaje? ¡Dios, que estúpida soy!

Al cabo de un rato, sentados los dos en el sofá mientras vemos “algo” en la televisión, me atrevo a preguntarle.

—¿Estás enfadado por lo del ramo? —Se me seca la boca, por dios, va a darme algo. La presión en mi pecho no me deja respirar.

Izan me mira.

—No, ¿debería preocuparme? —Contesta seco, molesto, sé que está enfadado.

—Pensé que era tuyo, lo siento.

Vuelve a mirarme, joder, esto es una tortura.

—¿Puedo preguntar de quién era?

¡Mierda! no, claro que no puedes preguntar, lo miro nerviosa.

—Del señor Coleman.

El pecho de Izan sube y baja despacio mientras me mira serio, me mira, me mira pero no dice nada, su móvil suena, lo mira y más enfadado, soltando el aire por la boca mientras maldice, lo coge y se va hacia la terraza.

Izan.

Cojo el teléfono, ¡es Marta! Y no es buen momento, pero necesito salir a la terraza, me estoy ahogando ahí dentro.

—¿Qué quieres? —Pregunto de malas maneras, estoy cabreado.

—¿Podemos hablar ya?

—Sí, claro. Dime.

—Preferiría mejor en persona, si no te importa.

—No es un buen momento ahora mismo, Marta.

—¿En serio? ¿Qué coño te está pasando Izan? —Se echa a llorar. ¡Mierda! —
Izan...

—¿Tan importante es?

—¡Sí, por favor, necesito hablar contigo! Me va a dar algo... me dan ganas de terminar con todo, ¡no puedo más! —Marta llora con más fuerza, no recuerdo haberla visto llorar nunca.

Me tomo una leve pausa, respiro hondo y le contesto.

—Voy para tu casa, dame quince minutos.

—Vale, gracias.

Cuelgo y vuelvo al salón donde Zara sería, me espera. Nuestras miradas se cruzan y no sé qué decirle.

—Ha surgido algo, tengo que marcharme.

—¿Estás bien? —Noto como se pone nerviosa, se levanta rápido del sofá y la forma de mirarme ha cambiado, le brillan los ojos.

—Sí, tengo que marcharme, ¿nos vemos mañana? —Le digo.

—Sí, pero mañana tengo reunión con el cliente y ya sabes cómo van esos temas—.

Dice decaída, agachando la mirada.

—Bueno, pues... —me quedo dudando mientras la miro.

¡Joder! Me gustaría quedarme y aclarar el asunto pero no puedo, algo me bloquea, incluso para darle un beso. No sé qué me pasa.

—Nos vemos —Le digo dándole un beso en la mejilla.

Zara.

Cierro la puerta con pena, ¡joder! ¿Tan enfadado está? Pero que culpa tengo yo por lo del ramo de rosas. ¿Quién me manda a mi coger el ramo y no mirar? ¡Mierda! Cuando me quiero dar cuenta estoy llorando, apoyada en la puerta, con un dolor en el pecho que casi no me deja respirar.

Me levanto, cojo mi móvil.

“Lo siento mucho, yo... ¡joder! no tenía ni idea de que el ramo no era tuyo, pensaba...” Lo borro, escribo otro.

“Izan, lo siento, en serio” No, tampoco. Al final me rindo, y dejo el móvil sobre la mesa.

No logro cenar nada, no me entra la comida. Me meto en la cama después de darme una larga ducha... Intento dormirme, pero es casi imposible, estoy mirando la pantalla de mi móvil, esperando algo de Izan que haga que esta angustia y esta ansiedad desaparezcan.

Izan.

—¿Estás seguro que quieres que hagamos esto? —Oigo que me pregunta Marta. Creo que he bebido demasiado, me siento mareado. Sea lo que sea, lo que le haya contestado, sé que no es buena idea.

Lucho por mantener mis ojos abiertos pero no puedo. Noto como Marta se deshace de mis pantalones. ¡No me lo puedo creer! Su lengua rodea mi polla, diooooos, ¿qué haces Marta? ¿Qué estamos haciendo? Mi polla entra y sale de su boca, la hija de puta lo está haciendo bien, pero yo no dejo de pensar en Zara. Vuelvo a sentir un extraño mareo, se me va a ir la cabeza. Dudo si esto que está pasando es un sueño o es real.

Me levanto con un dolor de cabeza enorme que no me deja abrir los ojos. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? No recuerdo nada de la noche anterior, sólo que salí de casa después de recibir la llamada de Marta, donde estaba a punto de cometer una locura. ¡Mierda, estoy en su casa! ¡No jodas! ¡Joder Izan la has cagado! ¡No puede ser! Me levanto de la cama algo mareado, estoy completamente desnudo. ¡Me cago en la puta! Localizo mi ropa rápidamente mientras intento recordar, que coño pasó anoche y porque cojones estoy en la puta cama de Marta. ¡La voy a matar!

—¡Buenos días campeón! ¿Qué tal has dormido? —Marta aparece desnuda entrando en la habitación. Me la quedo mirando con mala cara. Pienso y pienso mientras me abrocho los botones de la camisa.

—¿Qué ha pasado Marta? —Pregunto antes de obtener mis propias conclusiones. Ella se ríe.

—Algo que era obvio que pasara, yo estaba mal y tú, como buen amigo, me consolaste. ¿No lo recuerdas Izan?

Trago saliva incrédulo, noto como la garganta se me cierra.

—¡No puede ser! —Pienso en voz alta, haciendo que Marta se ponga frente a mí.

—Pues ayer no decías lo mismo, de hecho te pregunté si estabas seguro.

Un recuerdo vago aparece en mi memoria, recuerdo que me preguntara, pero no recuerdo haberle contestado, estaba demasiado borracho y mareado al mismo tiempo.

—Mira, sea lo que sea que haya pasado, no se puede repetir Marta. No puede salir de aquí. ¡Por favor!

—Claro cielo, somos amigos —se acerca y muerde mi barbilla. Doy un paso hacia atrás y me aparto.

—No sé va a volver a repetir, ¿me has oído Marta?

—Vale, vale —levanta las manos —tranquilo, no saldrá nada de aquí.

—Júralo—, digo serio —si se te escapa algo, tu y yo vamos a tener un serio problema.

—Cariño —acaricia mi cara mientras sonrío —si piensas que me voy a ir de la lengua, es porque no me conoces del todo bien.

Me termino de vestir y decidido me dirijo hacia la puerta nervioso, cabreado y confuso. Abro la puerta con intención de marcharme.

—Izan —Marta llama mi atención y me doy la vuelta —Anoche bebimos demasiado, tranquilo, no te sientas mal —se toma una leve pausa y me mira a los ojos — yo seré una tumba, y si más adelante tienes momentos de confusión como anoche, yo estaré aquí y seguiré siendo una tumba.

Mas confundido que al principio, doy un portazo y marchó hacia mi coche, necesito pensar e intentar recordar que coño es lo que ha pasado esta noche.

Zara.

He dormido fatal, he dormido una mierda. No he dejado de pensar en Izan, en el señor Coleman, en el dichoso ramo de rosas y en el día que me espera.

Me levanto como puedo, miro mi móvil después de quince veces y me vengo abajo en cuanto no recibo nada de Izan, ni un mensaje, nada.

“Hola, ¿qué tal has pasado la noche? Espero que bien, no he dejado de pensar en ti, te he echado de menos. Lo siento. Te quiero”. Terminó mandándole.

Dejo el móvil sobre la mesa como si me quemara y decido no mirarlo hasta que me visto y salgo por la puerta.

¡Nada! No me ha respondido, ¡joder! siento que un puto ramo de rosas ha echado a perder todo lo bonito que estábamos teniendo, y me muero de la rabia.

Llego a la oficina y subo directa a mi despacho, varios compañeros me esperan, hoy tenemos que ir a un cliente, con la presentación y la aplicación disponible. Vanesa también viene, está al lado de Alejandro y Dulce.

—¿Estáis listos? —Miro a todos menos a ella. Lleva tantos días sin hablar conmigo que ya hago hasta como si no existiera.

Los cuatro salimos del edificio, un taxi nos espera y llegamos al cliente. La reunión está yendo perfectamente, aunque yo no esté muy centrada. Si soy sincera, estoy echa una mierda, no dejo de mirar el móvil y de preguntarme, sin tan mal estoy haciendo las cosas.

Mientras tomamos unos aperitivos por cortesía del cliente, miro en varias ocasiones el móvil, pero sigue sin haber nada y lo que es peor, me quedo sin batería y se apaga.

Alejandro se acerca a mí.

—Estas muy seria, ¿qué te pasa?

—No llevo un buen día, para que te voy a mentir —me sincero con él.

—¿Tú y Vanesa...?

—No, no lo sé, dejó de hablarme, pero estoy bien, no te preocupes —le corto.

Al rato volvemos con la aplicación y con el cliente y cuando nos queremos dar cuenta, son casi las cuatro de la tarde, decidimos irnos los cuatro a comer después de salir de la reunión con éxito.

Nos dirigimos a una cadena de restauración muy conocida en Madrid. Pedimos unos entrantes, hablamos y charlamos tranquilamente mientras llegan nuestros platos y por un momento, olvido que Vanesa y yo no nos hablamos. Reímos y comenzamos a recordar anécdotas con antiguos clientes.

—¿Recuerdas aquella reunión que tuvimos? —Vanesa no puede parar de reír — ¿Qué con tanta prisa, terminamos confundiendo la aplicación de un cliente con el otro? — Ahora soy yo quien ríe a carcajadas.

—¡Joder Vane! Casi conseguimos que nos echen, ¡qué vergüenza! —Río sin parar.

Alejandro y Dulce se ausentan un momento y Vanesa y yo terminamos solas en la mesa, terminándonos el postre. Hace un rato no parábamos de reír recordando cosas y ahora, estamos en silencio, sin mirarnos.

—¡Oye Zara! —Giro con rapidez mi cabeza y la miro con el corazón acelerado.

—¿Sí? —Contesto nerviosa.

—Me voy de la empresa. Me han cogido en una multinacional.

Se me encoje el corazón.

—¡Qué bien!, ¿no? —Digo falsamente, no quiero que se vaya, ahora sí que he perdido a mi amiga. Tengo unas ganas de llorar en este momento, pero aguanto las ganas.

—Sí, me llamaron hace unos días y empiezo el lunes de la semana próxima. El

viernes que viene es mi último día.

¿Qué voy a hacer sin ella ahora?

—Me alegro mucho Vane, te lo mereces, en serio.

—He pensado, que podríamos quedar para cenar esta noche si quieres, y celebrarlo juntas.

—No creo que sea buena idea —la miro —ya sabes, por todas las cosas que han pasado entre nosotras, no sé—. No puedo evitar sentirme angustiada.

—Bueno, sí, pero... no nos vamos a ver mucho ya.

La miro fijamente a los ojos.

—Bueno, ya ni siquiera hablamos —Digo afligida. Me escuecen los ojos y un nudo se ha instalado en mi garganta. Siento que en cualquier momento voy a romper a llorar.

—Te echo de menos, solo eso y quería... —Deja de hablar y atiende su móvil que suena, me mira, mira el móvil y decide cogerlo mientras se levanta para atender la llamada.

Mis dos compañeros aparecen, estoy agotada, no puedo más. Me despido y vuelvo a la oficina en un taxi. Salgo del ascensor y me topo con Luis y Marta. Los dos se me quedan mirando de mala manera y no puedo sentirme aún peor.

—Buenas tardes —ante todo educación, pero ellos no la tienen y ni me contestan. Cierro la puerta de mi despacho, dejo los documentos sobre la mesa para organizarlos y termino llorando. Llora sin parar delante del cuadro que me regaló Izan. Más tranquila, después de un rato, cojo algunas cosas y me marcho a casa, a seguir trabajando desde allí.

Busco el cargador ansiosa en cuanto entro en casa, cargo el móvil, lo enciendo y veo dos mensajes de Izan y varias llamadas.

“Ya veo que estás enfadada, has terminado apagando el móvil, solo espero que estés bien”.

“Mañana te veo, si es que te apetece verme”.

Me quedo mirando el móvil como una idiota y lloro de nuevo.

“Perdona, me quedé sin batería, ¿te apetece que nos veamos ahora? Estoy en casa”

No recibo respuesta, dejo el móvil cargando y me voy a dar un baño, a ver si así consigo relajarme.

No he dejado de llorar, tengo la tripa revuelta. De los nervios termino vomitando la comida, aunque creo, que también he echado el desayuno. ¡Qué asco!

Consigo relajarme, ¡por fin! Ya he llorado bastante.

Mmmm, ¡Que a gusto estoy por dios! Cierro los ojos e inhalo el delicioso perfume a coco que hay por todo el baño mientras escucho a *“Meghan Trainor”*. A veces la música aleja de mi mente todo tipo de pensamientos, y me pongo a cantar para espantar a los pensamientos que intentan atacarme. Me echo agua por encima con cuidado de no mojar los cascos. Bailo dentro de la bañera poniendo todo perdido de agua, pero no me importa, he conseguido dejar de llorar y sentirme bien en este momento, que es lo importante.

Lo doy todo, como si se me fuera la vida en ello.

Izan.

Los gritos se oyen desde la puerta y Zara no me coge el teléfono. Saco las llaves que aun guardo del bolsillo de mi pantalón y abro con cuidado.

La oigo cantar. Cierro la puerta y dejo mis cosas sobre la mesa y con cuidado me dirijo al baño. Escucho durante un pequeño rato, hasta que decido abrir la puerta con cuidado.

Un perfume embriagador adormece todos mis sentidos, y en cuanto veo a Zara, bailando entre el agua, con los cascos puestos, no puedo evitar sentir una punzada de ternura. Observo sus movimientos, cada parte de su cuerpo y sonrío cruzándome de brazos apoyándome en la pared.

Hace un giro inesperado y su mirada se cruza con la mía. Se pone blanca como la leche y comienza a chillar mientras se tapa su hermoso cuerpo.

—¡Zara, zara! Soy yo tranquila—. Me acerco a la bañera para intentar calmarla, pero parece que algo la ha poseído.

—¡Fuera, fuera!—. Chilla sin darse cuenta de que soy yo.

Comienzo a reír a carcajadas mientras intento calmarla, ¡menudo espectáculo estoy montando!

¡Por fin se da cuenta de que soy yo! Se pone colorada como un tomate y me mira.

—Pensaba que eras un ladrón o algo—. Dice de forma tímida saliendo de la bañera.

Miro su cuerpo desnudo y me pongo a cien.

—Con la forma tuya de chillar, te habrías cargado al ladrón —Vuelvo a reír, recordando la escena.

Zara.

Ha pasado un rato desde que salí del baño, pero sigo sintiendo una vergüenza que me muero. No solo por chillar, sino por la que estaba liando yo sola en el baño con tanto cante y tanto baile.

—¿Eres así siempre? —Me pregunta mientras me recoge un mechón de pelo húmedo y lo coloca tras mi oreja.

Me lo quedo mirando.

—¿Cómo que si soy así siempre? —reprimó una sonrisa, viendo a Izan sonreír. ¡Es tan guapo!

—Tan divertida, tan alegre —Me dice haciendo que lo mire más extrañada que antes.

—Bueno... a veces para animarme, hago tonterías.

Izan me abraza y besa mis labios.

—¿Estás bien? —Me pregunta.

—Sí, bueno. ¡No! —Lo miro seria —Vanesa se va de la empresa, y... me siento muy mal por lo del ramo de rosas, no tenía ni idea Izan, yo... —Le soy sincera y le

explico.

Izan pone su dedo índice sobre mis labios.

—No te preocupes por lo del ramo, la culpa es mía, debería de haberte mandado uno —Sonríe de medio lado, calmando toda la ansiedad que siento en este momento. —Y sabía lo de Vanesa, Miguel me lo contó hará dos días, siento no haberte dicho nada —confiesa.

—No pasa nada. ¿Me perdonas por lo del ramo?

Izan me abraza fuerte.

—No tengo que perdonarte nada —suspira.

Nos besamos tiernamente.

Pedimos chino para cenar y después de hacerlo, decidimos ver una película mientras toca mi pelo y acaricia mi espalda, aunque al cabo de media hora, después de haber comido, aguanto las náuseas que siento. Me dirijo al baño con disimulo, pero logro no vomitar nada.

Izan.

Cuanto más la miro, peor me siento. ¡La he cagado pero bien! Y ahora no sé cómo salir de esta. Es tan vulnerable, tan tierna. Acaricio su espalda, está tan suave. ¡Joder, no sé cómo voy a hacerlo! Le voy a hacer daño, ya me lo estoy haciendo a mí mismo solo de pensarlo. La vuelvo a mirar, cierro los ojos y aprieto los labios de la rabia, soy un cobarde.

Zara se da la vuelta y se me queda mirando. Esa forma que tiene de mirarme me encoje por dentro, me rompe. La madre que la...

¿Cómo cojones le digo que no podemos vernos hasta que aclare algunas cosas que tengo pendientes? Hasta que sepa con seguridad o no, si la he traicionado. Necesito tener las cosas claras antes de dar un paso.

—¿Estás bien? —Pregunta sin apartar sus ojos de los míos, sonriendo con dulzura.

—Zara... —me tomo una pausa antes de continuar—. Tengo que contarte una cosa —Acaricio su pelo.

Se inclina y me da un beso. No sé si voy a poder resistirme.

—¿Qué cosa? —Me besa de nuevo. Acaricia mi pecho, una vez que desabrocha mi camisa y baja despacio hasta mis pantalones. Me dejo embriagar por sus suaves y deliciosas caricias, ¡no voy a poder, soy un puto cobarde!

Me mira con esos ojos golosos y siento que mi mundo se derrumba al imaginar mi vida sin ella, ahora no puedo ¡mierda!

—¡Zara! ¡Zara! —La aparto —Necesito que me escuches un momento—. Le agarro de las manos y hago que me mire de nuevo, pero esta vez, lo hace extrañada.

—¿Qué pasa? ¿Estoy haciendo algo mal? —Joder, encima es ella quien creé que está haciendo algo mal.

—No, no, —la beso—. Todo lo contrario —agarro su cara con mis manos y nos miramos—. Pero debo contarte una cosa importante.

—¿Y no puede esperar? —Succiona mi labio de arriba y pasa su lengua por el de abajo. ¡Joder, así es imposible! ¡A tomar por culo!

Le agarro de la cintura y la siento encima de mí mientras meto mis manos por debajo de su camisa, el tacto de sus pechos desnudos hace que me descontrole. Necesito hacerla mía aunque sea por última vez.

Bajo mis calzoncillos, con un leve movimiento me introduzco en su cuerpo y le quito la camiseta dejando sus preciosos pechos al descubierto. Los beso, los muerdo mientras me hundo en su interior, penetrándola con fuerza, haciendo que grite mientras agarra mi pelo, mientras grita mi nombre.

Me hundo en ella una y otra vez, estoy a punto de explotar, nuestras miradas se cruzan y no puedo evitar sentir que estoy en el cielo, todo de ella es perfecto, todo me gusta y sé que todo lo que me queda por conocer, también me gustará.

—Zara, te quiero —suelto por mi boca haciendo que me bese mientras un profundo orgasmo se apodera de nuestros cuerpos. ¡Dios, joder! Zara me proporciona todo lo que no me ha proporcionado nadie jamás.

Zara.

Algo no va bien, lo noto. Miro a Izan que no deja de acariciar mi cuerpo, está con la mirada perdida, ¿en qué estará pensando?

—¿Me dejas entrar? —Me pongo frente a él y le toco la punta de la nariz con mi dedo índice. Mi padre solía así sacarme todos mis pensamientos.

—¿Entrar, a dónde? —Pregunta extrañado, mirándome a los ojos.

Me inclino, agarro su barbilla y rozo mis labios con los suyos.

—Pues en tu cabeza, ¿dónde va a ser?

—¿Sobrevivirías en ella? —Dice en un tono irónico, sonrío de medio lado y mi cuerpo arde.

Paseo mi lengua por sus labios pero Izan se echa hacia atrás, cortándome, haciéndome sentir una estúpida mientras una pequeña angustia se instala en la boca de mi estómago.

—¿Qué pasa? —No sé las veces que he hecho esa misma pregunta en lo que llevamos de día.

—Tengo que marcharme, Zara—. Se levanta del sofá y comienza a vestirse.

Cojo su camisa al vuelo.

—¿Cómo que te vas? ¿No vas a decirme qué es lo que te pasa? Llevas intentando decirme algo ¿te vas a ir sin más? —Me altero, desnuda me levanto del sofá.

—Creo que no lo comprenderías —Se abrocha los pantalones y se pone sus zapatos—. Dame la camisa.

Su tono de hablar ha cambiado, esta serio y ya me estoy cansando.

—No te voy a dar la camisa hasta que no me cuentes que es lo que te preocupa, acabamos de hacer el amor, ¡joder!

—No te comportes como una niña pequeña, dame la camisa.

Me río y lo miro con cara de mala, cojo del mueble unas tijeras y amenazo con cortarla.

—Como no me cuentes lo que ocurre, rompo tu bonita camisa.

—No serás capaz—. Me reta.

Abro la tijera y la acerco a la camisa.

—Ponme a prueba.

Se pone más serio que antes y noto que está cabreado. Su pecho no deja de subir y bajar.

—Rómpela si quieres, tengo suficiente dinero para comprarme lo que quiera.

Acerco la tijera, sonrío.

—Conozco una tienda muy buena, ¿quieres qué te de la dirección? —Vuelvo a mirarlo con cara de mala.

—Zara, haz lo que quieras, este juegucito tonto no me va, me marchó.

—¿Pero qué es lo que te pasa Izan? Solo estoy bromeando —Le lanzo la camisa.

—Pues no sé si te habrás dado cuenta, pero yo no, no estoy de broma —me dice en un tono serio.

Trago saliva y me lo quedo mirando, comienzo a vestirme.

—Hace un rato no decías lo mismo —pongo mis brazos en jarras y espero a que diga algo. Pero no dice absolutamente nada, coge sus cosas y se marcha.

Me quedo como una completa gilipollas mirando a la puerta.

Intento asimilar qué es lo que ha pasado.

Por la mañana, sin apenas haber pegado ojo, sigo sin llegar a una conclusión. No le he llamado, ni él a mí tampoco. Lo último que quiero es ser una arrastrada, bastante dignidad he perdido en los últimos meses, como para permitirme el lujo de perder lo poco que me queda.

Me preparo para ir al trabajo, y perdida en mis pensamientos olvido hasta desayunar. Hay mucho trabajo y tengo demasiadas cosas en la cabeza. ¡Maldito Izan! Maldita yo por permitir que entre en mi vida arrasando con todo.

Así pasa los días, en toda la semana no he sabido nada de Izan y me duele, no sé qué he podido hacer, no tengo ni idea de lo que ha pasado. No ha ido por la oficina, ni ha llamado, yo tampoco lo he hecho, aunque debo admitir, que han sido varias ocasiones en las que he estado a punto de hacerlo, de mandarle un mensaje, un correo, de llamarlo y hasta de presentarme en su casa. Siento que mi vida es una auténtica mierda y no he parado de llorar.

Hoy es el último día de Vanesa en la empresa. Los compañeros le hacen una comida de despedida, pero yo no asisto. Lo último que quiero es sentirme peor de lo que ya me siento, y para colmo, desde mi ventana veo como Marta abraza a la que antes era mi amiga. Espero a que todos se marchen y decido irme a casa. He terminado con todo lo previsto y he dejado preparado la presentación que tenemos el Lunes para una empresa de atención a mayores.

Llego a casa, tiro las cosas sobre la mesa y decido antes de comer algo, darme un baño. Es lo único que hace que despeje mi mente. Pongo la música, y como una idiota, tengo esperanzas de que Izan entre por la puerta como la última vez, pero eso es imposible. Tengo la sensación de que ya no lo volveré a ver.

Mi móvil suena, esperanzada de que sea Izan, salgo completamente empapada hasta el salón. Número desconocido. Dudo por un momento y lo cojo, que sea lo que dios quiera.

—¿Sí? —Pregunto nada más descolgar.

Voy al baño de nuevo a coger una toalla, lo estoy poniendo todo perdido.

—Hola hija, ¿qué tal estás?

—¿Papá?

—¿Quién si no?

Me río.

—Estas llamándome con número privado, papá.

—¿Sí? Putos cacharros estos tecnológicos, no término de cogerle el puntillo. Me he comprado un móvil nuevo y lo estoy estrenando contigo. ¿Cómo va todo?

Hablo con mi padre durante un buen rato, el suficiente como para olvidarme de Izan y poder reír por las cosas que mi padre me cuenta. Me despido de él con mucha pena y vuelvo al baño a terminar de bañarme, pero justo cuando me quito la toalla, mi móvil suena de nuevo. Otra vez número desconocido.

—¿Sigues con número desconocido papá?

—¿Papá? —Pregunta una voz grave.

—¿Quién es? —Extrañada miro de nuevo la pantalla, número desconocido. ¡Joder!

—¿No me conoces? —Enseguida esa voz me lleva a una imagen. El señor Coleman.

—¿Señor Coleman? —Pregunto algo nerviosa.

—¡Bingo!

—¿Quién le ha dado mi número? —Todo esto me parece muy raro.

—He hecho una llamada al señor Brown y me ha facilitado su número sin ningún tipo de problema.

¡Mierda! Trago saliva con dificultad y me pongo tensa.

—¿Cuál se los dos hermanos se lo ha dado?

—El señor Izan —Me aclara haciendo que mi corazón se pare en seco.

Me quedo callada, no sé qué hacer, y a decir verdad, no me salen las palabras, ni siquiera sé si colgar al señor Coleman.

—Señorita Sánchez, no voy a hacerle perder el tiempo, estoy en Madrid, frente a la puerta de su casa ¿Le apetece comer conmigo?

—¿Y qué hace en la puerta de mi casa? —Pregunto enfadada y nerviosa, esto ya es acoso, ¿dónde está mi intimidad?—. ¿También se la ha facilitado el señor Izan?

El señor Coleman ríe.

—No se enfade señorita, ¿va a bajar, o tendré que subir yo a por usted?

¿Pero será...?

—No será capaz —Me río sin ganas.

No habla, y a los cinco segundos suena el portero. Lo cojo dudosa y oigo que dicen:

—Voy a subir.

¡Mierda! Aún no me he terminado de bañar. Como una tonta me apoyo en la puerta con el móvil aun en la mano mientras miro por la mirilla, poniendo toda atención a mi oído, por si escucho el ascensor llegar.

Antes de que eso ocurra, mosqueada decido llamar a Izan para darle las gracias por ir dando mi número y mi dirección.

Un toque...

Dos toques...

Al tercero me lo coge una chica y se escucha mucho jaleo de fondo.

—¿Hola, Izan?

—¿De parte de quién?

—Su novia —Digo de golpe, ya que se supone que lo soy ¿no? Mi corazón se acelera demasiado, me va a dar algo.

—Izan... ¿su novia?—. Ahora siento que el corazón se me parte en trozos.

—Dile que soy Zara —Digo con un hilo de voz. Cierro los ojos y espero a que se ponga.

—¿Qué quieres?

El timbre suena, miro por la mirilla.

—Un momento —Digo en voz alta.

—¿Con quién hablas? —Izan parece que ha bebido.

—¿Por qué le has dado mi dirección y mi número de teléfono al señor Coleman?

Izan se ríe.

—No me digas que no estabas deseando follártelo, ¿eh, Zara?

—¿Pero de qué hablas Izan?

—Pásalo bien Zara, yo lo hago. ¡Adiós!

Me quedo exhausta con el móvil en la mano. El timbre suena de nuevo y casi desquiciada, abro la puerta, encontrándome con el señor Coleman que me mira de arriba abajo, despacio.

—Menudo recibimiento.

Dejo que entre en casa. Pasa por mi lado y nos damos dos besos que duran más tiempo del que deberían.

—Estás espectacular, Zara —Me dice al oído, un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Tengo que terminar...

—No se preocupe —Me corta y me guiña un ojo.

Entro en el baño una vez que el señor Coleman se ha sentado en el sofá y termino dándome una ducha.

Me miro al espejo, después de ponerme unos simples vaqueros con un fino jersey, encontrándome conmigo misma. No puedo evitar sentir ese nudo en la garganta mientras reproduzco en mi mente la conversación con Izan, bueno, si a eso se le puede llamar conversación.

“Pásalo bien Zara, yo lo hago” me duele en el alma, ¿pero de qué va?

Salgo de la habitación y encuentro al señor Coleman listo para salir.

—¿Lista? —Me pregunta sacándome una sonrisa.

—Sí —Sonrío de forma tímida, rota por dentro, saliendo de casa.

Si eso es lo que quieres Izan, lo haré, no pienso pasar el día pensando en ti, llorando por las esquinas. No, no me da la gana.

Entramos por la puerta del *“Club Olimpo”*, es la segunda vez que vengo y no puedo evitar acordarme de la primera vez que estuve aquí, pero lo único que consigo es que sienta más dolor, que me sienta más estúpida, pensaba que esto sería más fácil.

El señor Coleman me cuenta mientras comemos, que va a estar aquí merodeando por la empresa, haciendo unos cambios durante dos semanas. Apenas le prestó atención, esto es una mierda, no puedo quitarme de la cabeza a Izan, siento que sus recuerdos me atacan y no sé cómo defenderme en este momento.

—La noto muy distraída, ¿todo bien? —El señor Coleman chasquea los dedos y hace que reaccione.

—¿Perdón?

—Le preguntaba que si se encuentra bien, la noto muy distraída.

Lo miro indecisa, necesito soltar lo que llevo dentro, pero él no es el hombre adecuado, necesito a mi amiga, ¿dónde está?

—Bueno, me has pillado en un mal momento, solo eso—. Sonríó quitándole algo de importancia.

Al terminar de comer, decidimos dar un paseo por el centro, está consiguiendo que me distraiga, estoy conociendo una parte de él desconocida para mí, lo miro pensativa. ¿Por qué no está casado? ¿Por qué está solo? Es guapo, muy guapo, atractivo y bueno, en la cama no es que sea un diez pero sí un ocho y medio.

—¿Qué se te está pasando por la cabeza? —Me pregunta haciendo que me ponga colorada como un tomate.

—Me pregunto... —Lo miro reprimiendo una sonrisa mientras paseamos por el Palacio Real, a estas horas con la luz que lo ilumina, está precioso—. ¿Por qué un hombre como usted, no está casado?

Por la forma que tiene de mirarme, deduzco que la pregunta le ha pillado de sorpresa, al igual que a mí, porque no tenía ni idea que fuese capaz de preguntárselo.

El señor Coleman reprime una sonrisa, piensa, piensa hasta que nos sentamos en un banco y se me queda mirando.

—Tal vez sea porque no haya encontrado a la mujer apropiada.

Lo miro extrañada, echando mi cuerpo hacía atrás de la impresión.

—¿La mujer apropiada? ¿Cómo sabes cuándo es la mujer apropiada? —Me río

mirando hacia el frente, observando a la gente pasear tranquilamente mientras hablan de sus cosas.

—Cuando note que mi vida no tiene sentido sin ella, cuando cada noche la esté echando de menos, cuando mis pensamientos solo sean de ella. De esa manera sabré que es la mujer apropiada.

—Eso perfectamente podría pasar cuando te ilusionas con alguien —respondo algo molesta, no sé por qué.

El señor Coleman se acerca a mí.

—Una ilusión siempre es pasajera, un sentimiento de verdad, perdura noche y día —me aclara poniéndome nerviosa. Lo miro fijamente a los ojos. De nuevo la imagen de Izan se instala en mi maldita cabeza.

—Es eso lo que te está pasando a ti, ¿verdad? —Me pregunta.

—¿Cómo? —me hago la tonta.

—¿En quién piensas tanto? Llevas toda la tarde con la cabeza en otro sitio.

Parpadeo varias veces antes de mirarlo de nuevo.

—Es complicado, solo eso.

A las doce de la noche, hora de cenicienta, el señor Coleman me deja en la puerta de casa.

—Ha sido un placer haber pasado la tarde contigo, Zara. ¿Le gustaría pasar el día de mañana conmigo? —Levanta los brazos, enseñándome las palmas de sus manos —Solo como amigos —sonríe.

Asiento con la cabeza y termino entrando en el portal de casa. Me paro en seco en cuanto me encuentro con la silueta de Izan, sentado en la escalera. Siento que me quedo sin aire en este momento, su dura mirada me pone los pelos de punta.

—¿Lo has pasado bien? —Se levanta, acercándose a mí.

Yo me quedo exhausta.

—Seguro que igual de bien que tú. ¿Qué haces aquí? —Estoy enfadada, y no estoy dispuesta a dar mi brazo a torcer.

—He venido a asegurarme que venias a casa, te he llamado varias veces.

Me inclino hacia él. Huele a alcohol.

—Sé cuidar de mi misma.

—No, no sabes —Se atreve a decirme.

Trago saliva, le lanzo una mirada fugaz y subo las escaleras hasta llegar al ascensor. Izan me sigue.

—No creas que voy a dejar que entres en mi casa, te quiero fuera.

—¿Vas a dejar que coja el coche en este estado?

—Tú has decidido beber y presentarte aquí, no es mi problema —contesto pulsando una y otra vez el botón de las narices, el ascensor está en el piso de arriba, ¡joder!

—No me hubiera presentado aquí si no me preocupara de ti —Dice agarrándose a la pared a punto de caerse. ¡Madre mía, como va!

—Sí te preocuparas por mí, como dices, no te comportarías como lo estás haciendo. Encima, le das mi dirección y mi número de teléfono al señor Coleman, ¿pero con qué derecho?—. Sigo pulsando el maldito botón, cómo si eso hiciera que el ascensor bajara con más rapidez.

—Zara, te quiero.

Lo miro completamente aturdida, está tan, tan borracho que no sabe ni lo que está diciendo. Si me quisiera, no estaríamos en esta situación en este momento.

—Tú no te quieres ni a ti mismo Izan. No me vengas con chorradas —¡Por fin, las puertas del ascensor se abren y entro!, pero la pierna de Izan bloquea la puerta y no se cierra.

—Vete Izan —se me parte el alma verlo así.

—Prometo que en cuanto me ponga bien me marchó, pero no puedo conducir, ni

siquiera sé dónde he aparcado.

Termino cediendo. ¡Me cago en mi estampa!

—Ni se te ocurra acercarte a mí, ¿entendido? —Le apunto con el dedo en modo advertencia.

—Lo prometo, palabra del niño Jesús —Dice atropelladamente.

Mientras subimos, no puedo evitar mirarlo. Está guapo incluso borracho, ¿por qué me lo tiene que estar poniendo tan difícil?

Saco a Izan como puedo del ascensor, no se puede ni mantener en pie y huele que alimenta, ¡la virgen!, abro la puerta con algo de dificultad y conseguimos entrar dentro.

—¿A dónde me llevas? —Me pregunta al ver que entramos por el pasillo.

—Con tu olor puedes matar a alguien. Vas a darte una ducha de agua fría, a ver si así te espabilas—. Digo entrando con él en el baño.

—¿Te bañas conmigo? —Se echa a reír.

—No, ni lo sueñes, tu y yo hemos terminado Izan.

—No hemos terminado, Zara. Yo te quiero —Arrastra las palabras—. Eres la mujer de mi vida y sé que tú me quieres a mí.

—Tú no quieres a nadie —Le repito.

Le quito la ropa con cuidado, ni siquiera es capaz de permanecer sentado. Miedo me da que termine vomitándome en la cara. Le quito la camisa y la dejo en el suelo, toco su piel, ¡joder! lo hecho tanto de menos. *¡Desconecta guapa! Que este hombre no es para ti, ¿o quieres pasarlo mal?* Cambio el chip y me centro en lo que estoy haciendo. Le quito los pantalones, la ropa interior y una vez que he llenado la bañera, se mete con cuidado dentro.

Le paso la esponja, está callado y se lo agradezco en el alma.

Tengo la cabeza que me va a dar algo con tanta presión, tanto agobio, tantas cosas en tan poco tiempo, tantos sentimientos encontrados a lo largo de día. ¡No puedo más! Siento que voy a vomitar con este olor.

—¿En qué piensas? —Lleva rato en silencio, lo ayudo a ponerse de pie y sale de la bañera, le coloco la toalla y nos miramos. Tiene los ojos rojos, llorosos.

—Te quiero Zara.

Lo miro y no digo nada, lo seco, saco del armario ropa que se había dejado y sin decir nada, lo acompaño al sofá y pongo cojines en el suelo, por si se cae, para que no se golpee fuerte, aunque eso... pensándolo bien, no le vendría mal una hostia de ese tipo.

Llego a mi habitación y me quito la ropa. Me meto en la cama a punto de llorar, a pensar en todo lo que ha ocurrido esta semana.

Izan.

No tenía ni idea de lo buen actor que soy. Solo he bebido un poco más de la cuenta, pero soy consciente de todo. Tenía que hacerlo, comprobar que estaba bien, bueno no, necesitaba verla. He sido cruel con ella y aún lo sigo siendo. Soy un cobarde por no ser capaz de afrontar las cosas, controlar mis sentimientos y lo que es peor, no soy capaz de aceptar lo que siento. Yo solo lo complico todo.

Llevo un buen rato mirando el techo del salón, ella está a escasos metros de mí, la oigo llorar y se me parte el alma, sabiendo que yo soy el culpable. Al cabo de un rato, a hurtadillas me levanto del sofá y en silencio me acerco hasta su habitación.

Zara.

Los brazos de Izan rodean mi cuerpo. Echaba de menos su calor, su tacto. Abro los ojos de golpe ¡Mierda Izan! Me doy la vuelta y salto saliendo de la cama como si me quemara.

—¿Pero qué haces aquí? —Grito haciendo que se lleve las manos a la cabeza, imagino que por la resaca.

—Tampoco hace falta que grites, ¡buenos días! —Me dice como si nada.

—¡Sal de mi cama! —Le quito las sábanas y comienzo a empujarlo hasta que cae al

suelo.

—¿Pero estás loca? He podido romperme la cabeza.

—Esa era mi intención —Lo miro con malicia.

Me acerco al armario, cojo algo de ropa suya y comienzo a tirársela.

—¿Estás lo suficiente ebrio como para irte de mi puta casa y no volver más?

Izan se me queda mirando, pone cara de dolor, haciéndome creer que le duele lo que le digo.

—¿No podemos hablar antes?

—No. No quiero —Miro mi reloj —Además el señor Coleman va a venir a buscarme dentro de media hora. ¡Así que, largo!

Izan se ríe, se levanta y comienza a vestirse.

—Ya veo que no estaba equivocado contigo.

—Te recuerdo que fuiste tú quien le dio mi número de teléfono, le diste la dirección de mi calle y, ¡por si fuera poco! Dejaste muy claro ayer que tú te lo estás pasando muy bien—. Grito enfadada.

—¿Te estás acostando con él?

¡Me cago en todo lo que se menea! ¡Será gilipollas!

—Si me acuesto o no, a ti —me acerco a él señalándole con el dedo nerviosa—, perdona que te diga, no-te-importa.

—Si me importa—. Me contesta serio, mirando primero mi dedo, desviando la mirada hacía mis ojos.

—Creo que te dejó de importar en cuanto una chica me cogió el teléfono, y pregunto; ¿Novia? Sobre todo en cuanto mandaste sin mi consentimiento al señor Coleman a mi casa, cuando decidiste salir de mi casa de esas formas, sin llamar, sin pasarte por la oficina, sin preocuparte ni siquiera un poco de cómo podría estar yo.

Va a decir algo, pero le corto.

—No quiero que me digas nada, Izan, quiero que te largues de mi casa y no vuelvas a aparecer más en mi vida —Dios, lo que le acabo de decir me ha dolido a mí, ¿pero qué me pasa? Si yo lo que quiero es arreglar las cosas con él. *Lo que pasa es que estás hasta las pelotas de gente que creé que tiene el derecho de hacer o dejar de hacer las cosas sin importar las consecuencias, tu horno no está para bollos*, termino contestándome a mí misma, porque soy la única que tiene respuestas.

Con una presión en el pecho, veo como Izan sale de mi casa y da un portazo que me hace dar un sobresalto.

Lloro, lloro como una idiota, como una patética, porque eso es lo que soy. Me duele que me duela, me duele sentir lo que siento por él.

Al cabo de un rato, algo más calmada, recibo la llamada del señor Coleman.

—En quince minutos paso a recogerla, señorita Sánchez—. Qué manía tiene con llamarme por mi apellido.

Me preparo, vistiendo algo cómodo. Unos sencillos vaqueros y un jersey largo primaveral en un tono malva, con un recogido, estilo moño de andar por casa. Me hecho un poco de rímel en los ojos para dar otro color a mi mirada y espero sentada en el sofá, imaginándome a Izan aquí tumbado. No quiero pensar en él, eso ya ha terminado, otra página que pasar, otra vez a empezar de nuevo, y lo peor de todo, es que sé que esto no es lo peor, que aún me quedan días para verlo pasearse por la oficina. ¡Mierda! ¡Joder! Me duele la cabeza de tanto pensar. El sonido de portero me saca de mis pensamientos.

Es el señor Coleman, cojo mi mochila, compruebo que está todo cerrado y bajo. Subo al coche donde él me espera.

—¡Buenos días! —Saludo poniéndome el cinturón de seguridad.

—¡Buenos días preciosa! ¿Dónde te apetece desayunar? —Me pregunta dibujándome una bonita sonrisa.

El chofer nos lleva a un lujoso restaurante cerca del Palacio Real, escondido entre los edificios antiguos y desayunamos tranquilamente, mientras charlamos un poco.

—¿De qué parte de España eran tus padres? —Le pregunto al saber que sus padres eran españoles.

—De un pueblo de Navarra, pero en cuanto se casaron se fueron a Londres, donde emprendieron la empresa que llevo ahora mismo.

—¿Ellos, te enseñaron español? —Pregunto intrigada, hoy estoy hablando más de la cuenta, pero es la única forma que tengo de no pensar en Izan, un momento a solas conmigo misma, me conduce a un círculo vicioso al que no quiero llegar.

—Sí, aunque he dado clases de español, ya que al no tener gente con la que practicar, se te va olvidando. Lo importante una vez que aprendes un idioma, es el practicarlo y hablarlo habitualmente, ya que si no, se acaba olvidando. Hay que aprender idiomas para poder tener la posibilidad de conocer más mundo.

Sonríó al recordar palabras parecidas que solía decir mi padre.

—¿De qué te ríes? —Me mira terminando el último dulce que le queda.

—Mi padre siempre nos ha inculcado lo mismo a mí y a mi hermana, por eso desde bien pequeñas, nos apuntó a clases de inglés.

—Un padre muy listo, ¿a qué se dedica?

Le cuento al señor Coleman más cosas de las que me hubiese gustado. Hablo de la profesión de mi padre, de mi madre, de mi hermana, incluso termino hablándole de Izan, pero sin decir su nombre.

—¿Cuánto tiempo llevabais saliendo?

Lo miro avergonzada, le estoy contando mis problemas a un hombre, con el cual, lo único que ha habido aparte de un contrato de trabajo, es sexo, en su casa y en su despacho. ¡Dios mío, las imágenes golpean mi cabeza!

Respiro hondo.

—Poco tiempo, pero el suficiente como para saber que me importa.

—¿Importa? Eso quiere decir que aún sigue estando en tu cabeza.

Lo miro tímida.

—Sí, pero... quiero dejar de pensar en él.

—Tal vez yo tenga la solución —Arquea una de sus cejas y clava sus codos sobre la mesa, mirándome fijamente.

—¿Sí? Por favor, lo que sea.

—Muy bien señorita Sánchez. ¡Le prohíbo pensar en él, quedarse ausente y estar triste! Si no hace eso, le daré un beso en los labios cada vez que la note rara.

Río a carcajadas sin poder evitarlo.

—No serás...

—Sí, sí que lo soy, y si te soy sincero lo estoy deseando—. Contesta haciendo que la risa se me corte de golpe.

Intento permanecer tranquila en todo momento, la verdad es que estar pendiente del señor Colmena, hace que mi mente permanezca conmigo y no se vaya por el camino que no debe.

Pasamos el día fuera, en el Templo de Debod, en las partes más antiguas de Madrid. No puedo evitar reírme a carcajadas al escuchar los chistes malos del señor Coleman, ¿de dónde saca esos chistes?, lo veo tan distinto, tan alegre, que incluso parece más joven. Me gusta esta faceta suya, sabe escuchar y sabe cómo hacer que una mujer se sienta bien.

—¿Sabes una cosa? —Le digo en cuanto nos sentamos en el césped. Tengo los pies machacados de tanto andar.

—¿Qué cosa? —Divertido posa una de sus manos por mi cintura, pero no le digo nada, no me importa.

—No me puedo creer que no hayas encontrado a la mujer adecuada, eres increíble.

El señor Coleman se me queda mirando a los ojos, mis labios, mientras se queda en silencio, pensando en lo que me quiere decir.

—¿Crees que soy increíble? ¿En qué te basas?

Me río antes de contestarle.

—En tus chistes malos—. Los dos comenzamos a reír.

Comemos tranquilamente un bocadillo de calamares ¡buenísimo!, y seguimos con la ruta, hacemos fotos y no pienso en Izan, bueno miento, sí que pienso en él, pero corto rápido.

Subimos al coche.

—¿Me harías un favor Zara? —vaya, está vez me ha llamado por mi nombre.

—Sí, claro—. Lo miro divertida abrochándome el cinturón de seguridad.

—Está noche tengo una cena, ¿te gustaría acompañarme?

—¿Quién, yo? ¿Con estas pintas? ¿Qué tipo de cena, que hay después? —Le acribillo a preguntas haciendo que se ría.

—Sí, tú, ¿quién si no? Con esas pintas, no, mi hotel tiene alquiler de vestidos, y bueno—. Se rasca la cabeza y me mira algo inseguro —. Después de la cena hay lo que uno quiere que haya, pero si tú no quieres, no hay problema, te llevaré a casa.

—¿De verdad? —Que amable y que caballeroso.

—¡Claro! lo estoy pasando bien contigo.

Sonrío y no se por qué, lo cojo de la mano.

—Yo también.

El chofer nos lleva hasta la puerta de su hotel, donde nada más entrar, nos acercamos al vestíbulo y el señor Coleman le pide a una chica joven, que me acompañe a la sala de vestuario, donde me van a prestar un vestido. No tenía ni idea de que los hoteles tuvieran este servicio, la verdad.

Entramos la chica y yo a una sala repleta de vestidos, trajes, todo tipo de ropa.

—Elije lo que quieras, allí está la ropa de tu talla, cuando estés lista, te lo preparo y lo subimos a la habitación.

Avergonzada miro a la chica, y la miro agradecida. Me deja un rato a solas mientras elijo algo, pero nada llama mi atención. Todos los vestidos de aquí son de fiesta, demasiados brillantitos, demasiados escotes. ¡Un momento! ¿Desde cuándo me importa el

escote de un vestido? No estoy haciendo nada malo, solo es un vestido para asistir a una cena.

¡Un momento! ¿Qué gente habrá allí?

Después de que la chica entre por segunda vez, preguntando si estoy bien, termino decantándome por un vestido color azul marino, algo discreto. Me lo pruebo, me gusta lo que veo y con tal de salir de allí, me lo quedo. Llamo a la chica que no tarda en llegar y vuelvo a la parte de arriba, donde Coleman me espera mientras me preparan el vestido para subirlo a la habitación.

—¿Todo bien? —Pregunta en cuanto me ve aparecer.

—Sí, perdona, había una cantidad de vestidos impresionante —me disculpo.

Subimos a la habitación. ¡Menuda habitación!

—¿Esto es una habitación? —Miro la enorme estancia, con los ojos como platos haciendo que el señor Coleman se eche a reír.

—Sí. ¿Por?

—Pero... si es más grande que mi casa —Digo alucinada, entrando dentro con toda la confianza del mundo, mirándolo todo. Me acerco al baño y me quedo de piedra, miro al señor Coleman que no deja de mirarme y miro al baño, repito la operación una y otra vez.

—Imagino que necesitarás un baño.

—Sí, pero si tienes que entrar tu primero, no me importa, puedo esperar.

—No te preocupes, tomate el tiempo que quieras, tengo que hacer varias llamadas, tardaré un poco. ¿No te importa quedarte sola, no? —El señor Coleman reprime una sonrisa.

—¡No, no!

Me indica donde puedo encontrar todo lo que puedo necesitar y se marcha. Cierro la puerta del baño y lamento hacerlo, estoy sola, en un hotel y con el señor Coleman. Me siento mal. Pienso en Izan y tengo ganas de llorar. ¡Joder, Zara! No puedo estar así. Estar aquí me recuerda a la semana que estuvimos los dos solos, disfrutando el uno del otro. Me miro al espejo.

—¡Espabilas, o espabilas! No te queda otra, el mundo no se acaba —Me digo a mi misma, repitiéndome que el mundo no se acaba, una y otra vez.

Me tumbo en la enorme bañera, después de llenarla con agua caliente y vaciado un bote de gel con olor a jazmín que he encontrado. Cierro los ojos, pero por poco tiempo, frente a mi tengo un enorme espejo y no puedo evitar mirarme mientras dejo caer el agua con mis manos. De nuevo me acuerdo de Izan.

Acaricio mis tatuajes, lavo mi pelo y sigo mirándome. Siento la puerta cerrarse y unos nudillos que golpean suavemente.

—¿Puedo pasar? —La voz del señor Coleman pone mi cuerpo en alerta.

—Espera, ya termino —Digo apunto de levantarme.

—Solo es un momento tranquila, no voy a ver algo que no haya visto ya antes, a no ser... —Suelta una carcajada—, que te haya nacido un pene.

Río como una idiota, ya comienza con sus coñas. ¿No tiene que pasar nada no? Además, no se me ve nada, todo está lleno de espuma.

—Vale, pero no mires.

La puerta se abre y nuestras miradas se cruzan.

—Te he dicho que no mires —le tiro un poco de agua, divertida.

—Lo siento, lo siento—. Deja ropa sobre el taburete y se acerca a la bañera y comienza a echarme agua.

—Estás..., tan irresistible llena de espuma —ríe a carcajadas, mientras no dejo de echarle agua.

No se cómo pasa, pero cuando me quiero dar cuenta, se cae dentro de la bañera. ¡Hostias! Me llevo las manos a la cabeza.

—Espero que no lleves el móvil encima —Aguanto las ganas de reír a carcajadas mientras Coleman me mira, sin saber si reír, o llorar.

—Tú te lo has buscado, pequeña —Dice quitándose los zapatos, he intentando

hacerme cosquillas.

—¡No, no! ¡Por favor! ¡No! —Grito colocándome casi encima de él, sin darme cuenta, le enseño mis pechos mojados y noto su miembro erecto entre mis piernas. Me excito, para qué lo voy a negar.

—¡Dios Zara, para! —Agarra mi cintura, y me aprieta contra él —es imposible resistirse a ti —dice con una voz ronca, llenándome de deseo.

—Tienes que aguantar, yo... yo—. Me levanto enseñando mi cuerpo desnudo, busco una toalla, encuentro un albornoz y salgo avergonzada.

El señor Coleman sale tras de mí.

—¡Hey! No te preocupes—. Está demasiado cerca, no sé si voy a ser capaz de mirarle.

Me da la vuelta, me levanta de la barbilla y hace que lo mire.

—Me gustas mucho, no lo puedo negar, pero nunca haré nada que tú no quieras—. Acerca su nariz a la mía.

—El problema es que no sé lo que quiero—. Susurro yo ahora. Tengo el corazón martilleando mi pecho, me duele, la cabeza me da vueltas.

—Solo es sexo, Zara, solo sexo—. Deja caer mi albornoz. Roza uno de mis pechos con su dedo y gimo casi rozando su boca.

La mano del señor Coleman llega hasta mi sexo húmedo, lo toca estremeciendo mi cuerpo, pero la imagen de Izan aparece de repente en mi cabeza como si de un golpe se tratara y me separo de él.

—Lo siento, Coleman, de verdad. Lo siento —Me disculpo dándome la vuelta, completamente aturdida y excitada al mismo tiempo. ¡Necesito salir de aquí!

Minutos más tarde, el señor Coleman sale del baño, se sienta a mi lado, en la cama, donde yo estoy, apunto de decirle que me marchó a casa.

—No te preocupes, de verdad— Acaricia mi cara y hace que lo mire.

—Soy una cobarde, lo siento, de verdad— vuelvo a disculparme.

—¡Shhh! —Posa su dedo sobre mis labios —no tienes que disculparte.

Izan.

“¿Te apetece que vayamos esta noche a cenar? Tengo una grata sorpresa que darte. ¿Te vienes a mi casa y nos vamos desde allí?”

Leo el mensaje que Marta acaba de enviarme. En mi mano tengo la prueba que me indica que la noche que estuve en su casa, hace casi dos semanas, me drogaron. Tuvo que ser ella.

Miro la pantalla de mi móvil algo confuso, yo también tengo cosas que hablar con ella. Me doy una ducha rápida. Le mando un mensaje confirmando mi asistencia. Subo a mi coche y me dirijo hacia su casa.

La llamo por teléfono.

—Baja, ya estoy aquí —digo serio, aparcado frente a su casa.

Cinco minutos más tarde, aparece con un bonito vestido elegante. Sonríe y sube al coche.

—¿A dónde vamos?

—Me han invitado a la inauguración de un restaurante —Dice abrochándose el cinturón. Me da la dirección y nos dirigimos hacia allí.

No se cómo narices es invitada a todas las fiestas que se organizan aquí en Madrid.

—Pensaba que íbamos a cenar los dos solos. Tenemos cosas de las que hablar.

—Y tanto Izan, y tanto. No te lo puedes llegar a imaginar —dice con cierto retintín. Veinte minutos más tarde, entramos en el restaurante. Marta se agarra de mi brazo y entramos dentro. Entramos en silencio, sin hablar, estoy a punto de darme la vuelta y marcharme. El *Maître* nos lleva a una mesa reservada, donde me doy cuenta, que no vamos a cenar solos. Me permito la libertad de pedir al camarero algo para beber y mientras la gente va apareciendo, cojo mi móvil. Dudo en enviarle un mensaje a Zara, ¿cómo estará? Todo lo que me dijo esta mañana lo ha dicho con tanto dolor, que no he podido defenderme. Me he quedado callado, dándole la razón en todo. La quiero, aunque ella piense que no, y soy un cobarde por no enfrentarme a mis problemas. La quiero como nunca he querido a nadie, y sí, sé que son palabras mayores, pero estas palabras acompañan a lo que siento por ella. Tal vez, lo mejor sea esto, no quiero seguir haciéndole daño.

Varios empresarios de bastante prestigio, se presentan y se van sentando conforme el *Maître* los guía.

Mi cuerpo reacciona en cuanto noto a alguien tras de mí, su olor me recuerda a ella, miro a Marta que sonríe mientras mira a alguien. Me giro y me encuentro con la mirada de confusión de Zara, acompañado del señor Coleman, que se presenta y me saluda de forma cordial.

Miro a Zara de arriba abajo, va preciosa con ese elegante vestido, no puedo evitar mirarla a los ojos, pero pronto aparta la mirada y el camarero la hace sentar a mi lado. ¡Mierda!

Marta se acerca para decirme algo al oído.

—Mira la mosquita muerta lo bien que se lo pasa sin ti—. Me susurra mirando de reojo a Zara.

Miro a Marta pero no le digo nada, me guardo todo lo que tengo que decirle para el final de la cena. Seguro que se queda de piedra.

El camarero comienza a traernos la cena, pero a mí se me quita el hambre. Estoy rabioso, enfadado, cruzo varias miradas con el señor Coleman y me maldigo por haberle facilitado la dirección y el número de Zara.

Zara.

Nerviosa miro al señor Coleman.

—¿Por qué no me has dicho que Izan estaría aquí? —Intento no elevar el tono de mi voz.

—No tenía ni idea, esta cena es solo por la inauguración del restaurante. Yo solo recibí la invitación en cuanto llegué a Madrid —Se queda mirando extrañado a Marta — ¿Quién es la mujer que lo acompaña, Zara?

Cruzo una leve mirada con Marta y miro de nuevo al señor Coleman evitando mirar a Izan.

—Una...—No termino de decir lo que tenía pensado —La secretaria de Luis Brown. ¿Por qué, la has visto antes?

—No, no. Simple curiosidad.

Ha pasado ya un rato. Todo el mundo come, hablan, incluso Izan, que parece que tiene muchas cosas que decirse con Marta que no deja de reír. Su risa comienza a ser muy molesta y me quiero marchar, no aguanto más. Pero yo no puedo reaccionar, me encuentro bloqueada.

—¡Disculpa! Voy al baño un momento —Le digo al oído al señor Coleman.

Me levanto y salgo disparada buscando los baños, que encuentro gracias a una camarera que me ve perdida.

Me miro al espejo y siento que comienzo a respirar. ¿Qué hace aquí? ¿Qué hace con ella? ¡Dios! Me voy a volver loca.

Mojo mis muñecas y respiro hondo. Las puertas del baño se abren de repente y Marta entra, mi cuerpo se tensa y se acerca a mí con aires de grandeza.

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya!, que bien te lo montas chica—. Deja su bolso sobre el mostrador, lo abre y se inclina hacía el espejo y se retoca su maquillaje.

Por mucho que ésta se maquille, la maldad que tiene no se oculta. Me doy la vuelta para marcharme, lo último que quiero es estar a su lado, no quiero hablar con ella, ni siquiera pelear, no merece la pena.

—¿Dónde vas tan rápido? Se incorpora y llega antes que yo a la puerta.

—¿Qué quieres Marta? —Pregunto cruzándome de brazos mirándole a los ojos de forma desafiante. Mi respiración comienza acelerarse.

—¿No te lo ha dicho Izan, querida? —La miro expectante, no sé de qué narices me está hablando.

—¿Qué tiene que decirme?

—¿No te ha dicho que va a ser papá? —Toca su barriga y me mira sonriente—. Estamos embarazos, ¿qué te parece?

Me quedo sin habla, rota, destruida, echa una mierda, el aire no llega a mis pulmones, siento que me voy a marear, necesito salir de aquí.

—¡Enhorabuena! —Digo sin más, apartándola de mi camino para salir por la puerta.

—Has perdido, ¡guapa! —Oigo que me dice en cuanto salgo.

Me armo de valor, me lo pienso antes de cometer una estupidez y vuelvo a la mesa intentando permanecer tranquila. Antes de sentarme me quedo mirando a Izan enfadada, aprieto mis labios y cuento hasta diez, hasta veinte y en cuanto el señor Coleman me mira, sonrío y me tiende su mano, consigo sentarme y tranquilizarme dentro de lo que cabe. Vuelvo a mirar a Izan de forma descarada, esperando que me mire, pero no lo hace. ¿Qué pasa? ¿Se siente demasiado avergonzado? ¡Hijo de puta!

En la mesa, los empresarios y sus respectivas acompañantes deciden hacer un brindis, esperan a que Marta regrese y en cuanto ella aparece, corto a un hombre que comienza a hablar.

—¡Por los futuros papás que hoy se encuentran con nosotros! —Miro a Izan, que me mira con la boca abierta, levanto mi copa y sonrío sin ganas. Los presentes aplauden.

—¿Qué hay después de esta cena? —Pregunto al señor Coleman que me mira expectante, con deseo.

—Una fiesta privada, ¿por? —Se acerca a mí —¿Quieres asistir? —Me termino mi copa de un trago y me acerco a sus labios.

—Si lo prefieres, podemos montarnos tú y yo una fiesta en tu habitación.

—Eso me parece una muy buena idea —me dice en un susurro mientras mira mis labios—. Deja que haga una llamada Zara, ahora vuelvo.

Me quedo sola en la mesa, angustiada. Sin Coleman al lado, no me siento segura en este momento.

—¡Zara! —Izan toca mi hombro, pero lo ignoro, lo último que quiero es hablar con él.

Insiste hasta que al fin me giro y lo miro con cara de asesina.

—¿Qué coño quieres Izan? —Le digo de malas formas, haciendo que varios comensales se nos queden mirando.

—No es lo que parece.

Levanto las cejas, sorprendida por su contestación. Estoy flipando.

—Está preñada, estáis juntos, ¿qué es lo que no parece? —Digo sería, mirándole fijamente a los ojos.

—Zara, tienes que escucharme—. Habla, pero lo ignoro, hasta que por fin, el señor Coleman aparece.

—Ya está, ¿estás segura? —Me pregunta echándose vino en la copa. Me la ofrece y de un trago me la bebo. Necesito emborracharme, olvidar lo que ha pasado, no quiero pensar, me quiero dejar llevar. Estoy harta de que me hagan daño, que me traten como a una mierda.

—Sí, lo estoy.

Llega el postre, me decanto por tarta de chocolate blanco con nata. Disfruto tranquilamente del sabor, intentando no pensar en nada, únicamente en lo que va a pasar esta noche. Sexo entre el señor Coleman y yo. Voy a dejar que me haga lo que quiera, que me reviente si es necesario, voy a entregarme a él por completo.

La mano del señor Coleman se instala en mi muslo y comienza a subir lentamente haciendo que dé un pequeño respingo.

—Te voy a follar hasta que te duela—. Susurra en mi oído activando todas las partes de mi cuerpo.

Abro mis piernas de forma inconsciente, y dejo que suba su mano hasta llegar a mis bragas, unas bragas que él se ha encargado que me suban a la habitación, negras, con encajes.

Me sofoco, pero más aún, cuando siento la mano de Izan en el otro muslo. Miro a Izan rápidamente, nerviosa y excitada.

—Quita la mano de ahí —Me dirijo a Izan en voz baja.

—Necesito que me escuches —Insiste.

—No, no quiero escucharte.

—¡Por favor! —Me ruega.

Miro al señor Coleman.

—Necesito que hagas que me duela todo el cuerpo—. Le digo al oído haciendo que se levante de golpe. Se despide de los presentes, agarra mi mano y nos marchamos de allí, con la mirada de Izan clavada en nosotros.

Entramos al ascensor, el señor Coleman devora mi boca de forma brutal y choco con la pared del ascensor, recorre mi cuerpo con sus manos, llegando hasta mi sexo.

—Deja que te folle aquí—, me dice.

¡Dios, no sé si voy a poder aguantar! Estoy excitada y rabiosa al mismo tiempo, me duele todo, me duele incluso comportarme como lo estoy haciendo, lo que siento por Izan, todo me está superando. Una lágrima cae por mi mejilla mientras beso al señor Coleman con rabia, con furia. Muerdo su labio y hago que se quite. Toca su labio algo ensangrentado y me mira. Las puertas se abren y salimos entre besos hasta la puerta de su habitación que se abre en cuanto el señor Coleman pasa su tarjeta.

Me quita el vestido, lo tira al suelo, me besa, desabrocha mi sujetador y lo tira besando mi cuello. No puedo evitar derramar varias lágrimas en cuanto la imagen de Izan aparece de golpe, un sentimiento de dolor se instala en mi pecho y siento que me cuesta respirar, el señor Coleman se da cuenta, y se para de golpe.

—¿Qué te ocurre? —Agarra mis hombros y se me queda mirando, estudiando mi rostro. Rompo a llorar. Tapo mi cuerpo con mis manos avergonzada y evito mirarlo.

—Zara, cuéntame, ¿qué es lo que te pasa?

¿Desde cuándo el señor Coleman se ha vuelto mi amigo, en mi confidente?

—Lo siento, pero creo que es mejor que me vaya—. Me levanto y busco mi ropa.

—No—. Agarra mi mano empujándome hacía el —quiero ayudarte, ¿es por el señor Izan Brown, verdad?

Localizo mi ropa, comienzo a vestirme nerviosa mientras lo miro.

—Está fuera de mi vida —contesto.

—¿Izan es el chico del que me hablabas ayer? —Asiento con la cabeza, termino de vestirme.

—Sé que estoy actuando como una niña pequeña, lo siento—. Se levanta y se acerca a mí.

—Quédate conmigo, no te vayas, no tiene que pasar nada si tú no quieres—. Lo miro y dudo por un instante —No es bueno que te quedes sola, Zara—. Termino aceptando y lo miro de nuevo, avergonzada —Desde el primer momento me he dado cuenta que has actuado por despecho.

—Lo siento —digo avergonzada y arrepentida.

—No tienes que sentir nada, yo he querido aprovecharme de la situación. Perdóname tú a mí.

La noche pasa despacio, me he sentido escuchada, comprendida y tranquila mientras le contaba al señor Coleman toda mi situación. Sí, es vergonzoso, pero ahora mismo es quien se ha ofrecido a escuchar mis problemas. ¡Joder! Sí Izan no estuviera en mi mente, si no sintiera lo que siento por él, sin duda caería rendida en los brazos de este hombre.

—¿No quieres dormir un poco? —Acaricia mi pelo.

—La verdad es que no tengo sueño, ¿tú, sí? —Me giro para mirarle y sonrío.

—Prefiero no hacerlo, serían horas perdidas, me gusta contemplarte.

—¿Qué opinas sobre todo lo que te he contado? No has dicho nada.

Respira hondo y se acerca más a mí.

—Te voy a ser sincero, Izan es tonto. Si yo fuera él, no te dejaría escapar, intentaría que te sintieras como una reina en todo momento —Me dice sacándome una sonrisa, mientras acaricia mi cara con cariño. Suspiro.

—¡Me hizo sentir más incluso que una reina! Pero esto terminó, ahora va a ser papá.

Me quedo pensando, “papá”, va a tener un hijo con esa mujer y no conmigo, yo no le daré hijos. Recuerdo cuando me preguntó si tenía pensado tener hijos y le dije que no, pero hubo un instante...un pequeño instante, en el que me lo pensé.

—No lo suficiente—. Se pone algo serio y se me queda mirando.

—Lo siento—. No puedo evitar sentirme culpable, lo que él quiere no se lo puedo dar, aunque en el fondo me encantaría, para que engañarme.

Izan.

—Te he hecho una puta pregunta y quiero que me la contestes de una puta vez Marta. ¿Me echaste o no algo en la bebida? —Marta sigue con la cara desencajada, se está poniendo cada vez más nerviosa y siento que como siga así, voy a perder la puta cabeza —. ¡Contéstame de una puta vez Marta! —grito dando un golpe al volante.

—¿Cómo me ves a mi capaz de hacer eso Izan? ¡Por el amor de dios! —Grita a punto de llorar. Si piensa que con ese juego sucio va a conseguir algo, lo lleva muy claro. ¡Por fin he abierto los ojos y no estoy dispuesto a dejar que se salga con la suya!

—Da la casualidad Marta, que yo no soy gilipollas. Al día siguiente fui a un médico de confianza a hacerme unos análisis de sangre y orina, ya que aún seguía mareado y sin recordar nada. Marta, me he puesto hasta las cejas de casi todo tipo de drogas, sé cuándo voy drogado y sé los síntomas que puedes tener. Te repito que no soy gilipollas.

—¿Ah, sí? ¿Qué pruebas tienes contra mí? ¿Cómo sabes que yo he tenido algo que ver? —Suelto una carcajada.

—Enséñame tu bolso Marta, que quiero comprobar una cosa y de paso —me giro y saco de la parte de atrás de mi asiento una pequeña bolsa, que contiene una caja—. ¿Estás embarazada de verdad? —Entonces mientras miro tu bolso, tú hazte la prueba.

Marta se queda inmóvil en el asiento del copiloto. Por la forma de actuar que está teniendo, me doy cuenta que todo esto es una mentira más, como tantas veces ha debido hacer y yo como un tonto, siempre he caído. La miro fijamente a los ojos, noto como traga saliva.

—¡No tengo que demostrarte nada! El bebé que espero es tuyo y yo nunca te drogaría. Lo que pasa es que sabes que la cagaste. Te llamé, sí, estaba mal. Tú fuiste quien me metió la polla en la boca, tú fuiste quien me puso a cuatro patas y me follaste

salvajemente. Estabas tan borracho Izan, que incluso llegue a tener miedo. ¿Y ahora me vienes con estas?

Suspiro cansado de escuchar tantas tonterías sin sentido. Se nota que está desesperada y cada vez está empeorando la situación.

—¿Ahora resulta que pasaste miedo, Marta? —Suelto una carcajada y me inclino hacía ella intimidándola a punto de darle una hostia. Le quito el bolso de un tirón y al abrirlo me llevo una grata sorpresa. ¡Anda! Mira lo que hay aquí, ¡qué casualidad! Cojo un pequeño frasco oscuro y lo leo “Rohypnol”

—¿Qué es esto Marta? —Le enseño el botecito —es una droga muy frecuente en violaciones, Marta. Justamente la droga que decía mi médico que salía en los análisis ¿Querías volver a usarlo otra vez? ¿Para qué? ¿Para ver si te dejaba embarazada de verdad, no te bastó con la primera vez?

—No sé qué hace eso en mi bolso, no es mío. Izan ¡lo juro! —Cada vez está más nerviosa.

—Se ha puesto eso ahí solo, ¿verdad? ¡Sal de mi coche ahora mismo!

—Déjame explicarte Izan, ¡por favor! No es lo que tú piensas—. Salgo del coche y la saco arrastras dejándola tirada en la carretera.

Zara.

A las tres de la tarde, después de comer, ¡por fin! Estoy en casa, respiro, cojo aire y lo suelto lentamente. Pongo algo de música, me pongo el pijama y preparo las cosas para mañana. Cansada termino tumbándome en el sofá y veo un poco la tele.

Comenzaron a atacarme los recuerdos... y no supe cómo defenderme, así terminé pensando en él, otra vez.

¡Joder! me maldigo a mí misma por no intentar dejar de quererle. En vez de pensar en todo lo que está pasando, pienso más en cuando empezó todo, lo bien que me hacía sentir, lo que me hace falta ahora, en lo que lo quiero ¿Cuándo va a parar esto?

Mi móvil vibra y me levanto a cogerlo, ya que lo había dejado cargando. Varios mensajes de un número al que no conozco llenan la bandeja de entrada. Los abro y me quedo en estado de shock, de piedra. Es Izan, desnudo, besando a Marta. ¿Pero, qué...? ¿Qué coño es esto? Sigo recibiendo más mensajes, todos son de Izan. ¡No puede ser...!

No duermo, no descanso, mi cabeza no para, temo que mañana no termine estando a la altura en la reunión con el cliente. Salgo de la cama a las seis de la mañana. No puedo dormir y ya no hay tiempo para hacerlo. Aburrída, sin saber que hacer a estas horas de la madrugada, me preparo, me visto y cuando me quiero dar cuenta, estoy sentada en el sofá, viendo un canal de dibujos. Pienso de nuevo en Izan. ¡Sal de mi cabeza, joder! Me entran ganas de pegarme de lo frustrada que me siento. No entiendo cómo puedo ser tan ingenua, tan tonta después de todos los palos que me he llevado.

Dejo la casa preparada y marchó como todas las mañanas hacía la oficina. Lucía me espera, para ir juntas a visitar al cliente con el que tenemos la reunión.

Todo ha salido perfecto, el cliente ha quedado satisfecho. Volvemos en un taxi. Mientras Lucía sube a la oficina, yo decido marcharme a casa, no me encuentro muy bien, me siento algo revuelta y muy cansada.

Al día siguiente, nada más entrar en el despacho, me encuentro con un ramo de rosas, en el centro de la mesa. Sonríó conforme me voy acercando, pero en cuanto cojo la tarjeta y veo el nombre de Izan, tiro el ramo a la basura sin pensarlo. ¡A la mierda!

Enciendo mi ordenador y me pongo enseguida con el trabajo, tengo muchas cosas que hacer, necesito no pensar y centrarme.

Alguien golpea la puerta de mi despacho.

—Pasa —miro hacía la puerta deseando que no sea Izan. Para mi sorpresa es el señor Coleman.

—¡Menudo despacho, señorita Sánchez!

—Zara, por favor—. Me levanto de la silla y me acerco para darle dos besos y un abrazo, ahora es mi amigo.

—¿Te apetece comer conmigo? tengo unas ideas que me gustaría compartir contigo

—. Acepto encantada.

Cojo mi bolso y salimos los dos del despacho, dirigiéndonos hacia los ascensores. Todo el mundo se nos queda mirando pero no me importa. Salimos del edificio y nos dirigimos a un restaurante de comida rápida, ya que el señor Coleman me ha dicho que yo eligiera.

—El sitio no es de los más lujosos de Madrid, por lo que podrás comprobar, pero se come de muerte—. Suelto divertida entrando en el local.

—Para mí ya es un lujo poder comer contigo—Dice sacándome los colores.

Comemos tranquilamente, una hamburguesa con patatas fritas y un refresco.

—¿Qué ideas se te han venido a la cabeza? —Pregunto bebiendo de mi bebida.

Me río viendo comer al señor Coleman, es tan quisquilloso que es imposible descojonarse viéndolo comer con las manos.

—¿Alguna vez has comido con las manos?

—¡Sí, claro! Pero otro tipo de carne —me mira divertido mientras me guiña un ojo. Suelto una carcajada.

—No, ahora en serio—. Los dos reímos.

—¡Claro Zara! Pero... de eso hace mucho tiempo. Me acostumbré a lo bueno demasiado rápido—. Sonríe —pero he de reconocer que está hamburguesa, ¡está cojonuda!

Después de terminar de comer, hablamos de negocios.

—Ya que me dejo tanta pasta en la empresa, he decidido que voy a hacer unos cambios.

—¿Qué tipo de cambios? —Pregunto intrigada mirándolo atenta.

—Hay que invertir más en formación y comenzar a dar bonus a los empleados para motivarlos y que la productividad de la empresa mejore. La mayoría de los trabajadores no saben inglés y eso es indispensable, a parte de la poca motivación que he podido observar a la hora de trabajar. Veo mucho corrillo y pérdida de tiempo.

—Estoy de acuerdo contigo—. Asiento volviendo a beber de mi refresco.

—Hay que invertir en I+D, y comenzar a llegar acuerdos con las universidades más prestigiosas para contratar como becarios a futuras promesas en las diversas áreas de la empresa. Formarles para que vayan conociendo nuestra forma de trabajar y proponerles una carrera profesional muy apetecible. Habrá que pensar en realizar algún que otro despido, ya que no podemos mantener a gente en la silla sin hacer nada que porque no tiene la preparación suficiente, por no hablar de los que se tiran en las redes sociales y páginas... de dudosa productividad—. Me mira sonriendo.

—Vale de acuerdo, pero hay gente que lleva más de veinte años en la empresa, no pueden quedarse sin trabajo ahora—. Me quejo.

—Algunos se jubilan dentro de un año, dos, tres como mucho. Se le dará una buena indemnización hasta que se jubilen. Los que no, bien optan por formarse o si no, ya saben... no piense que solo me fijo en esas cosas, también pienso que hay que darle una vuelta al tema de los horarios. Beneficios sociales para los empleados, jornadas reducidas para padres con niños y dar la posibilidad a los empleados que en ciertas circunstancias personales justificadas puedan tener la posibilidad de trabajar desde casa. Créame, que todo esto, hace que una empresa esté más unida y la productividad crecerá de forma imparable. ¿O duda de mí? —Me mira fijamente a los ojos.

Me quedo impresionada por no decir con la boca abierta, al escuchar sus ideas. ¡Son geniales! Ahora solo falta, que tanto Izan como Luis lo aprueben en el comité.

—Bueno, pero... todo esto luego se tiene que aprobar, no sé si los hermanos Brown estarán de acuerdo, por ahora si es así como me dices, puedes contar conmigo.

Agarra mis manos.

—Sabía que podía contar con tu voto. Aunque... mi oferta sigue en pie.

—Lo sé—. Asiento y separo mis manos de las suyas. Se a lo que se refiere, irme con él a Londres y trabajar solo para él.

Volvemos al edificio. Vuelvo a mi despacho mientras el señor Coleman intenta hablar con Luis. No entiendo por qué este hombre quiere invertir tanto dinero en esta empresa. Deberían ser Izan y Luis los que se encargaran de ello, bueno... yo ahora también, ya que me pertenece un veinticinco por ciento.

Cojo mi móvil y me doy cuenta que tengo dos llamadas perdidas de Ana. La llamo enseguida.

—¡Hola guapa! —Dice nada más descolgar.

—¡Guapa tú!, ¿qué tal estás?

—No muy bien, ¿te apetece quedar, hablamos y nos tomamos algo? ¿Te paso a buscar?

—Vale, salgo dentro de un rato, ¿vienes aquí entonces?

—Sí, voy para allá.

Cuelgo extrañada, termino de mandar unos archivos y voy cerrando mi ordenador mientras dejo mi despacho recogido y preparado para mañana.

Salgo y espero a Ana en la cafetería mientras me tomo un café que Gema me prepara con una sonrisita tonta, sin dejar de mirarme.

—¿Qué pasa Gema? —Pregunto un poco cansada de tantas miraditas.

Gema se acerca, se inclina hacía mi desde la barra para hablarme al oído, a pesar de que solo estamos ella y yo.

—¿Quién era ese tío bueno con el que has salido antes?

Me río.

—Es uno de los mayores inversores de esta empresa, el que salvó a más de uno aquí.

—¿Ese es el famoso Coleman? —Asiento con la cabeza mientras doy vueltas al café.

—¿Tiene novia? ¿Está casado? —Gema comienza a ser un poco agobiante con tanta pregunta.

—¿Por qué no se lo preguntas tú, guapa? —La miro divertida.

—Pues porque no lo conozco, si no, no me cortaría ni un pelo en hacerle mil preguntas y otras mil cosas—. Las dos nos echamos a reír—. Tiene a todas las tías de la empresa revolucionadas, y no veas como han aumentado los cotilleos en cuanto habéis

salido los dos juntos de tu despacho.

Me río sin ganas y me acerco a ella.

—Hay demasiado cotilla suelto que se aburre con su vida y decide hablar de la de los demás.

—Completamente de acuerdo contigo, amiga.

Antes de terminar mi café, Ana aparece.

—Siento el retraso, ¡hay un atasco de la hostia! —Me da dos besos y saluda a Gema.

—Imagino..., a estas horas.

Nos despedimos de Gema y nos marchamos a un lugar tranquilo, a tomarnos un refresco. Con tanta cafeína creo que esta noche no voy poder pegar ojo tampoco.

—Se lo he contado a mi padre.

—¡Vaya, eso es genial!

—Sí, bueno. Se ha cabreado conmigo.

Le agarro las manos.

—Lo entenderá, tranquila. No puedes hacer todo lo que él quiera, tú diriges tu vida, tú decides, él solo puede ayudarte, guiarte, no sé —intento animarla.

—Sí, pero tal vez tenga razón, soy muy caprichosa.

La miro extrañada mientras bebo de mi vaso.

—¡Vamos a ver! Eres mayor de edad, puedes hacer con tú vida lo que a ti te dé la gana.

—Sí, pero es mi padre quien paga todas mis cagadas.

—¿Tú no ganas dinero?

—Sí, pero...mi dinero lo guardo, lo tengo en una cuenta de ahorros, pero es mi padre quien se ocupa de mí.

Me quedo callada y la observo, no entiendo nada de lo que me está diciendo y paso de hacerle más preguntas, porque comienzo a liarme.

—¿Sabes algo de mi tío?

La miro sin pestañear.

—No, no sé nada de él —Omito el detalle de su futura paternidad, por si acaso adelanto la noticia.

—¿No estáis juntos? —Me mira.

—Parece que no —comienzo a sentirme molesta con las preguntas, se da cuenta y comenzamos a hablar de otra cosa, pero apenas le presto atención, estoy y no estoy al mismo tiempo.

Al cabo de un rato, me lleva hasta casa y ¡por fin en casa! Respiro, parece que llevo todo el día conteniendo el aire y en cuanto llego aquí, lo suelto por fin. Me doy una ducha y sin cenar nada, me voy a la cama. No tengo hambre, y últimamente todo lo que como no me sienta muy bien.

Me duermo rápido, pero a la hora, me encuentro mirando el techo, me levanto, me hago una tila e intento dormir, pero es imposible. No debería haberme tomado ningún café ni refresco. Navego un rato por internet, me pongo algo de música, leo, pero nada, no tengo narices a quedarme dormida. En cuanto el despertador suena a las ocho de la mañana, me quiero morir, no hay quien pueda levantarme de la cama, ¡estoy destrozada!

Martes:

El día es una mierda, aprovecho mis descansos para dormir un poco, pero necesito mi cama. Como sola en el despacho, mientras intento adelantar algo de trabajo, pero es imposible. De nuevo me traen un ramo de rosas, pero al comprobar que son de Izan, las tiro a la basura. ¡Tendrá cara!

Al rato comienzo a tener nauseas, que me hacen vomitar la poca comida que me he metido en el cuerpo. Como siga así, tendré que ir al médico. Los nervios siempre me

suelen atacar al mismo sitio, al estómago.

En cuanto llego a casa, me doy una larga ducha y me meto en la cama, lo único que quiero es dormir y poder descansar.

Miércoles:

Más de lo mismo, trabajo, más trabajo y demasiados cotilleos, sin contar con que hoy me he encontrado de nuevo con Marta, que ha salido a comer con Luis. ¡Me cago en su estampa! Sí es que tiene cara de mala y todo, no me gusta cómo me mira, con esos aires que tiene en cuanto pasa por mi lado. Espero a que se marchen los dos y me voy tranquilamente a comer, acompañada de Gema. Hablamos tranquilamente, aunque a penas la escucho, estoy ensimismada en mis pensamientos.

Regreso a casa, la misma rutina. Baño, cena y cama. No tengo ni ganas de leer, ni de ver la tele, de nada, solo de dormir y que comience otro día, cuanto más pasen los días, menos dolor sentiré. Mientras no vea a Izan todo irá bien, pero en cuanto aparezca, no sé cómo voy a reaccionar.

El fin de semana llega rápido, ¡por fin! Es sábado y después de haber quedado con el señor Coleman para el Domingo, decido ordenar un poco la casa, necesito mantenerme ocupada y no encuentro mejor forma que hacerlo. Saco todas mis carpetas de médicos, bancos, documentos personales y comienzo a ordenarlos.

Primeramente ordeno los papeles del banco, y después de comer, me pongo a ordenar los papeles del médico, análisis, radiografías, informes y ginecólogo. Pronto me toca revisión del Diu. ¡Ya se me olvidaba!

Cojo el papel de la cita y veo que la fecha se me ha pasado ¡No puede ser! unas tres semanas. Busco mi calendario de menstruación, mi regla debería haberme venido hace dos semanas, pero nunca es exacta, nunca me baja cuando debe hacerlo, ni siquiera con ayuda del Diu, así que no debo preocuparme ¿No? ¿Sí? Me pongo nerviosa, muy nerviosa,

y no sé por qué. Camino hacia todas partes y busco cita rápidamente por internet con una angustia en el pecho, llamo a Coleman y cancelo la cita que tenía mañana con él. Le digo que no me encuentro bien, que me duele el estómago, que lo siento mucho y antes de que insista, cuelgo. Pero entonces, se me viene a la cabeza la primera vez que abrí un bote de leche y me entraron náuseas y que a partir de ahí, no he dejado de encontrarme mal del estómago. ¿Y si no son nervios? ¿Y si...? No, no puede ser. ¡No, no, no! Acabo llorando.

Busco por internet síntomas de embarazo, ¡yo que sé! Yo me siento de maravilla, comparado con el embarazo que tuvo mi hermana tan malo, y yo, yo estoy bien, ¡de lujo vamos! ¿Cómo, como voy a estar embarazada?

Al cabo de una hora y media, harta de buscar de todo en internet, cierro mi ordenador y me quedo tumbada en el sofá. Me levanto, me visto y bajo a la farmacia más cercana y compro varios test de embarazo, con una vergüenza que me muero. Necesito estar segura, no puedo pensar a lo ligero.

Al cabo de un rato intentando hacer pis, por fin lo consigo. Me tiembla todo el cuerpo. ¡Madre mía como esté embarazada! Me froto la cara. ¡Me cago en todo lo que se menea!

Con los ojos cerrados, termino de hacerme la prueba. Rezo para que dé negativo. Espero ansiosa los dos minutos y... lloro, lloro sin parar en cuanto veo dos rayitas rosas. ¡No puede ser! ¡No, no, no! Lloro desconsoladamente, me hago todos los test que me había comprado, y en todos, da lo mismo ¡No puede ser! ¡Por dios! ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo puede ser, si se supone que tengo el Diu?

A las doce de la noche, con los ojos hinchados, con la voz ronca de tanto llorar, salgo del baño después de volver a vomitar. No he dejado de hacerlo desde que unas malditas pruebas poco fiables, han dado positivo. Vomito solo de pensarlo.

Cansada, termino metiéndome en la cama, sin poder dormir, abrazada a mi almohada, pensando en mi situación.

El domingo no me levanto de la cama, lloro y lloro sin parar. Nunca imaginé encontrarme en esta situación, no puedo más, no puedo. Le he dado tantas vueltas, que ahora no tengo nada claro. Toco mi barriga, de hecho, no he separado mi mano de ella en toda la noche.

Tocan la puerta, me levanto sin ganas y veo que es Coleman por la mirilla de la puerta. ¡Mierda! Ahora mismo no me apetece ver a nadie, que nadie me pregunte que me pasa, no quiero hablar.

Después de unos minutos, los más largos de mi vida, por fin abro la puerta. Me encuentro con su mirada, una mirada preocupada y sorprendida al mismo tiempo. ¿Pero,

por qué este hombre se preocupa tanto por mí?

—¿Qué haces aquí? —Pregunto apoyándome en la puerta, frotándome los ojos, estoy cansada.

—Ayer me dejaste preocupado, apagaste el móvil y lo siento, pero no aguantaba más, ¿qué ocurre? —Entra en casa, cierro la puerta y me dirijo al salón.

Me paro en seco, y me lo quedo mirando.

—¿Por qué haces todo esto?

—¿Qué hago? —Se da la vuelta.

—No entiendo porque te preocupas tanto, porque te molestas tanto en mi bienestar. La última vez que nos vimos, salí huyendo de tu casa con una excusa horrorosa, me regalaste flores y las terminé tirando a la papelera. No entiendo nada —le explico alterada.

—¿Hiciste todo eso? —Me mira reprimiendo una sonrisa y se sienta en el sofá. Mira a su alrededor, tengo el salón hecho un asco, a pesar de que ayer me propuse hacer limpieza.

—Sí, y también casi te mando a la mierda cuando llamaste, y te presentaste en mi casa —Lo miro como si él tuviera la culpa de todos mis problemas y me lamento enseguida.

—¿Entonces, quieres que me vaya?

Lo miro, y al final, niego con la cabeza apartando la mirada. Estoy a punto de echarme a llorar, estoy cansada de hacerlo.

—No, no quiero que te vayas —digo en voz baja, acercándome a él. Necesito un abrazo, necesito que alguien me diga que todo va ir bien. Permanecemos un rato abrazados, en silencio. Cierro los ojos e intento evadirme de la realidad por un momento.

—¿Vas a contarme qué es lo que sucede? —Me dice apartándose de mí, haciendo que lo mire.

—No puedo —aparto la mirada, no estoy preparada para decirlo en voz alta.

Al final, el señor Coleman termina convenciéndome para salir de casa, tiene razón, no

tiene sentido que me quede encerrada, no puedo ahogarme con mis pensamientos, no aún sin saber si estoy o no embarazada al cien por cien.

Insiste en que le cuente lo que ocurre, pero no puedo, ni debo tampoco. Dibujo falsas sonrisas para aparentar que todo va bien, es lo que yo misma me quiero creer, que todo va a ir bien.

Comemos en una bonita terraza en el norte de Madrid con vistas a la sierra, pero apenas consigo comer algo, sigo con la excusa del estómago. Paseamos durante toda la tarde mientras charlamos, me encuentro muy a gusto con él, consigue que me olvide de todo. A las ocho de la tarde estoy que no puedo con mi alma, estoy cansada física y mentalmente y se lo hago saber al señor Coleman.

—Creo que es hora de volver a casa—, digo mirando mi reloj.

—Claro —noto como me mira. Subimos a su coche donde el chofer nos espera. Miro al señor Coleman después de abrocharme el cinturón. Su mano acaricia con cariño mi cara y siento ese calor que necesito. Mi respiración se acelera, lo miro fijamente a los ojos mientras él se inclina despacio hacia mí. Las imágenes de Izan en mi móvil aparecen de repente golpeando mi mente. ¡Mierda! Beso al señor Coleman, él se deja, desabrocho mi cinturón y sin pensarlo, me siento ahorcadas sobre él.

—¿Qué haces Zara? —Pregunta mirando mis labios con voz ronca.

—No lo sé —lo beso despacio y con mimo. Buscando en él lo que anhelo, porque son los besos de Izan, los que necesito en este momento.

El coche arranca y entre besos y caricias llegamos hasta mi portal.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —Pregunta el señor Coleman con la mirada llena de deseo.

—No, que puedo arrepentirme. Quiero aquí y ahora—. El señor Coleman sonrío, me aparta un poco, lo miro y veo como se acerca al chofer, le dice algo al oído y este sale fuera.

—Sabes que me estoy aprovechando, ¿verdad? —Me dice al oído metiendo las manos por debajo de mi camiseta.

—Yo también —contesto besando sus labios, buscando su lengua con la mía.

No hace falta palabras, no le tengo que decir que es lo que quiero, ni él me tiene que

decir qué es lo que quiere de mí, sin más nos lo damos mutuamente.

Desabrocha mis pantalones, lo ayudo levantando mis caderas y me los quita. Las bragas me las arranca con un solo movimiento. Me incorporo, me siento ahorrajadas, le agarro su miembro con mis manos y la introduzco en mi interior, despacio, pero no encaja como me gustaría. No está hecho para mí, tanto yo, como mi cuerpo, anhelan a Izan, pero no pienso, no, no quiero hacerlo.

Balanceo mi cuerpo despacio, gimo. Noto las ganas que el señor Coleman tiene de hacerme suya a su manera, nos besamos. Pero un momento de furia hace que termine medio tumbada bajo su cuerpo, por un momento veo al señor Coleman que conocí en Londres, lleno de deseo, como si fuera un animal en busca de su presa. Me penetra con fuerza y grito.

—Lo siento, no me va lo suave—, dice con voz ronca haciendo que arque mi cuerpo con las embestidas.

Mi cabeza golpea con la puerta, pero no me duele tanto como la imagen de Izan que se instala sin previo aviso en mi cabeza. El señor Coleman sale y entra de mi cuerpo de forma violenta, entra con profundidad y ahogo un grito mientras muerdo su mano en cuanto un orgasmo ha estallado en mi cuerpo. Sale de mi interior y vacía su placer sobre mi tripa. ¡Joder mi tripa!

—¿Quieres que subamos a tu casa? —Me pregunta mientras se limpia con las bragas que me ha roto.

Un nudo crece en mi garganta, estoy a punto de echarme a llorar, yo no soy así, me arrepiento de inmediato. ¡Mierda!

—Necesito descansar —susurro abrochando mis pantalones sin poder mirarle a los ojos.

Me despido del señor Coleman con un beso y salgo disparada entrando en el portal. Nada más coger el ascensor y sentirme segura, rompo a llorar mientras me miro al espejo.

Llego a casa y lloro, lloro en la ducha y permanezco abrazada dejando que el agua depure mi cuerpo. ¡Me siento sucia!

Lloro mientras me quedo sentada en el sofá mirando la pantalla del televisor apagada y termino marchándome a la cama, donde logro quedarme dormida.

El lunes a primera hora, voy decidida a la consulta de mi doctora. Nerviosa le cuento

los síntomas que he tenido hasta ahora y le acabo contando las pruebas que me he hecho. ¡Estoy acojonada! Sobre todo cuando veo la cara que pone en cuanto le digo la cantidad exacta de test que me he hice para estar segura y que aun así, no lo estoy. ¡Va a pensar que estoy mal de la cabeza!

—Si en las diez han salido positiva, quiere decir que estás embarazada —Me dice, mojado el predictor sobre el vasito que contiene mi pis —Pero si quieres estar más segura—. Habla con cierto matiz de resignación.

Nunca me ha caído bien, la verdad. Vengo poco, pero las veces que vengo parece que en vez de a una consulta, vengo a un prestamista.

Mientras ella apunta algo en su ordenador, pasan los dos minutos y la doctora se levanta y coge el predictor. ¡No quiero ni mirar!

—¿Ves? Aquí también sale positivo—. Me lo enseña y noto como mi corazón deja de latir por un momento, trago saliva, otra vez tengo un nudo instalado en mi garganta amenazando con hacerse más grande sino rompo a llorar. ¡Estoy embarazada! ¡Es real!

—¿Qué vas a hacer? —Pregunta dejando de escribir en su ordenador para mirarme.

—¿Cómo que qué voy a hacer? —Estoy tan nerviosa, tan bloqueada que no sé ni lo que me pregunta.

—¿Lo vas a tener?

Asiento nerviosa y cierro los ojos, no puedo hablar.

—¿Estás segura?

Vuelvo asentir con la cabeza, ¿realmente estoy segura de lo que estoy diciendo? ¿De verdad quiero pasar por este trago yo sola?

—¡Tu veras! —Me dice volviendo a escribir algo en su ordenador, de forma borde. ¿Qué le pasa a esta?

—¡Exacto yo veré! Tú no vas a tener que hacerte cargo, tú no eres quien se despertará por la noche, ni sentirás dolores. ¿Qué es lo que te importa? —Exploto levantándome de la silla—. ¿Sabes? Para ser médico deberías tener más empatía con los pacientes, sobre todo los pacientes que te respetan, ¿eso no te lo han enseñado en la universidad?

La doctora se me queda mirando, en silencio, noto como se pone colorada como un tomate. Imprime un papel, lo firma y me lo entrega.

—Aquí tienes la cita con tu ginecólogo, te llamarán...

—Se cómo va el proceso—. Cojo el papel y salgo por la puerta. ¡Joder! estoy harta de todo el mundo. Me siento juzgada constantemente... aunque a decir verdad, con quien más juzgada me siento, es conmigo misma.

Me pido el día libre, necesito pensar, aclarar mis ideas. Ni siquiera estoy segura de querer seguir adelante. Paseo sin rumbo, hasta que cansada, vuelvo a casa. Nada más entrar, mi móvil suena. ¡Mi hermana! Preocupada lo cojo.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? —Pregunto nada más descolgar.

—Tranquila chica, ¿qué te ocurre? Hace tiempo que no hablamos, solo quería saber que tal estabas y...

—¿Y?

—¡Tengo una sorpresa! —Grita emocionada.

—¿Qué clase de sorpresa? —Miedo me da lo que va a decirme.

—¡Voy a ir a verte! ¿No te hace ilusión?

—¿Aquí a Madrid?

—¡Pues claro, tonta!

Me emociono.

—¡Eso es fantástico! dime, ¿cuándo?

—Estoy mirando los billetes, pero seguro que para la próxima semana estamos Sergio y yo dándote la lata.

Me río.

—Sergio no creo, pero tú, seguro —me río olvidándome de todo por un instante.

—Estoy esperando un permiso por parte del colegio de Sergio e iremos a hacerte una visita breve, luego tendré que ir a ver a mamá y a papá, si no me matan —se ríe haciéndome reír a mí también.

—¡Qué bien Claudia! En serio, necesito verte —digo intentando parecer animada, ya que tengo ganas de llorar.

—Yo a ti también, tengo que darte una noticia, tengo tantas cosas que contarte.

¡Joder!

—¿Qué noticia? —Pregunto intrigada.

—Por teléfono no se dicen las noticias buenas, ¡adiós hermanita! —Y me cuelga. ¿Será... mala?

La llamo, pero es tan ladrona que no me coge el teléfono, sabe que no puedo con la intriga, sobre todo viniendo de ella. Dejo el móvil sobre la mesa y me tiro al sofá, suspiro, me siento tan cansada. Pero justo, en cuanto cojo la postura, mi móvil suena de nuevo. ¿Será posible? Es un número largo, deduzco que será para la cita del ginecólogo, así que lo cojo.

¡Efectivamente es para darme cita! Para el jueves por la tarde, ¡hay dios! Que nerviosa me he puesto en un momento, tengo ganas de vomitar, me dan arcadas y termino en el baño. ¡Joder que puto asco!

No sé qué hora es, bostezo. ¡Quiero dormir! Me marcho a la cama después de picotear algo, lavo mis dientes y me tiro a la cama, abrazando la almohada quedándome dormida.

Me levanto sin ganas después de apagar la alarma, estoy cansada. Me estiro en la cama todo lo que puedo y me preparo para ir a trabajar. Me siento algo más animada, no sé, con ganas de hacer cosas, centrarme en el trabajo, hablar con Gema.

Llego a la oficina y me asombro al ver mesas nuevas, sillas nuevas, está casi todo restaurado. Entro en mi despacho después de saludar a Celia, la tengo abandonada a la pobre, ni siquiera me acuerdo de que tengo secretaria.

Al entrar al despacho me encuentro con otro ramo de rosas, me acerco a la mesa, no hay tarjeta, no hay nombre, pero no me importa, van directas al cubo de la basura. Aunque lo pienso por un momento, las cojo, salgo fuera y me acerco a la mesa de Celia donde le doy el ramo e ilusionada me lo agradece, se levanta a por algo donde ponerlo y lo coloca a

su lado.

Vuelvo a mi despacho, enciendo el ordenador, miles de correos colapsan la bandeja de entrada, varias llamadas en el contestador, y Celia me ha traído varios informes que tengo que revisar, no voy a dar abasto.

Paso la mañana revisando cada uno de los correos, reenviando, solucionando problemas y casi mando a tomar por culo a unos cuantos que se pasan de graciosillos.

Tocan a la puerta.

—Pasa —digo centrada en la pantalla de mi ordenador mientras redacto un correo para mis compañeros, tenemos que realizar algunos cambios en las aplicaciones nuevas.

La puerta se abre y me encuentro con Izan. ¡Mierda!

—¿Qué quieres? —Evito mirarle.

—Ayer no viniste.

—¿Y? Tenía cosas que hacer —me quedo callada esperando a que se marche —
¿Algo más?

Izan cierra la puerta.

—¿Podemos hablar un momento?

—Tengo mucho trabajo— le suelto una mirada rápida por encima de la pantalla del ordenador, pero no es lo suficiente rápida, nuestras miradas se cruzan. Noto como traga saliva, como me mira arrepentido, pero no cuela, no va a colar, por mucho que me mire de esa manera.

—Iba a contártelo, pero no pude... sin tener pruebas suficientes.

—No tuviste valor para contármelo, pero sí para quedarte con ella y hacerme a mi sentir como una mierda, ¿no?—. Me levanto de mi asiento indignada —No te quiero ver ni en pintura, no quiero saber nada de ti.

Saco mi móvil y busco las fotos que Marta me había enviado.

—¿Qué pruebas necesitas, Izan? ¡Dime! Explicame esto, os habéis estado riendo de

mi los dos —zarandeo las manos nerviosa —en mi puta cara ¡Izan! —Grito.

Izan se queda callado, blanco como la leche mientras mira las fotos.

—Esto no es lo que parece Zara, tienes que creerme.

—¿Qué te crea? ¿En serio? —Suelto una carcajada y señalo mi frente —¿Pone gilipollas aquí? —Trago saliva, estoy a punto de echarme a llorar. Me acerco al cuadro con rabia, lo descuelgo y casi se lo tiro—. No quiero saber nada de ti—. Me siento de nuevo en mi silla, me falta el aire y siento que me voy a marear. ¡Necesito que se vaya!

—¿Piensas que he jugado contigo Zara? ¿En serio? ¿Es que no me conoces lo suficiente?

—Fuera de mi vista —digo intentando permanecer calmada.

—¡Zara! Necesito que me escuches.

Necesita que le escuche pero no me dice nada, al final le termino tirando la grapadora.

—¿Le das mi dirección al señor Coleman, mi teléfono y luego te presentas borracho en mi casa, diciéndome que me quieres? Te llamo antes de que aparecieras, y me dices tan contento, “Diviértete Zara, yo ya lo hago” —me burlo —¿En serio necesitas que te escuche? Después de que te fueras de mi casa y no supiera nada de ti, de que me dejaras rota cuando te fuiste sin más, y que encima —rompo a llorar —resulta que has dejado embarazada a Marta y no te atreves a decírmelo. ¿Desde cuándo lo sabes Izan?

Se acerca a mí, e intenta tocarme.

—¡No me toques Izan! —Advierto.

—Las cosas no son así, todo tiene una explicación, necesito que me escuches.

Está a punto de darme algo.

—¡Lárgate! —Me pongo de pie y grito.

—¿Es que ya no me quieres Zara? —pregunta antes de llegar a la puerta.

—No, no te quiero —le digo con tal de que me deje en paz aunque esas palabras reboten una y otra vez en mi cabeza.

Le cambia la cara a Izan.

—¿No me has querido en este tiempo?

Trago saliva.

—No, no te he querido nunca —el nudo que tengo en mi garganta apenas me deja hablar.

—¡Escúchame Zara! —Grita ahora él —Todo ha sido una mentira, Marta no está embarazada, me drogó ¿Entiendes?

—Ahora se llama ¿Me drogó?

—Tengo las pruebas, Zara, tienes que creerme.

Me levanto y enfuscada me acerco a él.

—Me dan igual tus pruebas. Quiero que te vayas—. Lloro rota de dolor.

—¿No te importa que todo haya sido una falsa?

—No, tú te lo has buscado, ¡quiero que te vayas, joder! —No puedo creer lo que estoy diciendo.

Izan se ríe sin ganas, mirándome con mala cara, con desprecio.

—Al final mi hermano va a tener razón y tú lo que has sido este tiempo ha sido una aprovechada.

¿¡Qué!?

—¡Vete! ¡Lárgate! —Grito furiosa. Nunca antes me había puesto de esta manera. Me duele en el alma que piense eso de mí, sobre todo ahora que sé que espero un hijo de él.

Antes de salir por la puerta, Izan me lanza una mirada de desprecio y se marcha dando un portazo.

Me quedo hecha polvo, rota por dentro aun de pie, pero no voy a llorar, no, no me da

la gana, toco mi barriga y me consuelo como una tonta. ¿Por qué lo alejo de mí?

Me paso el día intentando asumir toda la conversación, aún no he salido del despacho, sé que mis gritos se han escuchado hasta en la calle, por lo que espero a que mis compañeros se marchen para salir. En cuanto lo hago, evito encontrarme con Izan, con Luis, con alguien que pueda incomodarme. Me tiro más tiempo del necesario en mi despacho, adelantando trabajo, evitando no pensar en lo ocurrido y cuando me quiero dar cuenta, son cerca de las diez de la noche.

Cojo mis cosas y salgo de la oficina, todo está oscuro, no hay nadie, miro al despacho de Luis, todo está en silencio, da incluso un poco de miedo. Tardo veinte minutos en llegar a casa. Me quito la ropa y me dispongo a darme una ducha, cuando mi móvil suena. Desnuda con una toalla, me acerco y al ver numero privado, lo cojo.

—¿Estás en casa? —Me pregunta nada más descolgar, el señor Coleman.

—Claro, estaba a punto de darme una ducha.

—Pues abre, que estoy en la puerta—. Me quedo de piedra. Sujetándome la toalla, miro por la mirilla. ¡Está ahí! Abro extrañada y sorprendida al mismo tiempo mientras sonrío.

—¿Te gusta la comida china? —Pregunta enseñándome unas bolsas, sonrío y le hago pasar.

—¿Te importa si me doy una ducha primero?

—No, no te preocupes, me dices donde tienes las cosas de la cocina y lo voy preparando todo.

Dicho y hecho, le digo donde puede encontrar las cosas y me doy una ducha rápida, me pongo algo cómodo y salgo. La mesa está puesta, vino, comida china, todos los cubiertos, este hombre es un cielo.

Mi mirada se cruza con la suya y noto como me sonrojo. Me ofrece una copa de vino, pero la rechazo. El señor Coleman se me queda mirando.

—¿Qué pasa, me rechazas una copa del mejor vino de España?

—¡Lo siento! no puedo, y no entiendo de vinos —me excuso.

—¡Pruébalo! —Insiste.

Me lo quedo mirando pero rechazo la copa de nuevo, ahora debo cuidarme. ¡Dios!
¿Me estoy escuchando?

—No puedo, lo siento —vuelvo a decir.

—¿Por qué, estás embarazada? —Me pregunta de sopetón.

Me quedo sin aire.

—Cómo... como... ¿sabes...? —Comienzo a trabarme.

—Tienes el cubo de basura lleno de predictor, ¿son tuyos?

Necesito sentarme, necesito aire, necesito respirar ¡joder! Me estoy mareando.

—¿Te encuentras bien? —Noto como el señor Coleman me agarra evitando que me caiga.

Me da un poco de agua y comienza a soplarme la cara.

—¿Te encuentras mejor? —Me pregunta al ver que me incorporo.

—¡Sí!, sí, solo ha sido un pequeño mareo —le quito importancia.

—¿Zara, estás embarazada? —¡Otra vez la pregunta no, por favor!

Rompo a llorar, no puedo evitarlo.

—¿Has ido al médico, te han hecho pruebas? —Vuelvo asentir mientras lloro. ¡Dios que patética estoy siendo, joder!

El señor Coleman me abraza hasta que por fin me calmo, pero me calmo por vergüenza. Sin mediar palabra, me lleva hasta la mesa.

—Debes comer—. Me ordena y le hago caso. Me siento en la silla arrimándome a la mesa y comemos en silencio, aunque apenas tenga hambre.

—¿Por eso estabas así el otro día?

Lo miro a punto de llorar de nuevo recordando lo que pasó en su coche. No tuvo que haber pasado nada.

—Bueno... —No sé qué decir.

—¿Es de él?

Cojo aire, cierro los ojos y lo miro.

—Sí —miro hacia ninguna parte — pero no lo sabe y así debe seguir siendo. No quiero que lo sepa —lo miro ahora directamente a los ojos.

—Pero debería saberlo.

—Debo estar segura cien por cien, el jueves tengo cita con el ginecólogo.

—¿Quieres que vaya contigo?

Niego con la cabeza.

—Prefiero ir sola, si no te importa—. Coleman agarra mis manos.

—Tranquila, lo entiendo—. Aprieta fuerte mis manos—. Yo me voy el viernes —me dice tranquilo, sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Tienes que irte? —noto como se me encoge el estómago. En realidad no quiero que se vaya, se porta bien conmigo.

—Sí, tengo mucho trabajo y estoy pasando aquí más días de la cuenta.

Hablamos durante un buen rato, le cuento mis cosas, él escucha, hablamos de trabajo, sobre los cambios en la oficina, de todo un poco. De nuevo me hace la oferta de trabajo, y después de dudarle por unas milésimas de segundos, vuelvo a rechazarlo.

—No te faltará de nada —me dice intentando convencerme.

—¿Por qué haces esto? —Lo miro atenta.

—No sé, lo hago y punto —contesta mirándome fijamente.

Al cabo de un rato, termina marchándose.

No me puedo creer que ya sea jueves, que esté esperando consulta. Estos últimos días han sido horrorosos, evitando a Izan y Luis, a todo el mundo, menos al señor Coleman que me ha hecho compañía y me ha hecho reír, olvidándome de vez en cuando de toda la cantidad de mierda que tengo últimamente en mi cabeza.

—¿Zara Sánchez? —Pregunta una enfermera saliendo de consulta mirando una lista.

—Sí —Digo demasiado alto, nerviosa, poniéndome de pie.

—Pase —me indica.

Me levanto, cierro los ojos, respiro hondo y paso a consulta. Un hombre no muy mayor, me mira, me hace pasar a una salita y hace que me quite la ropa de cintura para abajo.

Cuando termino, me siento en una camilla apoyando mis pies en un elevador.

—¿Qué tal se encuentra? —Me pregunta tranquilo.

—Bien, normal, no sé —contesto mirando el techo. Introduce algo en mi interior, pero no sé lo que es.

—¡Bien, vamos a ver qué hay por aquí! ¿Solo lleva un año con él, verdad?

—Sí.

—¿Cuándo se hizo la última revisión?

Me pongo colorada como un tomate.

—Se me pasó la cita, últimamente tengo mucho trabajo y...

El médico hace que lo mire.

—¿Ha usado algún tipo de protección?

Trago saliva y niego con la cabeza. Respiro hondo.

—Se supone que con el Diu no hace falta —digo nerviosa.

—Vale —dice él, metiendo algo en mi interior.

—Estese tranquila, ¿de acuerdo? Normalmente no suele pasar, pero su Diu se ha descolocado, y por eso se ha quedado embarazada.

—¿Descolocado? —Pregunto extrañada y asustada al mismo tiempo mientras miro al doctor.

—Sí, no es habitual, pero puede pasar.

—Pero me hice la revisión a los dos meses y me dijeron que estaba bien.

—Sí, pero a veces ya sea por espasmos, porque su cuerpo lo haya rechazado o porque no hayan detectado que no estuviese bien puesto, puede pasar este tipo de cosas—. Se inclina y me mira —Yo me encuentro igual de sorprendido que usted. Llevo más de veinticinco años en esta profesión y es el primer Diu que se descoloca al año. La única explicación que se me pasa por la cabeza, es que haya pasado usted por una etapa de mucho estrés y su cuerpo haya terminado rechazando el Diu.

—Vale, no pasa nada —No sé qué otra cosa decir. Si había un uno por ciento de probabilidad, me ha tocado a mí.

—Ahora voy a quitárselo. Puede que le moleste un poco. Intente relajarse y aguantar un poco.

—¿Le hará daño al bebé? —Pregunto asustada.

—Gracias a dios, está de poco tiempo, si hubiese tardado en venir, a lo mejor hubiera habido problemas, pero como no ha pasado, no sabemos nada. ¡No se preocupe!

Hago lo que me dice, respiro hondo, cierro los ojos y noto un dolor de regla intenso, ¡La hostia, que puto dolor! Arrugo la frente y me quejo, noto como me mareo incluso del dolor, pero enseguida desaparece.

—Mancharas un poco, no te preocupes, es normal —me dice.

Al cabo de unos minutos, acerca una máquina, me echa un gel frío en la tripa y el ordenador comienza a emitir un sonido raro.

—Vamos a hacer foto por aquí, aquí y aquí —susurra el doctor mirando la pantalla. Comienza a dar medidas para que le enfermera vaya apuntando.

—Tres semanas y media —oigo que dice y lo miro. Me sonrío.

—Estas de tres semanas y media, mira aquí —me señala la pantalla del ordenador y miro, pero no veo nada claro, solo cosas que se mueven como si fueran pompas, grises, borrosas.

—Este es el corazón, ¿lo escuchas?

Escucho pequeños golpecitos, como si un caballo estuviera galopando.

—¿Ese es el corazón? —Sonrío mirando la pantalla emocionada, intentando averiguar qué es lo que hay ahí.

—Sí, el corazón ahora va rápido, aun es pequeñito—. Me quita el aparato de la tripa y me da papel para que me limpie.

Con cuidado lo hago. Salgo de la pequeña salita en cuanto termino de vestirme. El doctor me entrega un pequeño cuaderno. “Guía del embarazo” Me manda unos análisis de sangre, orina y me manda pastillas de ácido fólico. Finalmente me cita para consulta para dentro de un mes.

Salgo de la consulta tranquila y con miedo al mismo tiempo. ¡Madre mía! Voy a ser madre, no me lo puedo creer ¡Estoy loca!

Voy directa a la farmacia y compro las pastillas, debo tomarme una pastilla en cada comida. Vuelvo al trabajo, al entrar al edificio me encuentro con Izan que sale del ascensor, evito mirarle y paso por su lado, oliendo su perfume, haciendo que los recuerdos, los momentos con él, vuelvan a mi mente. Dejo que los pensamientos me ataquen... y me termino torturando. Cuando me quiero dar cuenta, lo estoy mirando, parada frente al ascensor, voy a tener un hijo suyo ¡Madre mía! Lo miro hasta que

desaparece de mi vista, ni siquiera se ha dignado a mirarme cuando ha pasado por mi lado.

Izan.

Camino hasta el coche aguantando la respiración, no aguanto más, me consumo, pienso en ella día y noche, y ahora no he sido capaz ni de mirarla a la cara. Su olor, su olor me ha hecho sentir tantas cosas, tantos recuerdos. La quiero, la echo de menos, la deseo. Lo he estropeado todo, lo he mandado yo solito todo a la mierda. Tenía que haberle contado la verdad desde un principio, decirle que iba a casa de Marta, ¡joder! no tuve un buen día, me jodió y mucho lo del maldito ramo. ¡Mierda! Froto mi cara frustrado mientras camino hacia mí coche. No tenía que haberla tratado tan mal, hacer todo lo que hice. ¡Joder! Yo solo intentaba averiguar qué coño era lo que había pasado.

Subo en mi coche y voy a hacerle una visita a Vanesa.

Paso al salón en cuanto Vanesa me abre la puerta.

—¿Cómo es que me has llamado? ¿Zara está bien? —Me pregunta preocupada cerrando la puerta.

—Sí, Zara está bien, pero hay algo que me preocupa.

—Pues tú dirás —me dice sentándose en el sofá.

—Mira, yo no sé lo que ha pasado, y ni me importa.

—¿Entonces, para qué preguntas? —Contesta borde. Me siento junto a ella y la miro fijamente.

—¿Sabes que Marta se ha quedado embarazada? —Vanesa se queda callada, aparta la vista algo nerviosa mientras se agarra las manos —¿Lo sabes o no? —Vuelvo a preguntarle.

—Sí, lo sé —Aprieto mis labios y suspiro, noto como se me tensa los músculos de la cara.

—¡Pues es mentira!

—¿¡Qué!?! —Vanesa se incorpora llevándose las manos a la boca sorprendida.

—Es todo mentira, me drogó la noche que fui a su casa. Se aprovechó de mí, Vanesa. Me dijo que quería suicidarse y fui a consolarla —digo desesperado e impotente—. No solo eso, sino que una vez drogado aprovecho para hacernos fotos, para mandárselas a Zara, la noche en que Marta le dijo que se había quedado embarazada.

—¿Tienes pruebas de todo lo que estás diciendo?

Saco de mi bolsillo el análisis del médico, donde figuraba el tipo de droga que ingerí. Vanesa lo coge nerviosa, contrariada ante tanta información, se queda en shock en cuanto lo lee. Noto como traga saliva y me mira por encima del documento.

—¡Dios mío Izan! ¡Zara! —Se pone de pie nerviosa con el documento aún en la mano —¿Se lo has contado a Zara?

—Sí, pero está tan enfadada que no ha querido escucharme.

—¡Hay algo que no me cuadra! —Me dice ella sentándose de nuevo a mi lado —

Mira, tú no eres de mi santa devoción que digamos, pero ¡joder! ¿Cómo ha podido Marta hacer una cosa así?

—No conoces a Marta, no sabes lo fría y calculadora que puede llegar a ser y créeme, que doliéndome mucho creo que Miguel, está también detrás de todo esto.

—¡Un momento! ¡Un momento! ¿Qué Miguel qué? No, no, no —se levanta de nuevo y comienza a caminar nerviosa por el salón.

—¡Escucha Vanesa! —Me levanto y la cojo de los hombros para tranquilizarla —Su mujer me llamó para decirme que Miguel tenía problemas muy serios.

—¿Qué tipo de problemas? —Pregunta asustada.

—Lo habían pillado abusando de una menor a la cual había drogado con “*Rohipnol*“, y ella, por miedo a que le hiciera algo a la niña que tienen en común, lo echó de casa.

—¿¡Cómo!? ¡No puede ser! Mi... Miguel...

—¡Sí Vanesa, sí! Yo también me quedé en shock. Si no me crees, llamo a Raquel y que te lo diga ella misma. De hecho Miguel no puede volver allí, no llama a su hija, no le pasa nada.

Vanesa rompe a llorar desconsoladamente, la abrazo e intento calmarla.

—Vanesa —hago que me mire —Miguel y Marta han hecho que te alejaras de Zara ¿No te das cuenta?

—¿Pero por qué? ¿Qué es lo que les ha hecho Zara? —Llora de nuevo.

—Estar conmigo, Vanesa, estar conmigo —la abrazo compujido.

Zara.

Pego mi frente en mi escritorio ¡Estoy que no puedo con mi alma! Estoy saturada de tanto trabajo, de informes que rellenar, llamadas que realizar, correos que contestar y supervisar el trabajo de mis compañeros. ¡Ay, dios! Como echo de menos esas vacaciones que tan lejanas quedaron.

¡Estoy embarazada! Se me acelera el corazón solo de pensarlo. Me dirijo al baño y aprovechando que estoy sola, me miro al espejo de lado, mirando mi tripa, pero estoy tan plana, que dudo mucho que crezca algo aquí. No me veo como esas madres con esa barriga tan redonda. Pienso en mi hermana, me encantaba tocarle la barriga y sentir las pataditas de mi sobrino. Sonrío. Ahora seré yo quien dentro de poco, sienta eso en mis propias carnes ¡Dios! necesito sentarme, me va a dar algo.

Al cabo de un rato, con ayuda de Celia, termino de rellenar documentos y ella los reparte a mis compañeros, que hoy me lo están poniendo muy fácil.

—¿Te apetece venir a tomarte un café conmigo Celia? —Sonrío mientras la miro, es maja la chica, se está portando muy bien conmigo.

—Termino con esto y nos vamos —aclara levantándose, dirigiéndose al despacho de Luis, que le ha pedido que le lleve unos documentos. Marta hoy no está. Sale del despacho poniendo los ojos en blanco y juntas, nos vamos a por nuestro café.

—¿Te puedes creer que ayer pillé a Luis borracho como una cuba cuando venía de casa de mi novio? —Me dice en voz baja, inclinándose hacia mí.

—¿En serio? —Me hago la tonta.

—Tuve que llevarlo a su casa, y encima... soltaba unas barbaridades —me dice acercándose a mi oído.

—No me extraña, si está como una cuba suelta de todo por esa boca que tiene, y bueno, aunque no esté borracho, también, es muy especial —digo en un tono irónico, indignada pensando en mi jefe.

Terminamos nuestro café y justo suena mi móvil, es Vanesa, pero lo ignoro, no me apetece tener que hablar con ella ahora. Me levanto y hablo unos minutos con Gema, ya que no nos vemos tanto cómo antes y está algo preocupada. Minutos más tarde, vuelvo a mi despacho pero nada más sentarme en la silla, mi móvil suena de nuevo. ¡Jooooder, no puedo estar tranquila coño! Enseguida me arrepiento, es mi padre. Hablo con él durante más de media hora, me entran ganas de llorar en cuanto me cuenta las pocas cosas “emocionantes” que le pasan tanto a él, como a mi madre. Los necesito tanto a los dos. No sé cómo voy a decirle que voy a hacerle abuelo y que pienso tirar sola con todo lo que

conlleva tener un hijo, como hizo mi hermana. Seguro que él se lo toma bien, pero mi madre... seguro que me deja de hablar hasta que nazca el bebé. ¡Dios, mi bebé! No soy consciente de ello y noto como una angustia se apodera de mí. ¡Madre mía!

Antes de irme a comer, recibo la visita del señor Coleman. Me propone comer juntos y acepto encantada, al fin y al cabo es el único que sabe lo de mi embarazo y pronto se marchará a Londres. Creo que comienzo a acostumbrarme a sus visitas, a las comidas con él y a su compañía.

—¿Todo bien en el médico? —Pregunta en cuanto el camarero nos sirve la comida.

Lo miro y no puedo evitar sonreír.

—Estoy de tres semanas y media, escuché su corazón —Me emociono recordando el sonido a través del ordenador.

El señor Coleman me lanza una mirada tierna.

—¿Has pensado en decírselo a Izan?

Lo miro seria.

—No, y no sé si quiero hacerlo—. Comienzo a comer, me siento incómoda.

—Si me permites darte un consejo, como hombre te digo que lo hables con él. Me pongo en su lugar y es lo que querría que hicieran conmigo. ¿Te has puesto en su lugar?

Lo miro seria, comienzo a cabrearme.

—Ni me mira cuando pasa por mi lado, me acusa de ser una mala persona y encima me ha llamado aprovechada. ¿En serio quieres que me acerqué y le diga...? “¡Oye Izan, quería comentarte que tuve un error muy grande. Se me pasó la fecha de revisión del Diu que se descolocó y ahora, espero un hijo tuyo!” —Me río irónica —¿Qué crees que me dirá?

El señor Coleman me mira en silencio, pensando en lo que acabo de decirle.

—¿Por qué no te vienes conmigo? Yo cuidaré de ti y del bebé, no os faltará de nada.

¿Me lo está diciendo en serio? ¿Pero este está bien de la cabeza?

—¿Me lo dices en serio?

—Sí, vente conmigo.

Me levanto de un salto de la silla.

—¡Estoy rodeada de locos, dios! —Salgo del restaurante completamente aturdida, cabreada con Coleman, conmigo misma, con Izan, con el mundo. ¡Joder! Unos tanto y otros tan poco.

Escucho al señor Coleman detrás de mí, me llama, pero lo ignoro y sigo por mi camino, me voy a casa. El señor Coleman agarra mi brazo y frustrada me paro dándome la vuelta.

—Lo siento, ¿vale? No puedo evitar sentir la necesidad de querer cuidar de ti —. Lo miro incrédula.

—¡Se cuidar de mi solita, gracias! Lo que no logro entender, es todas las molestias que te estas tomando conmigo, sabiendo que estoy enamorada de Izan y que voy a tener un hijo suyo. ¿Tú te oyes? —Se ríe.

—Directamente no lo pienso, solo digo lo que siento —me dice tranquilo, como si no pasara nada.

—Lo siento, necesito irme a casa, descansar y dormir—. Me suelto de su brazo y camino hacía la oficina.

El hombre al que tomo por loco, ha insistido en acompañarme, no me ha quedado otra que aceptar a regañadientes. Llego a la oficina, recojo mi despacho y me tomo la tarde

libre. Me acompaña a casa y pasamos la tarde juntos. Cuando me quiero dar cuenta, me quedo dormida sobre su pecho, me despiertan sus caricias en mi pelo y un suave beso que me da en la frente.

—¿Me he quedado dormida? —Digo frotándome los ojos, separándome de él, sin ninguna gana. Me siento tan a gusto ahora mismo.

—Tengo que marcharme—. Me lo quedo mirando, no quiero que se vaya. ¡Joder! ¿Qué es lo que me pasa?

Sin previo aviso me lanza un beso y me aparto haciéndole la cobra. Lo miro y lo beso a él, nada tiene que ver con los besos que le daba a Izan. Me aparto, los dos nos miramos y sonreímos.

—Me tengo que marchar, ha sido un placer haber compartido estos días contigo —se levanta del sofá—. Mi proposición sigue estando en pie.

—Gracias, pero ya sabes cuál es mi respuesta —digo avergonzada de tantas veces decirle lo mismo.

—Pero si cambias de opinión, sigue en pie —me guiña un ojo.

Me levanto, lo acompaño hasta la puerta y nos volvemos a besar, un beso de despedida, así es como yo lo siento.

Cierro la puerta y me quedo apoyada en ella, respiro. Recojo un poco la casa con algo de música, necesito estar distraída, necesito hacer algo. Cuando termino, me meto en la cama con mi portátil, navego por internet buscando cosas para bebés y videos de partos.

No hace mucho navegaba buscando locales de sexo, y ahora...

Lunes por la mañana.

A las ocho de la mañana, como todos los días, me levanto, me preparo y me voy a trabajar. He pasado un fin de semana penoso a más no poder, sin salir de casa, sin hacer nada, todo el tiempo tumbada en el sofá, viendo películas, leyendo, jugando con el móvil. ¡Vamos, un fin de semana de esos que se te hacen interminables!

Dos de mis compañeros han ido a hacerle la visita a uno de los clientes para solucionar algunas dudas y yo me he quedado revisando puntos y organizando papeles. Celia entra en mi despacho con una sonrisa.

—¡¡No te vas a creer lo que te voy a decir!! —Me dice eufórica, sentándose en la silla. La miro atenta, me impacienta verla así, me contagia.

—No, no sé. ¡Dime!

—¡Estoy embarazada!

—¿En serio? —Mi cara debe ser todo un poema. Me dan ganas de gritarle ¡Yo también! Pero no puedo.

—¡Si! —Se emociona.

—Creo que voy a llorar, Celia. ¡Me alegro mucho por ti! —Intento aguantar las ganas.

Celia y yo nos fundimos en un abrazo.

—¡Me siento tan feliz! ¡Mi novio me ha pedido que nos vayamos a vivir juntos!

Rompo a llorar desconsoladamente, parece que se me ha muerto alguien. Me siento tan sola en este momento, tan vacía sin Izan, sin ninguna amiga con la que contar.

—¡Hey! ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Me la quedo mirando y niego con la cabeza mientras busco mi silla, necesito sentarme.

—¿Te traigo agua? ¿Algo?

—Agua por favor—. Celia se ausenta mientras va a por agua.

Me muerdo el labio, no puedo estar así, no es bueno ni para mí, ni para el bebé. Celia entra cerrando la puerta y me da el vaso de agua.

—Cuéntame que te pasa —me pregunta con cariño.

Mojo mis labios con el agua y me la quedo mirando, dudando en si decirle o no, que estoy embarazada. Trago saliva, ¡joder que difícil!

—Estoy embarazada.

Celia salta de alegría.

—¿¡En serio!? ¡Pero eso es una buena noticia, Zara!

La miro seria.

—No, no lo es. Izan y yo no estamos juntos—. De nuevo estoy llorando.

A ciencia cierta sé, que acabo de amargarle el día a Celia con mis problemas. Siento que el aire no llega a mis pulmones ¡Me ahogo! Respiro hondo.

—Por favor, no se lo cuentes a nadie.

—Tu secreto está a salvo conmigo. Pero...una cosa.

—Dime —Presiono el puente de mi nariz.

—¿Lo sabe Izan?

Vuelvo a mirarla seria.

—No, no lo sabe. No estoy preparada para poder decírselo.

—Vale, no te preocupes. Haz lo que tengas que hacer.

Agradezco sus palabras con una sonrisa. Necesitaba contarlo, y sobre todo, necesitaba su reacción. Celia se marcha a seguir con su trabajo y sin pensar, llamo al móvil de Izan.

Pero enseguida me arrepiento y cuelgo de inmediato.

Me quedo toda la tarde preocupada, lamentándome por no haberle llamado, tal vez deberíamos hablar, debería escucharle y contárselo. Termino las cosas que tengo pendiente quedándome hasta tarde y me marcho a casa.

Miro la nevera. ¡Mierda! tengo hambre y la tengo casi vacía, con tanto trabajo no he tenido tiempo de ir a hacer la compra. Me doy una ducha y pido comida china. He pedido más de la cuenta, temo vomitarla, pero el hambre ahora mismo me puede, aunque sé que dentro de una hora estaré hambrienta de nuevo, es lo que tiene la comida china.

A los veinte minutos, tengo la comida sobre la mesa, recuerdo al señor Coleman, no he vuelto a saber nada de él desde que se marchó, ¿estará bien? Enciendo y miro mi móvil, pero no tengo su teléfono, siempre me ha llamado con número privado.

Así pasan mis días últimamente, del trabajo a casa, de casa al trabajo. Apenas tengo ganas de hacer nada y encima no he vuelto a saber nada de Izan. No ha dado señales de vida, no ha pasado por la oficina y yo no he vuelto a intentar llamarle, incluso apenas he visto a Marta ¿Estarán juntos?

Cansada, llego a casa. Recibo una llamada de mi hermana.

—¿Qué pasa reina? —Me tumbo en el sofá —¿Tienes algo que hacer mañana?

—A parte de currar, no. ¿Por qué?

—¿Podrás recogernos mañana al aeropuerto? —Salto del sofá de la alegría que me acaba de dar.

—¿En serio? ¿De verdad? —Ahora lloro.

—Sí, de verdad. Tengo tantas ganas de verte Zara, de abrazarte, achucharte—. Lloro y río al mismo tiempo—. ¡Joder Zara! Deja de llorar que al final lloro contigo y no es plan.

Intento hacerlo pero no puedo.

—Cuando os tenga delante no me lo voy a poder creer, os echo tanto de menos —le digo tocando mi tripa.

Al día siguiente, la felicidad que siento y las ganas que tengo de ir al aeropuerto a por mi hermana y mi sobrino, pueden con todo y con todos.

—¿Un café? —Me pregunta Celia en cuanto salgo del despacho.

—No puedo, voy a recoger a mi hermana al aeropuerto—. Sonrío Feliz.

—Dentro de una hora y media tienes una reunión —me recuerda.

—Sí, no te preocupes —Vuelvo a sonreír.

—Tienes una sonrisa preciosa Zara—. Le guiño el ojo y me marchó.

—Cuando conozcas a mi hermana te va a encantar. ¡Ya lo verás!

—No lo dudo —me contesta animada.

Un taxi me espera en la puerta y me dirijo al aeropuerto. ¡Qué nervios! Hace mucho tiempo que no veo a mi hermana y a mi sobrino que estará enorme. Sonrío pensando en ellos.

Hoy vas a conocer a tu tita y a tu primo, toco mi barriga, imaginándome al bebé más bonito del mundo dentro de mí. “Me las estás haciendo pasar canutas, pequeñín”.

Miro el panel de vuelos y el de mi hermana se ha retrasado, no puedo evitar preocuparme. Un nudo de nervios se instala en la boca de mi estómago. Me acerco a una tienda de chuches, compro algo para mi sobrino y algo para mí mientras espero. De repente siento algo que golpea mis piernas, me doy la vuelta y me encuentro con la preciosa cara de mi sobrino Sergio, alzo la mirada y veo a mi hermana Claudia acercándose a mí. Abrazo a mi sobrino con fuerza y rompo a llorar. Tengo las hormonas a flor de piel y los echaba mucho de menos.

Los tres nos fundimos en un abrazo, el abrazo más bonito y sincero del mundo, hasta que noto que alguien se acerca, un hombre, alto, de pelo oscuro, que mira a mi hermana sin dejar de sonreír. Posa su mano en la cintura de mi hermana y lo entiendo todo. La miro a ella, que sonríe.

—¿Esta es tu sorpresa? —Pregunto emocionada.

Mi hermana asiente sonriente, ¡qué bien! Me alegro por ella, de verdad.

—Este es Danny, Danny está es la famosa Zara —Nos presenta.

Me acerco a él y le doy un abrazo. Ya le tiene que importar a mi hermana para que lo traiga y lo presente, siempre ha sido muy reservada.

—No habla español —me avisa mi hermana.

—Salut comment ça va? Enchanté de vous rencontrer. —Es lo único que puedo decirle; hola que tal y encantada de concerté.

Salimos del aeropuerto mientras mi hermana me habla de Danny. Es profesor de Sergio.

—¿Ha dejado Sergio el castellano? —Pregunto asustada. Es la única forma de comunicarme con mi sobrino, a través de los signos, que ya me costó aprender en su día.

—Sigue en clases de signos español. Ahora Danny también está dando clases de castellano—. Mi hermana comienza a reírse.

Miro a Danny que juega con mi sobrino, se le ven tan compenetrados, me gusta, y sin querer toco mi barriga.

—Los veo muy bien juntos, ¿desde cuándo estáis juntos? ¿Y por qué nunca me has hablado de él?

—Sabes como soy —es verdad, es peor que yo—. Si no estoy segura de una cosa, no me lanzo y conociendo a mamá, menos todavía.

—Pero yo no soy mamá —me quejo.

—No, pero sabes lo que hubiese pasado si las cosas no hubieran salido bien.

—No te preocupes Claudia, hay tantas cosas que tenemos que contarnos —Suspiro pensando en cómo decirle que voy a hacerla tía.

—Bueno, ¿y cuánto tiempo vais a estar aquí?

—Tres días, pero primero quiero conocer a Izan.

¡Mierda!, mi hermana no sabe nada.

—Bueno, es una larga historia —respiro hondo—. No estamos juntos.

Me mira extrañada y me para en seco.

—¿En serio? ¿Cómo no me has dicho nada?

Trago saliva y noto como mis ojos se empañan, no hace falta decirle nada más y acaba abrazándome.

—Estás tan guapa con tu pelo corto y con esas mechas rubias —digo cambiando de tema. Mi hermana se parece mucho a mi madre, con el pelo castaño y liso y los ojos grises. Siempre ha sido muy guapa, pero ahora la veo tan radiante, tan espectacular que parece sacada de una revista. Llegamos hasta el taxi, subimos y nos vamos a la oficina.

—¿No os importa quedaros aquí? —Pregunto a mi hermana antes de coger mis cosas e irme a la sala de reuniones.

—No, tranquila, aquí estamos bien, estaremos en la cafetería —me dice ella.

Me despido de mi sobrino dándole las chuches que no le había dado y prometo volver pronto. Animada por la visita, me dirijo a la sala de reuniones.

Me paro en seco en cuanto veo que Izan se encuentra allí, hablando con su hermano. Extrañada miro disimuladamente a los dos hermanos. ¿Dónde está Marta? Me parecía extraño no verla últimamente, pero más extraño me parece no verla en la reunión ya que se supone que es la secretaria de Luis. Celia y yo nos miramos cómplices, creo que las dos nos hemos hecho la misma pregunta.

—¡Gracias! —deletreo con los labios, al ver que tiene todo preparado para la reunión y me siento a su lado.

—Llega tarde señorita Sánchez—. Luis, como siempre llamándome la atención.

—Aún es pronto —Digo con ironía, dejando un montón de carpetas sobre la mesa.

La reunión pasa lenta, aburrida, solo habla Luis. Izan ni me mira, ni se inmuta y no sé por qué, pero me duele. Me levanto para realizar mi presentación en la pizarra digital, hablar sobre los avances, los análisis, las evaluaciones, vamos, todo lo que conlleva ser socia y directora de proyecto.

—Niño, aquí no se puede estar ¡largo! —Salta Luis —¡Niño! ¿Es qué eres sordo?

Me doy la vuelta y me encuentro con mi sobrino, qué me está buscando. Me ve y se

lanza corriendo hacia mí. Le doy un fuerte abrazo, él me da un beso y a través de los signos le digo que no puede estar aquí, que estoy trabajando, que me espere fuera.

Nadie habla, todos están en silencio. Miro con mala cara a Luis.

—Es sordo, sí. ¿Tienes algún problema? —Me hierve la sangre.

Miro a mi sobrino antes de irse, me mira y le digo “Te Quiero” a través de los signos y sigo con la presentación, con mal cuerpo. ¡Me cago en Luis de los cojones!

Termino y vuelvo a mi sitio cabreada, con ganas de tirarle algo a la cabeza. Al cabo de un rato, le toca el turno a Izan. Me mira, apunto estoy de esbozar una leve sonrisa, pero antes de que eso ocurra, desvió la mirada. Sigo enfadada, y el hecho de que me mire, no va a hacer que deje de estarlo, además, estoy de muy mala leche por el comentario tan asqueroso que Luis ha dicho a mi sobrino, solo de pensarlo, se me encoje el corazón.

En cuanto termina la reunión, salgo disparada hacia la cafetería. Me como a besos a mi sobrino. Mi hermana habla con Gema tan campante, han congeniado bastante bien, parece que se conocen de toda la vida.

—¿Por qué no me has dicho que tenías una hermana tan maja y guapa? —Pregunta Gema divertida.

—Porque decirte eso, es decirte que es mejor que yo —Le guiño el ojo y le doy un beso a mi hermana.

—Voy al despacho a dejar mis cosas y nos vamos, ¿vale? —Le digo cogiendo a mi sobrino de la mano.

—Si claro, tomate el tiempo que quieras, estamos aquí muy a gusto —me contesta tranquila con una sonrisa en los labios, que me hace pensar que va con intenciones.

Lo que quiere es ver si ve a Izan, pero lo lleva claro, no se lo pienso presentar ni aunque me paguen. De camino a mi despacho, me cruzo con Izan, evito mirarle, pero le da algo a mi sobrino y está llama mi atención tirando de mi blusa. Me enseña una piruleta con forma de corazón.

—Gracias —Le digo de parte de mi sobrino mientras evito mirarle volviendo a mi despacho, pero Izan me coge del brazo. Lo miro.

—¿Podemos hablar? —Me mira con esos ojos tan penetrantes. ¡Dios!

—No, no podemos. Ahora mismo estoy con mi sobrino y mi hermana me está esperando para marcharnos —Entro en el despacho, dejo las cosas sobre la mesa, apago mi ordenador, cojo mi bolso y me dirijo a la cafetería comiendo chuches con mi sobrino, cuanto entro, me encuentro a Izan hablando con mi hermana y su pareja muy animado.

¡Mierda!

Me acerco a ellos sería. ¿Será posible?

—Claudia, ¿nos vamos?

Mi hermana mira a Izan, se pone sería, se levanta del taburete, se despide de Gema, de Izan y me mira a mí. Salimos del edificio sin hablar, cogemos un taxi y vamos a mi casa, donde una vez dentro, evito hablar con mi hermana del tema.

Mi sobrino se ha quedado dormido después de cenar y lo llevo a la cama de mi habitación.

—¿No piensas decirme que es lo que ha pasado, para que ese bombonazo y tú ya no estéis juntos? —Se queda apoyada en el marco de la puerta.

—La verdad es qué no tengo ganas de hablar del tema.

—Creo que has sido un poco borde con él cuando has entrado a la cafetería.

Comienzo a cabrearme, cierro los ojos e intento calmarme.

—Mira, Claudia, no sabes nada, no puedes decir que yo he sido borde así, sin más, sin conocerlo, sin saber lo que ha pasado. ¡Joder!

—Pues estoy esperando a que me cuentes que es lo que ha pasado —se cruza de brazos y se me queda mirando.

¡Pero bueno! Que mosca le ha picado a esta hoy. Me agobio.

—Es una historia muy larga —Intento excusarme para no hablar del tema.

—¡Pues tengo tres días, guapa! Yo soy tú y empiezo a contarlo todo ahora.

—Ha dejado, o dejó, yo ya no sé, a una amiga suya embarazada—. La cara de mi

hermana es todo un poema.

—¡No me entero! ¿Pero estando contigo?

—Tranquila, yo tampoco me he enterado muy bien, porque primero estaba embarazada, luego Izan apareció en mi despacho, me contó una historia que más bien parecía una película y yo, no quiero saber nada, la verdad.

—¡Vale! —Mi hermana se queda algo confusa.

—¿Y crees que te ha engañado? —Miro a mi hermana algo exasperada.

—Mira Claudia, estoy cansada. Me mintió, se comportó fatal y... —me frotó la cara —yo no quiero seguir, no quiero saber nada. Me hizo daño, Claudia.

—Cariño ven aquí —Mi hermana y yo fundimos en un abrazo y al final, término contándole todo con detalle para que comprenda mi comportamiento. La cara de mi hermana sigue siendo todo un poema, y de repente, siento la necesidad de contarle lo de mi embarazo.

—Eso no es todo —Decae mi voz.

—¿Hay más? —acaricia mi pelo y la miro asustada, no me es fácil esta situación. Asiento con la cabeza a punto de llorar. Cojo las manos de mi hermana y las poso en mi tripa. Mi hermana abre los ojos como platos, se queda con la boca abierta.

—¿Me estás vacilando? —Me pregunta incrédula. Niego con la cabeza y rompo a llorar.

—¿Y... y qué vas hacer, lo vas a tener? ¿Él lo sabe?

—Lo voy a tener, y no, no lo sabe. ¿Crees que...?

—¡Joder Zara! ¡Claro! Es lo primero que tenías que haberle dicho. Debe saberlo, es cosa de dos.

—Ya, pero...

—Ni peros ni peras, ¡tienes que decírselo ya!

—Estoy cansada, necesito tiempo para pensar y ver cómo decírselo —Termino

diciéndole.

—No te desvíes del tema Zara, ¡es muy fuerte lo que me acabas de contar!

—¿Y... que pasa si creé que no es suyo? ¿O que lo quiero tener para aprovecharme? No quiero que piense que quiero tener un hijo suyo solo por el dinero, ¡por dios, no!

—Habla, con él. Luego ya, dependiendo de lo que él te diga, tú decides si tenerlo o no.

—Claudia, lo tengo claro, no sé por qué, pero sé lo que quiero, quiero tener este bebé —le digo con seguridad, haciendo que ella me mire como si estuviera loca, y tal vez tiene sus razones.

—¡Estas como una puta cabra! No sabes lo que dices, tener un hijo no es como tener un perro o una muñeca.

—No soy gilipoyas, ¿vale? —Digo indignada.

Mi hermana agarra mis manos.

—Tener un hijo tu sola, ahora mismo, es como si te condenaras a muerte. No podrás trabajar, no podrás hacer nada, tu vida dejará de pertenecerte Zara.

—Puedo seguir trabajando, tú trabajabas.

—Sí, pero porque yo tuve suerte en mi empresa, con mis compañeros ¿Sabes las veces que me han cubierto juicios por no asistir, porque Sergio no quería ir al cole, o se ponía malo?

Me hecho hacía atrás mirándola alucinada porque mi hermana no me esté apoyando como yo creía que lo haría.

—Pensaba que serías la primera en apoyarme, pero veo que no.

—Zara, yo te apoyo, ¡lo sabes! Solo quiero que comprendas que no es fácil. Él debe saberlo antes que tú decidas lo que quieres hacer.

Las dos terminamos llorando al cabo de un rato mientras hablamos en el salón. Danny nos mira a las dos sin saber muy bien que hacer. Cansada y agotada, termino yéndome a la cama después de abrazar a mi hermana. Por fin siento que me comprende, entiendo que

tenga miedo, yo lo tengo también, estoy asustada.

Enciendo la luz de la lamparita y contemplo a mi sobrino dormir, yo no consigo centrarme, las palabras de mi hermana rebotan en mi cabeza una y otra vez, se me están repitiendo más que el ajo y me siento igual o más perdida que al principio. ¡Qué agobiante es todo esto!

¿En serio mi hermana dice que tener un hijo es como condenarse a cadena perpetua? Yo siempre la he visto tan feliz por su niño, siempre la he oído decir que su hijo es su mayor felicidad, que lo es todo para ella. ¿Por qué no puede ser para mí lo mismo el bebé que estoy esperando? Me siento bien cuando pienso en el bebé, nunca lo hubiera imaginado, solo de pensar en la vida que crece dentro de mí, me hace sentirme más viva que nunca.

Me despierto en mitad de la noche con un calor impresionante, tengo a mi sobrino encima de mí, no sé cómo ha llegado a colocarse de la manera en que lo ha hecho, tiene las piernas sobre mi cara.

Me levanto con cuidado y me dirijo a la cocina, me caliento una taza de chocolate y me quedo mirando por la ventana, no hay ni dios por la calle a estas horas. Pienso en Izan, en lo que mi hermana me ha dicho, debería hablar con él, lo sé, pero... ¿Cómo? ¿Cómo le digo que espero un hijo suyo, sin que salgan las dudas sobre mí? Eso no sé si lo podré aguantar, no ahora. Marcho a la habitación y cojo mi móvil, vuelvo a la cocina y después de varios intentos, termino mandándole un mensaje a Izan. Debo ser valiente y afrontar las cosas, debo decírselo.

“Necesito hablar contigo, tengo algo importante que decirte ¿te viene bien mañana?”
Escribo y me quedo mirando la pantalla.

No contesta, normal, son las cuatro de la mañana. Dejo el móvil sobre la mesa de la cocina y vuelvo a apoyarme a la pared, a punto de terminar el chocolate.

La mesa vibra y cojo el móvil impaciente. ¡Es Izan! Mi corazón se acelera.

Cojo aire y leo:

“Me has dejado claro que no tenemos nada de qué hablar”

Me tiemblan las manos, ¿será tonto?

“Tengo algo importante que decirte”

Me contesta de inmediato.

“No me interesa, lo siento, tuviste la oportunidad y la rechazaste, ahora soy yo quien no quiere hablar.”

Estoy flipando. ¡Dios, joder, joder y joder” Me cago en todo.

Cabreada lo llamo.

Un tono...

Dos tonos...

Tres tonos...

Lo coge.

—¿Qué quieres Zara, te aburres?

—¿Por qué eres tan gilipollas Izan?

Se queda en silencio.

—Tengo algo importante que decirte, solo es eso —continuo.

—¿No puedes decírmelo por aquí?

—No Izan —me pongo sería —¡Es importante!, deja de comportarte como un capullo.

—Mañana sale mi avión, voy a estar fuera una temporada, ¿me lo puedes decir después?

Ahora soy yo quien se queda en silencio, trago saliva varias veces. ¿Qué se va? ¿A dónde? ¿Solo?

—Sería demasiado tarde, Izan.

—¡Joder Zara! Dime lo que tengas que decirme, ahora—. Me dice en un tono

cabreado.

Respiro hondo, estoy a punto de marearme.

—Estoy embarazada.

—¡Imposible!—. Me dice irónico al cabo de unos segundos en silencio.

Me sobra y me basta con lo que me dice, y sin más, cuelgo. Apago el móvil y me meto en la cama a llorar como una tonta. Tenía que hacerlo pero ha sido mala idea hacerlo por teléfono. ¡Que patética soy por favor! Lloro apretando mi cara contra la almohada.

No sé ni el tiempo que llevo llorando, pero alguien toca mi espalda. Ya he despertado a mi hermana, me doy la vuelta y me encuentro con la mirada azul de Izan.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? —Le pregunto alarmada.

—Shhh, ¡Zara! ¿Es verdad lo que me has dicho? —Me pregunta tranquilo, sin dejar de mirarme.

Lo miro sin decir nada, solo quiero llorar, estar sola, me siento perdida.

—¡Zara! —Toca mi cara— Necesito saber si lo que me has dicho es verdad.

—Sí, y a pesar de qué lo sé desde hace varios días, sigo tan sorprendida como tú.

—No lo creo —se ríe—. ¿No decías que tenías el Diu? ¿Se te fue de repente?

Pongo mala cara.

—¿Qué quieres decir? El diu se descolocó, se me paso la revisión y...—digo avergonzada.

—¿Qué se te descolocó, así, de repente? ¿Cuánto tiempo llevábamos follando cuando me dijiste que tenías el Diu?

Trago saliva, espero que no esté insinuando lo que creo que insinúa.

—¿Qué quieres decir Izan?

—Dímelo tú. ¿De repente te quedas embarazada? Qué casualidad, ¿no?

Estoy flipando.

—¿En serio piensas que yo haría eso? —Me levanto indignada de la cama —¿Crees que yo quiero esto, que yo he buscado esto? ¿Sabes por qué te lo estoy diciendo? —El niega con la cabeza e irónico, se cruza de brazos—. Porque mi hermana me ha convencido para que lo haga, porque yo sabía que ibas a pensar eso de mí.

Lloro sin poder evitarlo.

—¡Da igual! No merece la pena intentar explicar nada —Digo sin ganas de continuar con la discusión, al fin y al cabo, yo tampoco me he creído sus explicaciones. ¿Es justo, no?

Se ríe.

—¡Venga ya, Zara! ¡Estoy esperando una explicación creíble!

—Vete de mi casa, ¡márchate!

—¡Espero que te vaya bien! Que tengas a ese bebé que dices que es mío, porque te recuerdo una cosa...

Lo miro rota de dolor.

—También te estuviste acostando con el señor Coleman, al qué... ¡Por cierto! Le he visto muy bien contigo. ¿Estando embarazada de mí, te has acostado con él?

Me quedo callada.

—Ya decía yo... No eres más que una buscona, una aprovechada, que es capaz de quedarse embarazada solo por buscar algo a cambio.

Le meto un guantazo sin previo aviso.

—¡Lárgate de mi casa, devuélveme las llaves y no vuelvas más acercarte a mí, ni al bebé, no quiero saber nada de ti, no quiero volver a verte! —Digo rabiosa, llorando. Está a punto de darme algo.

Lo voy empujando hasta la puerta, cuando de repente, todo se desvanece a mí

alrededor...

Me despierto cómo de un sueño y cuando abro los ojos, me encuentro a tres caras mirando hacia mí, Izan, mi hermana y Danny. Estoy con las piernas levantadas, la cabeza comienza a dolerme y siento unas ganas enormes de vomitar. Me levanto a pesar de que ninguno quiere que lo haga y llego al baño. Vomito como una posesa, como si fuera a sacar las tripas por mi boca y lo peor, es que cuando me quiero dar cuenta, están mi hermana e Izan metidos dentro del baño.

—¡Fuera de mi casa! —Miro a Izan con cara de asesina, no lo quiero ver en pintura ahora mismo.

—¡Zara! —Me riñe mi hermana, haciendo que también a ella le mire con mala cara.

Un sabor amargo sube por mi garganta y vuelvo a vomitar, ¡dios!

Me lavo la cara en cuanto termino, y cruzo una mirada a través del espejo del baño con Izan.

—Será mejor que os deje solos —mi hermana mira a Izan, después a mí —tenéis muchas cosas de las que hablar —Sale del baño.

Izan y yo nos quedamos solos, nos dirigimos hacia el salón y cierro la puerta del pasillo que comunica con las habitaciones para no molestar a mi hermana.

—¿Estás bien? —Me mira con cierta preocupación.

—Necesito que te vayas de mi casa, Izan. No tenía que haberte dicho nada —digo en voz baja, evitando mirarle.

—Zara, yo...

—¡Ni Zara ni hostias! Quiero que te marches —Le corto mirándolo mal.

Izan se queda callado, se acerca a mí.

—¡Perdóname! Estoy últimamente muy nervioso y tú no me lo estás poniendo fácil.

Niego con la cabeza y me cruzo de brazos.

—Tranquilo. No pienso molestarte más, ya te he dicho lo que tenía que decirte, y yo he oído lo que tenías que decirme. No pasa nada—. Me dirijo hacia la puerta y la abro para que se marche.

—Zara...

—¡Fuera Izan! —Le vuelvo a cortar.

Izan sale por la puerta y cruzamos una triste mirada, ¡joder! qué difícil es todo esto, la que he liado yo sola, qué estúpida soy.

Cierro la puerta y la abro de nuevo. Izan está junto al ascensor, se le ilumina la cara en cuanto me ve.

—Dame las llaves de mi casa —le pido sería.

Izan saca las llaves del bolsillo y me las da en un momento que para mí es interminable. Ahora sí, cierro la puerta y me marcho a mi habitación, lloro. Siento a mi hermana preguntar en voz baja desde la puerta si estoy bien, le digo que sí, que no se preocupe, pero sigo llorando.

Por la mañana parezco una muerta viviente, los ojos hinchados al igual que la cara. ¡Madre mía! Mi sobrino se me queda mirando con cara de susto e intento hacerle bromas para que sonría un poco. Me despido de mi hermana, de mi cuñado y de mi sobrino y marcho a trabajar quedando con ellos a la hora de comer.

Marcho tranquilamente hasta la oficina, intentando no pensar en nada de lo ocurrido.

El día pasa rápido, tranquilo, a mi ritmo y marcho en cuanto mi reloj marca las dos y media. Sigo sin ver a Marta, ni a Luis que ni siquiera sé si ha venido a trabajar, ni a Izan ¡Mejor!

Entro por la puerta del restaurante donde he quedado con mi hermana. Comemos y pasamos la tarde juntos, paseando por Madrid, consintiendo a mi sobrino en todo y disfrutando de él, dejando a mi hermana algún que otro ratito a solas con su guapo novio.

Al día siguiente, todo está tranquilo, más llamadas de la cuenta pero nada fuera de lo normal. Vuelvo a quedar con mi hermana para comer y decido pasar la tarde en el cine con mi sobrino mientras mi hermana disfruta un poco, lo merece, no descansa nunca y nunca tiene tiempo para ella.

—Llámame en cuanto llegues, ¿eh? ¡Y tened cuidado! No le vayas a hacer mucho caso a mamá, ¡y por favor! No le cuentes nada a nadie —le digo fundiéndome con ella en un abrazo.

—Tranquila tonta, no les diré nada. Tendré cuidado y... —me mira divertida — pronto estaré aquí de nuevo.

La miro extrañada y divertida.

—¿Cómo es eso?

—Ya te contaré, así que... no estés mal que pronto nos volveremos a ver, ¿de acuerdo? —Me abraza —no pienso dejarte sola, mi niña.

Estoy a punto de romper a llorar.

—Prométeme que no vas a llorar —me mira ella con los ojos llorosos.

—De acuerdo —le doy un fuerte abrazo a mi hermana y espero a que el tren salga. Con lágrimas en los ojos, cojo un taxi y me marcho hasta la oficina.

Las despedidas no son lo mío, mi hermana ha estado muy poco tiempo aquí en casa conmigo y no hemos podido disfrutar la una de la otra, ni hablar de nuestras cosas, ni pasar las noches en vela riendo mientras recordamos cosas de nuestra infancia o hablando de nuestros padres.

Parece que está todo tranquilo por aquí. Entro al despacho y Celia me tiene el café preparado, ¡es un amor! está muy pendiente de mí estos días y si no hubiera sido por ella, no me hubiera podido permitir pasar la tarde con mi hermana y mi sobrino.

—¡Gracias, cielo! —Le agradezco.

Al cabo de un rato, Luis me hace llamar a su despacho. ¿Qué querrá este ahora? ¿Ya le habrá ido con el cuento Izan? No estoy dispuesta aguantar ningún insulto, ni una mala cara, ni una amenaza y ninguna insinuación.

Toco la puerta antes de entrar y respiro hondo preparándome para lo peor. ¡Qué sea lo que dios quiera!

—¿Me has llamado? —Entro despacio, mirando a mí alrededor. Estamos solos.

—Sí, pasa, ¡siéntate! —me dice tranquilo, recogiendo la mesa que la tiene echa un desastre llena de papeles.

Entrelazo los dedos de mi mano nerviosa, sin dejar de mirarlo.

—No sé si te habrás enterado...

Lo miro fijamente arrugando la frente.

—No sé a qué te refieres —me quedo extrañada.

—¡Marta ha sido despedida!

Carraspeo con la garganta e incómoda, lo miro.

—¿Y eso? —Pregunto curiosa.

—Ya te enteraras, te llamaba para otra cosa. Quiero proponerte algo—. Lo escucho atenta.

—Tú dirás.

—Quiero que me vendas tu parte —se ríe —aquí ya no pintas nada, cielo.

Lo miro de mala manera.

—No soy tu cielo —me levanto de la silla y me inclino hacía el—. Si piensas que vas a deshacerte de mí tan fácilmente, lo llevas claro.

—Eso ya lo veremos... —dice mientras salgo de su despacho.

Vuelvo a mi despacho completamente alucinada, no doy crédito a las cosas que están pasando últimamente. A la hora de comer, para mi sorpresa, Vanesa aparece en mi despacho.

—¡Tenemos que hablar! —Me dice en cuanto cierra la puerta.

—¿Qué haces aquí? —Extrañada me la quedo mirando, es lo último que esperaba hoy.

Vanesa se acerca hasta donde estoy sentada.

—¡Perdóname Zara! He sido una estúpida.

—¡Vale, vale, tranquila Vanesa! —Mi amiga comienza a llorar, no sé qué hacer, no sé qué es lo que está pasando.

—No, Zara, lo siento mucho, de verdad. Me he comportado contigo de la manera más cruel y asquerosa que se puede llegar a ser —llora desconsoladamente.

Hago que se levante y la abrazo.

—No te preocupes, en serio —digo intentando tranquilizarla.

—¡No, Zara! —vuelve a llorar.

—¡A ver...! —Le cojo la cara y hago que me mire —no pasa nada en serio, pero Vanesa, deja de llorar. ¡Te he echado mucho de menos! —Le digo finalmente.

—Yo a ti también —me abraza.

Se me parte el alma ver así a la que siempre ha sido mi mejor amiga desde la infancia. Me cuenta que siente mucho haberse dejado llevar por Marta. La perdono, aunque en el fondo, no podré olvidar todas las veces que la he necesitado y no ha estado. La dureza con la que me miraba, me hablaba y trataba. Aunque... mi amistad con ella vale mucho más que todo lo que haya podido pasar, reconozco que yo tampoco soy perfecta. Es Vanesa ¡Por el amor de dios! ¿Cuántas veces la habré cagado yo a lo largo de todos estos años de amistad?

—Vanesa, en serio —respiro hondo—. No hace falta que me expliques nada —Sonrío al mirarla —¡Tengo que contarte una cosa! —Trago saliva y decido soltarle la noticia de sopetón—. ¡Estoy embarazada! —Vanesa se queda sin habla, abre los ojos como platos.

—¿En serio? —Se echa a llorar de nuevo.

¡Joder! ¿Desde cuándo Vanesa llora tanto? Me río nerviosa.

—¡Pero deja de llorar cabrona! Yo estoy feliz, en serio —intento animarla pero parece que no.

—¿Lo sabe Izan? —Se me borra la sonrisa de inmediato de la boca.

—Sí, pero lo nuestro...

—Lo sé —Asiente.

—¿Lo sabes? —Extrañada me la quedo mirando, al final, la sorprendida voy a ser yo.

—Izan me llamó desesperado, vino a casa y me contó lo que había hecho Marta.

—¿Qué es lo que te contó exactamente? —La miro incrédula.

—Que ella lo llamó diciendo que se iba a quitar de en medio y que lo drogó, aprovechó para hacerle fotos que luego ella te mandó.

—¿Qué más te dijo? —Vanesa coge mis manos.

—Izan te quiere, de echo me aseguró que Miguel y Marta me utilizaron para alejarme de ti.

—¿Miguel? ¿Pero por qué?

—Marta te quería fuera y Miguel también, los alejaste de Izan —me confiesa mi amiga.

Vanesa y yo hemos vuelto a tener relación y he intentado hablar con Izan. He ido a su

apartamento pero allí no había nadie. Parece ser que ha desaparecido del mapa y después de que Vanesa me contara todo, lo he visto claro. “¡Joder Izan, quien te ha visto y quién te ve!”. Con lo seguro que has sido desde que te conozco, no entiendo cómo has podido tirar la toalla por mi tan fácilmente. Aunque, a lo mejor, es que no me ha llegado a querer como él pensaba.

Los días en el trabajo son una mierda. Luis no deja de amargarme, sobre todo ahora que Izan no está.

Vanesa ha dejado de ver a Miguel. Éste insistió, hasta que Vanesa le dijo que lo sabía todo y que no quería volver a verle en su vida, desde entonces, no ha vuelto a saber nada de él.

Un mes más tarde...

—Deberías llamar a mamá y a papá y contarles lo que pasa, están muy preocupados por ti, Zara.

—Mañana los llamo, Claudia. Hoy no tengo ganas, estoy cansada.

—Eso mismo llevas diciendo un mes, y hasta que papá no se presente en tu casa, no vas a parar.

Mi hermana tiene razón, cierro los ojos y respiro, pero no tengo fuerzas, no estoy preparada para contarles a mis padres lo del embarazo, necesito tiempo.

—Vaaaalee, ahora mismo cuando deje de hablar contigo, los llamo, ¡prometido!

Me despido de mi hermana y decido llamar a mis padres. Lo coge mi madre y hablo con ella durante un rato, noto como se preocupa por mí. Mi padre está en su despacho, liado con su novela pero se pone un ratito y consigo tranquilizarle.

Me quedo clavada en mi silla, después de colgar. Pienso en ellos, en mi hermana, que antes de volver a Paris, estuvo unas horas aquí de nuevo, contándome lo preocupado que estaban mis padres.

Cansada, continúo con mi trabajo, necesito avanzar y empezar algunos proyectos que están pendientes. Luis no me lo está poniendo fácil, e Izan sigue sin aparecer, no me coge el móvil, no contesta mis mensajes y tampoco contesta mis correos, e incluso Vanesa ha intentado contactar con él, pero nada. ¿Estará bien? Acaricio mi tripa y me pongo tontorróna, melancólica pensando en Izan. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? ¿Por qué no puse de mi parte? ¿Por qué no lo escuché?

Al cabo de unas horas, estoy derrotada, he avanzado algo de trabajo pero no lo suficiente. Miro la hora, las dos de la mañana, ¡madre mía!, me dirijo a la nevera, picoteo algo de comida y me voy directa a la cama, necesito descansar para el día que me espera mañana.

Me levanto en cuanto suena el despertador, me va a explotar la cabeza. Me arreglo y marcho a trabajar. Allí en la cafetería desayuno en compañía de Celia y Gema y me tomo algo para el dolor de cabeza.

El día se me hace muy pesado.

—Trabajas demasiado —me dice Celia que me trae un café.

—Lo sé, pensaba que esto sería más fácil, pero me estoy dando cuenta de que no —termino riéndome—. Cuando termines puedes marcharte Celia, gracias.

Reviso el trabajo de mis compañeros y decido quedarme trabajando hasta tarde, necesito solucionar todos los problemas que han surgido hoy. Miro el hueco que hay en la pared, donde se encontraba el cuadro, y no puedo evitar sentir una punzada de nostalgia, lo pasé tan bien ese día, que no me puedo creer que me encuentre en esta situación, que ya haya pasado tanto tiempo.

Mi tripa va en aumento, ya no tengo tantas nauseas como al principio, pero cada día que pasa siento más miedo. Más preguntas me hago, más me auto cuestiono y más me lamento por todo lo que ha pasado con Izan.

Hace dos semanas que me hice la analítica, el médico dijo que todo estaba perfecto. En la siguiente cita, podré saber el sexo de mi bebé y eso me emociona, por ahora nadie ha notado mi tripa, que ha hecho que me evite dar explicaciones.

Salgo a por un refresco y a por algo a la máquina, tengo ganas de dulce. Paso por el despacho de Luis y me paro en seco al escuchar un ruido. La luz está apagada, algo se cae y noto como mi corazón se acelera. ¿Habrán entrado a robar? ¡Qué miedo!

Me acerco a la puerta y pongo el oído. Escucho movimientos, pequeños golpes y de

repente, gemidos de una mujer.

Me llevo las manos a la boca. ¿Quién hay ahí dentro? Mi cabeza comienza a hacer de las suyas.

—Sigue... sigue... ¡por favor! —Oigo a la mujer susurrar mientras los golpes se aceleran, se escuchan más fuertes. ¡Hay dios!

Me dirijo corriendo hacía mi despacho, apago la luz y me escondo detrás de la máquina de refrescos. ¡Necesito saber quién se encuentra ahí!

Miro atenta hacía las puertas del despacho, esperando a que las puertas se abran. Pero cuando eso pasa, me quedo literalmente petrificada. Marta y Luis salen del despacho. Luis azota el culo de Marta y ésta sonriente, se da la vuelta y le planta un beso.

¡No me lo puedo creer! ¡Luis, Marta! Pero... ¿Qué hacen estos dos liados?

Aturdida, vuelvo a mi despacho. ¡Dios, no me lo puedo creer! ¡Madre mía, madre mía! Llamo a un taxi, en cuanto está en la puerta, bajo, subo en él y voy directa hacía la casa de Izan. ¡Por favor, que esté allí!

Bajo del taxi y le digo que me espere. El portero me lo pone fácil, me deja pasar enseguida en cuanto le digo que soy su novia. No hace más preguntas y me deja pasar.

El ascensor no llega y decido subir por las escaleras, menos mal que no son muchos los pisos que hay que subir, sino caigo redonda aquí mismo.

Toco la puerta, pero nadie abre. Fundo el timbre y tampoco. Llamo a su móvil, no lo coge. Bajo al taxi, pago al conductor y le digo que se marche. Decido quedarme esperando en la puerta, tiene que venir en algún momento. El portero me ha dicho que llegó ayer de su viaje.

Las dos y media. Me duele el cuerpo de estar tanto tiempo en la misma posición. Estoy cansada y no llega, las piernas se me duermen y mi tripa comienza a resentirse.

Llamo de nuevo a su móvil, pero no lo coge. Seguro que lo hace aposta, así que decido llamar a Ana, lo coge enseguida. Por la música de fondo, deduzco que está en una fiesta, espero a que se vaya a algún lugar más tranquilo y hablo con ella.

—¿Por casualidad, sabes donde se encuentra tu tío? —Se queda callada.

A mí me da la impresión de que algún vecino saldrá y llamará mi atención. Se oye mi

eco.

—Se acaba de marchar a casa —me dice —Pero, Zara, será mejor que te marches. No va solo—. El corazón se me acelera.

—No importa. Tengo algo importante que decirle, gracias —y cuelgo.

Me paso todo el rato tensa, pero en cuanto siento el ascensor y unas risas, mi cuerpo se tensa aún más. Las puertas se abren y me encuentro con un Izan completamente distinto al que yo conozco, con barba de varios días, con más pelo y acompañado de una chica que va bastante perjudicada.

—¡Hola Zara! Mira, te presento, esta es... —Mira a la chica —¿Cómo te llamabas?

—

La chica va a contestar pero Izan la interrumpe— Da igual, no me importa cómo te llames.

Me acerco a él.

—Tengo que contarte una cosa —miro a la chica que no deja de besuquearle el cuello, mete una mano entre sus pantalones. Aparto la mirada con una presión en el pecho, cierro los ojos e intento estar calmada, he venido a lo que he venido, ya está.

—¿Qué me vas a decir? —Se burla —espera, espera. ¿Qué son gemelos? ¿Qué has perdido al bebe que estamos esperando? ¿Qué me vas a contar ahora?

Llamo a un taxi.

—Que eres un gilipoyas, eso vengo a contarte. ¿Pero tú eres tonto, o que te pasa? —Lo miro decepcionada porque todo esto me causa mucho dolor.

—¡Vete Zara! Estoy ocupado, ¿no lo ves? —En todos mis morros, besa a la chica.

Enfadada cojo a la chica del brazo.

—¡Tu! Abajo hay un taxi esperándote —le doy todo el dinero que tengo en mi cartera —¡Vete! —La chica se me queda mirando con el dinero en la mano y mira a Izan.

—Entra dentro —le ordena Izan.

Me pongo frente a Izan.

—Izan... —lo beso —el sabor amargo de su saliva se mezcla con la mía.

La chica se me queda mirando.

—¡Oye, Zorra! ¡Que yo lo vi primero!

Izan se ríe.

—Tranquila, hay para las dos, ¿verdad Zara? A ti te gustan estas cosas, ¿a que sí?

Le doy un empujón a la chica y obligo a que se marche. Tiene que hacerlo, no le queda otra, haré lo que haga falta para echarla de aquí.

La chica por fin, hace lo que le pido y se marcha. Entramos Izan y yo a su casa.

—Ya tiene que ser importante, me has jodido una buena follada —me grita enfadado.

La tripa me pincha y me llevo las manos hacia ella, necesito sentarme. Estoy tan tensa, que noto como se engarrotan mis músculos.

—¡Mira gilipollas! —Le grito enfadada —No estaría aquí sino fuera importante.

—¡Pues dime lo que tengas que decirme y márchate! No quiero verte.

¡Alucino! ¿Con qué derecho puede hacerme lo que me está haciendo? ¿Y él fue quien me dijo que no soy capaz de ponerme en la situación de los demás? Entiendo que esté borracho, pero joder. ¡Estoy harta!

—Te aconsejo que te des una ducha, te vendrá bien, te espabilará.

Sin rechistar, hace lo que le pido. A los veinte minutos sale del baño y parece otro. Creo que la ducha le ha sentado bien, le ha despejado la mente.

Se sienta en el sofá, pero alejado de mí. Por primera vez, me siento la mala en toda ésta historia.

—¿Qué es lo que quieres? ¿A qué has venido aquí?

Pienso por un segundo sin contarle o no lo que he visto.

—Acabo de ver a Marta salir del despacho acompañado de tu hermano —suelto sin respirar.

Sin inmutarse, me mira.

—¿Y a mí qué me importa? Que hagan lo que quieran, lo que hagan con sus vidas es asunto tuyo, como lo que hagas tú con la tuya.

Me acerco a él haciendo como que no he oído lo que me ha dicho.

—Mira, yo no sé a qué coño juegas. ¿Sí se supone —cojo aire —que Marta te la jugó? ¿No te importa que haga lo mismo con tu hermano? —Zarandeo mis manos nerviosa mientras le hablo—. ¿No te importa que tu hermano esté detrás de todo? ¿Te da igual? No lo entiendo.

—Pueden hacer lo que les dé la gana. No me importa —me repite.

—¿Cómo que no te importa? —Grito desesperada. ¡Joder! Algo no me cuadra.

—Lo que haga mi hermano con su vida, no me importa. ¡Y a ti tampoco debería importarte! ¡Ahora, vete de mi casa y deja de meterte en mis asuntos! ¡Deja de meterte en mi vida! ¿Lo entiendes? —Se altera y termina rompiendo un cenicero que tiene junto a la mesa.

Me levanto dispuesta a marcharme, ya he perdido suficiente dignidad.

—Lo entiendo —me giro indignada, con el corazón a mil y voy hacia la puerta. Pero Izan se levanta y se pone en medio.

—Lo siento, Zara.

Lo miro a punto de llorar.

—No sé para qué me he molestado en venir. ¡Apártate! —Pero Izan no lo hace.

—¿Cómo está el bebé? —Se atreve a preguntarme.

—¿Qué bebé? ¡Tú no vas a tener ningún bebé, que te quede claro!

Consigo abrir la puerta y salgo disparada hacia el ascensor. En cuanto estoy en la calle, lloro como una idiota. Camino de noche por las calles de Madrid, necesito pensar, pero cuanto más pienso, más lloro. Al final termino llamando a un taxi que me deja en casa.

Pronto llega el fin de semana, estaba deseándolo, no pienso quedarme en la cama, ni llorisquear por las esquinas, ¡no! Lo tengo claro.

Llamo a Ana y quedo con ella en “*la Bohémé*“. Me arreglo, me dejo el pelo ondulado y me maquillo un poco por encima, solo los ojos. Llamo a un taxi y me encuentro con ella en la puerta, que habla con los porteros.

—¡Hola chicos! —Los saludo nada más llegar, agarrando a Ana por la cintura—. ¿Qué pasa, cara guapa? —Se da la vuelta y sonrío.

—Se te echa de menos, hace tiempo que no vienes por aquí —dice Dimitri, uno de los porteros.

—Demasiado ocupada —sonrío.

—¿Te apetece que comamos algo? —Ana sonrío, señalándome un pequeño bar.

—Sí, claro.

Las dos nos dirigimos al bar, picoteamos varios aperitivos y le pregunto sobre su libro, sobre ella.

—La verdad es que bien, pensaba que eso de ser escritor era mucho más fácil, pero... —se encoje de hombros —ahora estoy en plan, que no valoro lo que he escrito, no dejo de leer manuales —las dos nos reímos.

—Fácil no es, yo lo intenté y terminé abandonando.

Quedo en darle el número de mi padre para que hablen y le aconseje. Después de un rato, por fin entramos en “*la Bohémé*”, tengo ganas de bailar, desconectar y pasarlo bien aunque solo sea por unas horas.

La música retumba en mis oídos, bailo junto a Ana, como si las dos estuviéramos solas, Vanesa se une y las tres lo damos todo hasta que noto que alguien agarra mi cintura, miro a Ana que sonrío y Vanesa que pone cara de susto, sin saber que pensar, me doy la vuelta.

—¡Vaya, Carlos, hola! —no sé qué decirle, hace tiempo que no lo he visto, concretamente desde que cenó en mi casa. Inclino la cabeza hacía un lado y veo a todos los demás, incluido a Rafa, que nos mira.

—¿Qué tal estas Z? Estás muy guapa.

Sonrío, hoy no tengo ganas de pelear.

—Me alegro mucho de verte.

Hablamos unos minutos, vuelve a darme dos besos, saludo a los demás con la mano y no tardan en acercarse, menos Rafa, que se queda a un lado, hablando con varias chicas.

—¡Estás guapísima Z! ¿Cómo te va la vida? —Pregunta Julián, al que apenas miro. La escena de sexo con Rafa y Mireia golpea mi mente de repente.

—Ehh... Z —lo miro —lo siento mucho, en serio, no merecías que hiciéramos lo que hicimos—. Lo miro sería.

—Lo tengo olvidado Julián, en serio, pero no me pidas que me alegre de verte porque no es así, lo siento —me aparto para hablar con Carlos, que habla con Ana, aunque ésta no le está haciendo ni puto caso, al igual que Vanesa que está a lo suyo.

Al cabo de un buen rato, al ver a Patricia, una de las camareras agobiada sin dar abasto, me acerco a la barra. Me llevo a Ana conmigo.

—¿Qué pasa hoy? —Pregunto haciendo que me mire, sonrío y suspira.

—¡Dos de nuestros compañeros se han puesto malos y no damos abasto! ¡Esto es increíble!

—¿Quieres que te eche una mano? —pregunto haciendo que Ana se me quede mirando con la boca abierta. Vanesa se ha ido al centro de la pista a bailar.

—No creo que a mi jefe le haga mucha gracia, pero gracias cielo, eres un amor.

—Dime... —me inclino más a la barra —¿tu jefe está aquí ahora? —Patricia mira a Ana, parece que se conocen y antes de que conteste, me meto tras la barra.

—Si algo no entiendo os pregunto, no hay problema —le guiño un ojo.

Me lo paso pipa. Bailo dentro de la barra y animo a Ana a que entre también para echar una mano, no lo duda y entra. Patricia nos comenta por encima algunas cosas que hay que tener en cuenta, nosotras ponemos las bebidas, nos equivocamos de botella en varias ocasiones, pero no pasa nada, nos reímos sin parar y Patricia se encarga de ir cobrando.

—¿Trabajas aquí? —Me pregunta alguien al que apenas hago caso.

—Zara, ¿trabajas aquí? —Vuelve a preguntar y miro. ¡No me lo puedo creer!

—¡Hola Raúl! ¿Qué tal estás? —Pregunto acercándome a la barra para darle dos besos. Noto como su mirada recorre mi cuerpo.

—No tan bien como tú —me río por no mandarle a la mierda.

Bailoteo con Ana y Patricia y cantamos al unísono una canción que suena.

—¿Te apetece quedar conmigo después? —Raúl vuelve al ataque.

Lo miro pensativa y termino aceptando y lo invito a una copa. Me bebo un refresco y sigo atendiendo entre risas.

—¡Salid las dos de ahí ahora mismo! —Una voz hace que Ana y yo nos quedemos tiesas como un palo, nos miramos.

—¡Mierda! Mi tío —oigo decir a Ana.

Me giro rápidamente y allí lo veo, guapísimo, con una cara de mala leche impresionante y unos ojos azules que se clavan en los míos.

—¡Tu ni caso cielo, somos mayores de edad!

Patricia lo ve y se queda parada mirándonos a las dos. Izan entra en la barra y se pone delante de nosotras.

—¿Me habéis oído? ¡Salid ya!

—¡Mira, salgo si me da la gana! —Le digo con chulería.

Agarra mi brazo.

—No me enfades Zara, ¡sal de aquí! —Me quita el vaso de la mano, lo huele —
¿estás bebiendo alcohol?

Lo miro indignada y me suelto del brazo.

—¿Eres tonto o es que te caíste al nacer? Es un simple refresco —le digo enfadada,
todo el mundo nos está mirando —y tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer.

—¡Sí, sí que soy alguien!

—¿Ah, sí? —Me cruzo de brazos —¿quién coño te crees que eres?

Se ríe de medio lado.

—El dueño —señala con el dedo todo el local —de todo esto.

Trago saliva, ¡no puede ser!

—¿Todo bien, Zara? —Pregunta Raúl, e Izan le lanza una dura mirada.

—¿Qué haces con ese?

Pongo los ojos en blanco. Me va a dar algo, voy a caer redonda hoy al suelo, ya lo
estoy viendo.

Ana ya está fuera de la barra.

—¡Venga Zara, sal! —Suelta Ana nerviosa.

Salgo de la barra sintiéndome lo más gilipoyas posible, y justo cuando estoy fuera me
giro para mirar a Izan.

—¡Qué sepas, que solo estaba echando una mano, estás falto de personal como de
sentido común! —Me acerco a Raúl y le doy dos besos mientras miro a Izan que nos
observa, sale de la barra y le dice algo a su sobrina.

—Zara, creo que yo me voy a marchar, estoy cansada y mañana he quedado con mi
abuela para ir de compras —me miente.

—¿En serio, Ana? ¿No me lo estarás diciendo porque tu tío te lo ha dicho, no?

—No, no, no, no, en serio —noto como me sigue mintiendo.

—Bueno, haz lo que quieras, yo voy a quedarme un ratito más —miro a Raúl —en buena compañía —sonrío. Me despido de Ana ante la atenta mirada de Izan y me voy al centro de la pista a bailar con Raúl que parece que no pierde el tiempo. Agarra mi cintura y baila muy pegado a mí. Busco a Vanesa con la mirada, pero no la encuentro por ninguna parte.

—¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? —Susurra en mi oído. Miro a Izan, que no deja de mirarnos. ¡Dios, como me pone!, está tan sexi, tan guapo con esa camisa color granate. ¡Zara, céntrate coño!

Rodeo su cuello con mis brazos.

—No me acuerdo —contesto dejándome llevar por la música, cerrando los ojos e intentando no pensar en Izan.

—Estás preciosa, ¿te lo he dicho ya? —noto como sus labios recorren mi cuello, me aparto de inmediato, busco a Izan de forma automática con la mirada y de repente, veo una mano golpear la cara de Raúl. ¡Dioos! Y éste, cae al suelo.

—No vuelvas a acercarte a ella, o no dejaré que vuelvas a entrar en éste local, ¿me has entendido? —Grita Izan. Me lanza una rápida mirada y por un momento me asusto.

—¿Pero qué coño haces Izan? —Todo el mundo nos mira, pero no me importa y ayudo a Raúl a levantarse. Con miedo, busco con la mirada a Rafa, Carlos, Julián, por si se encuentran aquí y para que queramos más, sé las ganas que Rafa e Izan se tienen.

Raúl y yo salimos a la calle, la nariz le sangra, busco en mi bolso algo para limpiarle, unas toallitas.

—¿Es tu puto novio? —Me grita.

—¿Qué? ¡No! —Contesto intentando limpiarle.

—¡Zara aléjate de él, lo digo en serio!

Me doy la vuelta.

—¡Mira, tonto a las tres, no eres mi padre!, ¿entiendes? —Izan se acerca, agarra mi brazo. ¡Que manía con agarrarme últimamente! Me empuja hacia el y me planta un beso,

un beso que dura más del necesario.

—¿Qué haces? —Me aparto de él.

—¡Voy a denunciarte capullo! —Amenaza Raúl.

—¿Estás seguro? Yo soy quien debería denunciarte a ti.

—Raúl, ¿me acompañas a casa? —Me alejo de Izan. Raúl se ríe satisfecho, pero Izan se acerca de nuevo.

—No puedo dejar que te vayas después de lo que paso la última vez —me dice Izan apartándome de Raúl.

Me cruzo de brazos.

—¿Y qué se supone que pasó la última vez? —Pregunto molesta.

—Intentó abusar de ti en el baño Zara —me habla despacio haciendo que el corazón se me pare de inmediato, creo que me voy a desmayar.

—¿Qué pruebas tienes? —¿Cómo puede acusarle de una cosa así? Se me ponen los pelos de punta.

Izan se toca el pelo.

—Estaba viéndote bailar con él desde mi reservado y desapareciste, me volví loco y fui a buscarte —se toma un pausa, yo me abrazo a mí misma, me está entrando frío, miro a Raúl que nos ignora—. Intentaba convencerte de tener sexo en el baño mientras varios tíos apuntaban con el móvil apunto de grabarte Zara.

¡¿Qué?! ¡¿Cómo?!

Abro los ojos como platos, no sé qué decir.

—¿Y qué pasó? —Pregunto asustada por lo que pueda decirme, no me acuerdo casi de nada.

—Te saqué de allí, te lleve a casa —se acerca a mí.

—¿Y me pusiste un vaso de agua junto a la mesita? —Pregunto mirándolo

fijamente.

—Sí.

Me dirijo a Raúl y sin que se lo espere, le meto un bofetón que me deja la mano dolorida.

—¡No vuelvas a acercarte a mí, gilipollas! —Grito.

Miro a Izan enfadada.

—¡Y tú tampoco! —Grito más alto, muy enfadada.

Me marcho de allí, Izan viene tras de mí, pero por suerte veo un taxi, lo cojo y me voy directa a casa.

Me pido unos días de baja, parece ser que después de mi encontronazo con mi doctora, ha recapacitado y ahora es más amable, o soy yo, que estoy pasando de todo.

Me da una semana de baja que aprovecho para descansar. Llamo a mis padres.

Teniendo claro que lo que quiero es descansar, decido pasar la semana al apartamento de la playa. Es un apartamento pequeñito donde solíamos veranear en familia cuando nosotras éramos pequeñas. Hace mucho tiempo que no vengo, pero mis padres todos los años vienen aquí. A mi padre le viene muy bien para desconectar y descansar después de pasar tanto tiempo escribiendo, y yo espero obtener lo mismo, descanso, porque mi cabeza ya no da para más.

Es un apartamento en primera línea de playa, reconozco que cuando era pequeña, no me entusiasmaba mucho, pero ahora, admito que es la mejor idea que he tenido en mucho tiempo. Aquí tendré tiempo para pensar y aclarar mis ideas.

Entro en casa, me siento en el sofá que está frente al televisor nada más entrar y dejo que mi mente haga el resto. Recuerdo las veces que mi hermana y yo jugábamos al escondite. Es un piso pequeño, pero era lo suficientemente grande para nosotras dos, que no parábamos. La cocina está unida al salón, y junto a la ventana que da al patio, hay un pasillo que lleva al baño y a las dos habitaciones. Me levanto y decido echar un vistazo. Todo está igual que la última vez. Nuestra habitación está compuesta por unas literas, siempre nos peleábamos y echábamos a suertes para ver quien dormía en la parte de arriba. Todo está tal cual, lleno de peluches, de viejos libros, de cortinas rosas. Me acerco al estante que está encima del escritorio. Todavía siguen aquí mis Barbies. Cojo una y me río. Si es una niña, le regalaré todos mis juguetes y jugaré con ella a las muñecas, y bueno... si es un niño, también. ¿Por qué no?

Me acerco a la nevera y la enciendo. Salgo a comprar algo de comida mientras voy pensando en lo que voy a hacer con mi vida. Está claro que Izan, está fuera.

—¡Hazme caso Luis! Si sigues queriendo a Sofía, ¡deja de cagarla hostias!

—Me ha dejado muy claro firmando el divorcio que ya no me quiere.

—¿Se lo has preguntado?

—No me hace falta —mi hermano se dirige hacia su mesa.

—¡Venga ya, hombre! ¿Tú la quieres? —Mi hermano me mira con mala cara.

—¡Claro que la quiero!

—Pues haz algo.

—¿Qué haga algo? ¿Qué coño se supone que tengo que hacer? —Exasperado se sienta y se me queda mirando. Me acerco a él.

—Primero deja de verte con Marta, no es buena gente.

—¿Ah, no? —Se ríe —no hace mucho tú te la estabas tirando —me froto la cara y suelto el aire que tengo retenido en mis pulmones. ¡Este es tonto!

—Es una historia muy larga Luis, pero si de verdad quieres recuperar a tu familia, deja de verla, esa mujer es capaz de hacer cualquier cosa.

—¿Cómo quedarse embarazada?

—Por ejemplo —me siento frente a él, y le cuento todo lo que ha hecho Marta.

Subo a mi coche y clavo la vista en el volante. Espero que mi hermano haga lo que me ha prometido, recuperar a su familia. Mi teléfono suena. “Manuel, padre de Zara” Leo en la pantalla. No lo dudo y atiendo la llamada.

—¡Hola Manuel! —Digo nada más al descolgar, algo nervioso.

—¡Hola hijo! Mira, perdona que te llame, mi mujer y yo estamos preocupados.

—¿Zara está bien? ¿Ha pasado algo? ¿El bebé está bien? —Me pongo muy nervioso.

—¿De qué bebé estás hablando Izan? ¿Zara está embarazada?

Zara

Después de hablar un rato con Vanesa y darle un poco de envidia, escucho música mientras tomo el sol, me siento tan relajada. ¿Por qué no se me ha ocurrido venir antes? Llevo aquí dos días y me encuentro de maravilla.

Mi móvil interrumpe la canción que estoy escuchando. ¡Joder, no puedo estar tranquila!

—¿Diga? —Pregunto sin mirar quien es.

—¿Dónde estás? —La voz de Izan hace que me incorpore y mire hacia todos lados. Me relajo y me tumbo de nuevo en cuanto me doy cuenta que no puede saber dónde me encuentro. Nadie lo sabe excepto mis padres, mi hermana y Vanesa. Pongo los ojos en blanco. ¡Mierda! Espero que Vanesa no se haya ido de la lengua.

—Descansando —Digo como si nada. No sé por qué aún no le he colgado.

—¿En la playa? —De nuevo me incorporo, levanto mis gafas de sol y miro de nuevo a mí alrededor.

—¿Y a ti que te importa? —Cuelgo y sigo con mi música. En cuanto vuelve a llamar, cuelgo, no quiero hablar con él, solo quiero estar tranquila, que me deje en paz.

No voy a dejar que me amargue mis días aquí, necesito descansar, es bueno para el bebé. Acaricio mi tripa y decido embadurnarla de crema solar, termino, bebo un poco de agua y sigo tomando el sol.

Se nota que dentro de nada empieza el verano y que el calor está llegando, por lo menos en esta zona. En Madrid por la noche hace más frío, el tiempo está loco allí, aquí en cambio, se está genial.

Cuando la gente comienza a llenar la playa, mi tranquilidad desaparece, bueno desapareció hace rato, desde que cogí la llamada de Izan. Después de haber conseguido relajarme de nuevo, el vaivén de la gente, me agobia. Me levanto y decido ir a por un helado. Doy un paseo por la orilla, y cuando ya estoy aburrida, vuelvo a casa y me quedo paralizada en cuanto entro en el edificio.

—Te he buscado por todas partes. ¿Dónde estabas? —Izan está sentado en un columpio en el que solíamos montar mi hermana y yo juntas, que está justo en el patio comunitario. Me quedo de piedra.

—¿Qué haces aquí? —Lo miro enfadada, con la respiración acelerada. ¡Un día de estos me da un infarto por su culpa!

—Necesito hablar contigo. ¿Crees que te puedes librar de mí fácilmente?

Lo miro furiosa.

—¿Quieres que termine llamando a la Policía? ¿Me estas acosando? He venido para huir de ti, no para que tengas que aparecer de la nada. ¿Me estas siguiendo? —Noto como me falta el aire.

Izan intenta acercarse.

—Ni se te ocurra acercarte o me pongo a chillar —Amenazo. ¡Dios, esto no puede estar pasando!

—Vale, vale. Respira, tranquila —intenta calmarme, pero lo único que consigue es que me sienta peor y lo mire de peor forma.

—¡No me pidas que me calme, estoy calmada! —Grito mirándolo con cara de asesina. Busco las llaves de casa, quiero entrar dentro, que me deje en paz, que desaparezca.

—Tu padre me dijo que estarías aquí, me llamó preocupado. Solo he venido a ver que estabas bien.

—¿Qué mi padre ¡¡qué!!? —Intento atinar con la cerradura, la llave no entra, o no estoy usando la correcta. ¡Dios! Ya no sé ni lo que hago.

Siento la mano de Izan tocar mi hombro. Lo miro de muy malas formas. ¡Ay dios!

—¡No me toques! Ya has visto que estoy bien, márchate —entro y cerrando de un portazo.

—No me voy a marchar de aquí, hasta que hablemos, ¿me has oído? —Oigo decir a Izan desde la puerta.

Pongo la televisión a todo volumen y me marcho a la habitación para hablar con mi padre. Me coge el teléfono a la primera.

—¡Dime hija! ¿Ha llegado ya Izan? —Es cuando recuerdo que mi padre no sabe nada, no puedo reprocharle nada.

—Sí papá, está aquí. ¿Por qué lo has llamado?

Mi padre se queda en silencio, lo oigo respirar.

—Estamos tu madre y yo preocupados por ti, hija. Apenas llamas, y cuando lo haces, nos cuentas que te quieres ir una semana tu sola a la casa de la playa. ¿Qué necesidad tienes de irte tu sola? ¿Es que las cosas no marchan bien, hija?

Estoy a punto de llorar al escuchar a mi padre. Pobrecillo, no tiene ni idea de nada y

me temo que cuando se lo cuente, se enfadará. Yo lo haría.

—Papá, todo está bien. Solo necesitaba pensar, aclararme, descansar. He tenido mucho trabajo.

—¿Y qué pasa con Izan? Quiero que se ponga, no me coge el teléfono.

Exasperada, me dirijo hacia la terraza y le indico a Izan que suba a casa con las manos. Bajo el volumen de la televisión y le hago pasar a casa, pasándole el teléfono, diciéndole con señales, que es mi padre. Lo miro de forma amenazante todo el tiempo. Como se le ocurra decirle algo, lo mato.

Termina de hablar con él y me pasa el teléfono.

—¿Ves, papá? Estoy bien, no te preocupes.

—Vale, hija. Me quedo más tranquilo, Izan cuidará de ti —Echo un leve vistazo a Izan que mira las fotos familiares que hay en el mueble de la televisión. Si mi padre supiera que Izan es el principal causante de mis problemas, cambiaria de opinión. Me acerco al mueble y me pongo frente a Izan enfadada, no quiero que vea nada de mí, ni de mi familia.

Termino de hablar con mi padre, dejo el móvil sobre la mesa y me siento en el sofá.

—Dime lo que me tienes que decir, y ¡vete! —Izan se me queda mirando, se sienta en el sofá donde yo me encuentro.

—¡Habla! No tengo tiempo —Le meto prisa, al ver que no dice nada.

—¿Cómo estás?

Me pongo de pie y señalo mi cuerpo.

—De puta madre, ¿no lo ves?

—Lo veo. ¿Pero en tu estado, cómo estás?

Lo miro.

—Si te refieres al cómo va mi embarazo—. Levanto el vestido ancho que llevo, en solo dos días mi barriga ha aumentado—. ¡Estoy de maravilla! El bebé está sano, gracias.

Pero no es de tu incumbencia —le aclaro.

Una fina curvatura en los labios de Izan dibujan una leve sonrisa, pero me pone de muy mala leche.

—Quita esa cara de tonto que tienes y márchate. Ya has comprobado que estoy bien.

—Tu padre me ha pedido que cuide de ti —me contesta rápido.

—Mi padre no tiene ni idea de lo que le has hecho a su hija—. Me río sin ganas, solo de pensarlo me entran escalofríos —Si lo supiera, otro gallo cantaría y lo último que querría es que estuvieras aquí conmigo.

Para mi sorpresa, Izan se levanta del sofá.

—Tienes razón, no me he portado bien contigo, pero eso no quita que quiera hacer las cosas bien. He tenido mucho tiempo para pensar Zara.

Vuelvo a reírme.

—Sí, claro. ¿Cómo lo has hecho? ¿Acostándote con una cada día? —Le reprendo sintiéndome mal al mismo tiempo. ¡Joder, yo no soy así! —Lo siento Izan, de verdad, no voy a reprocharte lo que hayas estado haciendo, creo que ninguno nos sentimos orgullosos de nuestros actos —lo miro seria a los ojos —algunos más que otros, pero bueno.

Cierto matiz de esperanza e ilusión aparece de repente en la cara de Izan.

—¿Podrás escucharme?

Niego con la cabeza.

—Me ha costado mucho poder pensar las cosas con claridad. No te quiero en mi vida Izan, no de la forma que pensaba —ni siquiera sé si estoy siendo sincera, pero siento alivio y dolor al mismo tiempo.

Noto como traga saliva.

—¿Ya no me quieres? —Se acerca a mí.

Lo miro decepcionada.

—¿Me has querido tú alguna vez? —Me giro a punto de echarme a llorar, ¡dios!, ¿Por qué todo tiene que complicarse tanto?

—Te quiero Zara, si hice las cosas que hice era porque creía que así evitaba hacerte daño—. Agarra mis hombros y hace que me gire.

—Me has destrozado, me has hecho sentir lo peor, me has dejado sola. ¿Cómo crees que me sentí cuando te marchaste? ¿Cuándo le diste mi número de teléfono al señor Coleman? ¿Cuándo te vi en la cena?

—¿Cómo crees que me sentí yo cuando te vi aparecer con él? ¿Cómo crees que me siento yo ahora, después de saber que te acostaste con él y estando embarazada de mí? No duermo, no como, no tengo ganas de hacer otra cosa que no sea pensar en ti.

No me va a convencer, conozco este juego.

—No me lo has demostrado hasta ahora, lo único que has conseguido es que yo me sienta aún peor. ¿Crees que porque te presentes aquí, me sueltes este rollo, voy a caer rendida a tus pies? —Grito con un nudo en la garganta, estoy a punto de romper a llorar.

—No, claro que no, no te estoy pidiendo una oportunidad —aparta la mirada fijándola en el suelo, habla despacio, triste diría yo.

¿Ah, no? Lo miro decepcionada.

—¿Entonces qué es lo que quieres?

—No quiero dejar de lado al bebé que esperas. Es tanto mío como tuyo, no quiero seguir dejándote sola.

—Llevo casi tres meses sola en esto Izan. ¿Por qué ahora?

Se me queda mirando sin decirme nada.

Me dirijo hacia la puerta, la abro y hago que se marche.

—Estaré por aquí. Cualquier cosa, me llamas y aparezco enseguida.

No hago ningún movimiento. Cierro la puerta en cuanto sale y rompo a llorar. ¿Por qué tiene que seguir haciéndome daño, por qué se lo permito?

Apenas duermo por la noche.

Al día siguiente, trabajo un poco, la idea era descansar, no hacer nada, pero no puedo dejarle todo a Celia ni a mis compañeros.

Me visto para salir a dar una vuelta y recibo la llamada de Ana, llora desconsoladamente.

—Zara, perdona. No sabía a quién llamar.

—No te preocupes, ¿qué pasa?

Oigo como llora y me entran ganas de hacerlo a mí también.

—Acabo de ver al chico con el que salgo con una chica y...

—¡Cálmate!

—¿Dónde estás? Necesito verte.

Me río llevándome las manos a la cabeza, está claro que al final no voy a descansar, voy a terminar peor que cuando vine.

—Ana, estoy en Benidorm, he venido a pasar unos días al piso que tiene mis padres.

—¡Ah! Bueno, no quería molestarte.

—Sí quieres... puedes venirte unos días aquí conmigo. Vuelvo el domingo. ¿Te apetece?

—¿En serio? —Noto su emoción.

—Sí, coge un tren. Da igual que cojas o no ropa, aquí tengo de sobra, cuando estés llegando, llámame y te doy la dirección.

—¡Mira Zara, ahora mismo cojo el coche y que sea lo que dios quiera, salgo para allá, a lo loco! —Se ríe nerviosa.

Me quedo unos minutos pensativa, sin pensar en nada en concreto. Me levanto y me dirijo hacía la cocina.

Tengo la nevera casi vacía, así que salgo y compro algo para comer. Vuelvo a casa, coloco todo en la nevera y salgo a pasear por la playa mientras escucho música.

Paseo largo y tendido por la playa y vuelvo a casa. De camino, me entran ganas de llamar a Izan, a veces tengo la sensación de necesitarle, saber cómo se encuentra, necesito ver la verdad en sus ojos, necesito saber si realmente me quiere. ¡Buff! Lo mismo pienso una cosa como en otra, y así sucesivamente, ya no sé ni que pensar. ¡Dios, esto es frustrante!

Al cabo de unos minutos, veo que no me hace falta llamarlo, lo veo pasear por la orilla, hundido en sus pensamientos. ¿Será verdad que me quiere? A pesar de todo, yo lo sigo queriendo, no lo he olvidado todavía y me hubiera encantado que las cosas hubieran sido de otra manera, para que me voy a engañar.

Me acerco hasta él.

—¿No te entran ganas de bañarte? —Sonrío, sacándole de sus pensamientos.

—¡Ah, hola! ¿Dando un paseo?

La luz del sol ilumina sus ojos haciéndolos más claros todavía, está tan guapo. *¡Joder Zara, no aprendes!*

—Sí, pero vuelvo a casa, me encuentro cansada.

—¿Estás bien? —Agarra mi brazo preocupado.

Echaba tanto de menos esa mirada tan dulce, esa protección. Miro su brazo y me doy cuenta de que lleva un tatuaje.

—¿Te has hecho un tatuaje?

Se tapa rápidamente, aumentando mi curiosidad.

—¡Enséñamelo! —Le cojo del brazo, pero el evita que lo haga.

—Te lo enseño —me mira divertido —si me dejas acariciar tu tripa.

Se me corta el rollo y se me quitan las ganas de ver el tatuaje. Trago saliva, y sabiendo que soy lo peor, lo más tonto que hay sobre la tierra, cojo su mano y la llevo hasta mi barriga.

—¡Vaya! Sí que se nota que tienes tripa —susurra sin dejar de mirarme.

¡Deja de mirarme así, no vas a conseguir nada! Le quito la mano antes de cometer alguna locura y vuelvo con mi paseo.

—¿Puedo acompañarte?

Lo miro seria.

—No sé si es buena idea—. ¡Venga hombre! ¿Con todo lo que me estoy diciendo, ni siquiera yo misma puedo convencerme de que esto es un error?

—Yo creo que sí.

Llegamos a casa en un silencio incómodo, solo nos miramos.

—¿Te apetece pasar? Tengo que contarte una cosa.

Se sienta en el sofá y preparo algo para picar. El niega con la cabeza en cuanto le ofrezco unos sándwiches de nocilla. ¡No puedo evitarla, se me está antojando demasiado!

Allá voy.

—Tu sobrina viene a pasar unos días aquí conmigo—. Izan se me queda con cara de bobo mirando.

—¿Perdona? ¿Y eso, está bien?

Asiento con la cabeza y bebo un poco de agua.

—Ha pillado al chico que le gustaba con otra, y no está muy bien que digamos.

Me mira preocupado y teclea algo en su móvil.

—Imagino que llegará por la noche.

—Mi sobrina no sabe nada de tu embarazo. ¿Se lo vas a contar?

Dudo por un momento.

—Es evidente de que la tripa que tengo no va acorde con mis piernas y mis brazos, además, como, ¡y mucho! —Le aclaro —Pero sí, se lo voy a contar, pero no le diré lo que ha pasado, no quiero que sufra.

—Te lo agradezco, en serio.

—No lo hagas, no me lo agradezcas, no lo hago por ti, sino por ella. ¡Por el amor de dios! Solo tiene veintiún años, está sufriendo, la tratáis como si no supiera nada, como si fuera tonta y se entera de las cosas, se entera de todo.

—Lo sé, pero en los temas de mi hermano, yo no puedo entrometerme —Asiente preocupado y me mira.

Joder, como siga mirándome con esa cara, al final término diciéndole que se quede a dormir aquí.

Me lo quedo mirando.

—Coge tus cosas e intenta aparentar normalidad entre nosotros, por lo menos que ella se lo pase bien, ya que con el tema del divorcio de tu hermano y ahora este palo que se ha llevado con ese chicho, no creo que le venga bien vernos discutir y de mal rollo.

—¿Harías eso en serio por mi sobrina?

—Sí, Izan. ¿Qué clase de persona crees que soy?

Me levanto y me dirijo a la que era mi habitación, preparo las camas para que Izan y ella duerman. Sabía que terminaría ofreciéndole que se quedase aquí. Cierro los ojos y respiro, me froto los ojos, y cansada, salgo de la habitación en cuanto la dejo preparada.

—Dormirás aquí —Le señalo a Izan la habitación y la cama de arriba.

—¿Tú también? —Pregunta pícaro.

—No te pases, listillo —le amenazo con el dedo apunto de reírme.

Ana llama al móvil, son las diez de la noche.

—¿Dónde estás?

—Mándame la dirección de tu casa por Whasapp, estoy entrando.

Cuelgo y se lo mando. Me pongo nerviosa, de nuevo me doy cuenta que me he metido en un buen lío. ¡Joder!

Miro a Izan, él me mira a mí, y a los diez minutos mi móvil suena. ¡Es Ana! Salgo de casa y me reencuentro con ella en la entrada, no tiene ni idea de que su tío está aquí.

—¡Tía! —Se echa a llorar en cuanto me acerco a ella. Las dos nos fundimos en un abrazo, pero se separa en cuanto ve a su tío salir por la puerta y deja de llorar rápidamente. Me mira.

—¿Qué hace mi tío aquí? —Pregunta extrañada —Pensaba que íbamos a pasar unos días solas—. Noto su cara de decepción, así que cuanto antes empiece a contarle lo que sucede, antes lo comprenderá. No quiero hacerle lo mismo que hacen continuamente con ella, tratarla como a una niña.

—¡Un momento! ¿Eso quiere decir que habéis vuelto? ¡Eso es maravilloso!—. ¡Mierda! A ver cómo le explico.

—Pasa adentro, ¡anda!

Ana se tira a los brazos de su tío y se agarra al mío, haciendo que los tres, entremos por la puerta.

La veo tan contenta, tan entusiasmada que me da miedo hacerla daño, es lo último que necesita.

Le cuento todo lo que le puedo contar, evidentemente, no todo. No puedo evitar reírme ante la cara de asombro con la que Ana nos mira a los dos, tanto a su tío como a mí.

—¡Que fuerte! ¡Estás embarazada! ¿Puedo? —Se acerca a tocar mi tripa.

Orgullosa, me levanto la camiseta y dejo que la acaricie, sin querer, la mirada de Izan se cruza con la mía y no puedo evitar sentir una punzada de ternura. Lo echo de menos, ¿a quién voy a engañar? Aparto rápidamente la mirada y tapo mi barriga.

—Imagino que debes tener hambre—. Cambio de tema con una rapidez asombrosa.

Ana sonríe a su tío y le da un abrazo.

—¡Vas a darme un primo! ¡Tío, que feliz me siento! ¡Qué bien! —Dice emocionada.

Hablamos durante un buen rato después de la cena. Ana no deja de preguntarme cosas sobre el embarazo, e Izan escucha atento, sonriendo y aprovechando que está su sobrina delante para tocar mi tripa cuando se le antoja.

—¡Os veo tan bien! ¡Me encanta la idea de que estéis juntos y de que vayáis a tener un bebe! ¿Habéis pensado ya en el nombre?

Izan y yo nos miramos.

—No, aún no lo he pensado. Hasta que no sepa el sexo, no lo pensaré.

—¿Cuándo lo sabrás? —Pregunta Izan bastante interesado. ¡Joder, donde me meto yo sola!

—El viernes que viene tengo cita con el ginecólogo, me hará una ecografía y se supone, que lo sabré —carraspeo —sabremos el sexo del bebé ¿podrás venir conmigo? —hablo despacio, nerviosa sin poder dejar de mirarlo.

La cara de Izan se ilumina.

—Me encantaría.

Me estoy quedando dormida mientras escucho a tío y sobrina hablar, no presto atención a lo que dicen, tengo un sueño que me muero.

—Bueno chicos, creo que me marcho a dormir—. Ana se levanta y me da un beso.

—Creo que yo también me voy a dormir —Salta Izan levantándose del sofá. Se despide de su sobrina y viene tras de mí.

—¡Zara! —Me giro en cuanto me llama.

—¿Qué quieres? —Le miro enfadada —no creas que soy tonta, has aprovechado que tu sobrina ha estado delante para manosear mi tripa —Me acerco a él, casi llegando a tocarle —Eso no vale, Izan.

—¡Vale! Lo siento. No volverá a pasar—. Me doy la vuelta directa a la habitación donde voy a dormir.

—¡Una cosa! —Vuelvo a girarme, ya me está cansando.

—¿Puedo dormir contigo? Mi sobrina creé que estamos juntos, ¿qué va a pensar cuando vea que duermo con ella en la misma habitación?

Me lo quedo mirando.

—Pues le dices que he cogido manía a dormir contigo, ¡yo que sé, invéntate algo!

Entro en la habitación e Izan entra conmigo cerrando la puerta.

—¡Joder, déjame en paz! Al final voy a pensar que es un error hacer todo lo que estoy haciendo.

Agarra mi cintura y hace que me gire.

—Dime que no me quieres, sí me dices que no me quieres, prometo que dejo de molestarte.

Me quedo callada sin poder contestar. Me encantaría poder gritarle y decirle que no, que no lo quiero, pero no puedo. No puedo mentirle, porque no solo le estoy mintiendo a él, sino a mí misma.

Resoplo angustiada.

—¡Lo sabía! —Dice contento. ¿Será capullo? —Deja que duerma aquí, dormiré en el suelo si hace falta, pero déjame estar en la misma habitación que tú.

Suspiro.

—Vale —acepto como una idiota—. Pero dormirás en el suelo.

Izan desaparece rápidamente de la habitación, entrando en la otra, cogiendo un pequeño macuto y metiéndolo dentro de nuestra habitación. Yo mientras, preparo su improvisada cama y cuando termino, me meto en la mía.

Llevo rato con los ojos abiertos. No puedo dormir sabiendo que Izan está cerca, en el suelo, debe estar incómodo. ¡Joder!

—¡Izan! —Susurro.

—Dime Zara.

Me quedo en silencio.

—Puedes venirte aquí, imagino que debes estar incómodo en el suelo—. Me incorporo y enciendo la luz—. Pero te advierto —Lo miro con cara de asesina haciéndolo reír—. Ni se te ocurra tocarme, o te meto un puñetazo.

—Vale, vale, tranquila—. Entra en la cama. Mi cuerpo se tensa en cuanto siento que está cerca, me traiciono a mí misma, lo deseo. ¡Increíble!

No sé el tiempo que ha pasado pero sigo sin poder dormir, miro la hora en el móvil, son las cuatro y media de la mañana. Me levanto al baño, es la quinta vez que lo hago. Izan se remueve y me mira preocupado.

—Solo voy a mear, no te preocupes.

—¿Qué has bebido?

Me río.

—Esto funciona así, es una especie de preparativo.

—¿Preparativo?

Me meo, así que entro en el baño sin contestarle. Levanto la mirada y me lo encuentro apoyado en el marco de la puerta. ¿Pero...? Me pongo colorada como un tomate, es la primera vez que me ve meando, ¡joder!

—¿No puedo ni mear tranquila? —Me indigno.

—Todos meamos, no te preocupes.

Trago saliva y cojo aire.

—Necesito que mires para otro lado, voy a limpiarme.

—Venga Zara, he visto todo tu cuerpo, me lo sé de memoria, no me voy a asustar.

Consigo que se dé la vuelta y me limpio tranquila.

—Te estás pasando —digo saliendo del baño, volviendo a la cama.

Miro al techo, esto está siendo muy difícil para mí, no consigo dormir y sé que me está mirando, noto sus ojos clavados en mí.

Noto un leve movimiento en mi tripa. ¡No me lo puedo creer! Toco mi tripa y me inclino. Izan enciende la luz.

—¿Estás bien, ocurre algo? —Me mira de forma dulce y preocupado al mismo tiempo.

—Creo... —estoy a punto de llorar por la emoción—. Creo que el bebé se ha movido —Sonrío emocionada. Me entran ganas de abrazar a Izan.

—¿Puedo? —Ahora es Izan quien me mira emocionado.

Me levanto la camiseta y coloco la mano de Izan donde he sentido el movimiento. Nos miramos.

—Tengo ganas de besarte —me dice. Cierro los ojos e ignoro lo que he escuchado. Cuando estoy a punto de quitar la mano de Izan, al ver que no he vuelto a notar nada, de nuevo un movimiento, esta vez más fuerte, que hace que mire rápidamente a Izan.

—¡Joder!

—¿Lo has notado? —Pregunto emocionada, se me saltan las lágrimas. Es lo más maravilloso del mundo.

—¡Sí, sí! —Se acerca a mi tripa y me da un suave beso.

No lo puedo evitar, me levanto y entro en el baño cerrando la puerta. Ahogo mi llanto en una toalla y al rato salgo. Izan me espera junto a la puerta. Me lo quedo mirando.

—Zara...—comienza a decirme. Le hago un gesto para que se calle, no quiero oír lo que tenga que decirme, no quiero saber nada, no quiero seguir sufriendo, no merezco todo esto.

El sol entra por la ventana justo cuando noto que me estoy quedando dormida. Me

levanto, me pego una ducha para despejarme y salgo con un vestido. Los pantalones ya me aprietan y no quiero dejar marcas en mi tripa.

Izan y Ana esperan en la mesa del salón con el desayuno preparado. ¡Churros con chocolate!

—¿De quién ha sido la maravillosa idea, que me lo como? —Digo sin pensar sentándome junto a Ana.

Miro a Ana que señala a Izan.

—Ahora tendrás que comerme —dice levantando las cejas divertido.

—Gracias —es lo único que puedo decir, aparto la vista y desayuno.

—Anoche sentimos al bebé —suelta Izan cuando termina de desayunar.

Ana me mira emocionada.

—¿En serio? —Se acerca a mi tripa y la toca, parece feliz—. ¡Oye primo! —Habla a mi tripa —da una patadita ¡anda!, que quiero sentirte—. Pero no la da y me río al ver la

cara que pone Ana mientras espera impaciente a sentir algo.

—¡Lo he sentido! —Grita de repente.

Suelto una carcajada.

—Eso no ha sido una patada, han sido mis tripas—. Los tres nos echamos a reír.

Pasamos la mañana paseando por los mercadillos medievales, nos tomamos algo en alguna terraza e Izan aprovecha para echarme su brazo por encima.

—¿Sabes que tu tío se ha hecho un tatuaje? —Miro a Izan con cara de mala mientras sonrío.

—¿Mi tío un tatuaje? Yo quiero verlo.

Izan intenta por todos los medios que no veamos su tatuaje. Algo que impaciente por descubrir. En cuanto descubro su tatuaje, lamento haberlo hecho.

“1425 - Y llegaste tú” Se ha tatuado. ¡No me lo puedo creer!

Me siento frustrada e incómoda de repente, mi ánimo desaparece por completo.

—¿Qué significa el número? —Pregunta Ana curiosa, mirándonos a los dos—. Menudo par de tortolitos estáis hechos —Dice antes de que Izan le conteste.

Miro hacia otro lado, no quiero saber la explicación que le da a su sobrina, me duele demasiado todo esto.

—1425 es el número de habitación de la primera vez que estuvimos juntos Zara y yo en un hotel.

—¿Y el... y llegaste tú?

Izan sonríe.

—Y llegaste tú es una forma que tenemos de decirnos te quiero el uno al otro—. Noto como Izan me mira.

Ana se emociona, incluso observo como se limpia alguna lágrima.

—Me hacéis llorar, sois tan monos los dos, ¡os quiero tanto! —Nos dice —¡Qué bonito Zara! Ojalá alguien hiciera algo parecido por mí, ¡no como el idiota de Cristian!

No tiene ni puta idea de lo que pasa realmente y la rabia me come por dentro. Desde entonces, mi actitud cambia, llegamos a casa. Si por mi fuera, me hubiera venido esta mañana a casa, me hubiera metido en la cama y no habría salido de ella en todo el día, pero por no darle explicaciones a Ana, me he tenido que aguantar, y lo peor de todo, es que siento que Izan se está saliendo con la suya. ¿Con qué derecho cree que hace todo lo que está haciendo? Va a hacer cuatro meses desde que se enteró que iba a ser padre, ¿por qué ahora de repente, hace como si le importara, después de que me dijera todo lo que dijo? ¿Por qué ahora? ¿Por qué ha tenido que aparecer? ¿Por qué se ha tenido que hacer ese maldito tatuaje? ¿Por qué, por qué y por qué? No dejo de hacerme preguntas mientras lo miro.

Decido quedarme hasta tarde mientras trabajo un poco, necesito distraerme, esa era la idea cuando pensé en venirme aquí, pero no. Como siempre, Izan ha tenido que aparecer y

echarlo todo a perder. Cansada, cierro el portátil y me tumbo a ver un rato la televisión, termino quedándome dormida en el sofá.

Izan me despierta.

—¿Por qué no te vienes a la cama? Aquí no estas cómoda.

Lo miro enfadada.

—Déjame en paz —susurro con un nudo en la garganta. Tengo ganas de llorar nada más abrir los ojos.

—No quiero dejarte en paz. Me he comportado como un auténtico capullo todo este tiempo, no me lo perdono Zara. ¿Qué tengo que hacer para que confíes en mí? ¿Qué tengo que hacer para que me des una segunda oportunidad?

—¿En serio? —Me pongo de pie, apartando sus manos de mi cuerpo. No quiero que me toque.

—¿Quieres que te dé una oportunidad? —Hablo un poco alto. Me da igual que Ana se levante y nos oiga discutir, tal vez debería escuchar y así enterarse de todo—. ¿Quién me va a quitar todo este tiempo que he estado sufriendo? ¿Quién me va a devolver ese tiempo Izan? ¿Quién? —Grito.

—¡Zara, cálmate! Tienes razón, lo siento.

Lo miro furiosa, está a punto de darme algo.

—¿Qué me calme? ¿Qué me calme, en serio? Deja de fingir que te importo, deja de fingir que te importa el bebé cuando has estado pasando todo este tiempo de nosotros. Me dejaste tirada, me dejaste sola —lo señalo con el dedo —me despreciaste, me humillaste —grito más alto —dudaste de que el bebé fuera tuyo —me rompiste en mil pedazos cuando me dejaste tirada—. Rompo a llorar —y ahora... pretendes que haga como si nada, no lo entiendo.

Izan se me queda mirando sin decir nada, solo me observa y me molesta que lo haga. Cualquier cosa que haga me molesta en este momento.

—¿Ahora te quedas callado, no vas a decir nada?

Niega con la cabeza y me mira.

—¿Qué quieres que te diga? Me comporté mal, solo quiero reparar el error, Zara. Entiendo que no quieras estar conmigo, de verdad que lo entiendo, pero no quiero que ese niño nazca sin su padre, no me lo perdonaría en la vida.

Me acerco furiosa a él.

—¿Qué pasaría cuando tu hijo o hija se entere que durante los primeros meses dejaste tirada a su madre? ¿Dime? —Grito con fuerza —¿Cómo crees que se sentirá?

Ana sale al salón.

—¿Qué ocurre? —Pregunta preocupada mirándonos a los dos.

La miro intentando permanecer tranquila, me va a dar algo.

—Que te lo explique tu tío —miro a Izan —¿Eh? ¡Venga, hazlo! Explícale a tu sobrina —animo a que lo haga, y lo hace.

Mientras me tomo una tila, escucho atentamente a Izan contarle todo a su sobrina que no da crédito. Estoy muy nerviosa y furiosa.

Ana me mira primero y luego a su tío.

—¿Pero tú? No entiendo nada —se acerca a mí, me quita el vaso y le da un trago—. Yo soy ella, y perdona tío, pero te mando a la misma mierda y no dejo que te acerques.

Ahora me siento mal, no me gusta que su sobrina le diga eso, siento que yo soy la única que puede decirle todo lo malo del mundo.

—¿Y qué hago Ana? Ya la he cagado, solo quiero arreglarlo.

Su sobrina se indigna.

—¿Y tú crees que este es el modo de hacerlo?

Izan se encoge de hombros frustrado, nos mira a las dos, coge su chaqueta.

—No pienso molestarte más, lo entiendo. ¡No te preocupes! —Dice cabizbajo, saliendo de casa.

Ana y yo nos miramos, me encojo de hombros y resoplo, estoy muy agobiada.

Salgo a la puerta de la calle en busca de Izan ya que Ana se ha quedado preocupada.

No está en la puerta, así que decido llamarlo al móvil, pero no lo coge. Así me tiro toda la noche, llamándolo al móvil una y otra vez, hasta que a las siete de la mañana, aparece. Tiene una pinta horrible.

—¡Zara, ya no sé qué hacer!. La he cagado —Llora. Creo que es la primera vez que veo a un chico llorar como lo está haciendo Izan en este momento. Me abraza. Dejo que lo haga, es la única forma que tengo de hacer que se calme. Entra en casa y le preparo el desayuno mientras él se da una ducha.

No hacemos nada interesante en el día de hoy, bajamos a la playa un rato, necesito que me dé el aire, necesito desconectar, pero es imposible teniendo a Izan al lado. Ana ha decidido volver a Madrid ya que creé que es mejor dejarnos a solas para hablar de nosotros y del bebé. Yo también lo creo.

Después de comer se marcha, e Izan y yo nos quedamos solos. No hablamos en toda la tarde, él está muy callado y yo no tengo nada que decirle. Se me parte el alma verlo así, tan roto, como he estado yo tanto tiempo.

Por la noche él duerme en mi antigua habitación y yo duermo en la cama de mis padres. Es una bobada y una tontería muy grande, pero sabiendo que está en la habitación de al lado, me entran ganas de pedirle que se venga a mi cama. Llevo tanto tiempo necesitando una caricia suya, un abrazo, un beso. ¡Joder, lo necesito a él!

El sábado, más de lo mismo. He sentido al bebé durante el día, sobre todo cuando he estado tumbada en la arena. Pero no lo he disfrutado como me hubiera gustado, Izan vuelve a mi mente una y otra vez.

Lo miro y me acerco a él.

—¿En qué estás pensando? —Pregunto mirando el mar. Noto como se gira hacia mí y se me queda mirando.

—En la vez que te pregunté si tenías pensado tener hijos.

Sonríó al recordar ese momento, ahí estaba muy convencida de que no quería tener hijos.

—Estaba muy convencida, sí.

—¿Qué sentiste cuando supiste que te habías quedado embarazada? —Izan abraza sus piernas y una fina sonrisa se dibuja en sus labios.

—No lo sé, miedo tal vez... me asusté.

—Siento no haber estado a tu lado, he sido un egoísta.

Miro al mar de nuevo, me tranquiliza hacerlo.

—Ya ha pasado, lo importante es que quieras intentarlo de nuevo —Ni yo misma sé que estoy diciendo. “*¿Lo estoy perdonando? Pero hija... no se puede ser tan gilipollas*”.

Pasamos la tarde tranquilamente, caminamos por la playa y por el paseo, nos vamos parando en todos los puestos que encontramos. Llegamos a casa y cada uno se va para un lado. Pero media hora más tarde, termino pidiéndole a Izan que se venga conmigo a la habitación.

Lloro en cuanto siento un abrazo suyo, el intenta calmarme, pero yo no puedo parar de llorar hasta que me quedo dormida entre sus brazos.

Nos espera un largo viaje. Izan me ha pedido que viaje con él y yo he aceptado. Dejo la casa de mis padres recogida y subo al coche.

Paramos varias veces en el camino, no aguanto el pis. Izan se muestra atento todo el viaje. Sí con seguridad supiera que va a ser siempre así, no dudaría en darle una segunda oportunidad y empezar de cero. No me importaría, le perdonaría, sí.

Lo miro todo el camino, mi estómago se encoje e incluso noto al bebé moverse cada vez que nuestras miradas se cruzan. Cinco horas más tarde, llegamos a Madrid. Me deja en casa y sube ayudándome con el equipaje, no es mucho, pero me hace un enorme favor.

Llega la hora de despedirse y los dos nos quedamos mirando, en silencio.

—Bueno —se acerca para darme un beso en la mejilla —será mejor que me vaya.

¡No, no, no, no quiero que se vaya! No quiero sentirme sola otra vez, lo necesito, lo necesito más de lo que yo incluso pienso.

—Sí, es lo mejor, yo estoy súper cansada —sonríó. ¡Joder que difícil es todo esto!

Siento al bebé moverse en cuando Izan pasa por mi lado, acercándose a la puerta. Agarro su brazo, hago que se pare y pongo su mano sobre mi tita.

—El bebé acaba de moverse —creo que no quiere que su padre se marche. Izan sonríe y siento unas ganas enormes de besarle, de abrazarle, de decirle lo mucho que lo quiero, que le perdono. No sé por qué siento que tengo que decirle todas estas cosas.

—¿Quieres que me quede? —Pregunta finalmente. Cierro los ojos y asiento con la cabeza.

—Quédate por favor —pido en un susurro.

Nos dirigimos a la habitación y nos tumbamos los dos en la cama, abrazados, mientras Izan acaricia mi tripa. Me giro y quedo frente a él.

—Te he echado mucho de menos —lloro como una tonta.

—¿Podrás perdonarme algún día? —Sus ojos se empañan y lo abrazo fuerte.

—Te quiero —lo abrazo con fuerza y así permanecemos todo el tiempo, hasta que el hambre me despierta.

Izan duerme a mi lado, me lo quedo mirando como una tonta y me dirijo a la cocina a picotear algo. Salgo a la terraza y me siento en la silla, como, y miro al cielo al mismo tiempo. Parece mentira que con toda la contaminación que hay, y la cantidad de luces que hay encendidas, se puedan ver estrellas en el centro de Madrid.

Termino de comer y se me ocurre algo, no es buena idea, pero necesito saberlo. Cojo la chaqueta de Izan y miro sus bolsillos. Lo único que encuentro son las llaves de su coche, nada de aquel pequeño monedero que usaba para guardar sus preservativos. Respiro tranquila y vuelvo a la cama, donde Izan duerme como un bebé.

Lo abrazo e inhalo ese olor tan suyo y que tanto he echado de menos. A las siete de la mañana, el sonido de mi despertador me asusta. Me encuentro sola en la cama y me levanto rápidamente. Izan se encuentra en la cocina preparando el desayuno. Respiro aliviada al ver que no se ha marchado.

—¿Te vienes conmigo a la oficina? —Asiento con la cabeza, cogiendo una de las tostadas que ha preparado.

Me siento extraña al volver a entrar junto a Izan a la oficina. Todos nos miran, ya es imposible ocultar la tripa que me ha crecido el doble en una semana. Imagino que será por todo lo que estoy comiendo últimamente.

Saludo a Gema, que con la mirada y una sonrisa, contesto a la pregunta que se está formulando. Luis sale a recibir a su hermano, pero se le corta la risa en cuanto me ve aparecer junto a Izan.

Izan se mete con su hermano en el despacho y yo, mientras tanto, saludo a mis compañeros y sonrío a Celia, después de darnos un abrazo.

Mucho trabajo me espera hoy, pero me siento con fuerzas para poder con todo. Recibo la llamada de Ana y la dejo tranquila al decirle que todo marcha bien, que nos ha venido bien que Izan y yo nos quedáramos solos. Se alegra por nosotros. Aprovecho para llamar a mi hermana, hablo un segundo con ella, ya que la he pillado entrando a un juicio y me armo de valor para llamar a mis padres.

Nadie coge el teléfono en casa y cuelgo. Me fijo entonces, que el cuadro de la luna está colgado en el sitio en el que estaba antes. Sonrío sin darme cuenta.

Son las tres de la tarde e Izan sigue reunido con su hermano en el despacho, decido irme a comer, tengo hambre.

Regreso enseguida, necesito quitarle trabajo a Celia, que hoy se marcha pronto a hacerse las pruebas que yo me hago el viernes.

Concentrada en mis cosas, en mi trabajo, no me doy cuenta que Izan está junto a mí, hasta que siento su mano acariciar mi pelo. Me giro y lo miro.

—¿Todo bien? —Me mira serio.

—No, mi hermano no entra en razones. ¡Es muy cabezón!

—¿Qué ocurre?

—Nada, no te preocupes, son cosas de familia. Esta tarde voy a ir a hacerle una visita a mi madre, me gustaría que me acompañaras y así podré darle la noticia y que ella te vea con sus propios ojos, no ha dejado de preguntar por ti.

—¿Estás seguro? —Me pongo nerviosa.

—Sí, la he llamado hace un rato y le he dicho que vamos a ir para allá. Espero que no te importe —besa mi frente—. Luego te veo, tengo mucho trabajo.

Sonrío como una tonta y lo miro hasta que desaparece de mi despacho. Celia entra con varias carpetas que tengo que pasar al ordenador.

A las seis de la tarde Izan pasa a mi despacho.

—¿Lista? —Me da un beso en la frente mientras yo espero un beso en los labios. ¡Joder! ¿Se lo voy a tener al final que pedir yo?

Cierro el ordenador y salgo junto a él de mi despacho, pero antes de salir de la oficina, me compro un bollo de chocolate. Miro a Izan que divertido se me ha quedado mirando.

—¿Qué? ¡Tengo hambre! Tu hijo es un goloso —y me río. Nunca pensé que terminaría diciendo lo que acabo de decir, y me doy cuenta de que me siento genial.

Entramos al ascensor y noto como de nuevo Izan se me queda mirando, pero de forma intensa, haciendo que mi cuerpo desprenda un calor insoportable.

—¿Por qué me miras así? —Pregunto mientras termino de masticar. Me miro al espejo por si tengo algo de chocolate, pero no tengo nada y lo vuelvo a mirar.

—Te quiero Zara, te quiero más que a mi vida y estoy dispuesto a luchar por ti y por nuestro hijo todo lo que haga falta —me emociona lo que dice y sin querer, lloro.

—¡Joder Izan! Qué estoy sensible —me quejo riendo, ahora. Parezco una montaña rusa, río y lloro al mismo tiempo.

Salimos del edificio y la mano de Izan agarrando mi cintura me hace recordar todos los buenos momentos junto a él.

En veinte minutos llegamos a casa de su madre. De nuevo, como la última vez, me

pongo tensa y nerviosa.

—¿Nerviosa? —Pregunta Izan cogiendo mi mano mientras me sonrío.

—Un poco.

Entramos dentro de su casa, pero allí no parece haber nadie y me preocupo, pensando en su abuela. Miramos el salón, la cocina, las habitaciones, pero allí no hay nadie.

—¡Ay, Izan! Llama a tu madre, a ver si ha pasado algo —le pido preocupada.

—No te preocupes, a lo mejor se ha olvidado y ha salido a pasear.

Esperamos un poco en el salón y veo a Izan nervioso coger su móvil, teclea algo en él y me mira.

—¿Salimos un rato fuera? —Izan se pone de pie.

—Sí, tengo calor y necesito que me dé un poco de aire.

Izan me hace pasar a mi primero al patio y me quedo congelada, sin poder reaccionar, al ver en el patio a mis padres, a mi hermana con mi sobrino y Danny, a Victoria junto a Pilar, Aroa, Sofía, Ana, Vanesa, Luis, Richard y Celia.

Miro a Izan nerviosa, va a darme algo. ¿Qué hacen aquí? ¿Qué pasa?

—¿Papá, mamá, que hacéis aquí? —Me tiro a los brazos de mi padre.

—¡Hija! —Mi padre se emociona y me gira para que mire a Izan, que sostiene un anillo en la mano y está en el centro del patio, mirándome.

¡Joder, esto no me lo puedo creer! ¡No me puede estar pasando!

Me llevo las manos a la boca y lloro, no puedo aguantar más.

—¡Zara! Reconozco que he sido un auténtico gilipollas —escucho como todos se ríen—. Me he portado muy mal contigo, ¡pero te quiero!

—¡Ohhhh! —dicen todos al unísono.

—¿Quieres casarte conmigo? Prometo delante de todas las personas importantes de mi vida y de la tuya, que voy a amarte y cuidarte todos los días de mi vida.

Vuelvo a llorar y me acerco a él.

—¿Quieres ser mi princesa?

Me tiro a sus brazos y lo beso con ternura, de reojo veo como mi hermana le tapa los ojos a mi sobrino Sergio y me río.

—¡Sí quiero! —Respondo a Izan, que me coloca un precioso anillo —lo miro emocionada y lo beso—. Y llegaste tú, cambiando mi mundo...

Prologo.

Dos años después...

Mañana hace ya dos años que dije “Sí quiero” al que ahora es mi marido. Le tengo una sorpresa preparada que no se espera y sonrío al imaginarme la cara que va a poner cuando abra su regalo.

Paseo con Luna por el parque, ¡es tan mona! ¡Me la como a besos y a pedorretas! ¡Adoro a mi niña, es lo más importante de mi vida junto con Izan! Es igualita que su padre, ¡es perfecta! Tiene unos ojos azules increíbles y unos mofletes que dan ganas de morderlos.

He quedado con Izan para pasear un rato los dos juntos, como hacemos todos los días cuando él sale de trabajar.

Ana presenta su nuevo libro dentro de unos días. Su primer libro fue un exitazo y todos nos sentimos muy orgullosos de ella, sobre todo su padre, que la acompaña a todas sus presentaciones. La verdad es que Luis ha cambiado mucho, nos llevamos muy bien, Sofía volvió a darle una oportunidad y parece que todo va viento en popa.

De Marta no hemos vuelto a saber nada, desapareció del mapa.

El libro de mi padre es precioso, dedicado a mi madre. Es una de las historias más bonitas que he leído. Es su historia más sincera, lo que nunca se atrevió a decirnos, sobre todo a mi madre. En él, me entero de alguna que otra cosa que no me ha gustado, como que mi padre fue infiel a mi madre en sus viajes de trabajo, pero tanto mi hermana, como yo, le hemos perdonado. Ha sido muy valiente en admitirlo. Ahora, los dos están viviendo su segunda luna de miel. Se han ido de crucero por los Fiordos noruegos, disfrutando por todas esas veces que no pudieron.

Mi hermana se instaló en Madrid después de mi boda. Había planeado todo con Izan la muy ladrona y mi sobrino ahora espera un hermanito.

¡Vanesa! ¡Ay Vanesa! Mi amiga volvió a ser la que era antes, está loca por Luna, ¡como todos!

El señor Coleman desapareció, no volví a saber nada de él. Vio apropiado apartarse y con mucha pena, terminé aceptándolo, por Izan, por nosotros.

Aroa sigue buscando su media naranja, o eso creemos, ella dice que está muy feliz como está, que no quiere saber nada de hombres, pero no soy gilipollas y últimamente se la ve feliz, radiante y sale todos los viernes.

¡Pilar! ¡Ay, la abuela Pilar! Está mejor que todos nosotros juntos, sale, baila, se divierte, juega a las cartas, está hecha una campeona.

Reconozco el cuerpo de mi marido desde lejos.

—¡Rufo, ven aquí! —Llamo a Rufo, que se ha desperdigado corriendo por el césped.

Al final terminé quedándome con Rufo. Al parecer, la novia de Rafa es alérgica al pelo de los animales y no podía hacerse cargo de él. A Izan no le hacía mucha gracia la idea, un bebé y un perro... pero Rufo lo adora y él también adora a Rufo, que a escondidas, lo mete en la cama.

Me río solo de pensarlo.

—¡Mira Luna, papá! —Luna se gira y sale a correr en cuanto ve a su padre, se vuelve tan loca como yo.

—¡Princesa! —Izan coge a su hija en brazos levantándola, haciéndola reír, y se me cae la baba.

Me acerco.

—¡Hola reina! —Besa mis labios —¿Me has echado de menos?

—Mucho —lo abrazo —mucho, mucho, mucho —repito besando sus labios.

Paseamos juntos durante un buen rato, hablando de lo que hemos hecho durante el día.

Saco mi regalo del bolso y espero a Izan en el restaurante donde hemos quedado. Lo veo llegar, está tan guapo como siempre, incluso más. ¡Tengo un marido que está

buenísimo! Me sigue poniendo igual de cachonda que al principio, me encanta.

Pongo el paquetito alargado cerca de su plato. Izan se acerca a la mesa. Besa mis labios.

Izan.

Como adoro a esta mujer. Estoy deseando llegar a casa y hacerla mía una y otra vez durante toda la noche entera, aprovechando que la niña está disfrutando del fin de semana con la abuela.

Zara hace un gesto y miro al plato. ¡Ya se ha adelantado con el regalo!

—¿Es para mí? —Pregunto sabiendo la respuesta.

—¿Para quién va a ser? —Dice morbosa, provocativa.

Lo abro nervioso y no me puedo creer lo que tengo en mis manos.

La miro sonriendo.

—¿En serio? —Pregunto descolocado.

Zara se levanta y se pone a mi lado.

—Sí, cariño—. Me besa —¡Felicidades papá! —Sonríe divertida y la cojo en brazos.

—Me das tanto Zara... —Toco su tripa. ¡Voy a ser padre de nuevo!

—Y tú a mí, Izan —Me mira con esos ojos azules brillantes, penetrando en mi interior—. Te quiero, mi vida.

—¡No perdona!, ¡yo te quiero más!, ¡qué no se te olvide...!

Fin.

SOBRE LA AUTORA

Coral Moon es el seudónimo que uso para firmar mis obras.

Nací en un pueblo de Extremadura (España) en 1987, aunque ahora desde hace muchos años, vivo en Madrid, felizmente casada junto a mis hijos.

Desde pequeña siempre me ha gustado escribir, era una forma de evadirme de la vida real, como terapia. Pero solo hace unos dos años que me lo empecé a tomar más en serio, al ver que mis novelas podrían tener una oportunidad.

Finalmente, a finales del 2015 me lancé a publicar mi primera novela en Amazon “Y llegaste tú”

Me apasiona leer, escribir, las manualidades, dibujar, la cocina, la música, reír, pasar tiempo con mi familia, mis hijos y mi marido.

